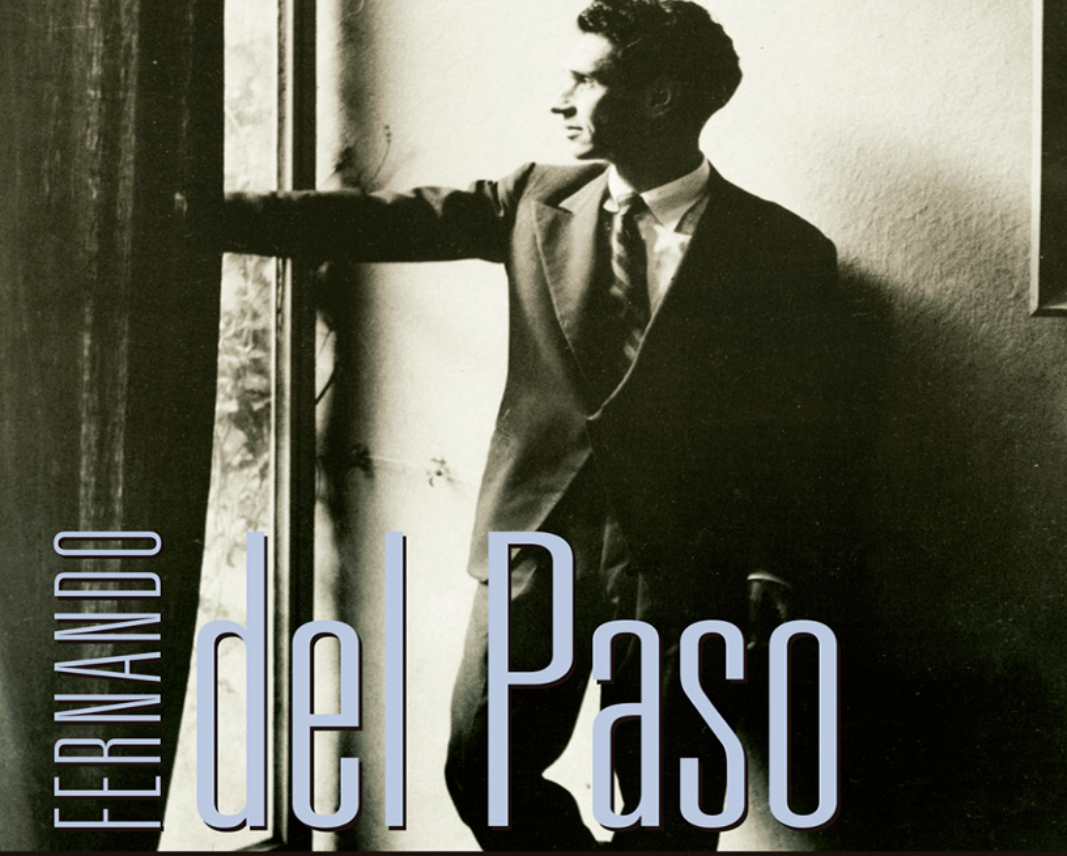


FERNANDO del Paso

TIERRA FIRME

MEMORIA Y OLVIDO

Vida de Juan José Arreola (1920-1947)

MEMORIA Y OLVIDO

VIDA DE JUAN JOSÉ ARREOLA
(1920-1947)

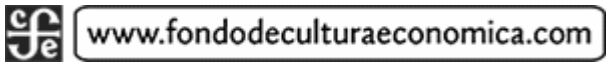
FERNANDO DEL PASO

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2003
Segunda reimpresión, 2021
[Primera edición en libro electrónico, 2021]

© 1994, 1996, Fernando del Paso
© Juan José Arreola
© 1996, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

D. R. © 2003, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México



Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: 55-5227-4672

Diseño de portada: Laura Esponda Aguilar
Fotografía de la portada: © Lola Álvarez Bravo

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-7256-8 (ePub)
ISBN 978-968-16-6995-9 (rústico)
Hecho en México - *Made in Mexico*

He dicho antes que trabajo ahora en un libro que se llamará *Memoria y olvido* en el que trataré de rescatar lo vivido y lo aprendido para, en cierta forma, formular lo olvidado, lo que queda en la sombra. A sus pruebas de imprenta me remito. Cuando ustedes lo consulten, si es que llega a existir, quiero que ese libro justifique tanto mi vida de escritor como la atención que esta noche ustedes han dispensado a mis palabras.

JUAN JOSÉ ARREOLA
Los Narradores ante el Público, 1965

Yo, señores, soy de Zapotlán el Grande. Un pueblo que de tan grande nos lo hicieron Ciudad Guzmán hace cien años. Pero nosotros seguimos siendo tan pueblo que todavía le decimos Zapotlán. Es un valle redondo de maíz, un circo de montañas sin más adorno que su buen temperamento, un cielo azul y una laguna que viene y se va como un delgado sueño. Desde mayo hasta diciembre, se ve la estatura pareja y creciente de las milpas. A veces le decimos Zapotlán de Orozco porque allí nació José Clemente, el de los pinceles violentos. Como paisano suyo, siento que nací al pie de un volcán. A propósito de volcanes, la orografía de mi pueblo incluye otras dos cumbres, además del pintor: el Nevado que se llama de Colima, aunque todo él está en tierra de Jalisco. Apagado, el hielo en el invierno lo decora. Pero el otro está vivo. En 1912 nos cubrió de cenizas y los viejos recuerdan con pavor esta leve experiencia pompeyana: se hizo la noche en pleno día y todos creyeron en el Juicio Final.

MEMORIA Y OLVIDO

A PARÍS FUI GRACIAS A LOUIS JOUVET. NO SÉ POR QUÉ ME GUSTÓ tanto como actor, siendo un hombre cuyo atractivo era más bien del género sombrío o pesimista. A pesar de ello, hizo de su desgarbado personaje y de su mala dicción instrumentos que lo convirtieron en un gran actor. Un actor muy inteligente, que era amigo de escritores importantes y que, por cierto, también escribía.

Sara Sánchez Torres fue como mi madre. Cuando dudé de ir a París, me dijo: "Qué tontería, Juan José. Vete tú con Louis Jouvet y si te va bien en París pues me escribes, o mandas por mí, o a ver qué sucede, pero tú no puedes dejar escapar esta oportunidad". Digo que en eso se parecía mi mujer a mi madre, porque la capacidad de mi madre para creer en mí era muy grande. Tenía más fe en mí que yo mismo, gracias a una percepción sentimental, que era como una antena. De alguna manera, en mi nerviosidad infantil, en mi patetismo, presintió lo que serían mis cualidades. Y fue por eso que mi madre nunca me perdonó todas las veces en que yo desistí de algo. En que *me rajé* literalmente. Como la primera vez que me devolví de Guadalajara, la primera vez que me regresé de México y, por último, cuando me devolví de París. Yo tenía miedo al éxito. Lo he tenido siempre. Y cada vez que lo tengo, padezco horriblemente. Una vez, mi padre me encontró llorando después de una actuación de Juanito el Recitador, que había sido todo un éxito.

Sí, a mi madre nunca le gustó que yo volviera al hogar. Ni siquiera podía fingir que se alegrara de verme otra vez. Fueron muchos los retornos que le tocaron. Para ella, yo era el mensajero de la familia y cada uno de mis regresos la hacían pensar que nunca cumpliría mi misión. Era una mujer de sentimientos tan grandes, de actriz griega consumada, que no vacilaría en calificar de patéticos. O *numinosos*. Ya hablaré sobre esta palabra. Sobre lo *numinoso*.

En fin, el caso es que Louis Jouvet sale de Francia en 1943 y llega a Guadalajara en 44, cuando yo sabía muy bien quién era él. Lo sabía también mi hermano Rafael, un año 11 meses mayor que yo, y que era un hombre con una gran capacidad de juicio y amplio criterio que compartía conmigo una virtud heredada de padre y madre: la facilidad para interesarnos en los personajes, ya fuera de novela, de teatro, de película, de ópera, o incluso de la vida real. Coleccionábamos personajes. Personajes pintorescos, atrayentes y a veces un tanto siniestros, como en el caso de las primeras apariciones de Jouvet que conocimos. Recordar personas así, muy características, era costumbre que seguíamos de tíos y tías entre otros familiares.

Mi hermano y yo íbamos al cine los domingos y, cuando se podía, también los sábados. Vivíamos pobremente y teníamos que ahorrar para ir al cine. A los cines de barrio, los más alejados del centro, donde hubiera asientos de galería de 10 o 15 centavos, porque no había para más. Fuimos, comparados con los niños de hoy día, espectadores tardíos, porque además el cine era una cosa prohibida. Algunos de nuestros amigos mayores se nos adelantaron y nos contaban las películas. Sus padres les daban permiso de ir al cine siempre y cuando una película ya estuviera autorizada por los sacerdotes. No había televisión, desde luego, y ni siquiera habían llegado los aparatos de radio a Zapotlán, aunque dos o tres familias, no más, tenían sus propios proyectores y un surtido de películas domésticas Pathé Baby que proyectaban en un aparato de la misma empresa francesa. Esto sucedía en los años veinte y la Pathé era dueña del cine comercial de ese entonces. Por cierto, un joven emprendedor, de la familia Velasco, de donde provenía el maestro Alfredo Velasco, y que más tarde fundaría en Zapotlán la primera estación de radio, tenía un equipo Pathé Baby, anterior a los Kodak, con el que se podía proyectar incluso el *Napoleón* de Abel Gance, que venía en una cintita —15 o 20 pequeños rollos, no recuerdo cuántos— que quizás no llegaba a los ocho milímetros. Pero por esa época, el cine de Gance no estaba al alcance de nosotros. Nos ponían películas para niños, películas hogareñas por así decirlo. No se trataba de caricaturas, sino de cortos con algún episodio cómico. Nunca olvidaré uno de esos cortos. Sucedía en un jardín, donde había un bimbalete, que así le llamamos en Zapotlán al subibaja. En él había dos muchachas preciosas, con vestidos de encaje y sombrero estilo Pamela, que subían y bajaban, bajaban y subían. Los muebles del jardín y el propio subibaja eran de hierro con volutas, en un estilo floral. Había personas que contemplaban al par de muchachas y desde luego la música de siempre, que se hacía por fuera, con el fonógrafo. Eso era todo. Aunque quizás otro recuerdo que tengo no sea de otro corto, sino del mismo: el de un pastor que se quedaba dormido, y pienso que de ese sueño formaban parte las muchachas del bimbalete. El pastor sueña que una muchacha se le acerca y lo besa. En el momento del beso despierta, estremecido: una vaca le lame la cara.

Para un niño como yo, de mi edad, ver cómo una muchacha se transformaba de pronto en una vaca era sensacional. Recuerdo también, y esto lo saben todas las personas que conocen la historia del cinematógrafo, la famosa película que se llamaba *El tren más largo del mundo*. No era otra cosa que un tren interminable por cuyas ventanillas se asomaban los pasajeros a saludar, y que nunca acababa de pasar por la pantalla. Llegó también a Zapotlán, cuando tenía yo seis o siete años de edad, el Cine Matur. Así le decíamos todos: Cine

Matur. Sólo muchos años después me di cuenta que su verdadero nombre era Cinema Tour. El cine, la sala, era un autobús que se apareció caminando por los rieles del tranvía de mulitas. Uno se subía a los asientos del autobús, y éste ponía en marcha un motor especial que lo movía de manera que daba la impresión de que estaba caminando.

Enfrente de nosotros estaba la pantalla, que proyectaba, por ejemplo, un paseo por Roma, y entonces nos mostraban el Coliseo, la Basílica de San Pedro, las fuentes, las Termas de Caracalla. Otro día, nos llevaban a París. Por eso se llamaba cinema *tour*: cada película era un viaje. Esta experiencia la rescato después en mi cuento "El guardagujas", donde en un momento dado el tren está detenido, pero los pasajeros, gracias a un mecanismo de pantallas y proyectores, ven por las ventanillas un paisaje en movimiento y maravilla y media que pasa por ellas, y el tren continúa inmóvil.

Me fue más fácil ir al cine cuando comencé a ganar unos centavos en mis distintos empleos, ya siendo vendedor en las tiendas de ropa, la fábrica de café o el molino de chocolate, aunque no era siempre posible que los padres lo dejaran a uno ir el domingo, que era el día de la familia. Pero ocurrió algo muy importante, gracias a don Ramón Paniagua, que fue entre otras cosas presidente municipal de Zapotlán y el primer empresario real, auténtico, de cine, en el pueblo. Él llevó películas que comenzaban a ser proyectadas los sábados. Seguía la *matinée* de los domingos y la función vespertina. Pero entonces don Ramón se dio cuenta que no le costaba un quinto entretener las películas un día más, y comenzó a dar funciones también los lunes. Estas *matinées* de los lunes eran las más baratas de todas las funciones: la luneta costaba seis centavos, cuatro los palcos y dos la galería, que también conocíamos como gayola o paraíso. El gallinero. Más tarde los precios se duplicaron y galería llegó a costar cuatro centavos, pero a veces había oferta de dos boletos por el precio de uno. Entonces se buscaba a un amigo para compartir la función, que consistía en un largometraje, dos o tres cortos y el noticiero *Éclair* de la Pathé, con el famoso gallo. Todavía no surgía el noticiero de la Paramount, "ojos y oídos del mundo". Recuerdo que el gallo de *Éclair* cantaba en pantalla, porque ya había sonido, después del año 27. Desarrollé entonces técnicas para escaparme del trabajo los lunes y asistir a las *matinées*. O simplemente no me presentaba a trabajar, hacía lo que en México llamamos "San Lunes".

Salir del trabajo a la mitad del día para ir al cine, y salir del cine, era un doble deslumbramiento, un viaje extraordinario. A veces se enteraban en la casa que había faltado al trabajo y llegaban a pegarme. Las cuerizas eran casi una rutina, pero no sólo en mi casa, en todas las familias. Eran mal vistos los padres consentidores que no

les pegaban a sus hijos, y los propios niños también, porque, decían, "los están haciendo mariquitas". Esto yo lo agradezco en lugar de censurarlo, porque a mí al menos me dio una especie de temple y la responsabilidad de saber que, si se hace algo en la vida, va a haber una respuesta. Una respuesta a nuestros actos. Me acuerdo ahora de un título de Paul Bourget —novela o cuento largo, no sé—: *Nuestros actos nos siguen.*

Cuando llego a Guadalajara en 34, bajo la tutela de mi primo Enrique Arreola, que fue un segundo padre para mí, en casa de mis tías, gozo ya de una libertad que me permite ir al cine cuando deseo, sin permiso. Es en Guadalajara cuando me volví persona mayor, pues entre otras cosas ya me ganaba la vida y le pagaba a mis tías mis alimentos y una renta. De 30 pesos mensuales que ganaba, yo les pasaba 20: las dos terceras partes. Con lo que me quedaba, me compré también mi primer traje, en pagos de un peso por semana. Comprarme mi ropa fue muy importante para mí. Volví, decía, a frecuentar el cine y conocí a un actor de nombre raro, que me impresionó mucho. Eso fue en una película de Julien Duvivier: se llamaba Valéry Inkijinoff. Esto me hace dar un salto atrás, al cine de Zapotlán, donde fui alguna vez con mi padre y mi tío Daniel Zúñiga para ver una película muy sonada, *El Nautilus*, basada, claro, en *Veinte mil leguas de viaje submarino*, pero recuerdo que mis primos y mis hermanos, todos los niños, nos aburrimos. En cambio fue allí, en Zapotlán, donde vi dos películas francesas que me marcaron para siempre. Una de ellas, *Los hijos de la calle*, porque me descubrió a Gaby Morlay, de quien me enamoré: la veía tan bella, tan joven, tan llena de vida. Después me enteré que en esa película ella tenía 30 años. Yo, que la veía, 12 apenas. O 13. El actor que la acompañaba era Charles Vanel, a quien le seguí la huella toda la vida, que fue por cierto muy larga, pues murió cerca de los 100 años. Otra película que era un prodigio de texto fue *El diablo en la botella*. Vimos también en Zapotlán dos o tres producciones norteamericanas buenas, por fortuna, de modo que cuando llego a Guadalajara, a los 16 años, ya tenía yo vistas cinco o seis buenas películas.

MIS PRIMERAS IMPRESIONES EN LA VIDA SON DE INFINITO Y DE marea. Sensaciones, ambas, que se reprodujeron en sueños a lo largo de muchos años de infancia y de adolescencia. Y el primer recuerdo que quedó completamente fijado por la experiencia fue el de la persecución del borrego negro. Hoy me he dado cuenta que la sensación de marea corresponde a lo que yo llamo los canjes respiratorios de mi madre. En aquel entonces, y en aquellos pueblos, las criaturas recién nacidas, y hasta que cumplían varios meses, dormían siempre en el lecho conyugal, a un lado de su madre. Y esto es lo que jamás se me ha olvidado: el ritmo de la respiración de mi madre. Y también, a veces, el girar de su cuerpo en el lecho, que me provocaba una sensación de inmensidad. Comprendo ahora, también, que probablemente esas impresiones, por su carácter respiratorio, corresponden a percepciones anteriores al nacimiento. Impresiones fetales que me hacían pertenecer a un todo del cual fui expulsado. "Adán vivía feliz dentro de Eva en un entrañable paraíso": la Eva madre original platónica que aloja al hombre como una glándula, en sus entrañas. Porque eso somos: una glándula de secreción interna. O un anélido, un gusano que vive como parásito en el cuerpo de la hembra. Si no la encuentra, si no encuentra ese cuerpo de hembra dónde habitar, él mismo se vuelve hembra. Pero si logra introducirse, se transforma finalmente en macho y vive allí, dentro de ella, feliz, como algo precioso.

Yo soy un hombre que no perdonó nunca, ni ha perdonado, ni probablemente perdone jamás, el haber sido expulsado del vientre materno. Hace poco volví a pensar en eso, en el hecho de estar uno pequeño junto a algo muy grande, envuelto por nuestra madre, encapsulado en ella, acolchado, suspendido en el líquido amniótico. Éste es el paraíso del cual fui expulsado, pero sólo fue el primer desprendimiento de otros que he sufrido en la vida. Que yo sepa, el parto de mi madre fue normal, aunque quizás tuvo otros partos difíciles. Hay que recordar que fuimos 14 hermanos. Y fue quizás por eso que mi madre no tenía, no tuvo tiempo de chiquear, de consentir a todos. Esto lo resentí mucho también, y se lo reclamé varias veces. Ella se reía y me contestaba: "Pero si tú fuiste el más latoso de todos…" La expulsión del paraíso es, desde luego, una de las formidables metáforas bíblicas y religiosas que forman parte de una portentosa serie de metáforas que intentan explicar lo inexplicable, a fin de que podamos entender por qué se sufre tanto en el mundo, por qué somos culpables y de qué… Las expulsiones, los

desprendimientos, se repiten una y otra vez en la vida. También el macho patriarcal expulsa de la horda a los machos jóvenes. Y por supuesto, la experiencia amorosa reproduce esta clase de separaciones dolorosas. Yo soy un hombre hecho de separaciones. De sucesivas separaciones. Mi gran mal en la vida es que yo nunca pude perdonar a la mujer que me dio la vida, el que me haya separado de ella. Y un día, de pronto, ya viejo, cuando estaba escribiendo *La feria* y acudo a la Biblia para buscar en los profetas violentos frases violentas en las cuales apoyar mi texto, encuentro las palabras que busco en Moisés y en Job y digo: "¿Y por qué no me dejó Dios en el vientre de mi madre?"

Esa cadena de separaciones ha sido una de mis fijaciones. No he viajado tanto como lo hizo Paul Claudel, pero tengo siempre presente lo que decía: "soy, al mismo tiempo, un arraigado y un desarraigado". Esto, a su vez, me ha hecho pensar mucho si no en la dispersión de las cenizas, sí en la incineración. Porque, si bien me niego también a la idea de entierro y la rechazo, por otra parte entiendo que el enterramiento cumple la condena, la promesa: salir de la tierra madre, para volver a la madre tierra.

Contar mi vida podría quizás curarme de ese gran pecado, de esa gran maldad que representa el no haber olvidado ni perdonado nunca la separación de mi madre. Una separación que, lejos de provocar alguna desviación de mi conducta masculina, me hizo más hombre. Porque desde entonces tomé el partido del hombre y me uní a mi padre, como si comprendiera que él era también la víctima de una separación. Un expulsado como yo. Desde entonces, sí, puedo afirmarlo, fui hombre, hombre, radicalmente hombre. Pero todos mis acercamientos a la mujer, que comenzaron desde la primera infancia, fueron y han sido seguidos de inmediatas separaciones y rupturas. Yo mismo he propiciado, a lo largo de mi vida, la ruptura con la mujer amada, que repite el esquema original: el momento del corte del cordón umbilical.

Ése fue para mí el único paraíso perdido. No comparto con Rilke, Gide y otros, la idea de que la infancia es paradisiaca. Mentiría yo si aplicara un adjetivo así a mi infancia. Aunque, claro, recuerdo con agrado, aunque al mismo tiempo de manera muy vaga, algunos paseos en los que fui feliz, algunas ceremonias religiosas que me impresionaron. Prometí hablar más tarde de lo que llamo "numen" y de su importancia. Por ahora, lo mencionaré una vez más a propósito de la tormenta. La tormenta siempre ha sido un fenómeno que me ha fascinado, que me da una sensación de felicidad, al contrario de los temblores, que es lo que más me angustia en la vida, que me llenan de horror, a pesar de que recuerdo, en los terremotos, a mi madre, que salmodiaba de manera maravillosa: "Mi alma glorifica al Señor y mi

espíritu se llena de gozo al contemplar la grandeza…" Aunque debo señalar que en esos momentos sentía un terror pánico, sí, pero al mismo tiempo una especie de aceptación de la grandiosidad del fenómeno.

Hay, sin embargo, una serie de primeras sensaciones, que no podría llamar paradisiacas, pero que me producen recuerdos muy agradables. Me refiero a las olfatorias. Es necesario señalar que, cuando nací, mi padre, que sabía de todos los oficios, estaba en proceso de terminar la casa en la que vine al mundo. Era, además, la primera casa que fue de su propiedad. Y la casa debió de haber estado impregnada del olor de las pinturas, de esas pinturas llenas de aroma que se hacían en las tlapalerías a base de aceite de linaza y del barniz que llamábamos *japán*. Pero también se preparaban en casa, yo las vi hacer, a base de pigmentos que se molían en una gran piedra con una mano también de piedra, tal como 400 años antes lo hacían los pintores del Renacimiento. Esta piedra era como un molcajete plano, apenas ligeramente cóncavo. Yo mismo, alguna vez, molí pigmentos, y sus olores se agregaban a una multitud de aromas que llegaban de la cocina, y se mezclaban con el perfume de las flores y también, claro, con los olores agrios y violentos de los animales que nunca faltaban en las casas en ese entonces, o que al menos no faltaron en la mía, como puercos, gallinas y chivos. Al olor de los animales se agregaba el de la boñiga, y se sumaba también el olor muy especial que despedían las carnes frescas de los animales recién sacrificados. Porque también en mi casa mataban animales. Dije que mi padre tuvo muchos oficios: también fue carpintero, y recuerdo el olor de las distintas maderas de las puertas y las ventanas. El olor de la cola, cola de carpintero, que cuando estaba bien hecha olía muy bien, como el olor del engrudo. No me refiero al de almidón, de un aroma muy tenue, casi inodoro, y de textura cristalina, sino al engrudo de harina, de una textura y un aroma mucho más ricos.

Esa casa que construyó mi padre era, como todas las de esa época, con habitaciones cuyos techos estaban a seis metros de altura. Recuerdo que, ya un poco más grande, yo me acostaba en el piso, de espaldas y, con las piernas en la pared, formaba con el cuerpo una especie de escuadra. Fue en esos días cuando comencé a sentir el principio del vértigo, del que tanto he sufrido y al que tanto temo, pero, debo confesar, a ese miedo se unía cierta voluptuosidad. Ésas fueron mis infinitudes hacia arriba, cuando contemplaba el cielo raso de las habitaciones. Lo hice después al aire libre: tenderme en el suelo para contemplar el cielo. Siempre necesité armarme de valor para tenderme así, en el patio, y hundir mi vista en el cielo infinito. No conocía yo entonces, desde luego, los altos cielos de Castilla. Cuando sucedió, camino de Madrid a Salamanca, muchos años después, me

acordé de esos cielos y de la impresión de abismo que me causaban, como si uno pudiera arrojarse a ellos, volar al cielo, caerse en él. Eran los días en que a uno le repetían sin cesar que si los niños se portaban bien se irían al cielo. Y al cielo se fue mi hermana Margarita, cuya muerte me causó la pena más grande, total y devastadora que haya tenido yo jamás en mi vida. Se nos murió pequeña y de manera celestial. Era una criatura iluminada que tuvo conciencia de la cercanía del fin y que nos habló de él de una manera tal, tan poética, que nos dejó a todos deshechos y maravillados. Tenía seis años y fue víctima de una meningitis cerebroespinal. En otras palabras, fue una muerte muy dolorosa, pero de una lucidez y una felicidad por parte de la moribunda, en medio del sufrimiento de toda la familia, de mi familia, que es la imagen más grande y más trágica de toda mi vida. Desde entonces yo quedé vacunado para la muerte. Ni siquiera la muerte de mi hermana mayor, Elena, que fue mi primera y gran maestra, me dolió tanto como la muerte de Margarita.

Yo tenía 10 años de edad y era ya un germen de poeta. Lo sé, porque sentía ya la marea. Esa marea de la que habla Stephen Dedalus en el *Retrato del artista adolescente* de Joyce, y que no es otra cosa que la inspiración. "No me evoques encantos que se van. ¿No estás cansada de ese ardiente afán, tú de ángeles caídos seducción? No me evoques encantos que se van…"

Quiero hablar del borrego negro. Y de mi viaje a París. Pero antes de abandonar el tema de la sensualidad, y de las percepciones infantiles, debo hablar del columpio que, como otras cosas, me producía una sensación muy ambigua: me aterrorizaba y, como el abismo, me atraía. Los estremecimientos que me producía el columpio, tanto el ascenso como el descenso, fueron, para mí, el primer descubrimiento de la sensualidad erótica. En lo que a los alimentos se refiere, recuerdo la impresión del seno materno y de la leche. Sí, mi madre me dio el pecho. Incluso lactaba a otros niños. Teníamos varios hermanos de leche en Zapotlán.

Así que mi reacción inicial ante los alimentos no fue negativa. Porque, además, mi casa fue desde un principio una panadería y toda ella era como una alacena olorosa, con ese santo olor de la panadería del que hablaba López Velarde. En ese sentido, en el de los alimentos terrestres, sí que hubo paraíso en mi infancia. El paraíso de las golosinas. Cómo olvidarse de las primeras tazas de chocolate, cómo del paso de la leche materna al mundo de los atoles de maizena y de avena. De avena, sí, sin *corpus* seminal, o sea sin semillas, para decirlo de algún modo. Con un poco de canela y una cascarita de limón verde. Uno comenzaba por tomar el chocolate con leche, antes de aprender a disfrutarlo con agua, como lo hacía mi padre. Y por supuesto, nunca comprábamos el chocolate, lo hacíamos en la casa, a partir del cacao

de Tabasco que en esa época era no sólo el mejor de México, sino de todo el mundo. Cuando alguna vez llegué a comprar cacao de Ceilán porque no había de Tabasco, mi padre se enojó mucho conmigo. Creo que hasta una azotaína me dio. Tengo por ahí, la guardo, una lista con todos los nombres de los panes que se hacían en casa. De todos hablaré algún día, así como del pinole, de los chiclosos, del esquite, de los buñuelos y de su miel. Y desde luego de los tamales y del tepache. Del tepache que también hacíamos en casa, porque mi padre fue, entre sus muchos oficios, tepachero. Y yo también. Y por tepachero perdí algunas novias. Pero vale la pena señalar que don Juan Ruiz de Alarcón, cuando fue a pleitear a España, el único empleo que tuvo fue el de juez de tepaches. O sea una especie de catador, de inspector de tepaches, cargo que ejercía, creo, en la garita de Peralvillo. También, por entonces, además de ser tepachero, era yo conocido ya como Juanito el Recitador.

Pero me he adelantado más de la cuenta, sin decir cuándo nací. Dónde, ya se sabe: en Zapotlán el Grande. Cuándo, el 21 de septiembre de 1918. O sea, el mismo día en que Marcel Proust sufrió la primera crisis de vértigo y se desplomó por las escaleras de su casa, día de San Mateo Evangelista y Santa Ifigenia Virgen, justamente en la noche en que Rainer Maria Rilke le escribió la primera carta a la que iba a ser su amiga para siempre. Por otra parte, 1918, en pleno estrago de la gripe española, fue el año en que Benedetto Croce demostró el fenómeno cósmico de la simpatía, y fue en septiembre del mismo año cuando Franz Kafka fue declarado mortalmente enfermo de tuberculosis. Nací, como alguna vez lo dije, entre pollos, puercos, chivos, guajolotes, vacas, burros y caballos.

NOSOTROS TENEMOS UN ANTECEDENTE LEGENDARIO TANTO POR parte de padre como de madre. Cuando digo nosotros, me refiero a mis hermanos y hermanas. Fuimos catorce. Yo fui el cuarto. El lote que duró más tiempo fue de 12, seis hermanos y seis hermanas, hijos de Felipe Arreola Mendoza y de Victoria Zúñiga de Arreola. Desde que yo era niño, oía historias extraordinarias sobre nuestros antecesores, porque nuestra familia no existía en Zapotlán en el siglo XVIII. Fue hasta el XIX que se instaló en el pueblo y demostró ser una familia de miembros longevos.

El padre de mi abuelo se llamaba Juan Arriola, así, con *i*. Fue munícipe por mucho tiempo, y se conservan todavía 42 cartas de puño y letra de don Juan de Arriola. Porque a veces le daba por el *de*, como a Juan del Rulfo, que fue su contemporáneo, antecesor de Juan y también munícipe. Juan Arriola, o Arreola, tenía un hermano menor, que se llamaba Francisco. Y, según parece, ambos llegaron en el XVIII a Mazatlán. O sea, llegaron a México no por el Atlántico, por Veracruz, sino por el Pacífico.

Francisco se fue después a vivir a la ciudad homónima de San Francisco, California, y de él se supo poca cosa, salvo que nunca se casó ni tuvo hijos, y que hizo una gran fortuna, la cual a su muerte estaba depositada en un banco de San Francisco. El banco se comunicó muchas veces con mi familia, y hubo personas que se ofrecieron como gestores, porque no dejó herederos, y en su cuenta había 50 000 dólares, una cantidad enorme para esos tiempos, y era necesario que se identificaran los familiares más cercanos para entregarles el dinero. Y nadie lo rescató. Supongo que algún día la cuestión prescribió y los 50 000 dólares se perdieron. Todavía hace 50 años personas del propio banco de San Francisco visitaron Zapotlán, pero nadie, en la familia, movió un dedo. Un licenciado nos decía: "Señores, denme ustedes un poder, autorícenme para hacer la gestión. Esa fortuna existe y es muy grande…" Aún vivía mi padre y desde luego mi primo, hijo del hermano mayor. Supongo que el hermano mayor de mi padre hubiera sido el beneficiario directo. Pero no se hizo nada.

Dejemos a Francisco y quedémonos con Juan, abuelo, como decía, de mi padre. Juan de Arreola —no sé en qué momento la *i* pasó a ser *e* — dejó una familia en Mazatlán, la abandonó, no se sabe en qué condiciones ni a causa de qué. Lo más curioso de todo es que los dos hermanos, cuando estaban en Mazatlán, decían apellidarse Abad, no Arreola, de modo que los descendientes que dejó en Mazatlán mi

bisabuelo, y que llegué a conocer —cuando menos a algunos que nos visitaron en Zapotlán—, todos se llamaban Abad. No sé si tomaron después el apellido de la madre, el caso es que se les conocía indistintamente como los Arreola-Abad y los Abad-Arreola. Mi padre tendría unos seis u ocho años cuando murió mi abuelo Salvador. Otro de sus hijos, del mismo nombre, era carpintero, así que la familia decayó social y económicamente. Lo que más hacía eran cajas de muerto, muchas a la medida. Otras estaban ya hechas y existía la superstición de que cuando alguna caja crujía, era porque en ese momento alguien acababa de morir. Los cajones para adultos los pintaban de negro o de color nogal. Los blancos eran para personas solteras, vírgenes y niños. Los tiempos eran tan duros —los pobres a veces no enterraban a sus muertos en cajas, sino envueltos en petates liados con soga de lechuguilla— que mi abuelo tenía que abandonar la carpintería para irse a trabajar al campo, de jornalero, por dos reales diarios, que eran como 25 centavos de entonces.

Pero don Salvador tuvo la fortuna de casarse con una mujer maravillosa, doña Laurita, verdaderamente ejemplar, que supo ver por sus hijos y por su propio marido, porque mi bisabuelo solía descuidarse un poco y beber a veces con los amigos. Pero, por esos milagros que hay, le salieron dos hijos sacerdotes, José María y Librado. Felipe, mi padre, fue el menor, y por su parte se casó con una muchacha bien, Victoria Zúñiga. Me decían que a veces los familiares de mi madre se burlaban de Felipe, le decían: nosotros de chicos tomábamos chocolate, mientras que a ustedes les daban cola de carpintero, el agua-cola, a la que le ponían un poco de panocha, de miel o de azúcar, y ése era su chocolate.

La familia por parte de mi padre fue, pues, modesta siempre, hasta entonces, pero habían conservado al menos, desde los tiempos de Juan de Arreola, una buena casa. Mejoró más todavía cuando los hermanos se hicieron sacerdotes. La familia pasó así, como la de Montaigne, a pertenecer a la nobleza de toga. Los dos fueron alumnos muy distinguidos en el seminario y luego profesores del mismo seminario. José María, a los 20 años de edad, había ya formado en Zapotlán el primer observatorio astronómico de todo Jalisco y daba clases de física, de astronomía y, según creo, también de historia. Los dos se ordenaron de sacerdotes el mismo día y su padrino de ordenación fue un condiscípulo que había cantado misa uno o dos años antes que ellos. Pascual Díaz, que fue después canónigo, luego obispo y finalmente arzobispo de México, el mismo que años después, con Portes Gil, le diera solución a la revolución cristera. Por haber sido tan amigos, siempre se hablaron con don Pascual de tú y nunca olvidaron el apodo que le habían puesto en el seminario. Tanto que durante la revolución cristera, mi tío de pronto decía a media comida: “Bueno, y

a todo esto, después de lo que ha dicho Calles, ¿qué opina *la Rata?"* Y mi tía Cuca se escandalizaba: "Pero por Dios, Librado, es el arzobispo de México". "Pues para mí siempre será *la Rata"*, contestaba Librado.

Por supuesto, mis dos tíos tenían un cierto orgullo por haber sido condiscípulos del arzobispo de México, pero eran personas tan seguras de sí mismas, tan completamente dueñas de su ser, que nunca recurrieron a él. Fueron también muy amigos de otro personaje, éste de la revolución cristera, muy importante, don Francisco Orozco y Jiménez, arzobispo de Guadalajara. En momentos en que Orozco y Jiménez había ya asumido este arzobispado, fue cuando ocurrió el drama de la separación de la Iglesia de mi tío José María. Eso pasó en 1914. Lo último que hizo, como sacerdote, fue bautizar a mi hermano mayor.

José María Arreola dejó la Iglesia por causa de discrepancias graves, de orden teológico y jerárquico. El nudo gordiano de la cuestión fue el culto a la Virgen de Guadalupe, porque mi tío tuvo en sus manos el ayate de Juan Diego. Era mi tío, como he dicho, un hombre de ciencia muy respetado. Para ese tiempo ya trabajaba con don Manuel Gamio, el que emprendió la teotihuacánida. Fue uno de los ayudantes de Gamio, que colaboró en la exploración de las ruinas y en la catalogación de los tesoros de Teotihuacán. Me viene a la memoria que también mi tío estaba relacionado con un famosísimo personaje de la historia de México, que tuvo mucho que ver con Maximiliano, monseñor de Labastida y Dávalos, compadre de don Joaquín García Icazbalceta, y cuyo nombre completo era tan largo: don Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos Rodríguez de la Cuesta, o algo por el estilo, que cuando lo anunciaron ante el papa en el Vaticano, el pontífice dijo: "Que pase uno primero y el otro después".

Mi tío José María, seguidor de fray Servando Teresa de Mier, se había relacionado con sacerdotes ilustrados que tenían una devoción particular, escondida, por figuras como Hidalgo y Morelos, a los que en esa época todavía se les seguía juzgando casi como heresiarcas. Era, pues, un hombre liberal que incluso leía libros fuera del orden eclesiástico, con licencia o sin ella. Tuvo en sus manos, como dije, el ayate de Juan Diego, para su examen, y naturalmente no pudo aceptar que la pintura de la guadalupana fuera un milagro, y que se hubiera elaborado con elementos, con sustancias, que no existían en esta tierra, con elementos celestes. Este acto de rebeldía no fue el único de su vida como sacerdote. Más de una vez lo castigaron enviándolo a lugares inaccesibles, como La Yesca, un lugar perdido, entre Jalisco y Zacatecas.

Las presiones aumentaron, y querían que mi tío firmara un documento en el que aceptaba el origen milagroso de la pintura del ayate. Entonces dijo: "Yo hasta aquí llegué".

Todo había comenzado con una especie de plebiscito sacerdotal destinado a consagrar a la Virgen de Guadalupe y hacer la petición en tal sentido al papado, cosa que se había ya hecho una o dos veces antes. En otras palabras, se pedía que se le concediera la categoría de culto autorizado a la Virgen, cuyas apariciones habían estado cuestionadas en particular en el siglo XVIII, pero también en el XIX.

Entonces el Vaticano le pide a Labastida y Dávalos que envíe toda la documentación histórica que pueda conseguir, y a monseñor se le ocurre llamar a su compadre, García Icazbalceta, para que lo ayudara en la tarea. García Icazbalceta, que ya había investigado al respecto, le presenta una larga memoria erudita, que abarcaba desde los tiempos de la Conquista, y en la cual, y con gran dolor, supongo, porque era católico hasta el fondo del alma, afirma la falsedad de las apariciones. El Vaticano ignoró la opinión del sabio mexicano, y mi tío se separó de la Iglesia. Otro miembro distinguido lo hizo también, el que entonces era el obispo de Coahuila.

Algo interesante que no hay que olvidar es que las apariciones no son artículo de fe. O sea, la Iglesia no obliga a nadie a creer en la aparición de la Virgen de Guadalupe o de cualquier otra. Hay muchas personas en Francia, muy católicas, que no creen en la Virgen de Lourdes, por ejemplo. Es en el Credo y en lo que es dogma, en lo que es obligatorio creer.

Considero oportuno afirmar que yo soy un cristiano católico porque nací en ese mundo, el del cristianismo y el catolicismo, y en él quiero morir. Me defino como un occidental, porque soy heredero de las culturas occidentales que se reúnen en el crisol de Europa. Sin olvidar todas esas corrientes que se desprenden desde la manga de Tartaria y Siberia, para desembocar en la parte norte de Europa y continuar hacia el centro, hacia ese cedazo gigantesco que es Hungría. Finalmente esas corrientes van a dar a España, la cual se nutre, por otra vía, del Lejano y del Cercano Oriente, de los persas, de la India, de Egipto y desde luego del mundo árabe. Yo me siento un producto ínfimo y remoto, pero producto al fin, de ese magnífico crisol. Y me someto.

Me someto como se sometió mi tío Librado, que, sin desconocer las razones de su hermano José María, vivió hasta el fin de su vida en una difícil, a veces dificilísima sumisión a la Iglesia, pero completa, total. Bien decía Claudel: “¿Para qué sufrir si es tan fácil obedecer?” “Yo me he dado cuenta —decía Librado— de que me ha sido dada la posibilidad de hacer el bien.” Y a eso se dedicó, en efecto, a hacer el bien, y fue un sacerdote muy querido en Zapotlán y desde luego en Tamazula, de la que fue cura 32 años.

Era muy generoso y siempre que podía regalaba medicinas, alimento y dinero a quienes más lo necesitaban. Cuando murió, el

pueblo entero acudió a su entierro en Guadalajara. José María, por su parte, dijo: “Yo también puedo hacer el bien, pero en la Universidad de Guadadalajara”, y así fue, se dedicó por el resto de sus días a la enseñanza, y se conservó célibe.

A José María se le atribuyó, durante un tiempo, una hija, pero nunca se pudo comprobar nada.

Con estos dos sacerdotes, como decía, la familia subió en la escala social, y mi padre vivió una vida de señorito, o casi, y ya en 1900 pudo viajar a México, en un viaje del que recordó todos los detalles. Otra cosa significativa es que fue condiscípulo en el seminario del primer cardenal que hubo en México, otro personaje jalisciense, José Garibi Rivera. De modo que no era raro recibir la visita, en casa, de Garibi o de monseñor Orozco y Jiménez. Lo que no sucedió, en cambio, con don Pascual, acaparado por el gran problema de la revolución cristera.

De hecho, otros obispos y jerarcas eclesiásticos mexicanos nunca le perdonaron a don Pascual que hubiera, según ellos, comprometido a la revolución cristera. Pero lo que sucede es que él se dio cuenta que esa guerra no tenía sentido, no tenía ni pies ni cabeza, y se cometían toda clase de atrocidades terribles, secuestros, asesinatos, incendios, torturas, por parte de ambos bandos. Coincidió con esta opinión el presidente Portes Gil, que se hizo entonces famoso con su bombardeo de comestibles y ropas y mensajes en los que ofreció la libertad a todos aquellos cristeros que depusieran las armas y obedecieran al arzobispo. Siendo pues un pacificador, a don Pascual la Iglesia le ha guardado cierta distancia.

Decía que, al subir de nivel de vida la familia, así como en la estima social, mi padre Felipe y su hermano Esteban se convierten en señoritos, en hombres de corbata de moño y camisas de céfiro. Y ahora que digo *céfiro* pienso que habrá que dedicarle un capítulo a las telas. También fui vendedor de telas.

Pero antes de pasar a otra cosa, en lo que respecta al origen de la familia debo señalar que, aunque mis dos apellidos son ambos de origen vascongado, Arreola y Zúñiga, el que debía corresponderme, Abad, que viene de *abba —padre* en arameo—, quizás lo relegó mi bisabuelo a segundo lugar en un intento de borrar una última fama de converso.

CONOCÍ TAMBIÉN EN MI JUVENTUD —NUNCA PERSONALMENTE, en el cine— a un actor que me llamó enormemente la atención y que se transformó en uno de mis dechados masculinos. Era un Don Juan vienés que parecía haber brotado de las novelas de Arthur Schnitzler, que tuvo reconocimientos importantes y del cual se hizo incluso una muy buena película dirigida por Max Ophuls, *La ronda*. Me refiero a Adolf Wohlbrück, quien es más conocido por Antón Walbrook, nombre que adoptó al salir de Viena cuando Hitler subió al poder. En *La ronda* sale con un frac precioso, una capa, un sombrero de copa y un bastón, operando el carrusel. En Inglaterra hizo una gran carrera. De hecho Walbrook es el único actor que hizo gran cine en Austria, Alemania, Checoslovaquia, Inglaterra y Francia y, finalmente, como era natural, en los Estados Unidos. Hablaba además y de manera admirable varios de los idiomas de los países donde actuaba. Yo viví algunos de los personajes de Schnitzler ya mediatizados por Walbrook. No me costaba ningún trabajo encarnar a Anatole, por ejemplo, puesto que tenía como gran modelo a ese magnífico actor austriaco. Vi también, en Guadalajara, cuando se inauguró el Cine Colón, nada menos que *La batalla*, con Charles Boyer y Sessue Hayakawa, que trataba de la guerra ruso-japonesa y donde el gran papel, de almirante japonés, lo hacía el propio Boyer. En cuanto a Hayakawa, un japonés que hablaba muy bien el francés, hizo teatro también, el llamado de los caballeros Rumi, de la misma zona de los samurai. No recuerdo cuál era la diferencia entre los rumi y los samurai, pero sí que un gran director de teatro —de cuya existencia me enteré en un artículo de *Revista de Revistas*—, Chyezo Kataoka, fue maestro de Hayakawa y de Toshiro Mifune. Es inevitable asimismo que me venga a la memoria una actriz muy linda, que trabajó en el cine francés, japonesa, claro, Michiko Tanaka, que actuó en una película famosa: *Yoshiwara*. Y cuando me acuerdo de Michiko, me acuerdo de que Ricardo Nishijima recitaba allá por 1934 un poema de autor hispanoamericano, del cual retengo los siguientes versos:

> Y esta mujer preclara
> no es la que nos pinta
> cual flor de Yoshiwara
> la gris literatura
> de América y París…
> El Japón de hoy

no es el Japón que fue,
y el hogar japonés no es la taza de té
de los Gómez Carrillo y de los Pierre Loti…

Por lo pronto, no había visto aún ninguna película de Louis Jouvet. Esto sucedió en la ciudad de México cuando, también en compañía de mi hermano Rafael, me dedicaba a ir al cine en mis tiempos libres, ya que entonces trabajaba yo en la escuela de teatro. Tanto Rafael como yo hicimos poco caso del cine norteamericano y nos volvimos asiduos maniáticos del cine francés. Coincidíamos, como lo señalé antes, en nuestra curiosidad por personalidades singulares, peculiares, conspicuas. Casi diría: anómalas. Vimos también algunas cintas alemanas importantes, pero el primer lugar lo tenían las películas francesas, que a veces teníamos que ver no cuando se estrenaban, sino hasta la segunda vuelta, que era cuando costaban menos. O en las *matinées* y en cines como los de la colonia Obrera o la Lagunilla o la Merced, o algunos otros, como el que estaba en la calle de Mosqueta. Allí, en México, viví por primera vez de enero del 37 a agosto del 40.

De pronto oír hablar francés, lo aprendí solo. Nunca se me olvidará Erich von Stroheim, en una película en la que actuaban también Viviane Romance y Roger Duchesne, llamada *Gibraltar*, que decía: "D'un côté, la grandeur et la puissance de l'amirauté de sa majesté britannique, et de l'autre côté un coiffeur, un simple coiffeur qui dans sa petite boutique fait trembler l'Empire…" O sea: "De un lado la grandeza y poderío del almirantazgo de su majestad británica, y del otro un peluquero, un simple peluquero que desde su pequeño establecimiento hace temblar al Imperio…"

Fue así como, y a excepción de Harry Baur, Victor Francen y Charles Boyer, mi hermano Rafael y yo comenzamos a dedicarnos no a los actores estelares sino a otros que desempeñaban papeles que no eran los de protagonistas. Y de pronto nos damos cuenta de la existencia de un individuo un tanto cuanto siniestro, de voz ronca que, era notorio, dominaba un tartamudeo. Un tartamudeo que desde luego fue el principal obstáculo a vencer en su vida como actor. Se trataba, claro, de Louis Jouvet. Quizás la primera vez que lo vi fue en el papel del misterioso Míster Flow, un personaje sarcástico, irónico, de una comicidad que podría llamar secreta, hermética. Un ladrón extraordinario tipo Fantomas, un personaje de Arsenio Lupin. El momento más importante de su hazaña delictuosa es cuando se esconde nada menos que en la cárcel de La Santé, haciéndose arrestar por el robo de un reloj de pulsera. Lo recuerdo como si lo estuviera viendo: saca el reloj del bolsillo, lo columpia por la cadena y se confiesa cleptómano. El jurado no puede evitar una risa a medias, pero lo condenan a tres semanas de reclusión. Tres semanas durante

las cuales el policía que lo persigue no lo encuentra, desde luego, por ningún lado. También se me quedó muy grabado en una película llamada *La casa del Maltés*. El Maltés era un actor maravilloso, extraordinario y muy extraño, Marcel Dalio, el cual participó en varias películas pero a quien no es fácil recordar porque tampoco solía hacer el papel principal. En esa película, Louis Jouvet hace un papel extraordinario, un personaje con monóculo y bombín, con una presencia terrible, que llega a visitar al protagonista en relación con un problema de adulterio. Sacaba su tarjeta, recuerdo, y decía: "Monsieur, je suis de l'agence Rossignol" ("Señor, soy de la agencia Ruiseñor"). Era desde luego un chantajista, y por eso la agencia se llamaba así, porque todos cantaban: *chantaje* viene desde luego del francés *chanter*, que es "cantar". Y nosotros, mi hermano Rafael y yo, nos sumíamos en nuestras butacas, fascinados, congelados ante aquella presencia mágica. Tuvimos que ver varias películas de Jouvet, sin embargo, para darnos cuenta, en toda su magnitud, de su importancia, de su enorme valor. Después, naturalmente, nos encontramos con otros como Jacques Copeau, maestro de Jouvet, y su compañero Charles Dullin. Todos se especializaban en esos personajes un tanto sórdidos, gente siniestra, chueca. El francés tiene la palabra exacta para calificarlos: *louche*. Lo que inevitablemente me lleva a recordar *Los bajos fondos*, que hizo Jean Renoir con Jouvet.

Pero hubo otro, otro actor portentoso, también especializado en esa clase de papeles equívocos. Era un encarnador de cobardes, de asesinos. Se llamó Robert Le Vigan, quien, por cierto, fue condenado a muerte cuando yo vivía aún en París. El escritor Louis-Ferdinand Céline fue su veneno: se convirtió en un fascista, en un antisemita acérrimo. Algo semejante a lo que ocurrió con Julien Luchaire, padre de la actriz Corinne Luchaire de la que también estuve enamorado, y que fue fusilado en la prisión de Fresnes. Corinne Luchaire moriría después en París, a los 24 años de edad. Muy joven, sí, porque ya a los 18 era una actriz reconocida. Después de la guerra, acusada de haber colaborado con los nazis, la condenaron a 10 años de lo que se llamaba "indignidad nacional". La tuberculosis de la cual murió la había contraído en la cárcel. Recuerdo los titulares que hablaban de la muerte de Luchaire, el padre: "Luchaire est mort, la cigarette aux lèvres" ("Luchaire ha muerto, con el cigarro en los labios"). Me conmovió mucho, también, el fusilamiento de Robert Brasillach.

En fin, mi hermano y yo hicimos una colección de personajes de los que pocos se acuerdan hoy día, que eran extraordinarios actores de composición, como Marcel Aimos, René Bergeron, Lucas Gridoux o Martial Rèbe. Algunos de ellos ya no aparecen ni en los diccionarios especializados en cine, pero fueron actores notables, que venían del *boulevard*, de los teatros. Grandes comediantes, sin duda. Pero vuelvo

al descubrimiento de Jouvet, que tendría, cuando lo vimos por primera vez, unos 40 años, puesto que nació en 1888. La fecha la tengo muy grabada porque fue también el año en que nació mi padre y el de algunos personajes, así como el de la publicación de libros importantes. En especial de *Azul* de Rubén Darío, poeta que me fuera revelado por mi propio padre. Louis Jouvet era un hombre desgarbado, que caminaba un poco destartalado por así decirlo, como una figura un tanto dislocada. Nacido en Bretaña, tierra de su padre —su madre era también del norte de Francia, de Picardía—, no tenía propiamente dicho un acento bretón: su acento propio era su tartamudez. Y su voz, una voz grave, oscura. Y sobre todo tenía *numen*. Prefiero esta palabra a "carisma", un término del que tanto se ha abusado. Numen, sí, porque cuando aparecía en la pantalla, y como sucede siempre con los verdaderos actores, aparte de su presencia temporal y física, se sentía, se revelaba otra presencia que estaba más allá, que brotaba de él, claro, pero que lo trascendía. No para todos. Es decir, esa trascendencia se alojaba, por así decirlo, en las personas capaces de percibirla. Tiene que ver con lo que llamamos magnetismo. Jouvet, capaz de hacer papeles muy variados, de cierta comicidad pero muy fina —le encantaba la farsa—, era, sin embargo, siempre el mismo.

Formamos después un círculo de amigos que no nos perdíamos una película de Jouvet, que éramos no sólo admiradores sino buenos conocedores de él. A Jouvet se agregaron Le Vigan y Marcel Dalio, y Jules Berry, un actor del cual, pienso, heredé malas mañas en el arte de la seducción. Lo recuerdo en *Los visitantes de la noche* en el papel del diablo. Y en *El día se levanta* de Marcel Carné, donde Jules Berry hace un papel espantoso: el de domador de perros. Todo lo que hacía Berry se contaminaba de maldad, de lo siniestro, de lo sórdido, lo demoniaco. Y también se contagiaba de lo *numinoso* y, claro, de lo ominoso.

Nadie puede poseer el *numen* pero sí reflejarlo, palpitarlo. Se me ocurre que en Juan Rulfo se da en ciertos momentos, y de manera muy curiosa, algo de lo *numinoso* a través de la mente de algunos de sus personajes, como Macario. En fin, que los personajes del cine que coleccionábamos eran la estampa misma de la maldad, de la cobardía, de lo repulsivo. Algo así como el abominable Stepanchikovo de Dostoievski. Para esa época, cuando me adentré en el conocimiento de Jouvet, ya había yo leído revistas sobre la historia del teatro y del surgimiento de una nueva etapa del teatro francés, a partir de André Antoine. Pero en realidad coexistían en Francia varias clases de teatro: el de la Comédie Française, tradicional y repetitivo, el de la escuela de la propia Comédie que se escenificaba en los teatros bien, como el Sarah Bernhardt entre otros, y el teatro de los bulevares, el

funambulesco, aunque también existió, curiosamente, un término medio entre el teatro de la Comédie y el de los funámbulos. Esto sucede cuando a Antoine se le ocurre hacer un teatro que parte del naturalismo de Zola. Y es así como por ejemplo, en una pieza que recuerdo, dirigida por Antoine, aparece una carnicería completa, con los ganchos o lambritines de los que colgaban verdaderas piezas, enormes, de carne, frescas y que goteaban sangre. Naturalmente, el olor de la carne llegaba a los espectadores. Y de pronto el actor que hacía de carnicero se ponía a cortar y picar carne de verdad, a cortar queso y probarlo, lo que causaba cierto desconcierto entre el público. Antoine fue maestro de Jacques Copeau, que inauguró en el teatro francés una corriente contraria, cargada de antinaturalismo. Otro extraordinario comediante fue Firmin Gémier, quien elige trabajar en un circo, no en un teatro, y planea una pieza en la que los actores se mueven en todos los sentidos y el público los ve desde todos los ángulos.

Y es Jacques Copeau, precisamente, el maestro que recibe a Jouvet cuando éste llega a París. Copeau estaba entregado a la tarea de formar ese milagro que fue el Vieux Colombier, y Jouvet es un estudiante de farmacia. Su tío tenía una farmacia que se suponía iba a heredarle, de manera que su padre lo envió a la capital con el propósito de que estudiara farmacéutica. Pero Jouvet engaña a su padre y se dedica al teatro. Lo notable es que sus conocimientos de farmacia eran sólidos, y solía recetar contra diversos males y achaques a los actores que trabajaban con él.

Un día me entero que desde 1943 Jouvet había salido de Francia con una compañía improvisada por actores que se la jugaron con él, que formaron una *troupe*. Cuando los alemanes llegaron a París, Jouvet cerró su teatro, pero Otto Abetz, que había sido presidente del Instituto Franco-Alemán de París, lo obligó a reabrirlo. Entonces a Jouvet se le ocurre poner en escena la obra de Giraudoux, *No habrá guerra de Troya —La guerre de Troie n'aura pas lieu—*, cosa que disgustó a Abetz, el cual le pidió que montara otra obra. Como resultado, Jouvet volvió a cerrar el teatro. Pero conocía a alguien en el gobierno de Vichy que fue quien sin duda facilitó su salida de Francia. En esos momentos nadie podía salir del país. Fue, parece, un ministro de Pétain quien le organizó una gira que comenzó en Casablanca y que llevó a Jouvet y a su grupo a Brasil y otros países de América Latina. De alguna manera, se logró que no se le recibiera como un emisario del gobierno de Vichy sino como un emisario de Francia, como un embajador de su cultura, como el gran artista que era. En realidad, no se sabía con exactitud cómo había logrado salir de Francia. El caso es que llegaron a Brasil y viajaron a Buenos Aires y luego a Santiago. Recorrieron pues una buena parte del continente en unos autobuses

atroces, los del tiempo de la guerra, que no contaban con refacciones. De Argentina a Chile cruzaron los Andes a lomo de mula, mientras los escenarios viajaban en carromatos. Esto lo cuenta el propio Jouvet, quien en Chile, no recuerdo, en Perú quizás, sufre un enorme golpe: lo abandona la mujer de su vida, Madeleine Ozeray, que se va con un director de orquesta, de modo que llega a México herido, *blessé*. Pero pronto encontró otro amor, Monique Mélinand, quien le correspondió de inmediato. Era la primera dama de su compañía. Cuando la colonia francesa de Guadalajara se enteró de la inminencia de su viaje a México, empezó a solicitar a Educación Pública y a Relaciones Exteriores su intervención para que viniera. Jouvet acepta la invitación de Guadalajara y viaja en tren desde México. Le hicimos un recibimiento en la estación y yo logré acercarme a él.

Jouvet y su compañía trabajaron dos semanas en el Teatro Degollado con una muy buena concurrencia. Las obras eran en francés, desde luego, pero entonces la colonia francesa de Guadalajara era numerosa, más de lo que es ahora, y desde luego había entre los franceses muchos barcelonetas, los Gas, los Fortoul-Bec, los Alegre, los Signoret, los Lainé. Pero fue mi segundo asalto a Jouvet el más aparatoso. Resulta que él salió corriendo del Teatro Degollado en mangas de camisa, durante algún ensayo a buscar algo, y al regreso lo alcanzo y le suelto una verdadera catarata, le cuento su vida, le digo lo que es el teatro francés, la poesía francesa, qué sé yo, en un francés martajado, pero me entendió. Se acordó de que lo había recibido en la estación mientras yo continuaba con una andanada y le hablaba de André Antoine, de Charles Dullin, de Gaston Baty, de Copeau, de Marguerite Jamois y de otras personas de su círculo, y es más, le dije: "Usted siempre trae en el bolsillo unas piedritas de río". Y Jouvet, asombrado de todo lo que yo sabía de él, me dijo que estaban en medio de un ensayo, pero que me esperaba el domingo —esto ocurría un viernes— en el Hotel del Parque a las 11 de la mañana. Acudí a la cita puntual, me presentó a Monique Mélinand, y salí del hotel a las tres de la tarde. Al despedirse, después de asegurarme que me parecía a Jean-Louis Barrault, me aseguró que yo iría a París, y que en París me sentiría como en mi casa. Me pidió mi nombre y mi dirección, que anotó en una libretita, y yo vi, de reojo, que ponía: Juan José Arreola, y abajo de mi nombre "garçon remarquable"… "muchacho notable". En ese momento, yo me sentí como titulado.

VUELVO AL BORREGO NEGRO. YO DI MIS PRIMEROS PASOS BAJO EL signo del terror, frase que parecería un título de película. Estaba yo sentado en el suelo, jugando con un bastón de palo o algo así, cuando se abrió la puerta de uno de los corrales de la casa, que seguramente alguien había cerrado mal, y sale por ella un borrego negro. O algo más que eso, un semental, un verraco como le dicen en América del Sur, con grandes cuernos, que se dirige hacia mí. Yo no había aprendido todavía a caminar, pero el instinto —el del hombre paleolítico— me hizo levantarme, apoyarme en el bastón y caminar. Me fui hacia un pasillo, por el que por fortuna venía mi madre, que salió a mi encuentro. Pero al ver que venía yo caminando, apoyado en el bastón y atrás el borrego, mi madre se soltó a reír. Yo, que tenía un año de edad o menos, estaba aterrorizado. Para mí, fue como si se me echara encima un rinoceronte.

Durante toda la infancia, y gran parte de la adolescencia, tuve una pesadilla recurrente. El borrego se transformaba, en mis sueños, en un gran perro o en un toro. Lo digo en *Confabulario*: "Ese borrego negro nunca ha dejado de perseguirme". Esto no pareció afectarme durante un tiempo, ya que al entrar a la escuela como oyente, a los tres años de edad, tenía yo buena salud y era de buen comer. Era un niño gordito, poco gracioso, poco aderezado. Fue compañero mío entonces quien sería después médico y se apellidaba, qué coincidencia, como Rulfo: Pérez Vizcaíno. No recuerdo por qué, por alguna travesura que hicimos, nos encerraron en la escuela como castigo. Quizás en la oficina del director, y yo escuché cómo le daban la vuelta a la llave. Pérez Vizcaíno abrió la boca y lanzó un verdadero alarido de terror y se puso a llorar. Yo no lo hice, nada más que de verlo llorar a él. Ya he contado varias veces que en la casa nos pegaban, y esto tal vez, en esos momentos, me dio fortaleza. Una vez más aclaro que pegarles a los niños era la costumbre generalizada, una buena costumbre. Un maestro, pariente político nuestro, inventó un columpio con un hueco en el asiento. Sentaba allí al niño castigado, lo mecía y cuando pasaba delante de él le asestaba el chicotazo.

Coscorrones, cachetadas, nalgadas, cueraceras y a veces hasta patadas, ése era nuestro mundo. Ya más grandecitos, sólo chicote, nada de nalgadas. Tres chicotinas diarias era el promedio. Con chicote de cabalgadura, cinturón, o con la famosa vara de membrillo. Yo bendigo ese trato, lo repito una y otra vez, porque realmente me hicieron de una pieza, disciplinado a más no poder, respetuoso de los mayores. La palabra más usada para referirse a una azotaína era

cueracera. Una vez mi madre estaba desesperada buscando el chicote para castigarme, y yo sabía dónde estaba. Le dije: "Mamá, el chicote está en el segundo machero del corral". Mi madre fue a buscarlo y yo pensé que me perdonaría por haberle dicho dónde estaba, pero qué va.

Los lunes en la mañana teníamos cueracera segura, a la hora del desayuno, porque era cuando nos firmaban las calificaciones. Mi papá decía: "Todo lo que baje de 10, me lo van a pagar con azotes". No sé si debiera contar estas cosas porque podría dar idea de que tenía un padre cruel, pero no, no fue así, fue un padre excelente que, simplemente, tenía que cumplir sus normas. Los azotes, por otra parte, no eran nada simbólicos, estaban siempre bien dados. Lo que sucede es que nunca se propasaban. Yo me imagino lo que habría sido yo sin esa disciplina: un piel de Judas.

Tuve después un sarampión, y me pusieron a dieta durante la convalecencia. A media dieta se me ocurrió comerme un pedazo de queso añejo, y volví a caer en cama, con una fiebre intestinal. Entre el sarampión y la fiebre duré, mínimo, unos tres meses en cama y era tal mi debilidad que cuando al fin me levanté no podía caminar. Tuve que aprender de nuevo. Fue necesario ayudarme a recuperar el uso de las piernas. Pero esta enfermedad fue riquísima dentro de mi formación. Resulta que mi madre estaba embarazada y fue mi hermana Elena la que tuvo que hacerse cargo de mí. Mi hermana, que de maestra mía se transformó entonces en una segunda madre. Tenía yo entonces entre cinco y seis años. Y fue el médico el que ordenó que mi madre no se ocupara de mí, ya que estaba recién salido del sarampión, a pesar de que en esa época no se sabía que el sarampión, la rubéola y enfermedades por el estilo podían afectar al feto.

Por eso mi madre me veía nada más a través de un cristal de la ventana, y eso me dolió mucho. Fue una separación más de tantas. Hace poco, cuando leí un texto en un periódico sobre Otto Rank, me di cuenta que se me había olvidado que él fue el gran especialista del abandono, de la separación. Junto, desde luego, con Igor Caruso, el del tema de la separación de los amantes, que fue discípulo fiel, inseparable, de Freud. Fueron, Caruso y Freud, lecturas claves de mi vida. Comencé a leer a Freud gracias a Antonio Albuquerque, a quien conocí cuando era estudiante de medicina y que después se hizo famoso en la radio.

Mi padre, en cambio, que no tenía prohibido visitarme, lo hacía dos o tres veces al día y en ocasiones se quedaba en la noche mientras mi hermana Elena dormía. Porque tuvieron que velarme noches enteras, ya que durante varias semanas padecí fiebres altísimas. No sé cómo no me morí o perdí la razón. Una vez, la fiebre alta me duró ocho días continuos. Esto provocaba que se me agudizara la

sensibilidad a un extremo. Llegué a percibir cosas que andaban en el aire. Fue, supongo, el delirio. Recuerdo también que cuando me dio sarampión, mi padre se fue a comprar un foco rojo. Ésa era la costumbre, luz roja y ventanas cubiertas con papel celofán rojo, cuando uno tenía sarampión.

También la memoria se me agudizó. Ya sabía yo leer, pero no podía hacerlo, de lo débil que estaba. Elena entonces me leía cuentos. Los de Andersen, como "La historia de Valdemar Dae y sus hijas", los de Perrault. No sé si fue por esa época, pero me dejaron marcado los cuentos de Edmundo D'Amicis, *Corazón, diario de un niño*: sobre todo "El húsar de cuero", "De los Apeninos a los Andes", "El pequeño escribiente florentino", "El pequeño patriota paduano". Por cierto, en uno de sus ensayos, D'Amicis recomienda leer el diccionario y las enciclopedias desde el principio al fin, de la *a* a la *zeta*, como si fueran libros de lectura. Mi hermana, además de leerme, me contaba cuentos y recitaba poemas que había aprendido de memoria, con muy buena voz. Sabía interpretar muy bien.

Cuando al fin me levanté y comencé a caminar, se inició otro gran drama de mi vida. Me negué a regresar a la escuela. Y no hubo manera de llevarme. Me pegaban y me pegaban una y otra vez y yo nada, me rebelaba y pateaba y era inútil que volvieran a pegarme. No sé si fue una especie de neurosis o un trastorno mental que se manifestó como una insubordinación. En la mesa llegué a responderles groseramente y claro, me pegaban, pero ellos mismos decían no le podemos estar pegando todo el día, qué vamos a hacer con esta criatura. Llegué al extremo un día de subirme a la mesa y pisotear el mantel. Me reía cuando me pegaban, de modo que mi madre pensó que ya no tenía sentido castigarme. Mi padre me agarró un día y me llevó arrastrando a la escuela, sí, materialmente *arrastrando* delante de toda la gente. Entre el maestro y mi padre me metieron a la fuerza a la escuela y cerraron las puertas con aldabas de cruz. En un intento de escaparme me subí por la reja, pero el maestro me bajó a chicotazos. Me dejaron en el suelo, llorando, y así fue durante varios días, hasta que yo mismo me di cuenta que así no iba a llegar a ninguna parte. Creo recordar que llamaron a un sacerdote. Comenzaban a prepararme para mi primera comunión.

Esta escuela, donde tuve la crisis, no fue desde luego la primera de mi vida. Antes había asistido al Colegio de San Francisco, donde no estaba formalmente inscrito, me dejaban entrar a los salones de primero, segundo, más tarde a los de tercero o cuarto. Por eso a los tres años ya sabía yo leer, y fue cuando me aprendí de memoria "El Cristo de Temaca".

Hay en la peña de Temaca un Cristo.

Yo, que su rara perfección he visto,
jurar puedo
que lo pintó Dios mismo con su dedo.
En vano corre la impiedad maldita
y ante el portento la contienda entabla.
El Cristo aquel parece que medita
y parece que habla…
[…]
Mira al norte la peña en que hemos visto
que la bendita imagen se destaca.
Si al norte de la peña está Temaca,
¿qué le mira a Temaca tanto el Cristo?
[…]
Como desde la roca en que os he visto,
de esa suerte,
en la angustia suprema de la muerte,
sobre el bardo alumbrad, ojos de Cristo.

Son algunos fragmentos del poema tres veces más largo. No voy a presumir con el propósito de que yo entendía algo del texto que recitaba de memoria. Nada más afirmo que sentía mucho las palabras que iba diciendo a media lengua. Pero lo que se dice "entender" sólo entendía "entabla", y eso por una tablita que hacía de puentecito sobre un hilo de agua que marcaba el límite entre un patio cubierto y uno descubierto, al pie de un lavadero. Al ser pisada la tablita, el agua bajo ella salpicaba levemente al tiempo que se producía un breve chasquido, mientras yo repetía, destrozándolo, el verso del padre Placencia: "…entabla, la contienda entabla". El jueguito me gustaba, tenía entre cuatro y cinco años de edad, y mis hermanos mayores se divertían oyéndome recitar "El Cristo de Temaca", casi entero, en mis idas y saltarinas venidas sobre la tablita tablatura de una elemental y minúscula música de agua… Tal vez he sido un precursor de "brinca la tablita, yo ya la brinqué…"

El Colegio de San Francisco lo cerraron cuando expulsaron a las monjas, que, pienso, las expulsaron por ser francesas. También fui al Colegio de las Madres del Sagrado Corazón y al de Fermina Manríquez. Cerraban tanto las escuelas, que mi hermano y yo nos pasábamos repitiendo los primeros, segundos y terceros años. De modo que, como el personaje de Borges, puedo decir que hice unos sólidos estudios de primaria. En el Colegio del Sagrado Corazón me castigaron —y quizás hasta me echaron de la escuela, no recuerdo bien— porque en pleno salón de clases estaba yo dedicado a actividades de hecho un poco onanísticas. Actividades manuales y de

verificación. Y, con otro compañero que se sentaba cerca, hacíamos comparaciones. Por esa época, a los cuatro o cinco años, me encontraron también con una compañerita, o prima, haciendo algo de ese orden, indebido. Las escuelas primarias eran mixtas, sólo después separaban a los varones y las niñas. Yo no quería hablar de esto, pero por otra parte es necesario, porque fue allí donde nació la sensación de pecado. Desde ese entonces y hasta la fecha, a lo largo de toda una larga vida, es lo único que me ha producido la sensación, la impresión de pecado: todo lo que tiene que ver con lo erótico.

Pero esta enfermedad, la fiebre intestinal, no fue la única grave que padecí. Casi me muero a los tres meses de edad, a causa de la gripe española. La sufrí al mismo tiempo que, en Francia, la padeció Guillaume Apollinaire que, como se sabe, murió a causa de ella porque además estaba muy debilitado por la esquirla del casco de un obús que se le incrustó en el cerebro en 1916. Su muerte ocurrió dos días antes del armisticio.

Más tarde, a los tres años de edad, una sirvienta que me tenía en brazos me golpeó la cabeza contra la jamba de una puerta y perdí el conocimiento por unos momentos. Bueno, el poco conocimiento que tenía entonces. Alguna vez, un psiquiatra diagnosticó que a causa de ese golpe yo tenía lo que llamó un “hemicráneo epiléptico”. Pero nunca hubo pruebas de semejante cosa.

UN LATINOAMERICANO CON VOCACIÓN ARTÍSTICA NO SE SENTÍA puesto de pie y en equilibrio si no había pasado por París. En particular los escritores. Lugones, Darío, Vallejo, Huidobro: todo el mundo pasó por París; Reyes, Paz. Se me viene a la memoria el caso de Guillermo Jiménez, que terminó su vida como embajador en Viena. Resulta que en plena Revolución llega don Venustiano Carranza a Zapotlán, y lo recibe un joven que le da la bienvenida llamándolo "caballero azul". Después de su discurso, impresionado, Carranza le preguntó cómo se llamaba y le dijo que le gustaría hacer algo por él. Y Jiménez le contestó: "Lo que yo quiero es ir a París". Y Carranza lo mandó a París porque le gustó mucho como hablaba. Jiménez escribió, entre otros libros, uno que se llamó *Zapotlán* que contiene una muy bella imagen de su madre, como la de la madre de Andrés Henestrosa, que se llamaba Constanza, y que también es retratada en un bello libro.

Bueno, pues algo así me pasó a mí con Jouvet después de que lo asalté a la salida del Teatro Degollado. Pero mi viaje no fue inmediato. Acababa de nacer mi primera hija, Claudia, una semana antes de que cumpliéramos los nueve meses de casados Sara y yo. Partí casi un año después, ya ocurrida la liberación de París. Jouvet reabrió el Teatro El Ateneo y yo le escribí para recordarle su promesa. Él me preguntó qué necesitaba y yo le dije que lo único que requería era una carta de él que pudiera yo presentar a las autoridades mexicanas y a la embajada de Francia, donde se comprometiera a hacerse cargo de mí apenas llegara a París. Así lo hizo Jouvet y los franceses, ante la sola presentación de la carta, me concedieron una beca. Pedían tres cartas de recomendación, que me dieron Alfonso Reyes, Carlos González Peña y mi maestro de teatro, Fernando Wagner. Por lo demás, me dijeron en la embajada que no tenía que declarar ninguna otra cosa, ni el motivo de mis estudios, ni lo que iba a hacer a París: nada. Bastaba con la carta de Jouvet. Mi alegría fue muy grande. Creo necesario señalar que estuve a punto de irme a París en 1939, cuando la guerra, o como decía Ortega y Gasset: "el bélico incidente", me echó a perder el viaje y me obligó a esperar seis años. Una eternidad.

Antonio Alatorre me ayudó a vender mis pocos libros para juntar unos centavos. Él mismo compró algunos y me mandaba las listas de los libros liquidados por cincuenta centavos algunos, un peso, uno cincuenta, dos o tres pesos. Y entonces quitamos nuestra casa y Sara y Claudia se fueron con mis padres a Zapotlán. Me fui primero a México para ultimar detalles, pero tuve que regresar a Guadalajara y

Zapotlán, porque no se sabía aún de un barco que saliera para Europa. Mi padre me ayudó a rentar una casa para mi mujer y la niña y yo, ya sin un centavo de sueldo porque había renunciado a *El Occidental*, me quedé en Zapotlán, esperando, jugando ajedrez con mi padre y repasando poemas y recuerdos. Hasta que un día llegó un telegrama de Alatorre en el que se me urgía a presentarme en la embajada de Francia. Me fui como un relámpago, no sin antes obtener un documento de viaje del gobierno de Jalisco. No un pasaporte, sino uno de esos documentos que se daban el siglo pasado, un salvoconducto. Me lo dio, en media hora, el secretario general de gobierno. El gobernador era entonces Marcelino García Barragán. En la ciudad de México se organizó entre amigos una colecta para ayudarme. Era el mes de octubre y había que comprar ropa de invierno, abrigo, guantes, bufanda. En México, Luis G. Basurto me llevó con el presidente Portes Gil, quien sacó de su cartera 100 pesos y me los regaló. En esos tiempos 100 pesos eran, claro, una cantidad muy respetable. Otros amigos me dieron cinco pesos, tres, hasta 10. Y me compré ropa interior, camisas y un sombrero. Por otra parte, en la embajada de Francia me dieron el equivalente a unos 300 dólares y el boleto de tren para Nueva York. Era mucho dinero, pero se suponía que me debía servir para sobrevivir en Nueva York mientras esperaba la salida del barco.

Tuve el placer de ver la víspera de mi salida *La casa de Bernarda Alba*, con Virginia Fábregas, y de platicar con ella en su recámara. Una recámara con una gran cama que le habían improvisado en el foro de Bellas Artes, aparte de su camerino. Era también el debut de una jovencita, Carmen Montejo, y ahí estaba la esposa de Rodolfo Usigli, quien ya divorciada hacía un papel breve en la misma obra de Lorca. Yo le había prometido a Usigli que me la llevaría conmigo porque ella había aceptado reunirse con él, pero esa noche se arrepintió y me dijo que no. Al día siguiente, yo tomé un tren para Guadalajara y de Guadalajara me dirigí a Laredo, donde tomé el tren para Nueva York. Llevaba yo toda la ropa que tenía, incluyendo mi traje de bodas de paño negro, precioso, con saco cruzado. Alguien, no recuerdo quién, me había regalado un juego o dos de ropa interior de lana. Yo no puedo soportar la lana, pero ésa sí porque era muy fina. Las prendas procedían de Alemania, de marca Jantzen.

El boleto que me dieron era de coche-cama, de *pullman*. Fue la primera vez que viajé en *pullman*. Hasta entonces había sido siempre viajero de segunda clase. O de tercera, cuando la hubo, y se viajaba en unas bancas de madera. En Nuevo Laredo me aceptaron el salvoconducto del gobierno de Jalisco y me subí por fin al tren que me llevaría a San Luis Misuri. En el tren tenía como compañera de viaje a la pianista Esperanza Pulido, que también iba a París con una beca.

Fue un gran cambio pasar de un tren mexicano a uno norteamericano. El paisaje también; por supuesto, nunca me olvidaré de esos bosques de torres petroleras por los que transitaba el tren. Después se nos apareció el Misisipi y luego San Luis, que era una ciudad de piedra ennegrecida y de noble apariencia. Allí, donde está el avión *The Spirit of Saint Louis* en el que Charles Lindbergh cruzó el Atlántico, pasamos un día entero y cambiamos nuestros pesos por dólares. Tomamos después otro tren que se llamaba igual que el avión de Lindbergh, un tren inmenso en el que disponíamos por lo menos de tres carros de descanso, con mesas de juego y biblioteca. Esperanza Pulido fue para mí una compañía maravillosa. Recuerdo también con afecto al mayor Cross, que venía de la guerra, un hombre apuesto de muy buena presencia, que jugaba ajedrez, hablaba francés, en fin una persona muy interesante que fue el primer norteamericano real, de cuerpo entero, que yo conocía.

El viaje fue un deleite y un descanso, pero yo ya iba enfermo del estómago. Mi dispepsia había cumplido tres años, una dispepsia nerviosa complicada con aerofagia y sensaciones de angustia. Pero, como dije, el viaje fue prodigioso, y sobre todo ese trayecto a lo largo del Misisipi, donde navegaban los barcos de ruedas con paletas. La llegada a Nueva York fue decepcionante porque se llega por abajo, sin ver la ciudad, al sótano, por así decirlo, de la estación Grand Central. Allí nos despedimos del mayor Cross y Esperanza me llevó por esa noche a casa de una familia amiga suya, lo que significó un ahorro de dólares. Lo que pasó, sin embargo, fue que en vez de esperar la salida del barco dos o tres días, tuvimos que hacerlo dos semanas o más y los dólares casi se nos acabaron. El barco se llamaba *Liberty*, y teníamos que ir una y otra vez a los muelles a preguntar cuándo salía. Nos dieron varias largas.

Nueva York no me gustó. No hablaba yo ni una palabra de inglés y hacía mucho frío, era ya casi principios de diciembre. A cambio de este inconveniente, y como era el Nueva York de la posguerra, estaba muy solo, y todos los museos eran para mí. Recuerdo que gasté más de la cuenta en taxis para ir a Trinity Church, donde estaba el consulado de México. Pero mi galería favorita era Frick, en la que me especialicé. También estaba solitaria y yo solía sentarme nada menos que en el escritorio de Míster Frick, a leer con toda calma. Enfrente de mí tenía un Cellini, uno de los *Perseos*, con la cabeza de Medusa. A mi derecha, el *Erasmo* de Hans Holbein. Y a mi izquierda el maravilloso *San Jerónimo* de *el Greco*, gemelo del que se encuentra en Toledo y del que guardo una reproducción de tamaño natural que ha ganado cierta pátina con el tiempo. Siempre me impresionó mucho este *San Jerónimo* porque es el rostro vivo de mi padre en los últimos años de su vida, aunque con la barba un poco más estrecha. Esta reproducción

me la trajo de Nueva York, enrollada, un amigo muy peculiar, Helsen Gas. Fui muchas veces a leer a la Galería Frick, que estaba siempre sola. Lo mismo me sucedió en París en el Hotel Byron, que estaba desierto. Como único huésped del museo, disfruté a mis anchas todas las esculturas de Rodin y me di el lujo de tocarlas. Porque la escultura se hizo también para ser tocada, no sólo vista. Escalé *El beso*, en la versión más grande que es la que está allí, un marmolazo gigantesco. Lo escalé para besarlo. Rodin era una fábrica, el mundo está lleno de copias de *Besos* y *Pensadores*, quién sabe cuántas. Pero no quiero despedirme de Nueva York sin mencionar un café muy hermoso, cuyo nombre se me escapa, todo lleno del aroma de maderas oscuras, como el "pub" de París donde vendían más de 150 clases de cerveza. Te acuerdas, Fernando, al que fuimos con Claudia, Socorro y Paulina. Recuerdo también que un funcionario del consulado francés me regaló un libro, y me viene a la memoria un declamador belga que había yo conocido desde Guadalajara. Pero lo más importante allí fue mi encuentro con Octavio Paz, en una de mis idas al consulado mexicano.

Conocí así, de vista, a Octavio desde que se fundó *Taller*, donde se reunían personalidades como Neftalí Beltrán, Rafael Solana, Villaurrutia. Alguna vez vi también a Octavio caminar rumbo al Palacio de Bellas Artes, del brazo de Elena Garro, pero nunca me animé a presentarme yo solo con él. En Nueva York, Juan de la Cabada me dijo un día: "Arreolita, así que te vas a París… te voy a presentar a un joven poeta que también va para allá". Llamó entonces a Octavio, quien saldría unas dos semanas después que yo a ocupar el puesto de tercer secretario en la embajada de París.

Algo que tampoco se me olvidará nunca de Nueva York fue el metro. En más de una ocasión tomé el que iba en sentido contrario y era un viaje larguísimo porque se trataba de la línea que recorre Manhattan a todo lo largo. Otra vez me subí por equivocación a un vagón reservado exclusivamente a los negros, porque entonces había una separación total, absoluta, de blancos y gente de color. Cuando me di cuenta, estaba yo rodeado de gente que me lanzaba miradas hostiles. El vagón estaba repleto y no había en él ni un mulato siquiera. La llegada a la siguiente estación se me hizo larguísima. Yo ya no podía respirar, por todas las razones del mundo. Al fin se detuvo el tren y tuve que abrirme paso entre aquella masa de gente. Casi todos eran más altos que yo, que parecía una humilde planta entre secuoyas.

Al fin nos embarcamos un día y al anochecer, a eso de las ocho, zarpamos.

Fue allí, en el muelle de Nueva York, donde vi algo que me fue muy doloroso: las ruinas del célebre trasatlántico *Normandie*, ese barco maravilloso que fue todo un símbolo. Hundido a medias, clavado y

quemado. Fue una visión premonitoria de lo que me iba a encontrar en El Havre y Europa: ruinas y escombros.

En cuanto el *Liberty* comenzó a moverse, las náuseas fueron instantáneas. En ese momento comenzó mi primer mareo terrorífico y diría yo permanente, que fue una de las experiencias más grandes de mi vida. No sé cómo pude sobrevivirla.

LAS FIESTAS RELIGIOSAS FORMAN PARTE INSEPARABLE DE MIS REcuerdos de Zapotlán. Había tantas, que el calendario todo estaba ocupado. Creo que la gente del campo no trabajaba ni la mitad del año. Había que festejar debidamente a los santos patronos de todos y cada uno de los pueblos. O a algún otro santo por alguna cosa en especial. A san Isidro Labrador, por ejemplo, "quita el agua y pon el sol". Había también lo que se llamaba "las latas de reyes", que eran unos postes altísimos por los que había que trepar. Era sin duda una tradición que venía de tiempos precortesianos. Abundaba el sincretismo religioso, la mezcla de lo sagrado y lo profano.

Había en Zapotlán cinco cofradías. Al jefe de cada una se le llamaba tlayacanque, y a su ayudante, el tequilastro. Cada cofradía tenía sus propios festejos. El tequilastro era el Ganimedes que escanciaba el vino. "Ganimedes, sin par y pulcro", decía un verso de Rafael Alberti.

No recuerdo muchas de las fiestas indígenas, ni soy experto en ellas. Pero mencionaré la fiesta de "los acabos", que se llamaba así porque se hacía primero cuando se terminaba la siembra, y luego cuando se acababa la cosecha. En Zapotlán se siembra entre mayo y junio, a veces para esperar la lluvia, y a veces cuando ya llovió, sobre tierra mojada. Nadie nunca se puso de acuerdo en Zapotlán sobre si era mejor sembrar en tierra seca y esperar las primeras lluvias o esperar que lloviera para sembrar. Después de la siembra seguía la escarda, operación de arado y acomodo de las milpas. Es la segunda aradura sobre la tierra, como decía, ya sembrada, y se hace con arados de dos alas, que pueden derribar las milpas pequeñas, y por eso es que atrás de los arados "San Isidro" iban siempre dos muchachos, que se llamaban levantadores, encargados de enderezar las milpitas que habían quedado chuecas.

Ya que se acabó esa segunda operación, venía una última faena, que se llamaba —se llama— la casanga. Esta labor consiste en quitarle a las milpas, ya crecidas o incluso grandes, el chayotillo, una guía parásita que da unos chayotitos que no sirven para nada, que daña a las milpas y dificulta la cosecha. Quien no casanguea sus milpas, a la hora de la cosecha se las ve negras. En las fiestas del acabo participaba el dueño del campo con todos los mozos, sus mujeres o sus novias, y danzaban todos los que querían o sabían bailar. Había un gran mariachi y también danzantes profesionales. Se comía menudo en la mañana y pozole al mediodía. Cuando el acabo era porque había terminado el cultivo, los mozos tenían derecho a descansar y a

trabajar en otras cosas. El segundo acabo era el de la cosecha, en octubre, en la fiesta de San José, patrono de Zapotlán el Grande. Ésta era la celebración más importante y alegre, porque a esa hora ya se sabía cómo había resultado la mazorca, si había habido o no temporal o plagas. Si la cosecha era buena, eso era la felicidad total.

Los ejercicios para aprender de nuevo a caminar, después de la fiebre intestinal, es decir, el recuerdo de esos ejercicios, lo asocio también a los olores. Recuerdo el aroma del aceite de linaza crudo y cocido, y cómo cambiaban cuando don José, el maestro pintor, los mezclaba con las tierras, es decir con los pigmentos molidos, y con el barniz que llamábamos de *japán*. En otras palabras, asocio las caminatas con la pintada de la casa. Recuerdo los albayaldes, el bálsamo del pirú, o de Perú, que era también componente de algunas pinturas, el blanco de España. Los adornos de las paredes —por ejemplo las grecas— los tenía don José ya recortados en cartulinas, en bandas de cartulinas que se pegaban a la pared para pintar los huecos, a la altura de un metro o más, ya fueran grecas o franjas florales, follajes como se les dice. Las paredes eran muy altas y tenían cielo raso. Mi padre, siendo un hombre que medía un metro sesenta, hizo muros de seis metros de altura.

Aparte de estos olores y otros de los que ya he hablado, de las tintorerías, de las panaderías, recuerdo también el de las peluquerías. En particular la de don Ernesto Fajardo, que además fabricaba salsas. Un día don Ernesto hizo un plano de Zapotlán en donde indicaba el camino a su peluquería desde cualquier lugar donde uno estuviera. Además pegó flechas en los muros que decían: “Por aquí se va a La Fraternal”, que era el nombre de la peluquería. A propósito de olores y sabores, tengo también muy grabado cómo hacían la nieve en una cuba de duelas de encino con cinchos de hierro. En esta cuba se ponía la garrafa de lámina estañada y entre una y otra el hielo, picado, con sal, y este espacio lleno de hielo, que quedaba entre garrafa y cuba, lo cubría con un lienzo que se llamaba cotense. Entonces las manos del nevero, o de quien hacía la nieve, le daban la vuelta a la garrafa, muchas vueltas rápidas. En la garrafa estaba la limonada de modo que la nieve comenzaba a formarse en las paredes de la garrafa, se iba consolidando, y la recogían con una palita de madera. En ese entonces sólo había dos clases de nieve, o de helado: el de limón y el de vainilla, éste tipo mantecado, con leche. El de limón, transparente, con un verde, como decía del canario López Velarde: “con un verde inicial de lechuga”.

Recuerdo ahora, sí, otro incidente, que sucedió en el mismo Colegio del Sagrado Corazón relacionado también con el descubrimiento del sexo. Se trataba de investigar —de investigar nosotros, mi hermano y yo y otros compañeros— la índole de las

niñas. Era un colegio mixto, como decía, pero dentro del salón estábamos separados los hombres de las mujeres. A esta distinción se agregaban todas las otras, claro, que comenzaban a intrigarnos, que eran las faldas y los pantalones, el pelo corto y las trenzas, en fin, todo lo que nos enseñaba que éramos seres diferentes. Ya había pasado a la historia la costumbre de vestir a los niños pequeños como niñas, pero recuerdo dos cosas significativas: una, que mi hermana mayor, cuando veía en brazos de mi madre a mi hermano, le decía "el mujerito". Otra, que mi hermano Rafael tenía el pelo lacio y dorado, estilo Príncipe Valiente, y que mi madre nunca se lo quiso cortar como sí lo hizo conmigo. A mí me dejó el pelo muy corto. El contraste, así, se acentuó: mi hermano era como un pajecito, y yo un niño medio torta, gordito, bebesote, sin gracia. Mi pelo no tenía ninguna gracia, pero, curiosamente, comenzó a ondularse cuando tenía yo 18 años.

Varios patios de las casas de Zapotlán tenían el piso hecho de unos grandes ladrillos, gruesos y fofos, llamados adobones. Eran más bien ladrillos para paredes pero a veces se usaban como revestimiento de pisos a la intemperie, por ser porosos, esponjosos. El patio de la casa de mis tías era de esos ladrillos que una vez que comenzaban las lluvias se ponían verdes. Les crecía, sobre todo en las junturas, un musgo muy fino y muy tierno. Tendría yo dos años y pico, me acuerdo, cuando me acosté por primera vez en ese patio, bocabajo. Lo hice otras veces, y me gustaba sentir la frescura del musgo, su suavidad, en el pubis, en la zona inguinal. Allí, pues.

Era una mezcla de frescura —por el musgo— y de tibieza, cuando ya el sol había calentado los ladrillos. Y de ellos se levantaba un vaho muy fino, un olor a arcilla fragante. Me acostaba, como decía, bocabajo, y me movía un poquito, me tallaba sobre ese musgo finísimo, que era como terciopelo. Desde luego, era una sensación muy voluptuosa. Hasta que una de mis tías me descubrió y, desde luego, le pareció que todo eso era muy sospechoso.

El último año escolar que cursamos en el colegio Renacimiento, el cuarto, fue señalado por varios disturbios. Debo señalar aquí que José Luis Martínez fue mi condiscípulo desde que éramos muy niños, en Zapotlán. Sucede que mi hermano Rafael, al que entonces lo apodaban *la Chiripa*, era un hombre de iniciativa, a pesar de su edad y de su corta estatura. Por cierto, este apodo surgió un día en que, en una competencia de la escuela, él dio un salto desmesurado, fuera de proporción para su tamaño, y entonces sus compañeros gritaron: "¡Fue chiripa, fue chiripa!" Dije que se le ocurrían muchas cosas: organizó un circo y dirigió la construcción de un submarino; hacía relojes con cajas de mentolato y forjaba las más bellas y flexibles espadas de otate. Pero le dio por fundar una religión que, para desgracia de todos, se convirtió pronto en culto fanático: la religión de la Babucha. José

Luis Martínez fue nombrado por mi hermano Sumo Sacerdote de la Babucha, y ejercía funciones bajo el nombre de Kío Kilik. Las ceremonias, muy sencillas al principio, se fueron haciendo cada vez más complicadas, mientras crecía el número de los secuaces y se acentuaba la lucha entre devotos e incrédulos. En este punto es conveniente aclarar que la Babucha no era una pantufla. El símbolo de nuestro culto, que llegó a ser verdadera idolatría, era un viejo larguero de puerta, de madera de encino con escopleaduras y zanco de tepeguaje. Parecía algo así como un rudimentario poste totémico. Pues bien, a ese desecho de palo, como de dos metros de largo, se le hacían toda clase de reverencias y sacrificios. A los rebeldes se les llevaba en peso y, arrodillados por la fuerza, pedían perdón, mientras se les sacaban de los bolsillos las ofrendas… Para esto, ya el culto a la Babucha disponía de un buen repertorio de cantos y oraciones, así como de una liturgia impresionante. Pero no faltaban los descontentos y cundió la guerra. El mejor deleite de mi hermano consistió en fundar la inquisición. Los herejes eran torturados, encarcelados y multados. Hubo un día en que ya nadie jugaba en el corral a la hora del recreo: todos los muchachos, desde sexto a segundo, estaban en la cárcel, encerrados en macheros y chiqueros, bajo custodia policiaca. Abundaron las quejas familiares y don Gabino, el director de la escuela, puso punto final a los desórdenes cuando un sacerdote amigo suyo le contó que uno de los alumnos le dijo al confesarse que ya no creía en Dios, sino en la Babucha…

Para que ustedes comprendan, debo aclararles que el orden aparente de la escuela, sobre todo en las horas de recreo, dependía de José Ernesto Aceves, “el profesor chico”, nuestro verdadero maestro, muy joven por entonces. Divertido, vio nacer la religión y dejó que las cosas pasaran a mayores: un día él mismo fue llevado en peso, entre bromas y veras, a ponerse de rodillas ante el ídolo.

Hacia el final del año, don Gabino cortó por lo sano. Llovieron los ceros en conducta sobre las libretas de calificaciones, y una mañana la Babucha había desaparecido con todos sus ornamentos y los objetos de su culto. Todo fue quemado por órdenes superiores. Quien realizó la tarea fue el mozo de la escuela, un rústico bedel que por poco sucumbe en manos de la turba. Se acababa el año y ya nada quedaba por hacer. Mi hermano dobló las manos. Por su parte, José Luis escribió una de sus más bellas páginas escolares, una elegía de la cual se me ha quedado grabada esa frase bella y extraña, que da idea de esa literatura escatológica y sapiencial de sus primeros años: “Y la Babucha descenderá a los infiernos con su hoja de vergüenza y bochorno”.

José Luis Martínez nació en Atoyac, pero llegó muy niño a Zapotlán, en 1921 o 1922. Su padre, el doctor Juan Martínez, tenía,

para asombro de todos nosotros, un coche de los que se llamaban “estufa”, que es donde se llevaba el Santo Viático a los agonizantes. Sólo el párroco, don Toribio de la Garza Cantú, tenía otro igual. Eran coches magníficos, negros, cupés de cuatro ruedas, con tronco de caballos.

NO TOLERO LA CRUELDAD QUE HAY EN EL MUNDO. NO PUEDO admitir que la naturaleza misma esté llena de horrores y de crueldad. Desde niño tuve amor por los animales, y algo que me espantó en especial fue saber que los pobres animales viven en un mundo de una crueldad sin límites y sin sentido, un mundo de una violencia inconcebible. Alguna vez lo he dicho ya: lo que más me sumergió en la perplejidad fue el conocimiento de esos parásitos que se alojan en un ser y lo devoran poco a poco, se lo comen vivo. Entre ellos hay una especie de ácaro que se mete por los artejos del caparazón de los crustáceos, de los cangrejos, por ejemplo, por las hendiduras de su maquinaria, y se los come poco a poco hasta que nada más queda la cáscara del animal y los ácaros mueren a su vez.

El haber sido un niño cruel, o inconsciente, es algo que me atormenta. Una vez, muy pequeño, maté dos gatitos, pero no fue a propósito: no supe medir mis fuerzas. Estaban casi recién nacidos. Me di cuenta también, desde muy niño, de la existencia de la crueldad humana. Mi padre comenzó a leer la *Historia universal* de Eugenio Eucken, la mejor y más grande de su tiempo; la compraba volumen por volumen, y una vez me dijo que estaba profundamente decepcionado. “No puedo aceptar —decía— que la historia universal sea una historia interminable de infamias, de crueldades, de crímenes. De estulticia.” Por su parte, uno de mis dos tíos sacerdotes, Librado, no tenía una visión mas optimista ni de la historia ni del ser humano. Los Nerones, los Calígulas, afirmaba, se repiten en toda la historia y existen en todas partes. Lo que sucede es que muchos de ellos no llegan al poder. Sodoma y Gomorra están en Tamazula, en Zapoltiltic, donde quieras. En el propio Zapotlán hay ejemplares que no le piden nada a los grandes tiranos de la historia.

Mi hermano y yo, los primos, los amigos de la escuela, nos pasábamos matando toda clase de animalitos, incluyendo luciérnagas y mariposas. Yo pensaba que para capturar a las mariposas bastaba darles un cachuchazo y, claro, las desbarataba. Las mariposas ejercieron en mí desde siempre una gran fascinación, que aumentó desde luego cuando supe que los griegos representaban el alma, la *psique*, como una mariposa. He escrito ya alguna vez sobre la metamorfosis. Para mí, es un fenómeno de reflexión. Recuerdo mucho esos gusanos horribles, aunque de belleza siniestra, como los azotadores, que caían de los árboles de la colonia Roma. Pienso que de pronto el gusano comprende su condición y decide encapsularse en una autoenvoltura, decide *ensimismarse en sí mismo*, para aniquilar su

ser y resucitar en otro, infinitamente más bello. La vida se traslada a través de un puente infinitesimal a la muerte, y la muerte de nuevo a la vida. El horrible gusano se transforma en la criatura más ligera imaginable, alada, maravillosamente dotada de corpúsculos de luz.

Dejo a las mariposas para volver a esta contradicción tan grave que representó en mi niñez el conocer el amor tan grande que nuestra madre tenía y que nos inculcó por los animalitos, y el sacrificio final de esos mismos animales. Nosotros veíamos nacer a los pollitos, sabíamos cómo cortaban el cascarón del huevo, con una especie de diamantito que tienen en el pico. Escuchábamos los golpecitos en la cáscara, asistíamos a la eclosión, y mi madre nos decía que tuviéramos mucho cuidado, que no los fuéramos a pisar o aplastar. Criábamos puerquitos que, cuando tenían problemas para que los alimentara la madre, nosotros les dábamos leche con la tetera. Si algún pajarito se caía del nido, le dábamos leche también: una gotita, en la punta de la hoja de un naranjo. Por cierto, los puercos que criábamos en casa eran de color negro, pequeños, de los llamados cuinos, que tienen la cola hecha un verdadero tirabuzoncito. Y luego llegaba la matanza, les cortaban la cabeza, a las gallinas y guajolotes se las torcían. Me tocó también matar puercos, con un cuchillo ancho y corto. Reses, con un cuchillo distinto, de un tamaño impresionante. Asistí a muchas castraciones y en alguna ocasión ayudé a detener a los puercos para que los mataran delante de otros puercos que esperaban su turno y que adivinaban lo que les iba a pasar.

No podía yo conciliar la bondad de mi padre con esa sangre fría para matar a los animales. Decía: “Si no hay más remedio, los animales para eso son, nos los tenemos que comer…” Esas contradicciones entre la ternura y la crueldad paterna iban más allá, por supuesto, de la matanza de los animales. Se dan en la índole tanto paterna como materna. Borges nos recuerda que Kafka estuvo siempre asombrado del misterio de la patria potestad, del padre que te obsequia algo cuando menos lo piensas, o que te castiga cuando no esperas el castigo. En la patria potestad hay algo de lo inefable, lo inescrutable de la Providencia: ambos son imprevisibles. Recuerdo un proverbio portugués que se refiere a los oscuros designios o claros dibujos de la Providencia (el juego de palabras entre diseños y dibujos, no… y designios, es de Jean Cocteau): “Deu escreve dereito par linhas tortas”, o sea: “Dios escribe derecho con líneas torcidas”.

Por fortuna a mi padre nunca le gustaron las peleas de gallos, aunque por un misterio inexplicable a mí me fascinaron los toros. Fue a los 18 o 20 años que renuncié a ejercer toda crueldad contra los animales. Maté a mi última paloma. “No salgas, paloma, al campo, / mira que soy cazador / que si te tiro y te mato / para mí será el quebranto, / para mí será el dolor…” Una copla española. También

decidí nunca más volver a los toros. Me aterraba el espectáculo de tanto caballo viejo, indefenso, destrozado por los toros. Pero tengo que hablar de ellos.

Hay quien me ha reprochado que yo coma carne y al mismo tiempo critique la crueldad contra los animales, su matanza. Parecería una contradicción. Digo *parecería* porque no lo es, ni siquiera me la planteo. Disfruto la carne de res y toda clase de aves. Es más, voy a la carnicería casi todos los días a elegir cortes, y no logro vincular esos trozos de carne con los animales vivos. Pero eso sí, a veces veo un bichito indefenso, perdido, en el baño o en la recámara, una arañita, un escarabajo, y soy capaz de ir a buscar dos hojas de papel para recogerlo y echarlo al jardín. A menos, claro, que sea un bicho peligroso como un alacrán o una araña venenosa. Es extraordinario, sí, que no pueda establecer la relación entre la carne del animal muerto y el animal vivo. Pero de todos modos, nunca se me borrará de la memoria el espectáculo de aquel borrego o de aquel chivo o puerco con los que habíamos convivido de niños y que de pronto aparecían degollados, despellejados, destazados. También me tocó ver peleas humanas en las que los contrincantes se liquidaron a muerte. Vi un verduguillo penetrar el pecho de un hombre. Todo esto exacerbó mi sensibilidad, puedo decir que yo he vivido la vida en carne viva.

Cómo concebir, entonces, que yo sea un hombre que disfruta comer carne. Incluso carne cruda. Una tarde, de niño, en un acto de presunción y valentía, me llegué a comer, cruda, la carne destinada al gato. Esto ilustra la dicotomía radical que sufro, un afán muy grande de pureza al que se opone mi radical impureza, mi desorden, la lujuria que me poseyó desde los primeros años hasta esta vejez última. Quemado por esa llama palpitante que es la vocación erótica y todo lo que la rodea. La lucha contra la caída, la resistencia y finalmente la caída. Pero yo siempre he dicho: “yo no caigo sin que me tumben”. Cuando he llegado a caer sin que me tumben, por mi propio impulso, no me lo he perdonado. Y esto me ha sucedido a lo largo de toda mi vida, *las caídas verdaderas de los Cristos del alma*, que dice el compañero Vallejo. La tentación es abrumadora, produce una enorme turbación, un aleteo, la marea de la sangre. Luego la comisión del pecado, el clímax y después el derrumbe, como subir a un Himalaya de placer y desplomarse. El vacío posorgásmico. Eso en teología se llama la tristeza animal. Ya los primeros padres de la teología se referían a una especie de tristeza que le da a los animales después de la cópula.

Para terminar con el tema de los animales y la crueldad que ejercemos contra ellos, diré que mi manera de tratar a los animales, aunque tiene rasgos propios, está condicionada por la tradición que principia aparentemente con Esopo, pasa por toda una serie de autores

sin importancia, llega a La Fontaine y a los fabulistas modernos. El animal es un espejo del hombre. Pondré un ejemplo. La paloma es símbolo del Espíritu Santo y es, también, el símbolo de la pureza. Sin embargo, Góngora la llama “el ave lasciva de la cipria diosa”. A pesar de ser símbolo de la pureza, es uno de los animales más lúbricos. En los animales aparecemos caricaturizados, y la caricatura es una de las formas artísticas que más nos ayuda a conocernos. Causa horror ver en ella, acentuados, algunos de nuestros rasgos físicos o espirituales. Animales que, por ejemplo, se entregan a la sensualidad, como la rata cola de porra, que es el ser más lúbrico de la naturaleza, o que como el elefante llevan la castidad a extremos tales que su especie puede extinguirse. Unos acentúan el ascetismo, otros la lujuria, otros más la satisfacción pura de comer.

Los animales, además, nos muestran las formas más exquisitas de la elegancia y la perfección. Animales tan comunes como los patos son perfectos, parecen acabados a mano. Pocos seres me dan la idea de perfección como el pato, que no tiene del pico a la cola y a las uñas de sus pies palmeados un solo defecto. Al pavo real le falla una serie de detalles. La foca, en medio de su blandura musculosa, es absolutamente perfecta. Perro mutilado, paloma desalada, el único defecto de la foca se encuentra en la desigualdad de las guías de sus bigotes. El animal, repito, sirve para criticar, para ver al sesgo ciertas cosas desagradables. De las fábulas de Esopo y La Fontaine a los tratamientos que hoy se hacen de los animales existe una gran distancia, pero en el fondo las fábulas clásicas y los apólogos modernos están cortados con el mismo patrón: unas y otros se preocupan por aclarar el paso del hombre sobre la tierra.

HABÍA DOS PERSONAJES EN EL PUEBLO, LAS SEÑORITAS YUYÚ Y Pepa Dávalos, que tenían colegios para niñas, pero que influyeron en mi vida porque tenían una buena colección de libros, y yo leí algunos. De esa época es el *Catecismo ilustrado*, los libros de lectura de Mantilla, *Rafaelita, Viaje de un niño alrededor del mundo, Rosas de la infancia*. Quiero hacer homenaje aquí en mi vida contada a un libro extraordinario, *El mundo de* los *niños*, escrito por María Luisa Ross, que correspondía a tercero de primaria. No se me olvida tampoco *El jardín de los niños* de Abel Gámez. Una buena parte de esos libros eran antologías, florilegios de prosas y poemas. En *El mundo de los niños*, donde leí algún texto de Teófilo Gautier, había un pasaje que siempre me hacía llorar, de Manzoni. Ese pasaje tenía el título, en el libro, de "En días de terrible epidemia". Era sencillamente desgarrador. Nunca se me olvidará el final: "así como la flor plenamente abierta cae junto a la florecilla en botón, pasa la hoz que siega toda la hierba del prado…" Se refería a la muerte de una mujer, a causa de la peste de Milán. Era uno de los pasajes más bien escritos, de una gran fuerza, de Manzoni. Venía también en el libro un poema de Ibsen, "El ave de las tempestades"… "El ave de las tempestades hace su nido donde la tierra falta…" Así comenzaba. Entre otras auténticas maravillas estaba también el relato de los tres pequeñuelos de Marcel Schwob, de *La cruzada de los niños*. Sus nombres eran Alan, Dionisio y Nicolás, y formaban parte de todos aquellos niños que embarcaron en Marsella rumbo a Tierra Santa, que fueron como 20 000 criaturas. Fue algo espantoso, y todo porque san Bernardo dijo que sólo manos inocentes podrían rescatar el sepulcro de Cristo. Navegaban rumbo a la costa de África cuando los sorprendió una tempestad. Muchos murieron ahogados y los otros fueron vendidos como esclavos.

Durante muchos años recordé un texto, un poema en prosa, sobre *lo feo*, que decía: "en lo feo la materia está padeciendo, mira su dolor y ámala…", y hablaba del sapo, del escarabajo, de la araña: "en su tela una gota de rocío le finge un esplendor…" Este texto, en el libro, de María Luisa Ross, aparecía firmado por Amado Nervo. Muchos años después, en manos de don Alfredo Velasco, me encuentro un libro en donde el poema está firmado por Gabriela Mistral. Nunca lo encontré después en Nervo, pero sí en las obras de Gabriela. En *Tala*, según recuerdo.

El otro misterio que nunca se resolvió por completo fue el de otro texto, muy bello, que hablaba de dos serpientes, "dos cascabeles en una mañana azul". El macho era una serpiente vieja, la hembra, una

serpiente joven que trepa enroscando su cuerpo al tronco de los castaños, en busca de los polluelos de un nido de mirlos. Mientras trepa, el macho se queda dormido y sueña que bebe la sangre roja y caliente de los polluelos implumes. Cuando despierta, su compañera, que sí se los comió en la realidad, ha desaparecido, lo ha abandonado. Un texto que me recuerda *La siesta de un fauno*. Bueno, pues en el libro venía firmado por Charles Baudelaire. Tengo sus obras completas y nunca lo he encontrado. No existe. Desaproveché la oportunidad de pedirle a María Luisa Ross mientras vivía que me aclarara el misterio, y sigo sin saber quién fue el autor. Algún día lo haré porque fue uno de esos textos que me marcó, al igual que el de Ibsen y otros textos breves como uno, precioso, de Juana de Ibarbourou titulado "El charco". Otro poema de ella se refería también a la fealdad: "porque es áspera y fea, porque todas sus ramas son grises, yo le tengo piedad a la higuera…" Admiraba yo mucho a Ibarbourou, de allí una de mis más grandes alegrías, cuando años después un amigo que regresó de Argentina me dijo que Juana, ya de edad avanzada pero todavía muy guapa y lúcida, me mandaba saludar con mucho afecto. Que me quería mucho, me dijo mi amigo. Supe después, supuse, que había sido el poeta Francisco Luis Bernárdez, mi primer propagandista en América del Sur, el que seguramente le había dado un ejemplar de *Confabulario*. Bernárdez, tan buen poeta: "si el mar que por el mundo se derrama / tuviera tanto amor como agua fría, / se llamaría por amor María / y no tan sólo mar como se llama…"

Bernárdez, entusiasmado con *Confabulario*, llegó un día a la reunión de los martes del Centro Argentino de Escritores y sin más ni más les leyó "El guardagujas". El libro comenzó entonces a venderse muy bien. Mi hermana mayor, a propósito de Juana de Ibarbourou, recitaba algunos de sus textos amorosos: "tómame ahora, que aún es temprano / y llevo rosas frescas en la mano…"

Leí también la publicación esa que se llamaba *El católico mexicano* y naturalmente, no podía faltar, el poeta del hogar, Juan de Dios Peza. Descubrí lo que era la maravilla de la versificación total en un libro grande, de una edición muy bella, de Gaspar Núñez de Arce. Mi padre fue un buen lector de este poeta y también de don Ramón de Campoamor —de segundo apellido: y Campo Osorio—, al cual leíamos juntos. Siempre amé la gloria de Campoamor, porque en su monumento está rodeado de bellas mujeres, él sentado en un sillón de gutapercha, la misma gutapercha que se usaba en las prótesis dentales, y encima de su cabeza, llena de rizos de plata, la corona de laurel que le ciñe una de esas mujeres. Y él, que escribía cosas tan hermosas como "en este mundo traidor / nada es verdad ni es mentira… / todo es según el color / del cristal con que se mira…" Creo que es necesario releer "Las Doloras". Don Ramón está lleno de hallazgos de

versificación y de gracia, sobre todo en las redondillas, tan hermosas.

Los que no se me escapaban eran los cuentos de Calleja, que cuando yo era niño valían un centavo. Otros valían hasta dos y cinco centavos, pero venían acompañados de un caramelo o un chocolate. Como los cuentos se repetían, los intercambiábamos en la escuela; los cuentos de a 10 centavos venían estampados en oro. Recuerdo muchos títulos, y entre ellos uno que siempre me intrigó: *Los pájaros injuriados*. Fue, la mía, una infancia poblada de libros y de cuentos. Mis hermanas leyeron *Fabiola*. También *Quo vadis*? de Sienkiewicz. Pero fuera de los cuentos de Calleja, leí poco porque mis tías paternas, que eran muy católicas, encontraron cosas que según ellas eran inconvenientes para los niños en los cuentos de Perrault. No leí, pues, nunca, ni *Blancanieves* ni *Caperucita roja*, aunque recuerdo que me los contaron. Pero sí, de Perrault, *El príncipe Riquet*, el del copete, *La rueca de cristal, El gato con botas*. La literatura, la palabra, fue el sustento de mi infancia, y fue la palabra lo que pronto me permitió tratar a personas y personitas. Ya un poco mayor, leí *El tesoro de la juventud*, del que siempre recordé algunos poemas. No fui nunca en realidad un lector de novelas, pero leí, de Salgari, *La perla roja* y *Los pescadores de perlas*. Mis hermanas leían las novelas de un personaje entonces conocido, Enrique de Lagarder. Hubo, sí, una o dos novelas cuya lectura podría yo llamar inconveniente, por inoportuna. Una era sobre marinos, y el personaje, un bretón, se llamaba el capitán Keralain. De la otra no recuerdo casi nada, sino el nombre del personaje: Gaëtan de la Marnière. Esos libros que llamo inconvenientes contribuyeron a mi despertar erótico. De todos modos, y con la excepción de Dostoievski, la novela ha ocupado una parte ínfima de mi vida y mis lecturas. De hecho la lectura constante, asidua, de Papini —a quien me referiré en un momento— me alejó de la novela.

Un libro atroz que cayó en mis manos fue el llamado *Los conocimientos útiles para la vida privada*, de Suárez y Casañ, donde venía todo lo que es verdaderamente inútil para la vida privada, y había otro libro, en la casa, que podría yo calificar como gemelo de ése que contenía la historia de la prostitución, y no sé qué hacía allí. Para un niño de 12 años, en Zapotlán, ésa fue una lectura tan solitaria como afanosa y terrible. No había perversiones que no estuvieran contadas en ese libro. Después de su lectura, no aprendí nunca nada nuevo, en mi vida, que tuviera que ver con el erotismo. Como nos veíamos obligados a confesarnos cada primer viernes de mes, yo llegaba al confesionario, después de esas lecturas, con una enorme carga de pecados, y el cura me ponía una regañiza. Eran, sin duda, libros turbadores, perturbadores, malévolos. No satisfacen la curiosidad, sino que atizan la hoguera. A mí me envenenaron. Curiosamente, ya de joven, de adulto, nunca volví a leer cosas así,

mórbidas.

La historia de Valdemar Dae y de sus hijas "contada por el viento", y de la que hice una mención, fue sin duda definitiva. Me acuerdo del estribillo: "ahú, ahú, corro y vuelo, ahú, ahú, corro y vuelo", y no puedo olvidar —cómo me dolió— que hay una tala de árboles alrededor del castillo de Valdemar y los leñadores no se fijan y tumban árboles donde hay nidos. Recuerdo una cigüeña que huía, espantada. También, como es de suponerse, nos contaban vidas de santos. Me acuerdo en particular de san Estanislao de Kotska, y de un santo y mártir adolescente, Tarcisio.

Desde muy niño estudié historia sagrada y recuerdo con cierto escalofrío el *Catecismo ilustrado* y la parábola del Sembrador, que se me quedó muy grabada. El sembrador era el hombre que en el día sembraba su campo, y el diablo, en la noche, llegaba para sembrar semillas de cizaña. De grande me di cuenta que los misterios de la Edad Media, es decir, los tratados sobre los misterios, se correspondían con la idea que, desde mi infancia, tenía yo del mundo y lo sagrado. También los *fabliaux*, esos pequeños cuentos franceses escritos en octosílabos, de los que hay algunas traducciones al español. *Revista de Occidente* publicó una vez varios de ellos. Leí también fábulas de Iriarte y de La Fontaine, "La lechera", "El lobo y el cordero", y muchas otras. Los personajes de los monitos, las tiras cómicas de los domingos, también poblaron mi infancia. Me acuerdo muy bien de Mamerto, de Chupamirto, del Señor Pestaña. Algunas de las mujeres de las historietas, como Cuquita la Mecanógrafa, me dieron una imagen nueva, distinta, de la mujer. Se me viene a la cabeza a propósito de las muchachas de las historietas, algunas muy eróticas por así decirlo, un texto que escribí alguna vez y que decía: "De pronto las muchachas llegaron a Zapotlán como caídas del cielo, las calles de Zapotlán se llenaron de escalas de Jacob y por todas partes comenzaron a descender las muchachas en la Plaza de Armas de Zapotlán…" Otras lecturas que fueron importantes, y a las que ya me he referido en diversas ocasiones, como en *Los narradores ante el público*: Henrik Ibsen, Selma Lagerlöff, Knut Hamsun, Soren Kierkegaard, Leconte de l'Isle, Juan Maragall, Santiago Rusiñol, Ramón y Cajal, la condesa de Pardo Bazán —hay que andarse con cuidado porque tiene textos como "La sirena negra", un poema en prosa que leí entonces, verdaderamente extraordinarios—. Entre los nombres menores debo citar también a Zorrilla de San Martín, por una leyenda medieval que escribió no sé cuándo ni dónde: "La flor del lirio azul". Se trata de un trovador que llega a un castillo; a los pies del sitial está reclinado un bufón, y lo define una frase que recuerdo textual: "Ve que el pomo de su espada troncha la pluma bermeja de su gorra y la aparta con el pie". La frase se me quedó grabada por lo que

tenía de armonioso y de plástico; la espada maltrataba el adorno del sombrero, y entonces el bufón, con gesto muy de cortesano desganado, separa los objetos. No debo olvidar a Oscar Wilde, a Francis Jammes, a Albert Samain, ni a Máximo Gorki, ni a Tolstoi, ni a Valle-Inclán, aunque desde luego no pretendo haber leído entonces toda la literatura universal.

Por otra parte, en mi época de Guadalajara tampoco descuidé la lectura y me ocurrió algo muy importante: vivía en una casa de asistencia que tenían mis tías, y fue un amigo estudiante que estaba como huésped el que me prestó el *Gog*. Fue el momento en que desde un trasfondo infantil abrí los ojos a la literatura. Mario Verdaguer tradujo de tal modo a Papini, que algunas de sus páginas siguen siendo para mí verdaderos ejemplos de prosa en lengua española. Podría citar de memoria los párrafos que atestiguan esta afirmación. Me lancé entonces sobre Papini. Apenas si hace falta recordar que *Gog* no es una novela, aunque lo parezca, sino más bien un libro de ensayos humorísticos, una imagen del mundo, como dijo un presentador de Papini, visto a través de los lentes oscuros del pesimismo y los espejos convexos de la caricatura. Después de *Gog* leí *Palabras y sangre, Lo trágico cotidiano, El piloto ciego, San Agustín* y el *Dante vivo*, donde había un capítulo que yo leía y releía en una actitud que combinaba la penitencia con la reconciliación. En la biblioteca de Guadalajara existían por fortuna otros libros del gran escritor que fue Papini, a pesar de que ahora tantos lo ignoren o lo nieguen. *Un hombre acabado* es otra de sus grandes obras. Además, como Papini hace en el conjunto de sus libros una revisión sarcástica de la cultura occidental, me puso en contacto con un montón de gente que después me iba a importar mucho. Sólo mencionaré como ejemplo a Otto Weininger y a Henri Bergson. Pero se me olvidaba decir que mi tío el señor cura me regaló en plena infancia, todavía en Zapotlán, *El paraíso perdido* y *La divina comedia*. De la inmensa alegoría de Milton, traducida en verso, no pude leer más que algunos breves pasajes. En cambio me leí varias veces íntegro el Infierno, un poquito de Purgatorio y nada de Paraíso. Esto vino a reforzar mi situación religiosa: soy un hombre que solamente tiene la experiencia del mal y del castigo y no la del bien y del perdón. En la literatura y en la vida, sigo en el Infierno. Cuando mucho, conozco un poco de Purgatorio, de Dante, de la vida y de la religión. Ninguno de los dos Francescos, ni De Sanctis ni Torraca, ni otros dantistas más o menos ilustres, me han ayudado a entrar al Paraíso.

EL “LIBERTY”, EL BARCO QUE ME LLEVÓ DE NUEVA YORK A PARÍS, formaba parte de toda una flotilla de buques con el mismo nombre. Eran barcos de transporte militar, de unas 8 000 toneladas, todos de acero, muy fuertes y casi nuevos. También, por supuesto, podían llevar carga, pero tenía unas grandes cabinas tipo cuartel, que eran los dormitorios. Sólo había camarotes, me imagino, para los oficiales. Nos embarcamos Esperanza y yo con un pintor venezolano, Alejandro Otero, y con un amigo suyo, filósofo, también venezolano, que crearía después en su país toda una secta religiosa, y 13 monjas canadienses. El espectáculo desde cubierta era imponente, con todos los rascacielos iluminados de Nueva York y el gran ajetreo del muelle, lleno de soldados que subían y bajaban de los buques. Había también, ahora que recuerdo, un francés a bordo con el que decidí practicar el idioma.

Cuando zarpó el barco, tuve otra de las grandes experiencias de mi vida, de las relacionadas con las separaciones, porque eso era: la separación del continente, que fue terrible. Iba yo a cumplir un porvenir deseado, iba con todo el entusiasmo posible, que no pudieron disminuir ni el frío de Nueva York ni la larga espera. Pero de pronto sentí que se me acababa el mundo. Literalmente me sacaron el suelo bajo los pies. Y entonces comenzó el mareo, un mareo que había sentido muchas veces de niño y de joven, a pesar de que nunca me había subido ni a una barca en la laguna de Zapopan, ni a una trajinera de Xochimilco. Me di cuenta que el agua no podía ser nunca mi elemento natural. Fue espantoso, pero tomé entonces una gran decisión: cogí los cordones de los calzones blancos de los indígenas de Zapotlán y también de los calzones blancos que tuve de niño y más que de niño de adolescente, hechos por mi madre, calzones de manta blanca y con cintas, y me los fajé. Me los fajé al son de esta frase: “Te callas, te aguantas, te despides y te mueres”. Me separé entonces del grupo de cubierta y guiado por el instinto bajé por una escotilla que llevaba al corredor —túnel mejor dicho— que a su vez conducía a la sala de literas. El barco era un laberinto lleno de pasamanos por todas partes y agarraderas, pasillos angostos. No sé cómo llegué por fin al cuarto, si alguien me indicó cómo o no. Había necesidad de abrir una gran puerta con una rueda parecida a las de las cajas fuertes. Todo el barco era de acero, de láminas de acero de un centímetro de grueso, y tenía un sistema de flotación tan eficaz que parecía un corcho en el agua. Y los pasillos eran como los intestinos del buque.

La cabina, la sala de literas era, como decía, enorme, toda de acero gris con grupos de cuatro literas cada uno, también de metal,

angostas, con un colchón tipo militar y cobijas del ejército, y cada litera, o cada camilla —tan angostas eran—, tenía dos correas, como los cinturones de seguridad de los aviones, uno a la altura de los muslos y otro a la altura del pecho. Su objetivo era, desde luego, evitar la caída de la litera cuando uno estaba dormido. O despierto, daba igual.

Me subí a mi litera, y el mareo fue más intenso que nunca, un mareo radical, de esos que conmueven a toda la persona, que hace que se pierdan los centros del equilibrio y que, a partir de ese desconcierto corporal, se presente una náusea pavorosa, incontrolable. Lo peor fue que, desde muy joven, sufrí la imposibilidad física y mental de devolver el estómago, nada más de imaginarme las arqueadas y todo el horror. Tener, pues, al mismo tiempo la necesidad imperiosa y la imposibilidad de satisfacerla es espantoso.

Me abroché el cinturón del pecho y me repetí: *tienes que aguantar, aquí te mueres pero te callas*. Y en verdad me di casi por muerto y me repetí una y otra vez, en un diálogo interminable conmigo mismo, que no pediría auxilio. Ese acontecimiento fue también un parteaguas muy importante en mi vida, porque en otras muchas crisis y situaciones difíciles posteriores he tomado la decisión de sufrir solo, sin solicitar ayuda de nadie. Sintiéndome cercano a la muerte, no sabía que mi actitud era premonitoria, y que iba a reiterarse más de una vez en París, dos, para ser exactos, cuando estuve muy cerca de una muerte que de manera extraña busqué, en forma suicida, primero en Neuilly y más tarde, cerca de mi retorno a México, en Villejuif.

La lucha se transformó en un largo examen de conciencia, y salí al fin triunfante. Llegaron mis amigos a saludarme, entre ellos Esperanza Pulido, y me invadió una gran serenidad. No era entonces yo muy creyente que digamos, pero saber que en el barco iban las 13 monjas canadienses era un consuelo. Perdí la noción de los días y viví el tiempo fuera del tiempo. Pero mi tranquilidad no duró mucho. Apenas nos remontamos rumbo a Terranova, el mar se descompuso y el barco comenzó a moverse hacia todos lados, y parecía que estábamos dentro de una sola masa formada por el agua, la tierra, el viento y el cielo. No sé cómo ni cuándo amanecimos. Yo no había probado alimento salvo unas galletas de trigo y quizás algunos dulces y un poco de agua. Pero no puedo decir: desayuné, comí, merendé, nada. Sólo esas galletas que vendían en la panadería Calvin, en la calle de Independencia. Yo me las llevé a Nueva York en una caja de sombreros. Pasé varios días así, postrado en la litera, sin levantarme salvo para lo más necesario, como para ir al baño y ocasionalmente a la sección donde servían alimentos —no se le podía llamar comedor—, en donde había mesas con huecos especiales para colocar los vasos y los platos de modo que no se resbalaran y cayeran con los

movimientos del barco. El *Liberty* era uno de esos buques que llamaban los inhundibles ya que en caso necesario podían meterse en él todas las personas y cerrar las escotillas, dejándolo a merced del agua, transformado casi en submarino.

Unas 24 horas después, entramos en el corazón de la tormenta. Ya no podía uno levantarse, amarrado como estaba en la litera. En todo caso, había que agarrarse bien de todos los pasamanos o caminar a gatas. Si a alguien se le soltaba allí un veliz, éste daba de bandazos de un lado a otro de la sala. Uno podía también darse un mal golpe si no tenía cuidado, aunque había protecciones de hule en varias partes para amortiguar el impacto y además íbamos bien aleccionados, nos dieron muchas recomendaciones para no golpearnos contra el acero de los muros.

El barco era inhundible, pero hundible, también, a causa de las minas. Recuerdo que el primer día no sé quién tradujo al castellano al capitán o al oficial que nos habló, el caso es que nos dijeron que las aguas frente a las costas de Inglaterra, las aguas continentales, estaban sembradas de minas, de modo que era necesario adiestrarse en caso que fuera necesario abandonar la embarcación.

El *Liberty* tenía un equipo completo de salvamento, pero no nos podíamos escapar de hacer uno o varios simulacros. Una noche, nos dijeron, a la una o las dos de la mañana, o quizás a las cuatro, las cinco, sonarán las alarmas y ustedes deberán salir de sus literas y caminar hasta la cubierta para reunirse allí. Todo eso, a oscuras o si acaso con la ayuda de unas cuantas linternas sordas. Uno tenía tres minutos para levantarse, vestirse, ponerse un chaleco salvavidas y unas botas de hule, caminar por los pasillos y las escaleras, salir a cubierta, reconocer con la ayuda de las linternas los números de los botes de salvamento y subirse en ellos. Todo eso lo hicimos, de acuerdo con las instrucciones, mientras sonaban ensordecedores los timbres de las sirenas, que tenían un metro de diámetro. Y cuando estábamos en los botes, resultó que no pasaba nada. Todo había sido un simulacro.

Estas maniobras, sin embargo, no me atemorizaban, más bien me parecían una aventura.

Después, cerca de la llegada, unas 48 horas antes, la tempestad llegó a su apogeo, y yo tuve una experiencia increíble. El barco se movía hacia arriba y abajo como si fuera un elevador, a una velocidad de vértigo. Se levantaba y caía como un plomo, se desplomaba, y uno tenía que permanecer atado a las literas. Yo me imaginaba dos manos gigantescas que levantaban al barco, lo sacudían y lo dejaban caer. Calculo que subía cuando menos seis metros con cada ola, los mismos que bajaba. Y hasta mi litera, donde permanecía yo sin probar más que mis galletas y algo de azúcar, llegaba el rumor de que ésa era una

de las tempestades más terribles de las que se tenía noticia en los últimos tiempos. Y entonces a Juan José Arreola Zúñiga se le ocurre una idea disparatada, imposible. Me levanté y con grandes trabajos, agarrado de tubos y pasamanos, recorrí el camino de los simulacros, porque me dije: "yo esto no me lo pierdo", hasta llegar a cubierta. No era de día, pero aunque lo hubiera sido. Recordé, por el trayecto, que pocos días antes me había encontrado en un pasillo con una de las monjas canadienses, la más jovencita de todas, creo, muy bella, que me vio muy enfermo y me regaló un rosario y una estampa. Con ella hablé un poco de francés.

Bueno, el caso es que llegué a cubierta, como decía, y la encontré vacía. Ni un solo marinero a la vista. Claro, de otra manera me hubieran regresado a la cabina. Me di vuelta, vi una especie de escalinata, la subo, da una vuelta, otra escalinata curva también, y llego así a la barandilla de una especie de mirador. Hacia arriba, sólo seguía un gran mástil que tenía a la mitad otro mirador, circular, como aquellos destinados a los vigías. Me agarré a la barandilla con las dos manos —y con toda mi alma— y mi asombro es enorme, porque no veo barco, ni mar, ni cielo, era como si yo estuviera flotando en el vacío. Pero esta impresión cambió cuando vi una parte del buque: las bajadas y subidas que le hacían dar las olas provocaban esas apariciones y desapariciones: el agua inundaba la proa y después se escurría toda, una y otra y otra vez. No sé cuánto tiempo permanecí allí, fascinado, empapado. El agua, por supuesto, estaba helada.

Tampoco, durante el tiempo que nos faltaba para llegar, supimos si era de día o de noche. Los simulacros, por cierto, fueron tres según recuerdo. Al fin, un día nos dicen: "estamos llegando", y sí, estábamos llegando. Era de mañana, y la tempestad había quedado atrás. Veo entonces las costas de Inglaterra, y una frase acude a mis labios, frente a Dover: *Devant moi, la cóte de Douvres*, del poema de Carlos de Orléans, porque de lo primero que me acordé es que había estado preso allí, en el siglo XV. Era un amanecer muy pálido, algo brumoso. Seguimos de frente y nos aproximamos a las costas de Francia, rumbo al Havre. Y el Havre que conocí en ese momento era como un cementerio de escombros.

MI PADRE SE FUE EL AÑO DE 39 A VENDER TEPACHE A MANZANIllo y el éxito fue fulminante. Desapareció el pequeño localito que no alojaba sino una mesa y la gran olla de barro pintada la mitad de verde y la otra mitad con motivos florales y se convirtió en el negocio que salvó a la familia. Una olla de tepache. Antes había tenido mi padre varios fracasos, como la fabricación de jabones. Desaparecida esta mínima empresa, mi padre decidió que ya era hora de que me fuera de Zapotlán a Guadalajara a trabajar en algo. Esto fue en la navidad de 1942, tan importante para mí que tenía 24 años de edad.

Tomé entonces el tren a Guadalajara —estaba yo en Manzanillo en esos momentos— que hacía escala en Zapotlán. La estación era un centro vital, una feria todos los domingos, una verbena aunque nunca se sabía a qué horas iba a llegar el tren, si a las dos, las tres o las cinco de la tarde. Este viaje fue otro de los hechos capitales de mi vida, una catapulta que me empujó a Guadalajara. Sara y yo éramos novios y yo tenía un compromiso personal con ella. Sara también cambió mi vida. La había conocido en junio de ese año, 42, y muy pronto comencé a hacer planes para trabajar y poder casarme con ella. Pero mi estado de ánimo era muy confuso, más grave de lo que me imaginaba. Tomé pues el tren de Colima y Guadalajara, sin saber cuánto iba a tardar, ya que a causa de las frecuentes descomposturas del tren lo mismo podían hacerse cuatro que seis y hasta ocho horas de trayecto. La cuesta de Sayula, por ejemplo, era un serio obstáculo entre Zapotlán y Sayula. Fue por ello que, muchos años después, solía yo decir que entre Juan Rulfo y yo se interponía, con frecuencia, la cuesta de Sayula. Y sucede que, antes de llegar a Guadalajara, después de Santa Ana, me acometió al atardecer la primera y gran crisis de lo que después iba a ser esa mezcla de claustrofobia y agorafobia. Una crisis de angustia que me recuerda, una vez más, la palabra *numinoso*, por lo que tuvo de sensación de infinito, y de plenitud, de viaje fuera del tiempo, a pesar de que ya varias veces había yo hecho el trayecto de una a otra ciudad y lo haría varias veces más. Pero en esa ocasión me sentí perdido en una inmensidad, y supe lo que tiene de eterno un minuto de gran malestar, como una vez lo dijo a través de su personaje, Salavin, Georges Duhamel, a quien tanto debo: sí, los años pasan volando, pero qué eternos son a veces los minutos, y sobre todo aquellos más angustiosos unidos a problemas gástricos. Porque fue allí, en ese viaje del 42, en que las sensaciones de traslado físico se volvieron inseparables, para mí, de problemas relacionados con el

aparato digestivo. A fin de cuentas, la absorción de alimentos ocurre en un espacio temporal, es un discurso, un traslado, un discurrir de los alimentos a partir de la boca, la laringe, el esófago. Y luego sigue con el píloro, el estómago, el duodeno, claro, porque la digestión es discursiva y se cumple de manera normal en las personas sanas, pero cuando uno se empieza a enfermar surgen los espasmos en el píloro, y tantas otras cosas debidas a la irritación del nervio vago, el neumogástrico, culpable de todas las vagotonías. Me estoy poniendo demasiado visceral, pero la verdad es que a partir de ese viaje muchos de mis achaques gástricos se agudizaron, unidos a esas sensaciones contradictorias de traslado que, entre otras narraciones, aparecerían más tarde en "El guardagujas". Tuve después conciencia que comer es un proceso dialéctico, porque uno, al comer, se envenena, se intoxica, aunque se ingieran alimentos sanos y nutritivos. El cuerpo elimina los tóxicos, para decirlo en una frase, a base de hígado y sangre.

Llegué pues en la víspera de la Navidad del 42 a casa de mi hermana Elena en Guadalajara. Era una casa situada en el centro de la ciudad, antigua y muy grande, de dos pisos, con una serie de recámaras y dos patios, y una puerta cochera que mi hermana transformó en una pequeña tienda para vender sus pasteles. Tenía también un horno, la casa, y quedaba frente a lo que hoy es Teléfonos de México. Mi hermana sostenía entonces a cuatro de mis hermanos chicos que, junto con ella, me recibieron en un estado traumático. Mi hermana me trató como a un príncipe. Estaba preparando la cena de Navidad, y la casa estaba decorada e inundada con la fragancia de los buñuelos y la miel, así como de los pastelitos recién salidos del horno, rústicos y pequeños como los *petits fours* franceses. De la pesadilla, de la angustia, de la incertidumbre, pasé de pronto a un despertar de dicha, a la felicidad de una casa donde ya tenía yo preparada una habitación, una buena cama, una mesita de noche, y una mesa y una silla para escribir. Porque ya era tiempo de pensar en escribir lo que me pasaba. Y fue ésa una Nochebuena magnífica, aunque no tomé una sola gota de vino. Mi hermana adornó el árbol y el Nacimiento lo hizo con las figuritas que se elaboraban entonces en Zapotlán, de barro. Fue una noche inolvidable. Al día siguiente, como todo estaba cerrado, fue de descanso completo. Pero claro, el 26 y el 27 me puse en acción, a sabiendas de que no podía ni quería vivir a costillas de mi hermana. Fue entonces cuando volví a ver a Jorge Dipp, que era entonces director del diario *El Occidental*.

Yo conocí a Dipp en el año 34, cuando era un estudiante de medicina, pobre, que vivía en la casa de asistencia de mis tías, las Arreola, hermanas de mi padre, en el portal Morelos a unos pasos de la catedral. Ya desde entonces, aun pobre, era un hombre de empresa. En su cuarto de estudiante, el más modesto de la casa de mis tías,

Jorge Dipp tenía un pequeño laboratorio donde hacía agua destilada. Ésa era toda su empresa: elaborar agua destilada que ponía en ampolletas que sellaba él mismo, provisto de un soplete de alcohol. Dipp se pasaba la noche, a veces hasta la madrugada, fabricando esas botellitas de agua destilada que colocaba después en una caja de zapatos. Al día siguiente, salía a venderlas. No tenía entonces, Jorge Dipp, ni para comprar un portafolios. Así que en 42, al llegar a Guadalajara, me acordé de la existencia de Dipp, y fue mi primo Enrique quien me dijo que, además de haber sido uno de los fundadores de *El Occidental*, ese mismo año, era su director. La verdad, el periódico era un desastre y lo había sido desde el principio, desde julio o agosto de ese año del 42, en el que nació. Jorge Dipp, en cuanto supo que lo buscaba, mandó que pasara Juanito. Entonces yo era *Juanito* para todos. Juanito Arreola. Tras una breve conversación, en la que salió a relucir mi trabajo con don Francisco Watanabe, Jorge Dipp me dijo: "vas a ser director de circulación de *El Occidental* desde el próximo lunes".

El problema no era sencillo, porque el drama principal era que *El Occidental* nunca salía a tiempo, sino a las ocho, nueve o diez de la mañana. A veces hasta el mediodía. Un desastre. No lo podíamos colocar en los puestos y navegábamos en un mundo de ejemplares de *El Occidental* que no se habían vendido y nos los devolvían. Es más: que ni siquiera habían salido a la venta. Pero Jorge Dipp tenía muchas cosas que atender y pronto nombró a otro director en su lugar. Así que en enero de 43 comienzo a ser director de circulación del diario y es cuando también comienza mi vida literaria. Conozco a personas interesantes, a escritores y poetas y planeamos una revista. Un encuentro muy importante fue el de Arturo Rivas Sáinz, que por ese entonces tendría unos 40 años pero que tenía aspecto de hombre joven, joven y maduro al mismo tiempo, y que siempre fue un personaje muy destacado en la vida literaria de Guadalajara, hasta su muerte. Comencé también a ser asiduo visitante de las librerías Moya y Font, que son las que traían las novedades a Guadalajara. La librería Font tuvo su apogeo en los años treinta. Es importante mencionar también una librería de viejo, cuyo propietario se llamaba Jaime, portentosamente surtida.

El nuevo director, si mal no recuerdo, era Fernando Diez de Urdanivia, el padre del musicólogo del mismo nombre, un periodista con gran capacidad y amplia experiencia, nativo de Puebla, que había trabajado varios años en uno de los grandes diarios de la capital, *El Universal* o el *Excélsior*, alguno de los dos. Y es en esos momentos, en los que me enfrento a mi tarea de director de circulación del periódico, que se produce mi ruptura con Sara, mi novia. En momentos, también, en que comienzo a escribir algunos textos, y

entre ellos un poema pensando en ella. Pero la ruptura sólo duró unos cuantos meses.

Mi empeño para que el periódico saliera a tiempo era tan grande, que a veces me pasaba las noches en blanco, en los talleres y las oficinas, yendo de una a otra parte para ver en dónde se atoraba el proceso. Estos retrasos ocurrían con frecuencia en los talleres, donde había un buen jefe, y había una buena rotativa, una Howe americana pero que ya estaba vieja y tenía unas fallas colosales. Aunque el problema no era sólo eso. Cambié de sistema, y en lugar de pasarme las noches en el periódico me iba a dormir unas horas para regresar muy temprano y asistir a la salida, a las seis o siete de la mañana. Descubrimos entonces que se hablaba de sabotaje, incluso por parte de los repartidores del periódico, que hacían su trabajo en bicicleta. Así que aprovechando que yo siempre, desde muy niño, fui un buen ciclista, me iba yo cada mañana con cada uno de los repartidores, que eran 20, para supervisar el trabajo, casa por casa. Y todo fue inútil, el periódico no salía a tiempo. Irónicamente, el número del primer aniversario del diario contaba cómo se producía el periódico a fin de hacerlo llegar a las manos del lector. Me encargaron a mí de esa tarea y la cumplí: escribí una serie de artículos sobre todos los pasos que se seguían para escribir, imprimir y repartir *El Occidental*. Cabe decir que también fui cablista del periódico. Es decir, recibía los cables, los corregía y los entregaba a los linotipistas para que éstos fueran haciendo la composición de las noticias. En particular las de la segunda Guerra Mundial, de la cual a mí me tocó la parte más importante y terrible. Lo que quiere decir que trabajé varios años en el periódico, hasta después de mediados del 45, cuando hice el viaje a París.

EN OTRAS OCASIONES HE HABLADO DEL EROTISMO, LA SEXUALIdad y el amor. Me gustaría volver a estos temas, tan importantes para mí. Al erotismo lo veo como un amplísimo fenómeno, una fuerza cósmica donde incluyo la libido. Es un impulso vital que mueve a todos los seres y objetos de la vida, es un clima, una atmósfera que vivimos los humanos. Es el Eros original, esa fuerza difusa y magnética que se aloja frecuentemente en la sexualidad, como puede hacerlo en el arte y en ciertas formas de ascetismo.

La sexualidad la limito al cuerpo, a la persona física. Aunque sea un fenómeno general, está profundamente individualizado y su ejercicio, como todas nuestras capacidades, sometido y controlado por las cualidades heredadas genéticamente. En el amor aparece ya una tercera instancia importantísima, un estadio superior a la mera sexualidad que también está animado por el erotismo. Pero el amor implica compasión, en el sentido de co-pasión: una pasión compartida con la otra persona. Por amor nos enajenamos verdadera y dichosamente, porque dependemos de la otra persona. Entonces el amor es una superestructura implantada indudablemente en lo físico y en lo sexual.

Lo que hace valer al erotismo sexual es la abstinencia, el contraste. Y lo grande del acto amoroso viene siendo para mí una metáfora al revés: los amantes se unen físicamente porque es imposible la unión de las almas. Esto ya lo dijo un poeta del siglo XVII, Francisco de Aldana: los amantes gimen en el abrazo porque les duele no poder unir sus almas. Entonces lo que enriquece la experiencia física son todas las superestructuras previas: la ascención al amor es todo un camino. Pienso en Petrarca y su escalera de 400 sonetos para descubrir el amor por una mujer. Dante escribe toda una *Divina comedia* para montar en la cima la imagen de la mujer amada y desaparecida… De ahí la turbación de los amantes, que una mujer nos hiera por tener la llave de nuestras cerraduras, el desconcierto, el sentimiento de furia y pudor en un momento dado, ya que todo encuentro entre un hombre y una mujer presupone, preludia, prefigura la unión. Por eso hay una especie de vergüenza, sobre todo en los encuentros verdaderos, cuando desde el primer momento se dan cuenta de que después de días, meses, años u horas, todo será consumado…

Por otra parte, soy un socialista utópico, profundamente individualista, y creo que el erotismo es algo que compele y corresponde a una experiencia íntimamente personal; en él y en la

sexualidad sólo veo a dos participantes, a dos oficiantes. La orgía es el aspecto decadente más indicador de incapacidad, convierte todo en abyecto cuando se necesita compañía y solidaridad. Para mí no hay más que una imagen: la de un hombre y una mujer entre cuatro paredes. En cuanto hay un tercero, voluntario o involuntario, lo ignore o no la pareja, en ese momento empieza lo que llamo pornofilia. Por fortuna soy una persona profundamente erótica, he tenido una vida henchida de erotismo y no voy a ver una película, un libro o un dibujo que incluya pornofilia. Porque en el erotismo yo soy actor de primera categoría, con papeles estelares. Por eso nunca he sido espectador. La orgía es la negación total y la ruptura, el banquete en que se voltean las ollas y trae una sensación de asco que lleva al vómito, a la indigestión.

Aun así, el asco aparece en todo acto amoroso. Recuerdo un estudio de Aurel Kolnai, que cita el poema de Franz Werfel que se llama "Cristo en el río de las carroñas". Es atroz: el problema del asco tratado como sólo puede hacerlo un poeta, la repugnancia moral por lo orgánico. Los contactos físicos resultan desagradables, pocas veces tienen aspectos gratos. Implican elementos de aversión; el beso mismo es una superación del asco y se vuelve un símbolo casi divino del amor. La aceptación del contacto supone el amor, hace desaparecer las fronteras de la piel. Quisiéramos fundirnos uno con otro a pesar del asco natural al sudor, al contacto de una mano levemente viscosa, a la saliva… Provenimos de un coloide: las primeras criaturas nacieron en el pantano y las primeras habitaciones, junto a las cavernas, fueron los palafitos, casas montadas en zancos sobre los pantanos o las riberas. Desde entonces el hombre trata de desecarse, de apartarse de ese mundo anfibio, reptilesco, batraciano. Si el hombre es seco, la mujer es húmeda, porque tiene esa condición terrenal, o mejor dicho telúrica, que tiene que ver con lo coloidal. Los humores del cuerpo, los sueros, las lágrimas, la saliva, la sangre, el semen, son coloidales y recuerdan nuestro origen, ese mismo del que nos queremos alejar. Y ésta es la polaridad del hombre, la ambivalencia, el querer alejarse y querer volver. Un impulso de vivir y un impulso tanático que trata de sumergirnos en la tierra lodosa original. El amor es atracción-repulsión.

En lo que se refiere a la monogamia, estoy convencido de que desde todo punto de vista: biológico, moral, económico y psicológico, la monogamia es positiva.

La mujer es la instauradora de la monogamia, se siente la concesionadora y distribuidora exclusiva de la femineidad, y por tanto tiene una conciencia muy alta de su sexo. Y claro, la aspiración total de cualquier mujer, por más elevada que sea, es la de ser sólo ella la satisfactora sexual de su hombre.

Este deseo es innato, y lo vemos en la naturaleza. La naturaleza entera —aquí cito a Paul Claudel, un poco de memoria— es un abecedario gigantesco, un léxico que ayuda a comprendernos. Exagerando nuestras virtudes y nuestros defectos, las criaturas animales nos ayudan a entendernos; en la naturaleza se encuentra que la pareja es indisoluble. En ese mundo que llamamos irracional —pero que a lo mejor tiene razón— hay criaturas monogámicas más allá del término humano que mantienen su condición aun después de la viudez.

Otras sólo aceptan la sustitución de la pareja por la muerte verificada mediante la ausencia continua del compañero. Y hay criaturas prodigiosa, terrible, desordenadamente poligámicas y poliándricas. Aun así, reitero, en la naturaleza se da como un hecho no sólo la posibilidad, sino la realidad absoluta de la monogamia total.

La monogamia nos conduce al tema de la mujer considerada como una propiedad privada del hombre, de la que ya hablaba Freud. La liberación femenina será un hecho cuando la mujer deje de serlo. Necesita definir la libertad sexual que el hombre ha ejercido injustamente. Hemos sido impuros a lo largo de la historia y la hemos obligado a la sumisión, a guardar su pureza sin que intervenga su libre albedrío. Y la mujer también cayó en la tentación de que más vale ser sometida y sumisa que libre y responsable. Es un tema tremebundo que sólo Dostoievski ha tratado con la grandeza debida: la mujer opta por la sumisión y deja al hombre el mundo de las decisiones. Una vez que se entrega ya no opta, pues opta por ser mujer. La liberación femenina sigue optando por la sumisión, porque la mujer sea en el banquete la convidada y el manjar. Y no habrá cambio si no se constituye como un ente autónomo… Yo veo la posibilidad de la Eva futura en la libre aceptación de la maternidad. Creo que el anticonceptivo es un hecho muy importante, aunque no hemos llegado al anticonceptivo ideal, que sería el psíquico. Lo planteo como un literato fantástico: que la mujer pudiera cerrar sus trompas al óvulo desprendido, o sencillamente cerrar la abertura; que espiritualmente aceptara o no la invasión de espermatozoides.

LO BUENO ES QUE EN LA ESCUELA DE LOS SEÑORES ACEVES SE LEÍA mucho. Aparte de los libros escolares, el profesor Aceves nos daba una sesión semanal a base de libros más avanzados. Recuerdo con toda claridad la impresión que me produjo *La canción de Rolando*, en texto abreviado para niños: todos nos convertimos en caballeros medievales, armados con durandales, joyosas y santaclaras de otate y carrizo.

Siempre he soñado con tener una colección de los libros de texto de aquella época, ya que además de *El jardín de los niños* y *El mundo de los niños*, teníamos que leer *Iris, Rosas de la infancia* y *Frascuelo*, entre aquellos que recuerdo, aparte, claro, de ese maravilloso libro de Gabriela Mistral, *Lecturas para mujeres*. La verdad es que entre los ocho y los 11 años de edad, los muchachos de entonces conocimos dos o tres docenas de escritores de primer orden. Cuando me pongo a recordar nombres, considero que allí está el fundamento de mi formación literaria: leíamos, y puedo demostrarlo, a Novalis, Stefan Georg, Baudelaire, Romain Rolland, Silvio Pellico, Jean Lorrain, Ada Negri, Paul Fort, Goethe ("la ola sin cesar subía / la ola sin cesar bajaba / y al pescador que soñaba / el pie desnudo lamía…"). Traducción de Teodoro Llorente si ustedes quieren, pero Goethe al fin y al cabo. Tan no pude olvidar "La flor del iris", de Federico Mistral, que por algo *La feria* lleva como epígrafe unos versos de *Calendau*:

> Amo de moun pais tu que dardais manifesto
> e dins sa lengo e dins sa gesto…

Puede más o menos traducirse así:

> Alma de mi pueblo que fulguras manifiesta
> en su lengua y en su gesta…

No tardé mucho en conocer a poetas y escritores mexicanos y, aunque no es mi intención hacer listas interminables, tengo que citar por lo menos a Amado Nervo, Luis G. Urbina, José Juan Tablada, Enrique González Martínez, Ramón López Velarde, Alfonso Reyes, Julio Torri, Francisco Monterde… Debo aquí mencionar dos textos capitales para mi futuro manejo del poema en prosa y que son precisamente de estos dos últimos autores: "La balada de las hojas más altas" y "Habla un español de la Colonia". El primero empieza: "Nos mecemos suavemente en lo alto de los tilos de la carretera blanca". Y

el segundo: “Para ella hice construir una casa de piedra labrada y mandé colocar en el nicho de la esquina la imagen de su patrono, san Juan”. A propósito del poema en prosa, es indispensable que confiese otra devoción adquirida en esos años, la de Jules Renard, sobre todo por “Una familia de árboles”, que alguna vez traduje al español.

Ahora que menciono a Reyes, me acuerdo que fue gracias a *Revista de Revistas* que lo conocí. Leíamos, junto con esta publicación que era excelente en los años veinte y treinta, *El Universal Ilustrado* y *Jueves de Excélsior*. En *Revista de Revistas*, don Alfonso venía retratado, junto a la “Elegía de Ítaca”, con traje de golfista, cachimba y gorra deportiva. Estaba muy gallardo, en el campo, de cuerpo entero, con un pie puesto sobre una piedra. El pie de grabado decía: “Alfonso Reyes en Roncesvalles”. Roncesvalles, la hermosa palabra que designa un lugar en el norte de España, cerca de Fuenterrabia, me llegaba por segunda vez, con el eco de la gesta de Roldán. Así como este pie de grabado, que agregaba: “no se sabe si toca el olifante o fuma en su famosa pipa de guaje mexicano…” —o de otro material, no recuerdo—, se me quedó para siempre en la memoria, otros muchos también. Es decir, otros pies de grabado, verdaderamente inolvidables. Por ejemplo, acerca de la tentativa de vuelo trasatlántico de Nungesser y Coli: “Y no se volvió a saber más de ellos después de que se alejaron de las costas de Irlanda”. Junto a L’Oiseau Blanc estaban los aviadores, acompañados por el pasajero Saint-Germain, que se perdió con ellos para siempre. Recuerdo también una escena guerrera sobre una muralla almenada: “Juan Hachette derriba un estandarte borgoñón”, y el retrato de un hombre triste, con ropas medievales y toca de piel sentado ante un tablero de ajedrez: “Luis XVI”. Otros pies de grabados son siniestros, porque corresponden a reportajes truculentos de la época: “Una hábil maniobra del defensor Campinchi salva a Paul Beppo de la guillotina”. Se veía un hombre robusto, cara redonda, casi calvo y de labios gruesos, que había dado muerte a su mujer. “Dervaux murió sin decir una palabra…” No recuerdo qué hizo Dervaux, pero fue un notable asesino, con cara de poeta. Por último, una frase lapidaria de Landrú, puesta al pie de una foto en la que el Barba Azul aparece impávido y arrogante, con gesto tribunicio: “Siento mucho no tener más que una sola cabeza para ofrecerla al señor fiscal”.

Revista de Revistas publicaba también algunos cuentos muy buenos, de autores hasta hoy recordados, como Paul Bourget y Barbusse, y de otros ya un tanto oscuros, pero maestros del género, como André Birabeau, Henri Lavedan y Frédéric Boutet.

Si no lo he dicho antes, o no lo dije con claridad, creo que es el momento de hacerlo. Para que se le aligeraran a mi madre los quehaceres de la casa, mis hermanos me llevaban a la escuela de

"oyente", palabra que designa exactamente lo único que hacía a esa edad, tres años, en 1921, en la escuela: oír. Aprendí a leer "de oídas" y de corrido, sin pasar por la etapa del "eme-a, ma; eme-a-eme-a, mamá". Ya hablé de esa época en la que yo circulaba por todos los salones de la escuela y en la que me aprendí "El Cristo de Temaca", a pesar de que un frenillo me impedía hablar con entera libertad, pero al vecindario le gustaba oírme. Lo que no mencioné es que también me aprendí de memoria los 40 refranes que venían en las cartas de la lotería. Por ejemplo: el flojo y el mezquino andan dos veces el camino; el orgullo y petulancia manifiestan la ignorancia; si quieres tener buena fama, que no te halle el sol en la cama; el que a buen árbol se arrima buena sombra le cobija; si te insultan no te exaltes y al respeto a nadie faltes.

En mi casa había, dispersos, unos cuantos libros extraños que recuerdo muy vagamente, salvo los que haré notar. Una *Vida de Napoleón*, con estampas, y un *Quijote*, también ilustrado. No voy a presumir que lo leí en esa época, pero en la escuela amé el pasaje del Caballero del Verde Gabán, y mi padre nos hacía a veces lecturas con muy buena entonación de algunos capítulos, así como de poemas de Gaspar Núñez de Arce. Recuerdo una mundanidad francesa de autor olvidado, *La red y el anzuelo*, pero cuyo protagonista registro por su nombre ostentoso, que ya cité: Gaëtan de la Marnière. Como dije, desde niño he tenido manía por los nombres sonoros y extraños y quizás algún día haré la antología de los nombres hermosos y la publicaré, bien impresa, con tipografía y papel bellos. Teníamos también en casa, por fortuna, una hermosa edición de Gustavo Adolfo Bécquer, la primera que se hizo de sus obras completas, en tres volúmenes empastados a la española. Y eso sí, las rimas, las leyendas, las cartas, fueron casi todas memorizadas por la mayor parte de la familia. No debo olvidar ciertas lecturas edificantes: el tedioso Monseñor van Tricht y el divertido, a veces trágico y finísimo padre Coloma. *El criterio* de Balmes y la *Psicología* de Wundt, lo dije en una ocasión, y lo reitero, me fueron pan duro y desabrido.

Pero antes de pasar a otra cosa, creo que haría mal, a propósito de *Revista de Revistas*, en no hacerle un pequeño homenaje a Alejandro Sux, quien, bajo el título de "Cómo conocí a…", publicaba, en ese semanario, una columna sobre muchos personajes valiosos o extraños, como Edmond Rostand, Vargas Vila, la condesa de Noailles —*née* princesa Brancovan—, Maurice Chevalier, Mistinguette, Jedhu Krishnamurti, el boxeador Carpentier, el Ras Tafari y muchos otros. Sux se refería con frecuencia al grupo de escritores y artistas latinoamericanos que medio se morían de hambre en París, y no se acababan de morir porque los ayudaban a veces Gómez Carrillo o Ventura García Calderón. Antes de ir a Francia, yo formaba parte

mentalmente de sus precarias tertulias, lleno de envidia. Allí estaban Toño Salazar y García Mas, León Pacheco, el vizconde de Lazcano Tegui y Botín Polanco, junto a los mexicanos José D. Frías, Arqueles Vela y mi paisano, del que ya he hablado, Guillermo Jiménez.

NO LO APRENDÍ EN MI INFANCIA, PERO PUEDO AFIRMAR QUE EL ajedrez ha sido otra de las grandes dolencias de mi vida. Digo dolencias, porque me hace sufrir. Sufro, por ejemplo, cuando un gran campeón de ajedrez es derrotado, cuando entra en decadencia, cuando se desploma. Yo, que tanto detesto los fanatismos deportivos, en lo que al futbol y al box se refiere, por ejemplo, debo confesar que soy un fanático de ajedrecistas, tenistas y ciclistas.

A pesar de que tanto mi padre como mis tíos eran jugadores de ajedrez, cosa curiosa, nunca se les ocurrió enseñarnos a jugar. Yo aprendí gracias a don Luis Preciado, un gran amigo de mi padre, que estaba casado con una mujer de Tecalitlán, frondosa y sonrosada: Aurora de la Mora. Cuando mi padre se enteró que yo ya sabía jugar, entonces sí se interesó y jugó conmigo hasta que comencé a ganarle todas las partidas. Eso fue un poco antes de que me marchara a París. Sucede que mi padre era muy caprichoso en las aperturas. Le encantaban las extravagancias para abrir el juego, a tal punto que es mi padre la única persona en la vida a la que le he dado el mate del loco, un mate en dos jugadas, cuando él tenía las blancas.

A casa de don Luis Preciado comencé a ir por mi interés en el ajedrez, y continué yendo por mi interés en su hija, Judith, a la que hice mi novia. Don Luis no me daba ninguna indicación para evitar el mate al pastor, en el que caía yo y volvía a caer una y otra vez. Pero aprendí, y después comencé a ganarle. Sucedió como con mi padre: ya no veía una, y dejó de jugar conmigo. Seguí jugando con un primo de parte de padre, cuyo nombre omito. Resulta que jugaba con él casi todos los días, en 43, 44 y parte de 45, y con él, y de manera misteriosa, perdía yo casi todas las partidas. Una vez él me propuso jugar por dinero, o apostar objetos. Tenía yo ejemplares muy bellos de la revista francesa *L'Illustration*, que perdí, así como algunos libros que estimaba yo mucho. Un día, muchos, muchos años más tarde me di cuenta que mi primo hacía trampa. Algo notable, yo nunca, o casi nunca, me doy cuenta cuando alguien hace un movimiento indebido. Poco después de mi regreso de París, donde no jugué una sola partida, me transformé en ajedrecista consuetudinario, y progresé hasta el punto de participar en varios torneos importantes y fundar algunos clubes.

Por el ajedrez era yo capaz de dejarlo todo. El ajedrez me hacía olvidar mis grandes penas de amor. En el momento en que negras y blancas están en su lugar, y mi adversario juega peón cuatro rey —o yo, si abro la partida—, en ese momento se detiene el mundo para mí,

y todo el espacio del universo se contrae hasta medir ocho casillas por ocho. El tiempo también deja de existir, a menos, claro, que se juegue con reloj reglamentario. Llegué a jugar simultáneas, en una escuela Normal de Zapotlán, yo contra 15 adversarios. Gané 14 partidas y empaté una.

Como jugador, he sido siempre inestable. Unas veces juego de maravilla, otras pésimo. No tengo una gran memoria para el ajedrez, teniéndola, como la tengo, para la literatura. Soy, más bien, un jugador inventivo.

En el año de 34, un primo conoció a un japonés del que se hizo amigo, en Guadalajara. Y como mis tías las Arreola, hermanas de mi padre, tenían una casa de asistencia muy acreditada, el amigo se fue a vivir allí y luego se llevó a otros japoneses. Un día, a uno de estos huéspedes se le ocurrió comprar una mesa de ping-pong y, con el permiso de mis tías, colocarla en el patio. Eso fue el principio de la fiebre del ping-pong. Jugábamos como locos. Aunque hubo épocas largas en que no jugué ping-pong, siempre que volví lo hice como si no hubiera pasado el tiempo. Sin perder la forma. Construí algunas mesas de ping-pong e incluso hice algunas raquetas.

Por otra parte, creo que vale la pena hablar de otras acrobacias y otros juegos que fueron importantes en mi vida.

Mi hermano fue un constructor de circos caseros, y nos convencía a mí y a mis hermanas a hacer ejercicios de alambristas. Y no sólo eso, también como trapecistas. Yo me colgaba de un columpio de las puntas de los pies, y llegué a sostenerme del travesaño con los talones nada más, con zapatos y sin zapatos, con la cabeza hacia abajo y columpiándome. Caerse representaba un verdadero peligro y de hecho nos dimos varios azotones, algunos de ellos de espaldas. El alambrista lo hacíamos primero sobre una cuerda, luego sobre un tubo largo. Todo esto, en el segundo patio de la casa de Zapotlán, porque la casa tenía dos patios y también dos corrales. También hacíamos pantomimas, nos disfrazábamos de payasos. Nos divertíamos sin fin. Los juegos se dividían por temporadas: la temporada de los trompos, la temporada de las canicas, la temporada de las horribles carracas, que se hacían con un aro de lata filosa a la que se hacía girar a una gran velocidad, por medio de un cordoncillo. La suerte consistía en enfrentar dos carracas girando a esa enorme velocidad, para cortarle el cordón al contrincante. Era muy peligroso, porque uno se podía cortar un dedo, o la cara. Nuestros padres nos tenían prohibidísimo jugar a las carracas. Hubo varios cortados.

Usábamos también las resorteras, y en la temporada correspondiente las ligas para aventarles a los amigos, como proyectiles, pedacitos de cáscara de naranja. Como las cáscaras frescas no sirven para pegar duro y suelen romperse, las adelgazábamos, las

asoleábamos y luego les untábamos un poco de agua. Las curábamos, pues. El golpe de la cascarita en la cara era como la sensación de una quemadura. La amenaza entre pandillas era: parque, liga o ligazo. O sea: o nos dan parque, o nos dan ligas, o les damos de ligazos. También jugábamos matatena con los huesitos de los chabacanos, pero siempre fui malo para esa clase de juegos como las canicas y la matatena. Era yo el más torpe.

A cambio de eso, me encantaba la bicicleta, y en ella sí que hacía verdaderas acrobacias. Me paraba en el asiento en plena marcha y hacía el Cristo. O manejaba la bicicleta sólo con los pies, en calles empedradas. Algo que también solíamos hacer era meternos en una llanta y rodar cuesta abajo. Así como los que se arrojan en el Niágara metidos en un barril, nosotros nos acurrucábamos dentro de la llanta de un coche —las llantas eran entonces más delgadas y tenían un hueco más grande—, nos poníamos pues en posición fetal y nos empujaban calle abajo. La llanta iba dando de botes, cada vez más aprisa, hasta que se perdía el equilibrio y uno se caía. Desde luego, jamás se intentaba salirse antes de que la llanta se detuviera. Después, uno no se podía poner en pie. La mareada era terrible. Yo sufría de vómito pero de todos modos volvía yo otra vez a hacerlo. Por masoquismo, pienso, por lo mismo que practiqué otros juegos que me aterrorizaban y me causaban malestares físicos. Mi mamá o mi papá sabían cuándo lo había hecho yo, porque llegaba con unas náuseas espantosas, en mal estado, y encima me recibían a cuerazos.

Vuelvo a la bicicleta, porque recuerdo ahora que en Guadalajara me iba yo desde la catedral hasta el panteón de Mezquitán —unas 10 o 15 cuadras— con el compromiso de no tocar una sola vez el manubrio de la bicicleta. Lo hacía con las manos en la cintura o en las bolsas del pantalón. Si me caía o me veía obligado a tocar el manubrio, regresaba a la catedral y comenzaba de nuevo. Fui también un as de la motocicleta, con la que zigzagueaba entre coches y camiones con gran habilidad. Siendo yo tan ágil siempre, lo único que lamento es que por culpa del vértigo nunca me subí a los árboles. Pude haberlo hecho como cualquier chango.

EL HAVRE, QUE EN ESPAÑOL ES LO MISMO: UN ABRA, UNA GRAN ría sin delta, hace escuadra con Burdeos y es donde el Sena se va al océano, y por donde se puede navegar hasta el corazón de París. Es más, originalmente se le utilizaba más que nada para eso, para llegar por agua a París. Debe de haber sido obra, me imagino, de los normandos, los hombres del norte que llegaban por el mar del mismo nombre, Mar del Norte, y bajaban, sí, de sus gélidos fiordos para saquear y colonizar. Llegaron hasta Orleans. En la catedral de Chartres por cierto, hay unos frescos que ilustran la defensa de la ciudad contra los invasores.

En fin, había unos acantilados de niebla al arribar al Havre, por los que se colaban algunos destellos de sol a pesar de que estábamos en noviembre y que allí, a esas alturas de Francia y de Inglaterra, raras veces vuelve a verse el sol a partir de octubre. Recuerdo el cabo Gris-Nez, cerca de Calais, que es a donde llegan los nadadores que cruzan el canal de la Mancha, porque gris era todo, una gran charca gris llena de latas de sardinas y botes vacíos de hojalata, que eso parecían todos esos barcos a medio hundir, clavados de punta, o barcos bocabajo. Y nos dimos cuenta que no había tales acantilados de niebla, o bloques, no, eran esos barcos oxidados y llenos de moho y orín, de fango, de musgo verde. Identificábamos a veces la popa, una hélice. A esto se agregaba una infinidad de aves marinas. Y es que eso era toda la entrada al Havre: un depósito de chatarra gigantesco. Todo se hundió allí en El Havre. Incluso había barcos bajo el agua que no estaban a la vista, y por eso necesitamos una escolta, para sortear todos esos escollos. La sirena de nuestro buque sonó durante todo el trayecto hasta que atracamos, para advertir de nuestro paso a los numerosos botes cuyos tripulantes se dedicaban a desmantelar los barcos a los que todavía se podía tener acceso, a rescatar objetos, tal vez mobiliario, municiones, qué sé yo.

Supimos que habíamos llegado a Europa porque el barco se detuvo, tras un recorrido lento y muy largo entre aquel caos de herrumbre y agua estancada, aquella marisma de fierros y concreto. Supe después que El Havre, antes de ser destruido, era una construcción armoniosa: el abra, mediante unos espléndidos diques, fue transformada en un rectángulo, una inmensa piscina. Esos diques estaban formados por grandes bloques hasta de cuatro y cinco metros de espesor, que se levantaban del agua, como torres. Y todo eso fue despedazado. Recordé, inevitablemente, el día D, la invasión de Normandía, el desembarco de las tropas aliadas, Dieppe, Dunquerque

y la decisión de los nazis de arrasar El Havre para que no sirviera para nada.

Pasamos todavía varias horas a bordo antes de desembarcar. Fue hacia el mediodía cuando al fin pudimos hacerlo, tras de que examinaron nuestros papeles y nuestras identificaciones. Yo presenté el salvoconducto del estado de Jalisco, que fue aceptado sin mayores problemas. Recuerdo muy bien que, extraviado mi equipaje, había yo hecho el viaje con los pantalones más viejos que tenía y con el saco y el suéter más pobres de mi guardarropa. Pero, eso sí, llevaba un buen abrigo y un buen sombrero inglés como los que usaba ese famoso político británico, Anthony Eden, yerno de Churchill. Un sombrero, por cierto, que estuvo de moda desde principios de siglo, y que también solía usar el duque de Alba en los años veinte.

No sólo mi equipaje no apareció, sino que además yo era el único pasajero que no lo había asegurado. Además de la ropa puesta, lo único que llevaba era un pequeño veliz con mi ropa interior, las galletas y un buen surtido de cigarros como Dunhill y Pall Mall, además de dos o tres libros. Perdimos un poco de tiempo en investigar, pero no se llegó a nada, nunca supe si el equipaje se había quedado en Nueva York o perdido en el mismo barco. Supe entonces que la compañía, la línea a la que pertenecía nuestro barco *Liberty*, era la General Transatlantic: a ella era a quien debería reclamar una vez que estuviera en París, en Batignolles. La verdad, sin embargo, era que yo estaba inmensamente feliz de haber llegado a Europa, y sobre todo ante la probabilidad de estar ya en París esa misma noche.

Caminamos del muelle a la estación del tren, y toda la idea que tenía yo del Havre se me vino abajo. Era una ciudad fantasmagórica, que parecía hecha de escenografías, todo estaba destruido, y habían quedado las fachadas de muchos edificios y casas, ventanales que daban al vacío, muros desgarrados, escombros y más escombros, y muy pocas personas, con abrigos, que también parecían, ellas mismas, su propia ruina. Decidimos entonces ir derecho a la estación y allí comencé a perder las esperanzas de que apareciera mi equipaje donde, claro, tenía yo mis trajes que eran tres, camisas, corbatas, la ropa interior de lana, los zapatos nuevos. Como faltaba para la salida del tren, dejé al grupo y me puse a caminar por el andén al lado de los carros y, casi al final del andén, veo de pronto a alguien con unas botas. Unas botas militares perfectas, preciosas. Subo la vista, veo el borde de un abrigo militar, y más arriba una serie de condecoraciones y entre ellas la Cruz de Hierro. Para mi asombro, era un oficial alemán, alto, fornido y muy bien plantado, con la banda de la esvástica en el brazo. Y entonces yo me dije: “pero cómo es esto posible, si la guerra ya terminó…” Ya después me explicaron que era un oficial alemán de alto grado que estaba a cargo de todos los

soldados alemanes que se hallaban en calidad de prisioneros en El Havre. Las tropas alemanas tenían la tarea de limpiar el puerto y las embarcaciones. Cuando me sucedió lo mismo en París, ya no me extrañé, por supuesto. Había militares alemanes al mando de tropas de prisioneros. Recuerdo también que el Parque Montsouris, frente a la Ciudad Universitaria, estaba transformado en campo de concentración de soldados alemanes, muy jóvenes por cierto.

Ya no vimos nada de la ciudad. Habíamos contemplado ruinas en el puerto, ruinas en los muelles y ruinas en las calles. Además, nos advirtieron que era muy peligroso caminar por la ciudad, ya que algunos muros estaban a punto de derrumbarse. Nos subimos al tren asombrados ante tanta devastación. Íbamos juntos los latinoamericanos: Esperanza Pulido y yo, los dos venezolanos y un peruano. El tren partió al anochecer. Y de pronto se nos acerca y nos saluda en español, en español de España, un hombre que era como una aparición. Tenía el rostro enjuto, una edad difícil de adivinar, quizás 40 años, con barba de tres o cuatro días, sombrero viejo y un largo saco militar, verde olivo. El hombre, después de saludarnos, sacó un pan francés, una *baguette* preciosa, recién salida del horno, la partió a la mitad, luego las mitades en varios pedazos y nos los ofreció: "Quiero —dijo— que el primer pan de Francia lo tomen de mis manos. Voy a viajar con ustedes". Le agradecimos el obsequio y le metimos el diente al pan, un pan dorado de una fragancia maravillosa. En la Francia de la posguerra, con tantas penurias y escaseces, el pan era excepcional, de primer orden, casi lo único bueno que se podía conseguir. Por lo demás eran muy raras las verduras y las frutas o simplemente no las había, el arroz, las pastas, el azúcar, con todo pasaba lo mismo, menos con el pan, que estaba racionado, sí, pero el gobierno francés se cuidó de que, cuando menos eso, el pan, el pueblo no se lo perdiera. El español nos expresó su deseo de platicar con nosotros, pero llegó el inspector de boletos y lo sacó de nuestro compartimento, porque viajábamos en primera y él en tercera clase. Pero nos dijo en español: "no se preocupen, yo vuelvo", y así fue, al rato regresó y nos amenizó todo el viaje. Lo sacaron del compartimento tres veces, y tres veces regresó.

Nos enteramos que era un refugiado de la Guerra Civil española que se había agregado al *maquis*, a la resistencia francesa contra la ocupación nazi. Conocí otros refugiados españoles en París que habían hecho lo mismo tras haber salido de España por el norte, por Barcelona, hacia Perpignan para sumarse de inmediato a la *résistance*. Otros habían llegado antes y trabajado un tiempo en Francia, y muchos de ellos se quejaron del mal trato que les dieron los franceses, pero desde luego era un problema difícil: tan sólo en un fin de semana, por ejemplo, se presentaron 20 000 personas —me contaron

— en la frontera vasco-francesa.

También salieron otros por Cataluña, y Francia envió contingentes pero no para detenerlos, sino para recibirlos con camiones llenos de casas de campaña, y los instalaban en grandes espacios del campo o las playas.

CREO QUE TODOS LOS DÍAS TENÍAMOS CLASE DE COMPOSICIÓN en la escuela del maestro Aceves, y José Luis Martínez se llevaba las palmas. Por mi parte, me parece que no hice nada estimable, salvo el relato de una pequeña anécdota: una tarde en la que jugábamos en el inmenso corral de la casa, mi hermano Rafael gritó de pronto: "¡Un globo, un globo!" Y yo creí que era ¡un lobo, un lobo! Y me caí en un charco al correr despavorido. El lobo figura, precisamente, en el primer poema que escribí. Se trataba de un ciclo sobre las cuatro estaciones, pero sólo compuse la primavera y el invierno. Ya nada más conservo estos versos: "Y los pastores por la muerte de sus ovejas enojados / buscan al lobo y mueren por él destrozados…"

Años más tarde, a fines del 39 y principios del 40, escribí tres obras de teatro en un acto. Son farsas y se llaman: *La sombra de la sombra, Rojo y negro*, inspirada en Stendhal, y *Tierras de Dios*. Esta última me hizo sufrir durante varios años por la falta de respeto con que trato los asuntos religiosos. Estas farsas no tienen más mérito que la velocidad y el ritmo del lenguaje escénico. Previamente a las farsas incursioné, como todos los jóvenes, en la poesía: produje unos poemas lamentables, pero muy armoniosos. Por amor a la forma, cuando escribo en verso fabrico siempre décimas y sonetos: piezas de poesía mediocre, inferior, pero bastante bien trabajadas por mi amor radical al lenguaje que viene desde la infancia.

Fue en esa época que volví a mi pueblo en cierto modo derrotado: sufrí un pequeño pero para mí muy grave desastre económico, y también los estragos de un amor juvenil infinitamente tumultuoso. Me gané la vida como maestro de secundaria. Construí una especie de castidad estricta y aguda (aguda para la inteligencia) como contrapeso de mi sensualidad desfallecida. Es la época en que tal vez he leído más y con mejor resultado. En Zapotlán escribí mi primer cuento, "Sueño de Navidad", que no está recogido en *Varia invención*. Se publicó en el periódico local *El Vigía*, la Navidad del mismo año de 40. Lo escribí casi de encargo. Cuenta la pesadilla de un niño en esa noche, y me interesa porque encuentro en él reminiscencias estilísticas de Leónidas Andreiev, el enorme cuentista ruso al que leí de una manera fanática. A él y a casi todos los rusos, de Pushkin a Leonov.

Poco después, en marzo del 41, escribí "El análisis de un sueño", fruto de mis exhaustivas lecturas de Sigmund Freud, de Adler y de Jung. En agosto redacté en una semana "Hizo el bien mientras vivió". Esta narración apareció en *Eos*, la revista que fundamos en Guadalajara Arturo Rivas Sáinz y yo, que me abrió las puertas a la

literatura y al trato con los escritores mexicanos. Si en Zapotlán había encontrado por primera vez en don Alfredo Velasco un amigo, un maestro y un guía para mi formación literaria, Arturo continuó esa tarea en Guadalajara.

En el número del 15 de agosto de 1943 de *Letras de México*, la revista fundada y dirigida por aquel hombre inolvidable al que tantos debemos tanto, Octavio Barreda, se publicó una reseña de *Eos*. Aparecen en ese número dos breves notas. La primera de ellas comienza así: "Apresurémonos a saludar a la nueva revista jalisciense de literatura. Ahora se llama *Eos* y la editan Arturo Rivas Sáinz y Juan José Arreola. De este último se publica un excelente cuento…" Siguen algunos elogios que fueron los primeros que recibí como escritor. En la primera página de la revista Antonio Acevedo Escobedo menciona también a *Eos* y mi cuento merece una nueva aprobación. Como ustedes ven, tal es mi acta de nacimiento a la literatura mexicana.

La aparición de "Hizo el bien mientras vivió" tuvo otras gratas consecuencias: vi publicados en *Letras de México* dos cuentos míos; Agustín Yáñez me envió "Isolda", la primera mujer de su archipiélago; Octavio Barreda, de visita en Guadalajara, quiso conocerme y Guadalupe Díaz de León nos presentó en su casa. Finalmente, José Luis escribió a Rivas Sáinz preguntándole si acaso era yo un Arreola que en Zapotlán fue su condiscípulo en la escuela primaria.

Después escribí otra narración que, al igual que "Hizo el bien mientras vivió", está llena de esa aura idealista, de ese aire puro que se pierde con los años. La originó una nota apresurada que redacté en México, tras de ver una película que, por más señas, era de Simon Simon, James Craig y Walter Huston. Su título era *Un pacto con el diablo* y estaba basada en la obra de Stephen Vincent Benét, *The Devil and Daniel Webster*. Desarrollé los apuntes en Zapotlán. Así surgió "Un pacto con el diablo" que, entre paréntesis, ha sido uno de mis cuentos que mayor difusión ha alcanzado en México e Hispanoamérica. Es un texto levemente acaramelado y bien construido. Tal vez sea, entre los míos, el que se aparta en menor medida del patrón tradicional. Luego escribí un texto que plantea el germen de un nuevo camino en mi literatura, "El silencio de Dios". Durante una noche terrible, en la que se siente acorralado, un joven deja una carta sobre su mesa para que Dios la lea, si es que existe. Es obra típica de un joven arrebatado, lleno de ideas que quieren ser filosóficas. Algunos pasajes líricos aún me satisfacen: no los negaría a pesar de cierta torpeza que los inunda. Ésas fueron mis tres primeras incursiones en el género.

Pienso que las influencias literarias, en esos mis primeros textos, son muy claras. Para comenzar, en "Hizo el bien mientras vivió" se transparenta la influencia de uno de mis primeros grandes maestros, Georges Duhamel. Por otra parte, el primer cuento, "El sueño de

Navidad", padece la influencia de Andreiev. En "El silencio de Dios" se nota levemente el influjo de Rainer Maria Rilke: se desprende de *Las historias del buen Dios*. "Un pacto con el diablo" también tiene el tono rilkeano. En los catálogos de influencias no estaba consignada la de Rilke, que es para mí evidente en esos dos textos. Recuerdo una frase de "El silencio de Dios": "son tus propias palabras, incoloras y naturalmente humildes, que yo ejercito sin experiencia". La influencia espiritual de Rilke es muy acusada.

La historia de mis primeros textos no estaría completa sin hablar de los tiempos en que fui empleado de mostrador y llenaba las hojas de papel de envoltura con versos, nombres hermosos y mis primeros gérmenes imaginativos. En medio kilo de sal, en un kilo de azúcar o en un cuarto de kilo de piloncillo se fueron mis primeros trabajos literarios.

“ESTÁ TEMBLANDO”, DECÍA ALGUIEN. ASÍ COMENZABA TODO. Me tocaron muchos temblores de niño, pero algunos eran muy leves y no los sentía. Me enteraba después. En cambio hubo otros terribles, que me infundían pavor. Para mí era inconcebible que la tierra pudiera moverse. Los primeros, aquellos que no sentí, los experimenté por la experiencia ajena, la de mi madre, porque hablaba de ellos cuando ya habían pasado. Hasta que llegó el 3 de junio de 1931. Recuerdo que mi tío Daniel, que estaba contemplando el cielo, le dijo a mi padre: “Felipe, que se me hace que esta noche va a temblar…”

Fue un terremoto, el primero de mi vida, que me dejó para siempre su huella. Comenzó a las tres de la mañana, y durante meses, casi un año, desperté siempre a la misma hora, a las tres, con pesadillas. Yo tenía desde chico un buró a un lado de mi cama, para poner allí el libro que estuviera leyendo, un vaso de agua y una aspirina por si se presentaba un dolor de muelas. Esa noche, el vaso estaba como siempre sobre un plato, y al lado una cuchara. Fue la danza de las tres cosas la que me despertó, y luego oí decir a mi madre: “muchachos, está temblando”. Entramos mi hermano y yo al cuarto de mis padres y por la otra puerta lo hicieron mis hermanas, pero apenas si podíamos caminar. Se fue la luz en esos momentos y en medio de los ruidos sobresalía la voz de mi madre, que rezaba la oración magnífica. Mi padre me dio la orden de ir a buscar las velas a tientas, claro, y los cerillos. Duró el terremoto tres minutos eternos. Uno de los muchos ruidos era producido por los techos de tejas —casi todos los techos de Zapotlán eran de tejas— al frotarse unas con otras. Era como el sonido del mar. A esto se agregaba el crujir de las maderas y los rechinidos de puertas que se abrían y cerraban solas. Por si fuera poco, el balido de los borregos y todas las otras voces de los animales espantados. Los perros ladraban de manera lastimosa, aullaban. Las oraciones, las súplicas. Nos imaginábamos a las reses, en los corrales, dobladas de manos, porque esos animales siempre se ponen de rodillas cuando tiembla. Y en medio de todo eso la voz de mi padre, conmocionado pero firme. “No va a pasar nada, muchachos. Acérquense a las puertas y pónganse debajo, métanse en los huecos, ya va a acabar…” Y sí, se acabó el temblor, pero ya no pudimos pegar ojo el resto de la noche, sentíamos un vacío enorme en el hueco del estómago. Al amanecer vimos que en el patio había macetas volcadas. Cundieron después las noticias de dónde más había temblado. Que en Tuxpan pasó esto. Que en Tamazula aquello y lo de más allá. Alguien pronosticó que el temblor iba a repetir el día 18 y fue una de esas coincidencias

extraordinarias: hubo otro terremoto. Pero ninguno como ese primero de 1931 y, 10 años después, en 41, el del 15 de febrero, día en el que comenzaron mis problemas gástricos y entré en una época ascética de muy poco comer y en una vida interior muy intensa. Hasta el punto que pensé seriamente, otra vez, entrar a la Iglesia. De niño quise hacerlo, entrar a un seminario, pero mi tío Librado no quiso. Los temblores que ocurrieron en el día, sin embargo, los viví con una gran serenidad, con un terror pánico, sí, pero controlado. Uno de ellos me pescó en la calle, corrí hacia el jardín y me senté en una banca de fierro. Me encontré de pronto como si la banca fuera una bestia que yo iba cabalgando, porque en ese temblor hubo de todo: oscilatorio, trepidatorio y luego oscilatorio circular y lateral hacia los cuatro puntos cardinales. Pensé que ya había yo quedado templado en cuestión de temblores, hasta que ocurrió otro muy importante, el del 57 en la ciudad de México. En *La feria* doy fe de algunos de esos temblores que tanto me aterraron.

Perderme, de niño, fue otro de mis más grandes temores. Tuve en ese sentido dos experiencias muy amargas. Una fue en una barranca, y otra cuando me sentí abandonado en el recodo de un río. Antes tuve angustias previas. Por ejemplo, cuando me perdía en las celebraciones del Domingo de Ramos o en las Fiestas de Octubre. No faltó ocasión en que me soltaba de la mano de mi padre, y comenzaba a ver caras y cuerpos desconocidos, lo que me producía un enorme sentimiento de angustia: el de estar separado, dislocado. Esta angustia la siento también cuando alguien me deja nada más que para viajar, para irse al aeropuerto. Surge en mí un aura de sufrimiento por el hecho de que esa persona se separe de mí en un vehículo y se aleje del ámbito de mi conocimiento y mi percepción. Aunque reconozco que todas esas separaciones, es decir, el hecho de que lo afecten a uno de esa manera, tienen un trasfondo pueril.

Íbamos, ese día, al monte a donde llegaban unas palomas “yaces”. Así se llamaban, *yaces*. Se trata de una paloma grande, migratoria, que se alimenta de piñones, un animal muy hermoso de carne ligeramente amarga. Atravesábamos varios promontorios, de modo que no era difícil perderse. Era necesario conocer el atajo. Regresábamos al atardecer, cada quien con sus piezas cobradas. De pronto yo me distraje, y por tirarle a una güilota o a algún otro pájaro me separé de mis compañeros y los perdí de vista. Empecé a gritarles, y me llevé una sorpresa muy desagradable: me contestó el eco. Mi voz rebotaba en el otro lado de la barranca, y yo no podía cruzarla sin encontrar la vereda, el atajo. La barranca estaba muy empinada, era casi vertical. El atajo, en cambio, bajaba y subía diagonalmente. Era la única forma de salvar esa especie de bastión. No recuerdo quién me encontró y se apiadó de mí y me llevó de regreso a la casa, sano y salvo, pero con

una angustia que me había sumido en la desesperación más absoluta, y que no me abandonó. Por eso los abismos, la palabra *abismo*, abunda tanto en mis textos, *los abismos me atraen, yo vivo a la orilla de tu alma, soy como el pez de los abismos, ciego*…

A veces, también, nos íbamos de pinta o inventábamos excursiones a pueblos cercanos y atravesábamos el río Tamazula. En una ocasión atravesamos también el río de Santa Rosa, donde estaba la hacienda del mismo nombre; es un río lleno de meandros, como si fuera una serpiente que se vuelve sobre sí misma, y que tiene un remanso maravilloso. Esto sucedió cuando estábamos más niños, antes de que nos dejaran cazar, así que íbamos sin armas, sólo a vagar, si acaso a cazar con resorteras pajaritos y lagartijas. El remanso al que me refiero lo descubrí esa tarde, era hermosísimo, rodeado de juncos y con una vegetación abundante en flores: lirios, jacintos, violetas. Creo que también había nenúfares y lotos. En esos remansos el agua era zarca, cada vez más zarca a medida que oscurecía. Zarca y cristalina; uno podía contemplar los peces, las culebras de agua dulce, los insectos. Y de pronto vi una garza morena. Siempre me han fascinado las aves acuáticas y la garza morena, frente a la blanca, está para mí llena de poesía. Una imagen muy dulce y melancólica que asocio a la belleza de la mujer. Me fui acercando a la garza, tratando de que ella no me viera ni oyera, cuando me doy cuenta, al alzar la vista al cielo, que casi era de noche, y que estaba yo solo. Los demás se habían ido, me habían dejado tras cruzar el río, sin barca y sin barquero. Me sentí abandonado. No sé cuánto tiempo pasó, hasta que llegaron a Tamazula y vieron que yo no estaba. Pero tampoco eran tantos como para no haberse dado cuenta antes. Pienso que fue a propósito, que fue una maldad. Hay que tener en cuenta, además, que el río de noche es peligroso. Hay toda clase de animales y animalitos peligrosos. No sólo víboras y arañas, qué sé yo: también animales de pelo, como tejones, zorras y coyotes.

Debo decir que nunca fui un cazador en forma. Mis cacerías, que empezaron por ser de lagartijas, ratas y ratones, no pasaron nunca de las piezas menores: güilotas, palomas, gallaretas, algún tilile y un par de codornices. Bueno, también más de un pato collarejo y golondrino.

SÍ, A PESAR DE QUE DETESTO LA CRUELDAD CONTRA LOS ANIMALES, debo confesar —ya lo señalé— que los toros fueron mi pasión. Todavía guardo por allí, o en todo caso existe en un archivo de Zapotlán, un programa o un anuncio de una corrida de toros que tuvo lugar allí, en mi pueblo, con Juan Silveti como matador. Durante muchos años, los toros fueron muy importantes para mí. Recuerdo cuando la plaza de toros de Zapotlán estaba en lo que ahora es el mercado. Antes estaba en nuestro zócalo, en la Plaza de Armas. Eran plazas de madera, construidas a base de tapiloles, que son los troncos del pino morillo. Tenían dos redondeles: el exterior, o sea un círculo formado por tapiloles enormes, y otro redondel interior. Los travesaños iban de un redondel al otro, y los aseguraban con alcayatas y con grandes amarres de cables de jarcia. Bueno, lo que más se utilizaba en Zapotlán era la reatilla de pencas de maguey, hecha con fibras de pita. Los cables resultantes eran muy fuertes y ayudaban a la solidez de las plazas. Pero además estaban forradas para que nadie se metiera; entre tapilole y tapilole se ponían fajillas de madera, que también llamábamos latillas. Y, para mayor seguridad, toda la estructura se forraba con petate. Petate verde.

Es por eso que las plazas de toros tenían una fragancia única, que se volvía muy intensa cuando llovía. Con la evaporación, brotaba el olor a madera y petate mojados, y a la lechuguilla. En Zapotlán se creó una auténtica afición por los toros. Más que eso: un fanatismo, casi una religión. La muerte, la fuerza, el valor, la crueldad, la habilidad: todo se daba en la arena. Y uno asistía a ese espectáculo de una crueldad tan grande, sin conmoverse. Reitero lo que me enferma el maltrato de los animales, la crueldad, pero debo insistir en que la muerte de los animales, su sacrificio, era algo cotidiano. Algunos de mis tíos eran muy buenos matadores. Mi padre, por su parte, cuando había que sacrificar a un animal llamaba a un experto. La muerte de los familiares y conocidos era algo aceptado y los niños morían más que ahora, desde luego. Pero, por otra parte, el nacimiento de una criatura era una gran alegría, y lo mismo el de un animal. Cómo decir lo que gozábamos en la casa cuando nacía un becerrito, un potrillo, un chivito. Lo irónico es que, si un animal no moría sacrificado, sino por enfermedad, era una tragedia.

Fue terrible que a muchos animales que nos comimos los habíamos bautizado. Eran animales individualizados, por así decirlo. Una vaca era “la payasa”. Otra “la picecua”. No eran necesariamente apodos, porque se derivaban de su color o de otra característica. Así, había

otra vaca que era “la manteada” porque era una vaca holandesa, negra, manchada de blanco. Otra era “la guitarra” porque era una vaca josca, clara, casi dorada. “La duraznilla” era otro nombre usado, en referencia a un color jaspe del ganado vacuno. El color barcino se da también en los toros. O en gatos. Y teníamos gallinas sardas o granizas, “y sus pollos pintados de granizo”, decía López Velarde, que eran blancas con pintas negras o al revés, negras con pintas blancas.

Desde que vi la última corrida con *Armillita* y *Manolete*, ya no me quedaron ganas de volver nunca a los toros. Una decisión que se fortaleció con la muerte del propio *Manolete* y la de un novillero que se llamó Joselillo. Pero, como dije, durante muchos años los toros formaron parte de mi vida. Un día mi padre, con la misma tranquilidad que nos llevaba a los ejercicios de Cuaresma y de Semana Santa y a las preparaciones para nuestra primera comunión, sin más ni más nos llevó a los toros. Era el domingo de Juan Silveti, una de las grandes leyendas taurinas de Guanajuato, a quien llamaban lo mismo *el Tigre de Guanajuato* que *Juan sin Miedo*. Siempre con su puro en la boca, Silveti, y con su gran sombrero de charro, pertenecía a la charrería de abolengo. En su sombrero, negro, tenía un bordado de calaveras de plata. Nos acompañaron esa tarde mi madre y mis hermanas mayores. Teníamos un palco en esa plaza forrada de petate de tule, que era toda una inmensa cesta, fragante como aquellas en las que vendían los higos de Esmirna.

De los toros ya teníamos una idea, desde luego, porque todos los niños jugaban desde muy pequeños al toro y el torero. Los que hacían de toro se ponían las manos en las sienes, simulando los cuernos. También había esas como cabezas de toro, o cornamentas de verdad, que se colocaban en una especie de carretilla. Mi hermano Rafael construyó uno de esos armatostes. Llegamos, pues, a nuestra primera corrida en esa edad en que yo comenzaba a acercarme a la poesía, a las canciones y a los dichos, y también a las malas palabras. Comimos pepita y alfajores, y la corrida resultó muy mediana, una clásica corrida pueblerina como tantas otras que vi después con toros mansos o alguna vaquilla brava, animales de establo y de campo que no tenían por qué estar sometidos a esas vejaciones. Pero de todos modos valió la pena ver a Silveti, que llevaba su famoso traje gris perla, lleno de alamares gruesos y espaciados y quizás, no lo recuerdo bien, bordado también con calaveras negras. Como matador, esa tarde Silveti —que había ya estado en España y alternado con toreros como Gaona, Joselito y Sánchez Mejías— no pudo hacer gran cosa.

El que salvó la fiesta fue el payaso. En todas las corridas de mi infancia y adolescencia hubo siempre un payaso, que hacía mil cosas divertidas. Grandes chistes plásticos, porque no podía hacer chistes verbales. Había uno sensacional que, como en los tiempos de Goya,

saltaba al toro con la garrocha, ya fuera de frente o de lado. En lo que a los toreros se refiere yo, que siempre fui desgarbado, desmañado, tuve siempre una admiración por la gallardía, por el garbo. Me gustaban por eso los gallos de pelea y los hombres bien plantados a caballo que raspaban el caballo, como se decía, porque le sacaban chispas a los cascos, o paraban a los caballos de mano. Yo, repito, estaba como desasistido por la gracia, me llamaban *el Tiernito* o Juan *el Malhecho*. Por eso, de los toreros me gusta tanto su esbeltez, sus movimientos de bailarín. Su lenguaje corporal, la forma en que se dispersa el cuerpo desnudo en el traje que lo ciñe, como al gimnasta. Digo *dispersar* porque pienso en el cuerpo suelto, libre. El buen torero es una escultura. Una escultura taurina. Y los trajes, de raso de seda, están hechos como los tapices más finos de los muebles antiguos, como tapices goyescos.

En papel de payaso taurino vi también a *Cantinflas*, en vivo, antes de verlo en *Ni sangre ni arena*. Una vez, sucedió algo sensacional. Si mal no recuerdo, fue en la Plaza del Progreso en Guadalajara. Pienso que fue en una corrida de beneficencia, donde no se mató a ningún toro ni hubo banderillas. *Cantinflas* hizo mil trapacerías y monerías con la capa y la muleta, con un torete o una vaquilla, un animal joven muy lindo. De pronto el toro se detuvo, como mareado, y *Cantinflas* se lo quedó viendo fijamente. El toro dobló primero una mano, luego la otra, luego las patas. *Cantinflas* lo vio con mucha ternura y le acarició la testuz y el pescuezo y el animal acabó por echarse, se acostó en la arena, en el centro mismo del redondel. *Cantinflas*, en seguida, se acuesta él también en la panza del animal. El toro se duerme y *Cantinflas* también, o finge dormir, que es lo mismo. Recuerdo que hubo un silencio portentoso ante los dos dormidos, la bestia y *Cantinflas*, y luego una gran ovación. *Cantinflas* se sentó, acarició al torete hasta que despertó, y lo ayudó a levantarse, y finalmente, para despertarlo bien le jaló los cuernos y después la cola. Fue algo inolvidable, una faena gloriosa.

Rodolfo Gaona vino un día a Guadalajara y toreó una corrida completa, todos los tercios. Después de esa tarde, nunca más volvió a torear de todo a todo. A la atracción en sí de la corrida se agregaba otra, que era el convite. Durante toda la feria de Zapotlán, y así como en Sevilla, Madrid y San Isidro, había corridas de feria y el convite era parecido al convite de los circos, o sea el desfile, por las calles, de los cirqueros y los payasos y las jaulas con los animales. De la misma manera, toros y toreros desfilaban por Zapotlán, en un convite que se llamaba “el toro de las once”. Venían desde la plaza de toros y bajaban por la calle de Gordoa, daban vuelta a toda la plaza del mercado y a la plaza principal y seguían por San Antonio para entrar por el santuario. Aquello era un verdadero condumbio. Venían

adelante unos caporales, esto es, hombres de a caballo, charros del campo, auténticos, así como algunos charros de lujo que se ponían su gran traje, el mejor, para el toro de las once. Seguían después los toros que iban a ser lidiados, flanqueados por los cabestros, es decir, por los bueyes, para evitar que los toros se metieran con la gente. Detrás, seguía un gran carro con muchachas guapas y jóvenes apuestos con cantadoras y luego otro carro más, o dos, grandes, con toneles de 200 o 400 litros cada uno, llenos de ponche de granada. Pero había personas tan extrañas, que le ponían a la bebida un poco de la pólvora negra de las escopetas, como dicen que acostumbraba el general Sóstenes Rocha, que tomaba cocteles con pólvora. La gente se acercaba con sus jarros para que le dieran ponche. A veces algunos empresarios, muy generosos, repartían también golosinas saladas, como tortillas fritas con chile de uña. Le llamaban chile de uña al que se desmenuzaba con las uñas, junto con el jitomate y la cebolla. Ése era el toro de las once, porque el desfile se hacía en la mañana a esas horas. De allí surgió la expresión "hacer las once", que quería decir simplemente tomarse unas copitas. Por lo regular, copitas de tequila con calmantes de chicharrón. Les decían *calmantes* a las botanas porque calmaban el apetito. El mejor calmante que conozco, maravilloso, es el pico de gallo, que se hace con naranja, jícama, pepino y chile piquín en polvo. Los picos de gallo de Zapotlán, hay que decirlo de una vez, eran inmortales.

Antes de que comenzara a las cuatro y media la corrida formal, el ruedo se llenaba de jinetes, vaquillas y toretes, y de espontáneos que toreaban con lo que tuvieran a mano, una cobija o un costal abierto. Había muchos ya bebidos, y la plaza quedaba hecha un tiradero, llena de borrachos y golpeados. A los golpeados se los llevaban a la presidencia para que el médico de guardia les diera "una labradita". Algunos tenían ánimos para volver al ruedo antes de la corrida en serio, y así teníamos un espectáculo de toreros remendados.

La corrida era más bien larga y aburrida, animada por el payaso y por la música de la charanga. Todo empezaba con "Carmen, Carmela, vamos a torear, cinco toreros y un capitán" que era una versión de la canción del toreador, y luego "El relicario", "en una tarde de San Eugenio, yendo hacia el prado lo conocí, era el torero de más tronío, el más castizo de too Madrid…" Luego "pisa, morena, pisa con garbo, que un relicario me voy a hacer con el trocito de mi capote que haya pisao tan lindo pie". El torero voltea desde la arena a ver a la muchacha. "Festival de mantillas y claveles de luna macarena y sol, saboreando de naranja y de limón las banderillas…" Porque se usaban las mantillas, negras, blancas, algunas de lino muy fino color crudo bordadas con claveles, y una que otra señora podía darse el lujo de lucir un mantón de Manila. Las corridas no eran gran cosa, es verdad,

pero no dejaban de tener sus emociones. Todo principio de corrida es magnífico. De pronto, en medio de la algarabía del público, suena un primer clarín, y sigue el silencio, la expectación. Un segundo toque de clarín marca la apertura de los toriles y sale el toro, cegado, deslumbrado. En el momento de salir le clavan la divisa, que es una pequeña banderilla, y ese primer aguijón lo enfurece, despierta su bravura. Algunos toros se deslumbran tanto con la luz que se siguen de frente y van a estrellarse contra el burladero.

Decía que el torero tiene, por naturaleza, que ser esbelto, aunque ha habido algunos robustos. Y también gordos, como don Luis Mazantini. O como Matías Lara, *Larita*, que era un payaso valiente, que toreaba bien, a pesar de que su voluminoso vientre hacía pensar al público que el toro ya lo había destripado o lo iba a destripar en cualquier momento. *Larita* bajó una vez del cielo a la plaza de toros El Toreo, en México, en paracaídas.

De los 10 a los 15 años fui un experto en tauromaquia; tanto que cuando se construyó en Zapotlán una plaza formal, don Fortino Briseño, el empresario, me llamó varias veces a consulta para cuestiones graves. Por fortuna, los toros acentuaron mis aficiones literarias de una manera curiosa. Al prestigio de los nombres y los alias, se añadió el encanto del vocabulario taurino y el estilo de las crónicas… Me sabía de memoria todas las ganaderías de México y de España, y me eran familiares los toreros habidos y por haber… Toros de Miura y del duque de Veragua, de la viuda de Concha y Sierra, de Felipe Pablo y de Graciliano Pérez Tabernero… Junto a los grandes, recuerdo a toreros oscuros, de aquí y de allá, compañeros de *Ojitos*, el maestro de Gaona. ¿Quién hoy día ha oído hablar de *Chiquito* de Begoña o de *Cocherito* de Bilbao?

Mi hermana mayor nos hizo, a Rafael y a mí, trajes de luces, con raso de algodón, chaquira y lentejuela y alamares de estambre. Las monteras fueron un problema que nunca pudimos resolver satisfactoriamente. De todas estas aventuras y afanes de torero sólo saqué un golpe de pecho: el que me dio con la testuz, distraídamente, un becerro holandés mientras yo estaba arrodillado en desplante en sus narices.

Así como la literatura, los toros avivaron también en su momento mi problema religioso. Sucede que cada vez que iba a haber una buena corrida en Guadalajara, yo hacía cuantiosas “mandas” de padrenuestros y avemarías. Primero porque mi padre se decidiera a ir, luego porque nos llevara a nosotros, luego porque no lloviera el día de la corrida, y porque los toros salieran bravos y por esto y por aquello, hasta que un día llegué a deber tantas oraciones, que ya no pude pagarlas. Mi confesor me hizo una condonación total, pidiéndome que en penitencia renunciara al fanatismo. Mi hermana había complicado

también mucho este asunto: llevaba un registro de las grandes tragedias del toreo y en los aniversarios rezábamos trisagios y responsos. Todavía me acuerdo de las semanas de oraciones dedicadas a Francisco de los Reyes, *Gitanillo de Triana*, que tuvo una larguísima agonía. Leímos con pasión los *Veinte años de torero* de Rodolfo Gaona. Entre muchas otras, viene allí una fotografía en la que el banderillero *Parrita* señala el lugar exacto en que murió Joselito entre los cuernos de *Bailaor*. Ustedes se acuerdan, *el Gallo Chico*, cuñado de Sánchez Mejías. Guardo en la memoria fragmentos de crónicas y versos alusivos: "Miura era *Perdigón* / aquel toro traicionero, / que de un derrote certero / hizo bajar al panteón / a Manolillo *el Espartero"*. Y este otro: "Así Manuel *Chicuelo* / a su actuación dio remate: / empezó con terciopelo / pero acabó con petate".

ANTES DE LAS DOCE DE LA NOCHE, EL TREN LLEGÓ A PARÍS, A LA estación de San Lázaro, la *gare* Saint-Lazare, donde nos recibió un señor alto, que dijo ser monsieur Balança, ya de edad, que había venido a saludarnos y a trasladarnos a nuestros alojamientos. El equipaje lo subieron a un vehículo, y nosotros salimos de la estación acompañados por el señor Balança. Y bueno, casi sin darme cuenta, yo asumí el liderazgo del grupo, me convertí en guía, porque toda mi vida había yo tenido a mi alcance planos de París, y me sabía muchas cosas de memoria. Nos fuimos por la Chaussée D'Antin, y apenas empiezo a ver monumentos o edificios conocidos de París, los identifiqué, y el señor Balança quedó convencido de que yo conocía París *par cœur*…

"Usted, señor Arreola —me dijo—, pasará su primera noche en el Hotel Lutétia, que está en el Boulevard Raspail", y agregó que al día siguiente nos veríamos a las diez de la mañana en la Ciudad Universitaria, la Cité Universitaire, en la casa de Mónaco, donde nos informaría dónde cobrar nuestras becas. Así pasé mi primera noche, en uno de los hoteles más bellos de París, que lleva el primer nombre que tuvo París y que viene de *ludus*, lodo, que es el yeso, el yeso de París. Me acosté exhausto, sin cenar ni merendar. En esos días, en los hoteles no se podía comer nada. Había sido uno de los días más largos de mi vida. Antes de dormir, recordé al español del tren que nos dijo que por única ropa tenía ese saco largo, o abrigo militar de estameña burda, y era verdad: se abrió el abrigo y estaba desnudo, los pantalones que habíamos visto no existían, eran sólo las partes bajas de los tubos de las piernas cosidos al abrigo.

Además de los planos de París, había yo leído varios libros que me prepararon el ambiente. No a Sue o Victor Hugo, pero sí, como dije, a Georges Duhamel, quien me reveló París a través de una serie que se llamaba *Salavin*. Curiosamente, cerca de la Ciudad Universitaria me encontré con una tienda de chocolates que se llamaba así, Salavin, pero que, desgraciadamente, no vendía chocolates. Bueno, al día siguiente nos recogió monsieur Balança para llevarnos al pabellón de Mónaco, un edificio muy bello, de mármol, y nos invitó a desayunar en el restaurante de la Casa Internacional. Allí tomamos achicoria —café imposible—, algo de pan, y no puedo recordar qué otra cosa, porque la fruta no existía, menos los huevos o el jamón. Imposible. Y como lo había prometido, el señor Balança nos explicó cómo podíamos cobrar nuestra beca, dinero que agregué a lo poco que me había sobrado de Nueva York.

Creo recordar que después del desayuno lo primero que hice fue ir al consulado de México, que estaba en el mismo edificio de la cancillería, en la rue Longchamp. Nuestro embajador era entonces un personaje notable, nada menos que don Alfonso de Rosenzweig Díaz. Apenas llegué saludé a Rodolfo Usigli, quien me presentó al primer secretario, León de la Barra, por quien guardo una respetuosa gratitud. Era un mexicano alto, moreno claro, calvo, con las sienes grises y de una fisonomía muy noble. Era como estar ante un noble o un emperador romano, al que nada más le faltaba la túnica. Un personaje como otros que después encontré en la Comedia Francesa, en Corneille, en Racine. Se asombraron mucho cuando vieron el salvoconducto del estado de Jalisco, que según ellos no servía para nada, y decidieron darme un pasaporte allí mismo. Me fui a tomar una fotografía para el pasaporte y después, cuando volví a la embajada, me esperaba una sorpresa: también trabajaba en la embajada, como *attaché*, agregado, Bernardo Reyes, sobrino de don Alfonso, nieto del general Bernardo Reyes, el que murió frente a Palacio Nacional durante la Decena Trágica.

Le vendí a Reyes los cigarros que tenía en la caja del sombrero, y que no tuve ningún problema en pasar por la aduana francesa. Como iba becado no nos molestaron, y además los empleados quedaron encantados porque a uno le regalé una naranja y a otro una manzana. Después conocería a Jacqueline González Quintanilla, hija del cónsul, una persona espléndida, mujer muy bella que tanto me ayudó y que me recomendaba reglas de conducta en un París donde florecía el mercado negro.

Al mediodía iba ya en camino del lugar donde debería estar Louis Jouvet para presentarme con él. Me dirigí a la Ópera y tomé la rue Caumartin, cerca de Chez Pauline, un excelente restaurante. Todo lo que sucedió fue curioso, bueno, muchas de las cosas que me pasaban en ese momento tenían algo de sobrenatural. Llegué pues al número 15 de Caumartin, al Teatro El Ateneo, que está en la plaza que ahora se llama de Louis Jouvet, a un lado de la Ópera. Entro por una puerta angosta, de un edificio de apariencia noble, como muchos del centro de París, aunque sí modesto en comparación con otros; subo la escalera, llego a una especie de recibidor donde no hay nadie, sigo, subo, creo que tres pisos cuando menos sin encontrar a nadie, todas las puertas cerradas, los pasillos vacíos. En el último piso decido recorrer hasta el fondo el pasillo, y me voy directo, como guiado por un imán, hasta un despacho que tenía la puerta entreabierta. La abro, entro, y alguien apaga la luz de la habitación en ese momento, al parecer un hombre alto que pregunta quién es: *Qui est-ce*?, y yo respondo, en la oscuridad: *"Je suis Arreola: de Zapotlán*: Yo soy Arreola, de Zapotlán, *au Mexique, monsieur"*, y entonces él prende la

luz y exclama: “Bueno, finalmente llegaste a París”. Me da un largo abrazo. Tenía también un sombrero estilo Eden y un abrigo de corte impecable, además de una mascada o bufanda y un bastón. No sé por qué, pero asocié su imagen con la del oficial alemán que había visto en la estación de ferrocarriles del Havre. Se veía muy contento y yo, en ese momento, después de reconocer a Jouvet y de que él me diera un recibimiento tan efusivo, olvidé todas mis penalidades. Me dijo que estaba a punto de salir porque tenía una cita no recuerdo con quién, tal vez con Giraudoux, pero me invitó de todos modos a pasar, me tomó del brazo y me llevó a otro despacho que yo no vi al pasar, donde estaba una secretaria, a quien le dijo: “Marthe, te presento a Arreola. Quiero que veas todo lo bueno que hay en París en teatro en estos momentos para que este hombre vaya desde ahora. Aquí tienes tarjetas mías. Consíguele dos entradas para todo lo que valga la pena. Películas también…” Se volteó y me dijo: “Pero no, no, lo que tienes que hacer ahora mismo, a donde vas a ir, es a la Comedia Francesa”. Y en una tarjeta escribió: “Querido Jean-Louis, te presento a Arreola, que viene de México…” Era una tarjeta, claro, para Jean-Louis Barrault.

Apenas me dio Jouvet la tarjeta, me fui corriendo a la Comedia Francesa, a la que entré como Pedro por su casa. Nadie me detuvo. Subí por una escalera y oigo que alguien la viene bajando, a gran velocidad. Era Jean-Louis Barrault. Nos encontramos y nos tomamos de los brazos de manera instintiva. Me vio entonces, me soltó y me dijo: “Pero qué barbaridad, cómo nos parecemos usted y yo… Con la diferencia de que usted es mucho más joven”. Él debía llevarme unos ocho o 10 años y, efectivamente, nos parecíamos muchísimo. Era impresionante la similitud. Recuerdo su película *El puritano*. Unos años después de verla, *yo* era el puritano. Le enseñé la tarjeta de Jouvet y al verla me dijo que pasara con él a su despacho. Tenía, en calidad de director de escena de la temporada, una oficina en la Comedia Francesa. Me senté en un sillón muy cómodo y platicamos un buen rato. Mi francés había mejorado un poco y Barrault se quedó sorprendido no sólo de mi soltura, sino de todo lo que yo sabía de su vida. Le hablé de su primera película, *Adiós, juventud*, y le conté de su entrada con Charles Dullin, quien tomó a Barrault bajo su tutela y lo decidió por su vocación teatral. Dullin era un gran actor y gran director que tenía entonces su centro de operaciones en el Teatro del Atelier, en Pigalle. Ya se habían acabado los tiempos del Vieux Colombier. Barrault, todavía asombrado, me dijo que la Comedia Francesa era mi casa, y que me iba a presentar, en esos momentos, a todos los que habían sido sus compañeros. Me llevó entonces a un salón maravilloso, lleno de retratos: dibujos a lápiz, pastel, pluma, numerosos óleos, miniaturas. Todos los muros estaban cubiertos por

los retratos de los grandes actores y directores de la Comédie Française. Era su historia plástica. De pronto veo en el centro del muro, lejos, un cuadro de unos 20 por 30 centímetros, lo señalo y digo: "Es un Renoir". Barrault volvió a asombrarse. Los franceses no esperan que uno, como mexicano, sea una persona enterada. Y sí, en efecto, era un precioso Renoir. No recuerdo de quién era el retrato: una mujer muy hermosa. Pero había otro de una actriz también de una gran belleza, Adrienne Lecouvreur, célebre por su vida apasionada y sus romances. Barrault y yo platicamos largamente, un poco de todo. Me preguntó por amigos mexicanos como Tata Nacho, y españoles, como Valle-Inclán. Entonces, sin más, me dijo: "Te repito que estás en tu casa, por lo que vas a comenzar a trabajar aquí en estos momentos". Me mandó al sótano, que estaba bajo el escenario principal, para hablar con el asistente de dirección. Así lo hice y me presentaron con el jefe de los comparsas, quien llamó a un viejito y le ordenó que me diera un vestido de remero.

Hacía un frío espantoso abajo del escenario, y el papel de remero que iba yo a desempeñar era nada menos que remero de la galera de Antonio y Cleopatra de Shakespeare, o sea que uno estaba casi desnudo. Jacques Charrier interpretaba a Marco Antonio, y Maribell a Cleopatra. Me fui pues a desvestir y me coloqué el taparrabos. Los remeros éramos seis u ocho, del único lado de la galera que se mostraba al público. Repito que eso era una heladera. Tal vez uno que otro de los actores principales tendría en su camerino una estufita para calentarse las manos. Pero calefacción central, ni soñar. En primer plano, Marco Antonio y Cleopatra se dedicaban a sus efusiones amorosas. Nosotros, los remeros, formábamos el horizonte. Teníamos una rodilla en tierra y con la derecha sosteníamos el largo remo, apoyado en un mampuesto para que se lograra más fácilmente darle un movimiento acompasado, rítmico. El cielo era azul, de un azul *baty*, al que se le dio ese nombre en teatro por Gaston Baty, compañero de trabajo de Jouvet y de Dullin. Se trata de un azul lleno de luz, precioso que, como nos servía de fondo, le daba a la representación una gran belleza. Remábamos durante toda la escena, que era infinita, a pesar de que uno se embelesaba con los diálogos de Shakespeare, traducidos por André Gide. Antes de levantarse el telón, ya estábamos remando. Los remos se hundían en el agua y se levantaban después, recortados sobre ese cielo purísimo. Cuando ensayábamos, al asistente de dirección le gustó la forma en que yo movía el remo, de modo que me nombró jefe de remeros, algo así como primer remo del conjunto, igual que cuando uno es primer violín de una orquesta.

Yo tenía ya un lenguaje corporal que desarrollé en Francia. No hay que olvidar que en esos momentos Barrault se consagraba ya como

gran mimo. Su maestro fue un hombre que se llamó Jean Doucrou y los dos hacían en la misma obra el papel, Barrault de cupido y Doucrou de algún otro personaje de la mitología, y se encargaban, ambos, de mimar el amor de Marco Antonio y Cleopatra. Además del horizonte de remeros, había en el centro del escenario una cama, una cama inmensa, que era la de los dos amantes.

Pude también haberme dedicado a la pantomima, pero siendo yo un hombre tan dado a la palabra, preferí no hacerlo, aunque tomé clases después con Alejandro Jodorowsky. Barrault, por otra parte, me incluyó desde el principio en la nómina de la Comédie Française, de modo que recibí, por todas mis actuaciones, una buena paga.

“LA MARCHA DE CÁDIZ”, UNA ESPECIE DE OPERETA BUFA, FIGURA entre los más lejanos de mis recuerdos que tienen que ver con el teatro. Había una señora, más bien una señorita soltera, quedada, que alentaba los ensayos de teatro en su casa. Yo no asistía a ellos, por mi edad, pero sí al ensayo del ensayo, porque mi primo Salvador, antes de salir, tocaba el fagot; ensayaba lo que iba a tocar en el ensayo. Mi primera impresión ya seria tiene que ver con una obra que se representó en beneficio del Hospital San Vicente, con un título muy largo, *La hija del gaitero* y algo más. Andrés *el Saboyano* era el gaitero, y el papel lo hacía César Martino. Pero aquí debo hacer un paréntesis muy importante.

Fue César Martino el que llevó a Zapotlán a Pablo Neruda, para que me oyera recitar sus poemas. Este encuentro fue para mí de una importancia y trascendencia muy grandes. Ya Fernando Wagner me había iniciado en el arte de recitar a Neruda, y yo me sabía muchos poemas de memoria. Esa noche lo único que leí, porque me daba temor improvisar, fue una especie de salutación, de la que recuerdo algunas frases completas, como “nuestro pueblo es feliz porque sabe que entre todos los caminos de la tierra y del mar hay un sendero que desemboca en su paisaje humilde”. Pero antes comenzaba yo diciendo: “ha llegado a Zapotlán uno de los viajeros más luminosos de América Latina”. Pablo escuchó con atención los poemas que recité, como decía, todos de memoria, de *Crepusculario* y de *Los veinte poemas de amor*, me llamó *poeta* toda la noche y me invitó a ser su secretario. Pero su esposa, *la Hormiguita*, que veía qué tan delicada estaba mi salud, me dijo que no debía hacerle caso. Neruda se fue al día siguiente a Manzanillo, a conocer a mi madre, y se pasó el día bebiendo vasos de tepache y recogiendo caracoles, en la playa, para su colección. Neruda le escribió a César Martino un soneto, que conservo autógrafo:

> Ciudad Guzmán, sobre su cabellera
> de roja flor y forestal cultura,
> tiene un tañido de campana oscura,
> de campana segura y verdadera.
>
> Martino, tu amistad está en la altura
> como el tañido sobre la pradera,
> y como está sobre la primavera

temblando el ala de la harina pura.

De pan y primavera y campanada
y de Ciudad Guzmán empurpurada
por el latido de una flor segura,

está, Martino, tu amistad formada:
agraria y cereal como una azada,
alta y azul, como campana dura.

Pablo Neruda pasó con nosotros, en Zapotlán, una noche de "ponche y estrellas". El ponche fue de granada, azúcar y tequila, cual debe de ser, casero, fresco y ardiente. A la salida en su alta noche de embriaguez, Pablo nos decía: "Miren las estrellas sobre los tejados, están bajitas y yo puedo cortarlas con las manos…" Y agitaba los brazos como el hondero entusiasta en su tentativa de hombre infinito…

Al día siguiente, asustados, fuimos a buscarlo al hotel. Nos recibió en el balcón, fresco como una lechuga, mirando los flamboyanes rojos a más no poder. Se pusieron a dar las doce con la campana mayor y yo me quedé mirando a Neruda en éxtasis, como si las estuviera contando: es la única vez en mi vida en que he visto a un poeta componer un poema. Luego fuimos a la parroquia, que Pablo admiró: un espacio luminoso, esbelto y bello, como el soneto que acababa de escribir mentalmente.

César Martino era de origen desconocido. Se decía que era hijo de un ingeniero de minas italiano que murió en Tuxpan, Jalisco, y que le dejó su criatura encargada a una tuxpaneca. El ingeniero había llegado al pueblo sin su mujer, sólo con el niño, César, que de grande fue un gran amigo del general Lázaro Cárdenas y primer gerente del Banco de Crédito Agrícola.

Como fue ésa mi primera pieza de teatro en la vida, nunca se me olvidarán algunos detalles. Veo al gaitero, sentado a la mitad del foro, con un cayado, su alforja y su gaita. Era un drama, porque buscaba a su hija, que se le había perdido desde niña. Lo recuerdo muy bien, con su traje pasiego. No recuerdo sin embargo toda la pieza, pienso que nos debimos haber dormido.

Los títeres también figuraron en mi infancia. Primero los de Rosete Aranda, cuyos muñecos, trajes y escenarios ya son parte del patrimonio nacional. Eran una maravilla. Aranda podía poner cualquier cosa, un *Don Juan Tenorio* completo, un *Gólgota, La Traviata*. El vestuario era de sueño, de brocados, de terciopelos, de gasas portentosas. Vienen después los títeres de Enrico Podreka, que

trabajaba con su mujer y sus siete hijos, todos eran animadores de los títeres y cantaban. El circo Beas, como el nombre de un pueblo grande de España, era entonces un prodigio. Aunque de todos modos tenía razón López Velarde, cuando decía "los circos de lamido perrillo enciclopédico y desacreditados elefantes me enseñaron las cómicas frioleras y las magnas tragedias hilarantes…" Nos llevaban las nanas al circo y nosotros siempre nos dormíamos, a pesar de todo lo que nos divertían los payasos y nos asustaban las fieras. Las hermanitas mayores, muy valientes, regresaban despiertas, a pie. A mí y a mi hermano Rafael, las dos nanas, Luisa y Cleotilde, nos envolvían en la fragancia de sus rebozos, del circo a la casa, lo que era todo un viaje porque el circo estaba en las afueras de Zapotlán, en Santa Rosa. Pienso ahora que quizás nuestro primer espectáculo teatral no fue el de César Martino, sino una pastorela. Debió de ser. Las solían hacer en los patios de las casas, los indígenas del pueblo. En la casa las dirigía el mayordomo de campo de mi papá que se llamaba Florentino Castillo, quien, además de encargarse de supervisar desde la siembra hasta la cosecha, dirigía pastorelas y danzas. Una golosina que asocio mucho con las pastorelas era el esquite, un dulce que se hace con las semillas tostadas de una calabaza grande que se llama calabaza costillona. Se mezclan con maíz dulce, tostado también, y se les vierte miel a punto de caramelo, melcocha, y se vacían después en una olla profunda, llena de pinole, y por último a la mezcla se le agrega piloncillo aromatizado con canela o con anís. Ya el esquite no se conoce en Zapotlán. Quizás en algún pueblo del sur de Jalisco.

En las pastorelas comíamos también camote horneado, o fruta de horno. La pastorela me trae, es inevitable, un recuerdo triste. Mi tío José María, que era arqueólogo, antropólogo, paleontólogo, físico, historiador, químico, metalúrgico, vulcanólogo, cristalógrafo, todo, en fin, José María Arreola el cura, hermano del otro cura, Librado, se dio cuenta de los muchos tesoros que, en forma de documentos, existían en Jalisco. De modo que, en un gran arcón de madera y lámina, en un baúl, comenzó a coleccionar toda clase de cosas y, entre ellas, las letras de las pastorelas: "Oh Satanás maldito, / yacerás en los infiernos, / y tus dolores eternos / nunca aplacarás precito…" Precita, así, con *c*, es el alma que sufre. Las almas del Purgatorio son precitas. Mi tío coleccionó originales hechos desde el siglo XVII. Y tuvo la buena idea de mandar copiar —primero a mano, después en su máquina Oliver— aquellos documentos que estaban ya semidestruidos. Este recuerdo, decía, es triste, porque ese baúl se perdió. Nunca supimos dónde fue a dar. Cada vez que su pérdida me viene a la memoria, me dan ganas de llorar. El otro hermano de mi padre se divertía mucho leyendo las pastorelas, por tantos disparates que se decían en ellas. Muchas eran de una comicidad involuntaria,

ingenuas, cursis. Pero eran también muy bellas, y las asocio a tradiciones medievales y renacentistas. Los versos de *Carmina Burana*, en donde se entreveran canciones religiosas y profanas, me recuerdan mucho a las pastorelas. Yo creo que, con el cofre del tío, se perdió la letra de más de un centenar de pastorelas.

Para mí, los personajes más atractivos de las pastorelas no fueron, como podría suponerse, la Virgen María, San José o el Niño Jesús. No, eran el bartolo y el diablo. Todos los pastores iban a Belén, a conocer al niño. El bartolo los acompañaba, pero iba borracho desde un principio. De hecho siempre estaba ebrio, y se le transparentaban sus inclinaciones lúbricas. Al bartolo le atraía demasiado la carne. Y a propósito, recuerdo que además de dos sirvientas que se llamaban Luisa y Cleotilde, había otra muchacha que lavaba la ropa, una güera, de hecho casi criolla, a la que mi madre solía decir: "Tú quédate lavando. No saludes a los mozos que vengan por aquí, ni al que trae las vacas, ni al becerrero ni a nadie. Cuando mucho di buenos días, pero no voltees a verlos". Una tarde, esta muchacha le pide permiso a mi madre para salir más temprano toda la semana: "Es que voy a hacer de Carne, señora". "¿De qué, dices?" "De Carne, señora, voy a hacer de Carne en la pastorela." *Carne* era el personaje, una mujer, que era *la tentación*. Allí estaba el ermitaño, arrodillado, rezando su rosario de grandes cuentas —del tamaño de una nuez, a veces las cuentas eran de tejocotes—. "Pequé, Señor, pequé, perdóname, Señor…", decía, y de un lado salía, vestida de color de rosa, la Carne, para tentarlo materialmente: le tocaba el hombro, lo tentaba.

Todo esto se representaba en un patio, como decía, en una especie de tablado que descansaba en cuatro tapiloles, o sea en los troncos de un pino que también se llama morillo, que ya mencioné, a una altura de dos metros. Era pues como un tapanco, como un palafito. Pero los tapiloles seguían hacia arriba, para sostener un techo del cual podían colgar las nubes o los ángeles. Abajo se ponían los músicos y los mostradores para vender o, en algunos casos, regalar bebidas y antojitos. En algunas pastorelas, todo era convidado: los camotes, los sopes, los tamales, las gorditas.

El director de la pastorela, que portaba un largo cayado, hacía las veces de apuntador. Dirigía y señalaba lo que había que hacer durante la representación y soplaba el texto, ya que se sabía la pastorela de memoria. Los versos eran muy sencillos y había actores que de pronto improvisaban, en octosílabos. Eran frecuentes las redondillas. En Zapotlán, como en otros pueblos de Jalisco, no eran raros los versificadores callejeros que improvisaban cuartetas sobre cualquier asunto o persona. Por lo demás, la mecánica de la acción de las pastorelas era simple y solía repetirse. El bartolo, ebrio, tirado a la bartola, no se quería levantar para ir a ver al Niño Dios, hasta que la

Carne lo tentaba y entonces él se iba detrás de ella. Solía haber otro personaje, un buen pastor, llamado Bato, que tenía una esposa, Gila. Recuerdo esos versos de Manuel Gutiérrez Nájera: "aquí pondremos a Bato y allá a su pastora Gila". Representaban a los descendientes de Adán y Eva, la pareja casada y honesta. No había galán, sino acaso los coqueteos del bartolo, que resultaban repulsivos.

De las festividades o ceremonias religiosas, recuerdo muy especialmente los *encendios* del Viernes de Dolores. Encendios con *e*, no *incendios*. En las salas de las casas se erigían unos altares rústicos y, podría decir, vegetales, por la cantidad de flores y de trébol. En el piso se ponía un tapete de yute humedecido, que se rociaba con semillas de chía. Estas semillas se habían puesto a remojar con anticipación, hasta que soltaban el mucílago. A los tres días, las semillas germinaban y cubrían de una especie de pasto tierno, verde y aromático, todo el tapete. Pero, además, se colocaban figuras de barro, ya fuera en forma de conos, llamados *cipreses*, o de esferas. A estas figuras, de barro o greda, se las rayaba, antes de que se secaran, con un clavo, formando surcos, y en esos canalitos se ponían otras semillas de chía que, al germinar, también cubrían de verdor toda la figura. Había también muchas velas y veladoras encendidas rodeando el altar dedicado, claro, a la Virgen de los Dolores, cuya efigie dominaba el encendio. La ventana o ventanas de la sala se dejaban abiertas, para que los transeúntes pudieran contemplar y admirar el encendio. Era costumbre pasear por las calles y asomarse a las casas para comparar un encendio con otro. La señora de la casa regalaba, a los contempladores, vasos de aguas frescas, ya fuera horchata o agua de limón —con chía, desde luego—, de tamarindo o jamaica. Las naranjas agrias, con popotes que servían de astas o banderitas de papel, formaban parte también de los encendios. López Velarde nos habla de estas naranjas: "Las naranjas que por el arte virginal de las doncellas de la aldea lucen banderas de papel / e irisaciones de oropel / sobre la piel que amarillea…"

NO SÉ SI A ESTO DEBO LLAMARLE POR FIN “VIDA CONTADA”. HE pensado de nuevo mucho en eso que es la memoria y creo que quizás el título de esta autobiografía debería ser *memorario*, que iría muy bien con *confabulario* y *bestiario*. Siempre me ha gustado mucho este género de palabras.

Poseí la memoria de una manera tan natural. Pero ahora he llegado a la etapa en que no hay memoria en el sentido de que a uno ya se le olvidó cómo memorizar. Por eso acudo tanto a la grabadora, y a veces me digo a mí mismo: Arreola, se te acabaron las cintas. O será que ya no tengo series neuronales. A propósito de neuronas recuerdo, yo que he sido un hombre que ha vivido en la angustia, que en una ocasión un joven neuropsiquiatra me decía que no se sabe cómo actúan los anabólicos ni los psicotrópicos. El mundo de los sedantes, de las diazepinas y benzodiazepinas, de los librium, de los valium. Lo único que se sabe es que actúan, pero no cómo. Se fueron descubriendo como se hizo con la aspirina. Casi por azar. La historia de los descubrimientos se ha hecho así, está llena de venturosos azares. Pero pienso que cuando se conozca bien su función, podrían emplearse para mejorar la memoria, ya que actúan sobre las terminales nerviosas.

Aunque creo a veces también que la memoria está en la sangre. Que está codificada en la corriente sanguínea: tenemos la memoria en todo el cuerpo. Alguna vez relacioné esta idea, no sé por qué, con el orgasmo, un fenómeno eléctrico que invade todo el cuerpo, porque uno siente que todo el árbol venoso y todo el árbol arterial se estremecen. Yo he sentido vibraciones desde muy chico, vibraciones semejantes a las que ocurrieran en las puntas de unas cuerdas, no de violín, porque sus cuerdas están capturadas en su base y tensadas en su extremo. Quizás sea mejor hablar de vibraciones de tímpanos. O mejor, de lengüetas: lo más parecido a una terminal nerviosa sería la lengüeta de un instrumento musical, de un clarinete, digamos, o de un oboe. Así como se produce el sonido, debe producirse la angustia, causada por tensiones vibratorias. Las medicinas, entonces, ensordecen la vibración y viene la tranquilidad.

Me intrigan, sí, las fallas de la memoria. Sus crisis. La memoria —y esto también me lo revelaron las grabadoras— se crea en ciertas zonas cerebrales, no sé si en espacios mínimos o grandes, pero es allí donde se registra toda una serie de traducciones de lo que es el repertorio vivencial. Está allí inscrito, y la voluntad de recordar es como un buscador en una piedra de galena para localizar la onda adecuada.

La piedra de galena era muy famosa entre todos nosotros cuando éramos niños, no sólo por su magia, sino porque además nuestro tío José María era, como dije, un científico, y mi padre se interesaba en todo lo que hacía su hermano. Cuando tenía yo 10 años ocurrió ese milagro, ese portento, que fue la llegada de los primeros aparatos de radio a Zapotlán. Aquellos aparatos que parecían capillas, y casi al mismo tiempo llegaron los radios de galena. La piedra de galena, que medía unos cinco centímetros, se colocaba en una tablita y se le sujetaba con unos tornillos. Luego, con el buscador, que era una aguja de alambre de acero, se recorrían las protuberancias de la piedra. Era un prodigio de la ciencia, primitivo, sí, pero maravilloso. El sonido era tan tenue, que uno tenía que usar audífonos. No eran más que la piedra, una bobina y el buscador. La aguja recorría las sinuosidades de la galena, y uno se iba volviendo experto, aprendía a conocer en cuáles rugosidades estaban las estaciones. La más fácil de encontrar era la XEW.

Vuelvo a la memoria. Pero a la memoria de mis antepasados. Leí una vez, hace poco, algo que me interesó mucho. Creo que fue en una revista norteamericana: que no debemos culpar a nuestros antepasados por nuestros defectos. De todos mis abuelos, sólo conocí a la madre de mi madre, Juanita Chávez, que pertenecía a una familia increíble, por lo numerosa y por lo rica en personas muy peculiares. Mucho más que los Zúñiga. De mi abuelo materno ni siquiera mi madre se acordaba, porque murió cuando ella estaba recién nacida. Se llamaba José Zúñiga. Los Chávez, en cambio, y ésa es la palabra, pululan.

Hay un día, en Zapotlán, que se llama el día del peregrino. Y es cuando se vuelve a Zapotlán para asistir a la feria anual. Vienen, principalmente de Guadalajara y de la ciudad de México, muchos zapotlenses que se fueron a vivir lejos por diversas razones. Vienen incluso de Los Ángeles, de Detroit y de Chicago, de Oakland. Llegan a las fiestas del Señor San José y al novenario. Claro que no todos pueden venir todos los años, pero hay veces que se junta una verdadera multitud de ausentes, a la que se agregan los visitantes de pueblos cercanos. El día del peregrino, del ausente, es pues para que todos se junten, hagan una procesión y visiten, los que viven fuera, a los parientes que todavía les queden en Zapotlán.

Decía que uno no debe culpar a los antepasados por sus defectos. Pero me es difícil no pensar en don Rafael Chávez, abuelo de mi madre, quien se hizo famoso por el carácter que ha heredado una buena parte de la familia: un carácter fuerte, un tanto violento. Y a veces, también, me pregunto qué tanto heredé o no de mi tío Genaro Zúñiga Chávez, hermano de mi madre. Él y mi madre, Victoria, fueron los hermanos menores de una familia muy numerosa, y desde chicos

convivieron mucho, porque fueron juntos a la escuela. Recuerdo a mi tío bien, y gracias a eso en ocasiones me sorprendo con gestos y actitudes que eran muy suyos. De alguna manera extraña, heredé de él una pasión artesanal que él aplicaba al acero y yo al lenguaje. Él limaba, y era un artífice en eso. Yo limo el lenguaje. No en balde se dice así: limar la prosa, limar lo escrito. A eso se refiere Borges, aunque un tanto de chunga, cuando dice que le comunicó eso a Carlos Argentino Daneri, en el cuento "El Aleph", o sea el arte de abrir primero las compuertas de la imaginación y después aplicar la lima.

Borges lo dice bien, y es que todos los que escribimos aplicamos la lima, quien más, quien menos. En algunos autores se nota, y se deplora, la ausencia del ejercicio de la lima. La lima es uno de los instrumentos más antiguos, el primero de la herrería en todos sus calibres y después de la mecánica de precisión, antes de las grandes fresadoras capaces de lograr calibres y superficies casi perfectas. Pero antes todo eso se hacía a mano, con una lima. Y eso a mí siempre me ha gustado, limar lo que escribo. Hay veces que las frases me han salido como si ya estuvieran limadas, incluso cuando hablo. Otras veces no, y yo les aplico la lima en el sentido de que las ajusto. También en esta parte del oficio de escribir encontré una analogía con lo que antes se llamaba un mecánico ajustador. Ahora estos mecánicos han sido sustituidos por los micrómetros.

Mi tío Genaro, pues, empuñaba con la mano derecha el mango de la lima, y se ayudaba con el dedo pulgar y el índice de la izquierda para guiarla. Limaba acero, hierro y bronce. Le encantaba hacerlo. Venía de una familia de mecánicos notables que también fueron fundidores y torneros. Un artesano en todo el sentido de la palabra, ya que si mi tío Genaro necesitaba hacer una llave, por ejemplo, comenzaba por buscar el metal adecuado y lo forjaba él en persona, porque también era un buen forjador, que trabajaba a base de tenaza, martillo y cortafrío.

Una llave para un cancel, una llave para una cerradura moderna, todo lo hacía, y muy bien, mi tío Genaro, que llegó, en la fragua, a hacer los elementos de una pistola, por ejemplo, o de una escopeta. Fue una escopeta su obra maestra, porque no era de sistema de cerrojo como las Remington, sino parabellum como el sistema de la Luger, que ha sido una de las pistolas más famosas de la historia desde la primera Guerra Mundial. La escopeta era una verdadera joya, pero por desgracia perdimos su rastro. Era un arma de museo de artesanías, ya que todo lo hizo mi tío en casa, incluyendo el cañón y el rayado del cañón.

Digamos que yo heredé de él esa minuciosidad, ese amor, esa aplicación. Genaro llegaba a la perfección, a las superficies perfectas. Como casi siempre se liman superficies angostas, es muy fácil que

baile la lima, que haga bimbalete, y se forme lo que se llama lomo de toro. Eso está mal. Genaro me heredó también algo que yo podría llamar un gran temor teológico, un terror por el diablo, por su existencia. No sé cuántas veces le preguntó a mi padre —era su obsesión—: "Oye, Felipe, ¿y el cabrón diablo existe? ¿Tú crees que existe el hijo de la tiznada?"

En otras ocasiones le preguntaba a mi padre: "Oye, Felipe, ¿nos estamos arrugando? He sabido que hay un procedimiento, algo, para evitar que uno se arrugue". Genaro, un hombre de una gran simplicidad y sin formación cultural alguna, tenía sin embargo una sensibilidad a ras de piel y a veces en carne viva. Mi gusto por la pana, por los pantalones y sobre todo por los sacos de pana, también me viene de él. De niño y lo mismo ya de adolescente, tuve siempre envidia de los sacos de pana de mi tío Genaro, pana francesa, inglesa y catalana. Los tenía de color ámbar, verde botella, grises. Otros eran tabaco o de color oro viejo. En ese entonces, todo el mundo usaba lo mejor que tenía los sábados y domingos. Claro que algunos por su profesión, como los licenciados y los doctores, tenían que usar corbata toda la semana. Y la verdad, había bastante gente, en Zapotlán, que sabía vestirse. En la gran tienda de París-Londres uno podía adquirir ropa que venía directamente de Inglaterra o de Francia, aunque también uno encontraba, de Italia, cosas tan finas como los sombreros Borsalino y Barbizio.

Aun las personas de bajos recursos estaban impecables los fines de semana, con sombrero y traje completo, que le llamábamos flux, o combinado. Genaro tenía el pelo corto y chino, de ese pelo tipo pasa, y sin duda había algunos rasgos africanos en la familia de mi madre, con una excepción: ella misma. Alguien le inventó procedencia irlandesa. Tenía, mi madre, una nariz muy fina y un pelo que le nacía liso pero que a partir de los hombros se le ondulaba. Nunca olvidaré el color del pelo de mi madre. Paul Claudel decía que su hermana, Camille, tenía el pelo del mismo color, caoba, lo que los ingleses llaman *royal mahogany*. Sus labios eran delgados y sus ojos estaban finamente labrados. Para nada se parecía a sus hermanos. Daniel era también de pelo crespo y lo mismo su hijo Daniel chico, a quien toda la vida se le dijo *el Borrego*.

De la parte de mi madre, sólo tuve dos tías. Anastasia, que siempre me recordó a un personaje de *Los endemoniados* de Dostoievski, era quien administraba la casa de mi tío Daniel. La otra fue Margarita, la mujer más aplicada a la hornilla y al metate que he conocido. Y literalmente, porque también practicaba ella misma toda clase de moliendas en el metate. Se levantaba muy temprano para ir a misa, y apenas regresaba se ponía a preparar desayunos y almuerzos, según lo que cada quien quisiera. Luego comenzaba a cocinar la comida del

mediodía, descansaba un rato en la tarde y al anochecer ya estaba otra vez en la cocina, para preparar la merienda. Era el ejemplo viviente de la mujer abnegada: nunca se casó, dedicó toda su vida a sus hermanos y a ayudar a su madre desde niña, y a sustituirla después. Mi tía Margarita fue mi madrina de bautizo y su bondad era categórica y casi aplastante. Tampoco he conocido nunca una persona tan generosa.

La mayor de las dos, según recuerdo, era Anastasia. Seguía Margarita, luego un tío que era verdaderamente sensacional, Epifanio, después uno que no conocí porque murió joven, Vidal, y, si mal no recuerdo, seguían Daniel y Genaro y por último mi madre, Victoria. Pero mi tío Genaro no era el único que se preocupaba por el diablo. El diablo era una presencia cotidiana en nuestra casa, que se agudizaba desde que se ponía el sol. Comenzaba entonces para nosotros el mundo de las ánimas, que se transformaba en el de las ánimas del Purgatorio para volverse, finalmente, infernal. Nos dormíamos en un clima cercano a la pesadilla, porque en las noches nos contaban cuentos donde se aparecía el diablo. Y no tanto las tías como las nanas.

EL 1° DE ENERO DE 1937 LLEGUÉ A LA CIUDAD DE MÉXICO PARA inscribirme en la Escuela de Teatro de Fernando Wagner. Para costearme mi viaje, había yo vendido una máquina de escribir Oliver, modelo 12, y mi escopeta Remington. O sea, mis dos instrumentos de trabajo, de trabajo ocioso, literario-cinegético, en Zapotlán. Por la escopeta me dieron 18 pesos, 13 por la máquina. De estos 31 pesos hubo que descontar lo que me costó el pasaje, 15.50, y algo que me comí en el camino. Total, que amanecí con 13 pesos en el bolsillo. La escuela estaba de vacaciones, la abrían una semana después, de modo que me dediqué durante ocho días a buscar, en el "Aviso oportuno" de *El Universal*, un trabajo.

Pero recorrí también el centro de México y visité las librerías. Llegué a Robredo y allí me atendió uno de esos empleados que ya no existen, que se sabía la librería de memoria. Una librería gigantesca. Se llamaba Genaro, y su apellido era muy bonito, igual al del barrio ese de la ciudad: Legaria. Le pregunté si tenía *La canción de Rolando* y me contestó: "¿Qué edición desea usted?" Pues la mejor que tenga, fue mi respuesta. Genaro Legaria me muestra entonces nada menos que un tomo de clásicos Piazza, *La chanson de Roland, texte ancien et texte modernisé*, nada menos que de Joseph Bédier. Le pregunté cuánto costaba. "Seis pesos", me dijo. Y yo, como un solo hombre, lo compré y quedé literalmente en la calle, pero también me quedé con esa edición preciosa que todavía conservo.

El 9 de enero me apersoné en la tarde en la Escuela de Teatro de Wagner, que estaba en el quinto piso del Palacio de Bellas Artes. Me recibió el propio Fernando Wagner, un joven de aspecto ario, rubio, de unos 30 años entonces, y muy apuesto. Wagner era de los herederos de Wagner Levien, pero de los pobres. Nació en México y sus padres, los dos alemanes, lo mandaron educar a Alemania, de modo que conservaba un acento germano. "¿Qué se le ofrece, qué quiere?", me preguntó. Yo le dije que quería estudiar teatro en su escuela, y me contestó que presentara mis certificados de estudio. Le dije que no tenía ninguno. "Pues anda a la Secretaría de Educación para que te los den." "No terminé la primaria", le contesté. Wagner entonces dice: "Bueno, no importa. Mira, hoy es el primer día de trabajo de la semana, así que estoy muy ocupado. Pero vente este miércoles y entras a la escuela…" Fernando Wagner, que en esa época rebosaba juventud, talento y entusiasmo, me abrió, así, las puertas de su escuela sin que le presentara yo un solo papel, a excepción de una carta de recomendación que me dio mi padre. En esta carta, mi papá

decía que viajaba con su autorización y que le agradecería a todas las personas que me ayudaran. Era la carta de un padre en la que decía que el hijo no había huido, y que por lo tanto contaba con todo su apoyo. Pero era nada más, claro, un apoyo moral.

A Wagner —aunque también tuve como maestros a Xavier Villaurrutia y Rodolfo Usigli— le debo muchísimas cosas, pero sólo voy a mencionar dos: me enseñó a decir versos y a pronunciar la *r*, que se me dificultaba mucho y sonaba más bien como francesa. Fernando me dio clases de declamación.

Recuerdo un poema que me dio para que me lo aprendiera de memoria en febrero de 1937 y señala no sólo mi primer encuentro con Rainer Maria Rilke, sino con todo un orden de poesía que me era totalmente desconocido. Puedo decir ahora, 57 años después, que ningún texto de Rilke, a quien tanto debo, me ha dado más que este breve, maravilloso, sintético poema. Tampoco sé de un poema mejor traducido y trasladado rítmica y fonéticamente a nuestra lengua, partiendo de un moderno original germánico. *Vale.*

CABALLERO

Rudo jinete gentilhombre, de casco a espuela negro de acero,
sale hacia afuera del mundo, donde todo lo espera:
selva, muchachas, calle, luz, primavera,
y el adversario, y el compañero,
y el Santo Grial y el salón colosal
del festín, y Dios mismo que surge, presencial,
millones de veces en cada camino real.
Pero detrás de la cota de malla, tras de las anillas
tétricas del peto, se repliega la Muerte, en cuclillas…
Y debe soñar… Y se pone a soñar…
"—Cuándo, saltarina, fina, diamantina, podrá penetrar
a través de la breña de hierro la espada delgada y experta;
la Espada que mueven las manos del Otro; la que me liberta,
la que me busca en mi sitio y acierta
a encontrar dónde estoy escondida;
dónde, con tantos días acurrucados, paso mi vida…
Entonces, ágil, ya me podré desperezar…
podré cantar…,
podrá mi cítara volver a sonar…"

Ese primer año de 1937 en México me gané muy difícilmente la vida. Fui abonero en la colonia Obrera. Después un paisano mío, don

José J. Galindo, me sacó de la miseria y me puso a trabajar bajo sus órdenes en una oficina de don Salvador Ugarte. Fui así sumando oficios a los muchos que había desempeñado en la vida y me faltaban por desempeñar: vendedor ambulante, panadero, mozo de cuerda, comediante, maestro de secundaria, empleado en un molino de café y de una chocolatería, encuadernador, tipógrafo, empleado de una papelería, vendedor de telas, corrector de pruebas, editor y algún otro que quizás se me escapa.

Y por supuesto, también con Wagner entré de lleno al mundo del teatro, a ese maravilloso universo de los grandes directores de escena innovadores geniales como Reinhardt, Erwin Piscator, Adolphe Appia, Meyerhold, desde luego Stanislavsky, y Nemirovich-Dantchenko.

Pero también la escuela de Wagner, la gente que conocí en ella o gracias a ella, fue muy importante en mi formación política. Aunque debo aclarar que yo desperté a la vida política con el asesinato de Álvaro Obregón. No se me olvidará nunca el día en que mi papá llegó con la noticia a la casa: "¡Asesinaron a Obregón!" Fue entonces que me enteré que existía un presidente de la República, que existían gobernadores y que existían presidentes municipales. La conmoción en la casa fue muy grande porque el nombre de Obregón era muy familiar entre nosotros. Esto se debió a que mi padrino de bautizo y tío, Maximiano Alcaraz, fue patrón de Obregón en el ingenio de Navolato en Sinaloa, donde en alguna época fue a parar también mi tío Daniel. Cuando llegó la Revolución, naturalmente mi tío Maximiano estaba muy sorprendido y nos decía: "Cuándo me iba yo a imaginar que este muchacho, que era un tornero del ingenio, iba a llegar tan lejos". No recuerdo si Obregón comenzó desde soldado raso o un poco más arriba, desde sargento, pero el caso es que tuvo una carrera militar muy rápida y toda la familia la vivió. La seguimos paso a paso en los periódicos, como si fuera la vida de un familiar. Aunque de todos modos, todo el pueblo de México vivía entonces muy de cerca y en carne propia la Revolución.

Obregón no se olvidó de Maximiano. Tan así que cuando llegó a presidente y mi padrino lo fue a visitar, junto con mi papá y mi tío Daniel, los recibió de inmediato. Otra cosa también es que mi padre y Obregón compartían los mismos gustos literarios, poetas como Díaz Mirón y Gutiérrez Nájera, por ejemplo, y además mi padre admiraba el talento para la poesía que tenía Obregón y su memoria prodigiosa. Cuentan que una vez Obregón, ya siendo presidente de la República, paseaba por la Alameda con dos ayudantes, cuando se le presentó un joven que dijo ser poeta y le pidió permiso para saludarlo y recitarle un soneto. Concedida la autorización, y recitado el poema, Obregón le dio una palmada en el hombro y le dijo: "Muy bien que te guste la poesía, joven, pero lástima que te atribuyas poemas que no son tuyos.

Ése es un buen soneto, y desde hace tiempo lo sé de memoria…" Y entonces se lo recitó, de pe a pa. El joven poeta se puso pálido y balbuceó algo, pero Obregón se apresuró a tranquilizarlo: "No te preocupes, lo que pasa es que yo tengo una memoria muy buena, y como me gustó tu soneto, me lo acabo de aprender…"

Ésta era la clase de anécdotas que hacían que Obregón estuviera presente con frecuencia en las pláticas familiares. Un día Obregón se enteró de que don Ramón del Valle-Inclán había estado en México durante el Porfiriato. Había huido de España, de su familia, de la Facultad de Medicina y estuvo en México varios años en el anonimato, como soldado raso. Le dio entonces por la mariguana y por inventar versiones distintas de cómo había perdido el brazo. Ramón Gómez de la Serna llegó a reunir 10 versiones distintas, y una de ellas es que el brazo lo había perdido en México, en el Bolsón de Mapimí. Enterado Obregón de la estancia de Valle-Inclán en México, le puso un tren a su disposición lleno de jóvenes, hombres y mujeres, relacionados con la literatura y la pintura, entre los que iban Guillermo Jiménez, Pedro Henríquez Ureña y Lupe Marín. El tren vino a Guadalajara, y de Guadalajara visitó Sayula, Zapotlán y Manzanillo. En cada escala se les agasajaba con golosinas de la región, como birria, tacos, dulces típicos. Esto nos lo contó mi padre también, y que en Chapala Valle-Inclán se enamoró de Lupe Marín, que era muy jovencita entonces. Yo tuve en mis manos el ejemplar de uno de los libros de Valle-Inclán, que le regaló a Lupe con una dedicatoria: "Te encuentro en mi camino / cuando ya casi blanquea mi barba de peregrino…" Es sabido también que Obregón invitaba a Valle-Inclán a las funciones principales del Teatro Nacional y ambos se prestaban mutuamente su única mano para aplaudir. De regreso a Europa, Obregón le envió 500 dólares a Nueva York, respondiendo a un llamado de auxilio de Ramón y a una promesa que el propio Obregón le había hecho de que acudiera a él en caso de cualquier necesidad.

Pero hubo también otro gran acontecimiento que contribuyó a mi formación: la Guerra Civil de España. A mi padre, desde que cayó Alfonso XIII, se le alegró el corazón. Su credo político fue la República española, y cuando vino la traición de Franco, para él fue un desgarramiento. Empezaba yo entonces a enterarme quién era quién de los republicanos: Indalecio Prieto, Juan Negrín, Alcalá Zamora, Francisco Largo Caballero y tantos otros. Julio Álvarez del Vayo, a quien mi papá conoció cuando estuvo de embajador de España en México. De modo que vivimos, de manera intensa, primero las aventuras y después las desventuras de la guerra civil.

Siempre sustentado por mi padre yo, que era de una familia tan católica, elegí una especie de izquierda, sin tener entonces ni nunca conocimientos del marxismo. Ésa es la verdad, yo no conozco de

teorías, aunque sí aprecio ciertas discrepancias de Trotski por haber leído su gran autobiografía. Sea como fuere, para mí la causa de la República española se convirtió en una gran ilusión. Años más tarde, en un libro del Fondo de Cultura Económica, *El romanticismo social*, de Roger Picard, me encontré con una cita de Victor Hugo que me vino como anillo al dedo: "Oh, sombría fidelidad por las causas perdidas: sé tú mi fuerza y mi gloria y mi columna de bronce…" Así, antes de conocer la frase de Victor Hugo, y lo mismo después, siempre, yo he tenido una fidelidad sombría por todas las cosas que caen. Esa caída de la República española, por lo tanto, creó en mí una fe, una fidelidad a todo lo que son movimientos de izquierda, a todas las revoluciones modernas y las causas perdidas.

Esta fidelidad se consolidó con la llegada a México de los refugiados españoles, en 1939. Algunos habían llegado antes, como León Felipe. La embajada de México en Madrid le abrió las puertas a cuanto personaje republicano cupo en ella, y Lázaro Cárdenas tuvo el gran gesto de abrirles las puertas de México aconsejado, pienso, por personas como Narciso Bassols, que fortalecieron su convicción.

A su vez, mis convicciones se nutrieron en la escuela de Fernando Wagner, quien tenía una profunda formación de izquierda y que, por haber sido testigo personal de los discursos y arengas de Hitler, se daba cuenta que Alemania entraba en una época pavorosa. Wagner entonces se apoyaba en poetas socialistas alemanes como Richard Dehmel, de quien tradujimos algunos poemas. Wagner hacía la versión literal del alemán y yo le daba, en la medida de mis posibilidades, una dimensión lírica. Así nació lo que podría llamar mi socialismo místico, que se enriqueció con mi ingreso a la escuela de teatro y el contacto con Carlos Chávez, que entonces era muy socialista y quien repetía, el domingo a las 11 de la mañana, el concierto aristocrático de los viernes en la noche, con boletos de a 50 centavos. Fui también a varias conferencias en la Sala Ponce, de socialistas españoles como los catalanes Marcelino Domingo y Nicolau D'Olwer. Rafael Alberti estuvo también en México, y fue en la plaza de toros, según creo, donde comenzó a escribir su poema a la muerte de Sánchez Mejías, opacado por el de García Lorca. Pero no hay que olvidar que "Verte y no verte" de Alberti tiene un pasaje bellísimo. Sánchez Mejías, como se sabe, fue protector de los dos. Era un señorito, médico, hombre ilustrado y no nada más lector, sino escritor, que hizo comedias y cuentos, que vivía en una casa que tenía el precioso nombre de Pinomontano, y que se metió a torero.

Después conocí a Nicolás Guillén, a quien recuerdo recitando, con la mano en el bolsillo del pantalón, pero con el pulgar de fuera: "No sé por qué piensas tú, soldado, que te odio yo, si somos la misma cosa, yo, tú…" Y también: "José Ramón Cantaliso, duro espinazo insumiso,

por eso es que canta liso, José Ramón Cantaliso…"

Ése era entonces mi socialismo. Un socialismo envuelto en un lirismo político. Conocí también los bellísimos poemas de Miguel Hernández, y todo esto se enriqueció con la imagen de Neruda, que al igual que Octavio Paz estuvo en España, aunque "España en el corazón" resultó en mi opinión menos intenso y eficaz que *España, aparta de mí este cáliz* de Vallejo. "Los yanquis vienen volando, / urracas que urraqueando, / hasta nos están llevando / el aire de las palmeras…" Uno de los sones que hizo Alberti en Cuba. Los recitales de Nicolás se hacían en el Teatro Hidalgo, y luego exhibían algunas películas soviéticas. Ahí vi *Camino a la vida, La revolución de octubre*, y una serie, en fin, de grandes películas; *El acorazado Potemkin* también.

Todos recibíamos los mensajes, los periódicos, los libros que llegaban de España, y para mí todos los refugiados españoles eran socialistas. Todos venían de un mundo místico, de la tentativa por construir una república justa. Después supimos que todo eso llevaba desde el principio *la semilla de su propia destrucción…* No recuerdo de quién es esta frase, es magnífica. También algo que viene, creo, en los Evangelios: *si la semilla no muere, en vano aguardará su resurrección…*

Allí estoy yo, pues, recitando poemas en sindicatos. Pero sería imposible citar a todos esos autores, en prosa o en verso, que tuvieron que ver con esa formación mía un tanto fanática en el sentido del amor desmesurado a las ideas, a las personas y a las cosas que representaban ese mundo de izquierda tan vago… En esos momentos, hay que señalarlo, Lombardo Toledano era un personaje muy influyente en México, y había varios funcionarios socialistas en el gobierno, como el propio secretario de Educación, Ignacio García Téllez, y el rector de la Universidad, Chico Goerne. Y fueron tantos, tantos los refugiados españoles intelectuales que recibió México, y trajeron tantos libros, que de la noche a la mañana cambiaron y mejoraron enormemente el ambiente literario. Con ellos se enriqueció *Letras de México*, recién fundada, y también *Taller*, creada por Octavio Paz y un grupo de amigos. Miguel Prieto funda *Romance*, una revista magnífica, de la que pocos se acuerdan. Después de la escuela de Fernando Wagner y mi encuentro con los refugiados españoles, regresé a Zapotlán —era el año 40— y de allí me seguí de inmediato a Manzanillo, a la tepachería. El negocio, fundado por mi padre, estaba en auge. Allí estuve de agosto a diciembre de ese año, 40, y me volví a Zapotlán. El año del 41 fue un año decisivo, el del gran terremoto, y en el que escribo mi primer cuento formal, "Hizo el bien mientras vivió", una narración que, como dije, fue inspirada por Georges Duhamel; tiene pasajes que casi son un pastiche de ese gran escritor francés con el que aprendí a escribir.

MUY PRONTO COMENCÉ A FRECUENTAR EN PARÍS A OCTAVIO PAZ y a Rodolfo Usigli. Desde el primer día, Rodolfo me dijo: "Se acordará, Arreola, que cuando hicimos la gira a Guanajuato usted invirtió 500 pesos que nunca recuperó. Me parece justo compensar de alguna manera esa pérdida", y entonces me dio 5 000 francos. La gira de Guanajuato de la que hablaba la realizamos después de la aventura del Teatro de Media Noche. Este Teatro de Media Noche fue otra de las ocurrencias de Usigli, quien siempre tuvo grandes ilusiones y deseos de renovar el teatro en México. Como no podía tener su propio teatro, ni alquilar alguno de los que entonces había, eso era imposible, habló con los propietarios del Cine Rex en las calles de Madero —el Rex era un cine de postín— y se las arregló para que le cedieran la sala después de la última función que terminaba entre las once y las once y media. De allí el nombre del teatro.

El Teatro de Media Noche comenzó con un gran éxito y un poco de escándalo porque Rodolfo, nada tonto, puso una obra de Luis G. Basurto que se llamaba *Los diálogos de Suzette*, que era el título de una columna que tenía Basurto en *Excélsior* o *Novedades*, no recuerdo bien, pero el caso es que se trataba de una crónica social, de chismes, antecedente de la que tuvo Agustín Barrios Gómez, "Ensalada popoff", o "Los trescientos y algunos más", de quien se firmaba como el duque de Otranto. Entonces a Basurto se le ocurrió hacer algo semanal, por medio de diálogos en la escena, y por su parte Rodolfo ideó que fuéramos los domingos a los templos más elegantes de la ciudad, como La Sagrada Familia en la colonia Roma, La Votiva, Santa Teresita en las Lomas y desde luego San Francisco, San Felipe y la Profesa, a repartir volantes anunciando las funciones.

Desgraciadamente, el éxito sólo fue inicial y muy pronto se acabó. La idea era tener un estreno a la semana, pero de alguna manera el público se sintió defraudado y dejó de ir. En la pieza de Basurto yo hacía el papel principal, que era el de un catrín ya maduro, más bien ya envejeciendo, con corbatita de moño. Algo que no me gustaba del papel es que a cada rato tenía yo que decir "compermiso, compermiso, ahorita vuelvo", como si fuera un caso de angurria.

Fue una lástima, porque había actores invitados importantes, como Rodolfo Landa, que actuó en una pieza de Xavier Villaurrutia que se llamaba *Ha llegado el momento*, y era sin duda buen teatro. Con la desventaja de que el otro Rodolfo, Usigli, se había ganado la enemistad de todos los cronistas y críticos de teatro, así que, lejos de alabar el Teatro de Media Noche, lo atacaban, o en el mejor de los

casos no lo mencionaban. Alguien lo llamó *Las locas de medianoche*, ya que había algunos elementos de ciertas inclinaciones. Lo digo sin ambages porque de todos modos ya para esas épocas tenía yo una buena y bien ganada fama de Don Juan.

Sucedió después que Usigli escribió una pieza, *Vacaciones*, y siempre pensó en mí como protagonista. El papel, que me aprendí muy pronto de memoria —de hecho memoricé toda la obra—, de pronto se lo dio sin más ni más a un actor profesional, Víctor Urruchúa, que hizo muchas películas en la época heroica de los años treinta. Pero Urruchúa era ya un hombre maduro y no le quedó el papel del personaje principal, que se supone debía tener 20 años. Luego siguió una pieza del que entonces era un joven poeta, Neftalí Beltrán, con el título de *A las siete en punto*, en la que yo hice el papel de un menor de edad, con una muchacha como compañera. Éramos dos niños enamorados, y resultó muy graciosa la escena. Se pusieron también dos de los *sketches* de *Anatol*, de Arthur Schnitzler. Ya para entonces trabajaba con nosotros un buen actor que era Víctor Velázquez y los hermanos Junco, Víctor y Tito. Pero el caso es que el público era cada vez más escaso y para que la compañía se salvara, a Usigli se le ocurrió hacer una gira por la provincia… En Celaya de Guanajuato nos quedamos atorados en un hotel: no podíamos pagar la cuenta, y la cuenta crecía… Rodolfo telegrafiaba desesperadamente a Dolores del Río y a otros amigos que según él estaban donde no estaban. Dio órdenes para que en México se empeñaran su piano y su máquina de escribir. Algunos amigos acudían al llamado, pero la cuenta seguía creciendo y nosotros sin salir de aquel hotel carcelario. Por fin nos rescataron dos paisanos míos: el torero Pepe Ortiz y el actor José Mojica. En San Miguel de Allende dimos una representación bajo su sombra, saldamos la cuenta de Celaya y llegamos a México para contarlo. Yo estaba en quiebra. Había invertido 500 pesos que pedí prestados para la aventura teatral y como ganaba 120 al mes no tenía esperanzas de pagar esa deuda.

El dinero que me dio Usigli contribuyó a una situación paradójica. Cinco mil francos era una cifra muy respetable, y además yo tenía una beca de cuatro mil y tantos francos mensuales. Pero no había nada que comprar en el París de la posguerra. No pude reponer ni uno de los pares de calcetines que perdí con mi equipaje, porque sencillamente en París no se podía comprar un solo par. Y de zapatos, menos. Esto fue para mí terrible. Además, en el equipaje perdido traía yo un par de zapatos extra porque alguien me los había dado como regalo para un amigo en París. Y hasta eso, los zapatos ajenos, se me perdieron. Sólo me servía de consuelo que los zapatos con los que llegué puestos eran los mejores, unos Canadá de estilo bostoniano. Debo confesar que en París, pero llevado por una necesidad espantosa,

intenté, y alguna vez consumé, alguna breve sustracción.

De mi amistad con Rodolfo Usigli podría hablar horas enteras. De él no sólo recibí una ayuda material, sino lo que fue mucho más importante: lecciones admirables de poesía, entre otras el arte de leer y estimar un texto. A lo largo de toda mi vida, su traducción de un poema de Eliot dejó una huella muy profunda, tanto que esa traducción fecundó mi conocimiento de la poesía, no nada más inglesa, sino universal. El poema de Eliot es la "Canción de amor de J. Alfred Prufrock": "Vámonos pues tú y yo cuando la tarde se haya tendido como un paciente anestesiado sobre una mesa". En diciembre, poco después de mi llegada, me encontré de nuevo con Octavio Paz, y me invitó a comer a su casa. Estuve a punto de pedirle permiso a Usigli, que era, en ese sentido, celosísimo. No lo hice, claro, y fui a casa de Octavio, a quien Usigli ya le había contado lo de la pérdida de mi equipaje, y entonces Octavio me regaló un suéter, una o dos camisas, un saco también si mi memoria no me falla, y dinero. No sé cuánto, si 2 000 o 3 000 y además, algo inaudito, la mitad de una pieza de turrón, de Alicante o Jijona, no sé, pero turrón auténtico. Quedamos en que nos veríamos con frecuencia para platicar, pero entre los dos se interpuso siempre la figura de Usigli, mi maestro, que me traía, como suele decirse, de la gamarra. Y no era nada delicado Usigli conmigo, pues alguna vez dijo: "Claro que ese Arreola, con esa cara de perro, con la lengua de fuera y babeante, se conquista todo París". De todos modos, y a pesar de que en los últimos años de su vida ya no nos tratamos, nunca disminuyó mi afecto por él, siguió incólume. Alguna vez haré un retrato justo de Usigli. Era un hombre de una complejidad extraordinaria, de una inteligencia privilegiada, que sin embargo a veces siguió cauces un tanto rígidos o, por el contrario, desordenados. Mi relación con él fue muy distinta de la que tuve con Octavio. Con Usigli sostenía a veces algunas discusiones arduas, y nunca nos hablamos de tú. Era un hombre irascible que tenía una extraordinaria facultad para entrar en polémicas. Y en pleitos, como el que tuvo con Paul Éluard. Tampoco me olvidaré nunca de los regaños que hacía en los ensayos de obras de teatro, que eran de una enorme violencia verbal.

Con Octavio tuve una serie de encuentros de esos que son muy importantes en la vida, porque la guían, hasta cierto punto la deciden y le otorgan consistencia, aplomo. Hay que recordar que yo llegué como simple becario, y aunque había ya conocido a Jouvet y a Barrault, me faltaba mucho por aprender. Desde luego, ya en Jalisco me había iniciado en la literatura y en el trato de personas de cultura notable, como Efraín González Luna y José Arriola Adame, cuyas bibliotecas visité, y me encontré allí con una buena cantidad de libros franceses. Recibí algunos libros como regalo, y unas revistas, que me

iniciaron en el conocimiento del francés. Pero llegar a París fue otra cosa, una prueba muy dura, aunque al final de cuentas enormemente positiva.

Mi encuentro en París con Gabriela Mistral forma parte de esa maravillosa experiencia. Ella acababa de recibir el Premio Nobel de Literatura en Estocolmo, y llegó a Francia naturalmente rodeada de una aureola. El día en que la vi, hice mi primer paseo en coche por París, en un Renault de gran categoría. Como el embajador de México fue uno de los primeros que fueron a saludarla en su hotel de París, tanto el embajador como otros funcionarios fueron invitados a una recepción que *Lettres Françaises* le dio a Gabriela, y de paso, me invitaron también a mí. Cuando subí al Renault, además del conductor estaban Usigli y el primer secretario, y alguien más a quien no conocía. Resultó ser nada menos que Roger Caillois, con quien tuve una larga plática no sólo en mi francés incipiente, sino también en español. Caillois lo hablaba muy bien. En un momento dado, cuando se enteró que yo no conocía nada de la ciudad, se ofreció para ser mi primer guía en París. "¿A dónde quiere ir?", me preguntó, y yo le respondí: "A la montaña de Santa Genoveva", y sin más hicimos cita para el día siguiente. La recepción que le daban a Gabriela Mistral era en un palacio espléndido, de esos que abundan en París. Yo entré del brazo de Usigli y atrás de nosotros venían otros funcionarios de la embajada. Gabriela, al fondo del salón rectangular, traía un abrigo recto, lo recuerdo muy bien, de corte inglés, solapas anchas, que probablemente era de pelo de camello o de alpaca. Quizás de guanaco, que es una suerte de llama, pero la piel es más fina, incluso, que la de vicuña. Bueno, el caso es que Gabriela se puso de pie y me pareció muy alta. Estaba en la plenitud de su vida —tenía unos 50 años entonces— y se veía que era una mujer fuerte. Avanzó después hacia nosotros, acompañada por quien supongo era el embajador de Chile, y nos encontramos a medio salón. Rodolfo Usigli le tendió la mano a Gabriela, y en ese momento ocurrió algo extraordinario: Gabriela ignoró a Usigli y me abrió los brazos, diciendo: "Hijo mío", yo avancé y me abrazó como lo que fue para mí, como una madre: "Hijito mío, ¿por qué estás tan flaquito?"

Y se desentiende de todos, hace ademán de llevarme con ella a donde estaba sentada, y Rodolfo la interrumpe y le dice: "Gabriela, yo le vengo a presentar a Arreola, muchacho mexicano, alumno mío, y usted me deja con la mano tendida, siendo que somos amigos desde hace tanto tiempo…" Gabriela, entonces, respondió: "Perdóneme, Rodolfo, pero mire nada más cómo está este muchacho. ¿Has comido? ¿Tienes frío?" Yo, naturalmente, nunca había estado más delgado en toda mi vida: tenía un metro setenta de estatura y pesaba sólo 50 kilos. Gabriela siguió su impulso y me llevó a sentarme con ella.

Así que a lo largo de la recepción, me presentaron a todas las personas que llegaron a saludarla. Nunca pensé en conocer en tan poco tiempo a tanta persona importante. Me enteré después, en un periódico parisino que hizo una crónica de la recepción, de todas las notabilidades que habían acudido. Allí mismo se anunció que Gabriela visitaría la Ciudad Universitaria para saludar a todos los estudiantes latinoamericanos, y me comprometieron a dirigirle un discurso a nombre de todos.

Ya desde niño conocía yo la obra de Gabriela Mistral que, desde luego, no es muy relevante. A cambio de ello fue, como mujer y maestra, excepcional. Entre otras cosas, había yo leído, como dije, *Lecturas para mujeres*, que publicó en México Vasconcelos en 1923. Vasconcelos la conoció en Chile, en uno de sus viajes por América Latina. Él era muy estimado en Argentina, en Uruguay, Paraguay, en todo el continente y en alguna ocasión Carlos Pellicer lo acompañó en sus giras. Un día, en el sur de Chile, en Temuco o cerca de Temuco, conoció a una maestra rural que sin más ni más le dijo: "Usted es para nosotros el maestro de América, el maestro de Indoamérica". Esta profesora era una mujer muy bella que, aunque mestiza, conservaba rasgos de la raza araucana. Vasconcelos le preguntó: "Muchacha, ¿te gustaría ir a México?" Y ella le respondió: "Yo sólo sueño con México". "Por qué?", le pregunta Vasconcelos. "Por Amado Nervo."

> …De donde tú cantabas se me levantó el día.
> Cien noches con tu verso yo me he dormido en paz.
> Aún era heroica y fuerte, porque aún te tenía;
> sobre la confusión tu resplandor caía.
> ¡Y ahora tú callas, y tienes polvo, y no eres más!
> …Acuérdate de mí —lodo y ceniza triste—
> cuando estés en tu reino de extasiado zafir…
> A la sombra de Dios, grita lo que supiste:
> que somos huérfanos, que vamos solos, que tú nos viste.
> ¡Que toda carne con angustia pide morir!

Son fragmentos de un poema, precioso, de Gabriela, dedicado a Nervo, cuando Nervo murió. Ella no logró conocerlo nunca, porque él no estaba en México cuando vino. "Yo necesito personas como tú cerca de mí, te voy a llevar a México y te voy a hacer una escuela que tú vas a dirigir. Pero primero quiero que escribas un libro para mujeres", le dijo Vasconcelos.

Para Gabriela, sobra decirlo, fue un encuentro fantástico, Vasconcelos la fascinó. Fue como amor a primera vista. Vasconcelos no era muy apuesto que digamos, era además bajo de estatura, pero tenía una gran capacidad de seducción con las mujeres que demostró

toda su vida con muchas de ellas, y no sólo con Antonieta Rivas Mercado. No sabría decir si hubo o no una relación amorosa entre los dos, pero el caso es que Gabriela realizó uno de los sueños más importantes de su vida. La escuela de Gabriela, recuerdo, estaba a unas cuadras de Bellas Artes, cerca del Cine Venecia. Gabriela cumplió su promesa y reunió una serie de textos bajo el título *Lecturas para mujeres*, libro que se convirtió en la primera hazaña editorial trascendente de Vasconcelos. Seguirían después dos tomos, admirables, de las lecturas clásicas para niños. Ese libro lo tuve en las manos desde los 10 años de edad, como me sucedió con *Cantos de vida y esperanza*. En *Lecturas para mujeres* conocimos a Paul Fort y nos volvimos a encontrar con Giovanni Papini. Fue una de esas biblias domésticas que ayudaron a nuestra formación, es decir, la de mis hermanas Elena y Cristina, y la mía. Mi hermano Rafael no era dado a lecturas.

También descubrimos a una poetisa muy importante: Ada Negri. Lo increíble es que en *Lecturas para mujeres* Gabriela haya incluido un poema del primer Pablo Neruda, que era ya socialista y muy jovencito aún, "Maestranzas de la noche", que se refiere claro a los talleres donde se elaboran piezas para barcos y para locomotoras, y en donde habla de los talleres oscuros donde circulan las almas de los obreros muertos, y de cosas por el estilo, de los hierros que gimen en un gesto de desolación y del alma de los bronces que palpita en las bigornias. Fui después ingrato con Gabriela, pero esa noche pude decirle todo lo que yo le debía, gracias a *Lecturas para mujeres*.

Por todo esto, la aparición de esa mujer en mi vida se dio en un contexto muy especial. A esto se agregaba la magia de los nombres. Yo, que siempre fui enamorado de nombres como Piero della Francesca, me encuentro con una mujer que tomó su apellido de Federico Mistral y su nombre de Gabriel D'Annunzio. De Federico Mistral, de quien lo primero que leí fue *La flor del iris* cuando era un poeta joven de veintitantos años, hubo en París, en Londres, en Madrid, en Berlín, gente que dijo que una voz así no se había escuchado desde Homero y Virgilio. Mistral tenía un aliento agreste, un tanto épico, maravilloso. Decía: cómo puedo yo, el más humilde de los discípulos de Homero, ponerme a cantar a un pescador de anguilas, a una muchacha que cultiva gusanos de seda…

Y por otra parte Gabriel, Gabriel D'Annunzio, que era otro Don Juan con mágico encanto, a pesar de que también era bajo de estatura. Recuerdo muy bien que Pellicer contaba: "Me encontré a D'Annunzio en la Scala de Milán: es del tamaño de un perro…" Siendo que Pellicer no se distinguía por alto. De modo, pues, que cuando conozco a Gabriela Mistral, yo ya estaba enamorado de su nombre. Desgraciadamente cuando la conocí mi hermana Elena ya no vivía,

hubiera sido para ella una gran alegría saber de mi encuentro con ella.

Pero este recuerdo no estaría completo sin contar algo extraordinario —entre tantas cosas insólitas— que ocurrió esa noche entre Rodolfo Usigli y Paul Éluard. Estamos allí, en ese bello edificio de *Lettres Françaises*, cuando Usigli ve a Éluard y le comienza a reclamar por no haberle contestado dos cartas. "Antes de llegar a París le puse una carta —le dijo— y otra a mi llegada y usted no se dignó contestar ninguna." Éluard trató de disculparse, dijo que no tenía secretaria, que había regresado a París hasta después de la Liberación, que esto y que lo otro, en fin, y Usigli le responde: "Pues si usted es importante yo lo soy también en México y en América Latina", y tal, y Éluard dijo: "Pues yo no tengo la obligación de saberlo, ya déjeme en paz". Usigli se puso entonces furibundo. "¡Qué en paz ni qué en paz"!, le gritó, y alzó el bastón listo para propinarle un golpe a Éluard. Entonces Gabriela, que observaba el incidente, me cogió de los hombros y me aventó entre los dos, y yo, que era muy ágil entonces, alcancé a detener con la mano derecha el bastón de Usigli.

Después de este incidente, me agregaron a los invitados a una cena que ofrecía el Ministerio de Educación. Fuimos, en efecto, a un restaurante italiano clandestino. Digo clandestino porque en esos días no había un solo restaurante en París. En todo caso servían sólo a las personas que llevaban tarjeta diplomática, por lo que sólo los embajadores y sus familiares, o en todo caso sus invitados, tenían derecho a que les sirvieran en un restaurante. No había nada. El Café de París estaba abierto, pero no lo recibían a uno, era un problema entrar. Esto es algo que a Usigli también lo enfurecía, que no quisieran recibirlo, o que le anularan o postergaran una reservación. Él hacía valer mucho su condición de diplomático y escritor.

Bueno, el caso es que llegamos al restaurante clandestino, en un sótano, y Gabriela me hizo sentar junto a ella y como a mí no se me antojaba ninguno de los manjares que había, me hizo servir fruta, leche y pastel. Y después de la cena, me dijo: "Yo te llevo a tu casa", y así fue. Le dijo al chofer que fuera a la Ciudad Universitaria, y al despedimos, con un abrazo y un beso, me preguntó en qué parte del edificio vivía yo. Le señalé la ventana de mi cuarto y ella me dijo que iba a esperar hasta que subiera yo y prendiera la luz. Me citó entonces a las nueve de la mañana en el Hotel Ritz, para desayunar con ella.

La encontré en una gran cama, acostada en su suite del Ritz, y pidió desayuno al cuarto para dos. Ésa fue la primera de muchas veces que fui a desayunar con ella, cuando menos una semana en que me convertí casi en su secretario: le contestaba el teléfono, le arreglaba o cancelaba las citas. Mientras tanto se realizó la visita prometida a la Ciudad Universitaria, donde había sólo siete u ocho estudiantes latinoamericanos, y otros muchos de diferentes nacionalidades,

españoles y franceses también, que tenían un gran deseo de conocer a la Premio Nobel, y se me encomendó, como dije antes, el discurso, la salutación a Gabriela en una ceremonia que patrocinaba el Ministerio de Educación. Fue cuando conocí a Gérard Philipe, quien entonces trabajaba en *Calígula* de Albert Camus, que por cierto no me gustó. La vi una vez, y cuando volví la segunda no la aguanté, me salí a la mitad. Ni la obra ni su actuación me gustaron a pesar, curiosamente, de que tanto lo admiré después. Así que por lo pronto no quise tener ningún contacto con él.

Resultó que mi discurso no sólo no le gustó a Gabriela Mistral, sino que la enfureció. En él hablaba yo de los latinoamericanos que "íbamos a beber en París de las fuentes del conocimiento", y que nuestra estancia era como un bautizo, o una confirmación de nuestras vocaciones. Algo así por el estilo que me reprochó Gabriela apenas terminé de hablar. No se esperó a que acabara el agasajo, me dijo que cómo me atrevía yo a abrir la boca para decir tales cosas, que en Europa toda la cultura estaba en decadencia. No te podré perdonar, me dijo, porque me ha causado una pena, un verdadero dolor, oírte hablar así, con tamaña admiración, de este *camembert* podrido que es la cultura francesa. Cosa que, por supuesto, yo no podía aceptar, y fue a partir de ese momento que nuestra relación comenzó a enfriarse. Cuando estuvo en México, me invitó a visitarla en Veracruz, pero no fui. No la volví a ver nunca. Allí quedó esa herida en nuestra amistad. Ella admiraba mucho a México y lo creía depositario de la gran cultura de América Latina, pero yo no podía aceptar que no tuviera yo parte de razón en admirar tantos monumentos, personas y documentos de la cultura francesa y europea. Usigli se unió a la crítica de Gabriela y volvió a sus imágenes: "Estaba usted como un perro sentado ante una mesa, con la lengua de fuera y meneando la cola…"

DE NIÑO Y JOVEN GOCÉ MUCHO EL MUNDO DE LOS RELOJES Y LAS plumas fuente. Llegaron a Zapotlán buenos relojes americanos, como el Hamilton, el Elgin y el American Waltham. Entre los europeos, conocíamos ya el Longines y el Omega. Desde luego, el Vacheron Constantin. El reloj de nosotros, los chicos, era el Buffalo, que era lo que se llamaba una molleja, muy barato porque valía tres pesos y era muy puntual, de pivotes fuertes. Los relojes finos solían despivotarse. Los Buffalo era muy difícil.

Desde luego, comenzó por entonces el prestigio de Cartier. Era un verdadero placer tener un reloj y desarmarlo, para conocer el mecanismo. Después no podíamos armarlo. Uno de mis tíos me regaló un reloj que resulta estaba en la relojería, en compostura. El relojero tenía años con él. Yo iba cada semana a reclamárselo, generalmente los sábados, le decía: "Don Eduviges, ¿ya está el reloj?" Y él: "Ya mero, ya mero, ya lo localicé, mira, creo que es éste…" Allí, en una hilera de relojes que don Eduviges nunca acababa de reparar, estaba perdido el mío. Lo mismo me sucedió con una pistolita de cuatro cañones que me prometió mi primo Alfonso Valencia y que nunca me dio. No hay que olvidar el prestigio de las pistolas, en la casa siempre las había. Mi padre tenía pistolas Smith and Wesson. Las Colt eran conocidas de mucho tiempo, y las Walter, que eran belgas. Había pues armas en las casas, aparte claro de una cuchillería muy variada, necesaria para matar a los animales.

"Haste da la hora de México", recuerdo que decía el lema de ese reloj que para mí fue muy importante, porque fue un reloj, una marca, que vi nacer. Como Steelco, su marca gemela. El nombre de los relojes contenía el de su inventor y propietario, Harry Steel, quien además comenzó a fabricar los muebles de acero que desterraron por desgracia a los hermosísimos muebles de encino. Cuando tenía yo 19 años, mi primera gran novia y primer gran amor me regaló un reloj Steelco, nunca lo olvidaré, sobre todo porque yo solía hacerle regalos más bien modestos, de acuerdo con mi presupuesto, entre ellos una pulsera que casi me cuesta el noviazgo, porque teniendo ella muñecas muy delgadas, a mí se me ocurrió regalarle una pulsera con unas piedras muy bonitas, sí, de color lila subido, pero que eran enormes. Algo muy desproporcionado y ella se disgustó.

Mi primera máquina de escribir fue una National, que me mandó de regalo en un cumpleaños mi padrino de bautismo Maximiano Alcaraz, que como dije fue maestro de Álvaro Obregón. Pero fue mi padre el que escribía en ella, a nosotros nada más nos dejaba poner

nuestro nombre. Nuestro mundo entonces era el de los lápices y de las plumas fuente. Un lápiz que para mí era ya un lujo entonces era el Mefisto, que originalmente se llamaba Mikado, y era lápiz-tinta. Los Castell eran preciosos y venían en cajas metálicas litografiadas. Algunas plumas fuente eran un desastre, porque goteaban, eran muy corrientes, y como no tenían marca las llamábamos *hechizas*. Pero cuando empecé a trabajar, pude ya comprarme los lápices que me gustaban y algunas plumas. Me volví experto en las grandes marcas, como Waterman, Eversharp, Parker y Sheafers. En un momento dado, Eversharp ganó una buena tajada del mercado al sacar una pluma que se llamaba Dórica, porque en lugar de ser redonda era ochavada. Pero fue Esterbrook la que se impuso finalmente, por sus precios y su gran variedad de puntos. Creo que había más de 20 puntos distintos a escoger. Lo mismo para escribir música que para hacer letra de rasgos anchos, lo que uno quisiera. El cuerpo de las plumas era por lo general de baquelita, ese material universal con el que entonces se hacían tantas cosas, hasta los aparatos telefónicos. Conservo todavía una pluma Waterman que me regaló hace 20 años Salvador Elizondo.

Los papeles —ese otro mundo espléndido y sensual también—, los papeles, decía, de mi infancia, fueron primero tres. El de estraza, con lo que se envolvía todo lo que vendía mi padre en su tiendita, uno de tantos negocios que tuvo. El papel para la escuela, blanco, delgado, corriente, que no tenía nombre o marca específicos, parecido al Bond, ya fuera blanco, rayado o cuadriculado. Existía ya desde luego el papel ministro, que venía en pliego grande, blanco o rayado, de mucha calidad, con el que se hacían los antiguos libros de contabilidad. Estos libros tenían rayitas numerosas, en azul, verde y rojo. Los que trabajaban con ellos se llamaban tenedores de libros.

La cartulina más usada en los trabajos escolares era la marquilla, que era mate, en contraste con ese bello papel que es el Brístol, que parecería un pre-*couché*, porque está ya *coucheado*, si se me permite la expresión. También se usaba el cartoncillo y el papel lustre. Otro, llamado lustrina, era ideal precisamente para esos tubos con los que se cubrían las mangas de la camisa los escribanos y tenedores de libros y que, de tanto rozar la superficie del escritorio, se ponía cada vez más brillante. También ya se fabricaba el papel Manila de diversos gruesos, para envolver, y desde luego el papel de China, para los dulces y las golosinas. Para los programas de cine y las funciones de circo se empleaba el papel *affiche*, que también se utilizaba para las "Vivas", que eran esas paginitas sueltas, impresas y sobredoradas, que decían por ejemplo "Viva el Señor San José", o "Viva la Virgen"; había también un papel corriente, como el revolución, para trabajos generales de imprenta pero con el que también se hacían cuadernos para ejercicios escolares.

Poco a poco fui descubriendo el mundo de los papeles. Las marcas de agua. Descubrí un papel raya de agua, ya para escribir cartas amorosas. Había rosa para las mujeres, azul o blanco para los hombres. Era verjurado y las rayas de agua le servían a uno como renglones, pero eran rayas muy finas, horizontales.

En vísperas de mi viaje a Francia descubrí los grandes papeles, como el Pur fil Lafuma. Luego comencé a conocer la historia del papel, y supe que el primer gran papel del mundo, cercano al pergamino, fue el damascena. De ahí viene el papel español que se conoce como "guarro" y el francés Arches. Cuando, por otra parte, me inicié en la tipografía, entré en contacto con el papel Howard Ledger y desde luego con el Cameo Plate, cuya superficie es precisamente como la de un camafeo —*Cameo*, en inglés, ¿verdad? Por último un gran papel, de abolengo, el Marais, que pronunciábamos así, y no *maré* como en francés. Aunque no hay que olvidar, por supuesto, los papeles Fabriano, el Ingres y otros, todos hechos desde luego a base de fibras vegetales de algodón o lino. Papeles, como se les llama, de trapo, porque se hacen con desechos de telas.

Hubo también, lo hay todavía, creo, un papel norteamericano muy bonito, el Fiesta, que fue el que usé en los Cuadernos del Unicornio, dejándole las cenefas o "barbas", para usar la palabra adecuada, de colores diversos. Para las ediciones de gran lujo, se empleaban los papeles Lefranc. Y también hay que recordar el papel moaré, con un jaspeado como de agua, que con frecuencia se utilizaba en las guardas de los libros, cuando se les encuadernaba.

EN MÉXICO SEGUÍ PASANDO MUCHOS APUROS ECONÓMICOS. ME acuerdo que ya existía la librería de Polo Duarte y que a don Leopoldo le apenaba mucho tener que comprarme libros, es decir, libros de mi biblioteca particular a precios bajos. Incluso me decía: "Si logro venderlos bien, le agrego algo a lo que le pagué". Por cierto, a mi regreso de París Antonio Alatorre me tenía una relación de todos los libros míos que tuve que vender, y me encontré que Juan Rulfo había comprado algunos. Hubo ocasiones, o cuando menos una, en que el Fondo invitó a los empleados a una gigantesca bodega donde había, en el suelo, montones de libros, pilas entre las cuales comenzamos materialmente a triscar. Cada quien se llevó todos los que pudo. También recibimos libros recién salidos de la imprenta, como una cortesía del Fondo, libros incluso que no nos interesaban, de ciencias políticas y economía, que le vendíamos, cuando era posible, a Polo Duarte.

Llegué a tal necesidad, que a veces compraba, fiados, algunos libros que, nada más salidos de la librería, llevaba yo con Polo Duarte. También alguna vez compré, fiado, un par de zapatos que llevé el mismo día a empeñar al Monte de Piedad. Tuve que empeñar también las arras de matrimonio y tres anillos y unos pares de aretes de Sara. Vendí las boletas más tarde, y se perdieron.

Claudia, mi primera hija, nació en 45, a los nueve meses de casados. Fuensanta en 47, a los nueve meses de mi regreso de París, y Orso en 49. Mis tres hijos, además, nacieron uno en mi pueblo natal: Orso; otro, Claudia, en la capital de mi estado: Guadalajara, y el tercero, Fuensanta, en México, la capital de la República.

Tuve, sin embargo, alegrías, ya que en México volví a encontrarme con dos personas a las que conocí en Guadalajara y que influyeron desde entonces en mi vida de una manera capital: Juan Rulfo y Antonio Alatorre. Dos afectos, dos admiraciones que me ayudaron siempre en las horas más difíciles y oscuras y que en cierto modo le dieron sentido a esta vida mía de afectuoso y de admirante. Lo que no recuerdo es si fue Alatorre el que me presentó a Rulfo, o Rulfo a Alatorre. El caso es que no conocí a Juan Rulfo hasta 1945. Claudia mi hija estaba recién nacida, y Juan nos fue a visitar y tomó todo un rollo de fotografías de nosotros tres. Muy pronto se inició una relación amistosa entre Juan y Sara mi mujer que, siendo de Tamazula, era más bien tímida. La afinidad fue inmediata, se estableció entre ellos una especie de pueblerinidad que compartieron de manera profunda. Recuerdo cuando Juan le dijo: "Tú te deberías haber casado conmigo,

y no con este loco de Arreola". A Juan le gustaba mucho la cocina de Sara, en particular los frijoles caldudos y los huevos rancheros, que ella le hacía con verdadero cariño.

Debe haber sido en una de las épocas en las que Juan bebía, y era de lo más ocurrente. Juan era retraído, pero cuando estaba, como decimos en México, "a medios chiles", era otra persona: dos versiones de un mismo ser. Siempre fue retraído, sí, y tímido. Pero quizás ésas no son palabras adecuadas para describirlo. Era al mismo tiempo un poco huraño, cazurro, ladino. Hay una palabra que se usa o usaba por aquí, en Jalisco, que describe su socarronería: mozongo. Eso es, Juan Rulfo era mozongo y entrambulicado.

Se iba por las ramas y eludía todo. Muchas veces me sorprendió con cosas que no podían ser ciertas. Hablaba de pronto de la gente de Guadalajara o de México con frases entreveradas de exabruptos.

Juan Rulfo había publicado ya un cuento en una revista de medicina, pero no hablaba de él. La primera narración, aparte de ésa, apareció en la revista *Pan*. Se llamaba "Nos han dado la tierra". Cuando la leí recuerdo que me dije: si éste sigue así, va a acabar con el cuadro. Percibí en Rulfo lo que puedo describir como una fuerza oblicua, semejante al trote del chayote. Tanto él como sus personajes parecían ver las cosas, juzgarlas, de una manera oblicua, al sesgo, yo diría que en *bies*. No había una recta en su pensamiento o en su modo de contar las cosas, sino un diagonalismo, un espíritu de alfil. Aunque Juan nunca jugó ajedrez, se diría que su pensamiento se movía como un alfil, y que a veces imitaba el salto del caballo.

En ocasiones, cuando conversaba con él, tenía la impresión de que los dos mentíamos pero que estábamos de acuerdo en hacerlo. La amistad se hizo cotidiana, porque era la época en la que yo trabajaba en *El Occidental* y Rulfo en una oficina situada a menos de una cuadra del periódico, en un despacho de la Oficina de Migración de Gobernación, del cual era el único habitante. Me parecía una persona intermedia entre José K. de Kafka, y Bartleby de Herman Melville. También tenía algo de algunos personajes de los cuentistas rusos. De hecho los dos adoptábamos actitudes de personajes de libros que ambos habíamos leído. Dada la cercanía de su oficina, yo iba todos los días a darle una vuelta, y nunca le conocí ningún cliente. Se supone que estaba en ese despacho para arreglar los papeles de extranjeros inmigrantes, en particular de norteamericanos que venían a vivir a Jalisco, pero, como digo, jamás le vi a ningún marchante.

Rulfo iba con frecuencia a México, y regresaba con dos valijas retacadas de libros y todo un grupo de amigos comunes lo esperaba con ansiedad para que nos los prestara. Juan procuraba que las consultas fueran individuales, para que nadie se peleara por un libro. A veces le decía uno de nosotros: "Pues Juan, si no me avisaste".

“Claro que sí, y te estuve esperando.” Fue en ese entonces que Juan conoció a Rivas Sáinz, cuando decidió vivir en Guadalajara. Pero siempre regresó una y otra vez a México. Me aprovecho aquí para decir que Rulfo no nació en San Gabriel como dice todo el mundo, sino en la Barranca de Apulco. Es una aldea de una calle junto a la barranca, con una iglesia. Él mismo me lo dijo: “Yo nací en Apulco, pero me llevaron a registrar a Sayula”. Es un hecho que su nacimiento no está registrado en San Gabriel, pero él mismo rodeaba de misterio su origen.

Cuando regresaba a México y le preguntaban: “Y cómo te va allá en Jalisco”, solía responder: “Pues ya ves, allá en tus Guadalajaritas las cosas son difíciles”, y que esto y aquello. Siempre le gustó fabular. Por ejemplo, cuando trabajaba en la Goodrich Euzkadi lo hacía en las oficinas, porque era contador, estudió lo que se llamaba teneduría de libros, pero le gustaba decir que trabajaba en el *tombury*, cuando que los *tomburies* eran unos grandes tinacos giratorios, como esas mezcladoras de cemento, donde se combinaba el negro de humo con el hule, y que los obreros se ven precisados continuamente a meterse en ellos para limpiarlos.

Antes de trabajar en Migración en Guadalajara, Rulfo lo hizo en la misma Secretaría de Gobernación en México, donde conoció a Guillermo Jiménez y a Efrén Hernández. Efrén, que tenía rasgos comunes con Juan, era dueño de una librería, Nicómaco, cerca de catedral, por el Carmen. Yo le compré varios buenos libros, entre ellos un Paul Claudel en francés: *El zapato de raso*. Fue cuando Rulfo comenzó a escribir y lo siguió haciendo en la oficina de Guadalajara, donde tuvo todo el tiempo disponible que quiso. La oficina existe todavía: allí es donde Rulfo escribió los primeros fragmentos de *Los murmullos*, que se convirtieron en *Pedro Páramo*. Después, se volvió todavía más misterioso, cuando se casó con Clara, una jovencita norteña a la que conoció en Guadalajara.

Su retraimiento aumentó. Supimos que se había casado, pero no a quién invitó a su boda. El caso es que nosotros vivíamos en México, cuando mi hermano, Antonio Alatorre y yo nos lo encontramos por la calle de Río Mississippi. Iba con Clara y no se detuvo a saludarnos, ni yo me atreví a hacerlo, ya que de alguna manera él nos dio a entender que no quería que lo hiciéramos. Sólo nos dijo algo así como: “¡Adiós, aventureros!” Nunca supimos lo que nos quiso decir con eso. Alatorre me contó después lo mucho que sufrió Juan de niño, y que había vivido poco en el campo.

Nos enteramos después que Juan vivía también en la colonia Cuauhtémoc, donde fuimos tres veces vecinos. Nosotros nos cambiamos a Duero, esquina con Pánuco, y él vivía en la misma calle de Duero, entre Pánuco y Melchor Ocampo. Cuando Juan salía al

trabajo, le echaba un grito a Sara, que se asomaba desde el cuarto piso en donde vivíamos, y platicaba con él. Lo mismo sucedía cuando volvía, en la tarde, y la conversación se repetía: un diálogo desde media calle hasta el cuarto piso. Me viene a la cabeza ahora una cosa que le sucedió a Juan y fue que una vez, por medio de un oficio y toda la cosa, se le acusó formalmente de haber cortado una rosa del jardín de la Secretaría de Gobernación.

Cuando pasó un poco de tiempo, a Juan le dio por visitarnos casi todas las tardes. Cuando yo regresaba de mi trabajo en el Fondo de Cultura Económica, me lo encontraba plática y plática con Sara. Sara planchaba y él se sentaba cerca del burro de planchar, con su cigarro. Tuve así la alegría, en varias ocasiones, de ser el primer lector de un cuento recién escrito por Juan. Y cosa curiosa: yo, que siempre revisaba los textos de otros y que a todos les hacía alguna sugerencia o alguna corrección, a Juan jamás me atreví a decirle nada. Sólo una vez, cuando me leyó "Anacleto Morones" y me encontré con una frase que decía, creo que a propósito de Lucas Lucatero: "No, ése sí sabía hacer el amor" en boca de una de esas mujeres siniestras del cuento, opiné que no encontraba natural que eso lo dijera una nativa de San Gabriel. Me parece un galicismo, le dije. Él respondió que la iba a cambiar, pero no fue así. La frase quedó tal cual cuando el cuento fue publicado. Sólo después, para ser honesto, me di cuenta que Juan tenía razón, porque entonces, entre las muchachas, y posiblemente no sólo de la ciudad, sino de los pueblos, "hacer el amor" quería decir cortejar. O sea, no era un eufemismo por coito. Las muchachas usaban esa frase hasta delante de sus padres: "Fulanito me anda haciendo el amor", decían.

Como Antonio Alatorre y yo trabajábamos en el Fondo, le pedimos a Juan sus cuentos, para publicarlos. Con los cuentos no hubo mucho problema, pero en cambio no se animaba nunca a entregarnos *Pedro Páramo*. Hasta cierto punto tenía razón, porque parecía un montón de escritos sin ton ni son, y Rulfo se empeñaba en darles un orden. Yo le dije que así como estaba la historia, en fragmentos, era muy buena, y lo ayudé a editar el material. Lo hicimos en tres días, viernes, sábado y domingo, y el lunes estaba ya el libro en el Fondo de Cultura Económica.

Esto sucedió, claro, después de mi regreso de París. Ya lo he dicho antes: entré al Fondo gracias a Alatorre, que me hizo pasar por filólogo y gramático. Después de tres años de corregir pruebas de imprenta, traducciones y originales, pasé a figurar en el catálogo de autores: *Varia invención* apareció en la colección Tezontle en 1949.

LA ESCASEZ Y LA NECESIDAD CAUSABAN MUCHOS PROBLEMAS EN París, incluso escenas violentas. Nunca se me olvidará una ocasión en que bajé al sótano del Café Dupont en el Boulevard Saint-Michel. Fui testigo de una escena increíble. Un tipo, una especie de Jean Gabin pero de los pobres, con cachucha y un jersey, le pidió a la encargada de los servicios y vendedora clandestina de cigarros una cajetilla de Pall Mall. Él tomó la cajetilla y cuando la mujer extendió la mano para que le pagara, le dio una manotada, le arrebató los cigarrillos y se dispuso a salir, cuando la mujer —nunca he visto cosa semejante—, como si fuera un gato, o mejor, una pantera, pegó un salto y lo agarró del cuello, se le montó en la espalda. El hombre pudo zafarse de ella mediante un movimiento, pero la mujer se levantó y volvió a saltar con una furia y una agilidad increíbles, mientras gritaba y lo rasguñaba. Entonces bajó el *maître*, o el propietario, no sé, y dejó que el hombre se fuera con la cajetilla de cigarros. Regañó a la mujer, a la robada. No quería tener que ver nada con la policía, eso estaba claro. Estaba prohibidísimo vender cigarros.

Me tocó también ver, en el mercado, a personas que se robaban una papa, y las vendedoras ponían el grito en el cielo: *Au voleur, au voleur*, como si se tratara de un robo extraordinario. En las panaderías sucedía eso también: personas que de pronto cogían media *baguette* o una *baguette* entera y se salían corriendo. Varias veces fui testigo de esos robos en la rue Mouffetard. A nosotros ya nos habían advertido, para que no cayéramos en la tentación de que por el robo de una sola papa o una cebolla, cualquier cosa, si nos pescaban iríamos a dar a la comisaría y hasta a la cárcel. Y como extranjeros, nos podían expulsar del país. Una vez entré a una panadería y le dije al dueño: "Señor, necesito un poco de pan". Me preguntó entonces si tenía un *ticket*. No era posible comprar pan sin un *ticket*, porque estaba racionado. Le dije que no, pero que podía comprar el pan. Cometí la barbaridad de ofrecerle no recuerdo cuánto, 50 francos primero, después 100, 150, quizás hasta 300, por una cosa que valdría quizás tres o cuatro francos. El hombre, de por sí malencarado, se puso furioso, me dijo que qué pensaba yo, que los panaderos eran honestos, me gritó que saliera de la panadería y se metió en la trastienda. Fue entonces cuando yo vi, abandonado en el mostrador, un cuadrito de papel, con el color clásico de los *tickets* de pan, entre rosa y violeta, y sin más ni más lo cogí y salí del establecimiento. Era evidente que el panadero no lo había dejado allí, sino alguna cliente, a la que con seguridad se le cayó al abrir su cartera. Yo me fui a otra panadería para cambiar el

ticket. A nosotros nos daban una pequeña *baguette* para todo el día, y teníamos que arreglarnos con ella, que administrarla. Muchas personas se comían su pan en la mañana y debían pasar el resto del día sin una sola migaja más.

No sé, para qué es más que la verdad, si fue tanto dinero como dije el que le ofrecí al panadero, o si estoy exagerando. Pero lo que recuerdo con nitidez es al frutero, una mala pécora, al que le compré una naranja por 300 francos, y resulta que al llegar a la casa y pelarla, descubrí que estaba completamente seca, sin una gota de jugo. A veces podía comprar una latita de leche evaporada. A una cuadra de la Ciudad Universitaria había una tintorería, y yo hice amistad con la dueña, una señora ya de edad. Ella me vio tan delgado y enfermo que me ofreció una lata de leche evaporada de Suecia —me dijo que era mejor que la leche de Suiza— en 150 francos. Ella con esto corría un riesgo. Uno no se podía dejar ver con la lata en la mano, porque de pronto llegaba un falso inspector y la "decomisaba". Pero desde luego también había inspectores de verdad, legítimos, y es allí donde había peligro. En el metro me tocó ver operaciones del pequeño mercado negro, personas que se subían con un velicito del que se sacaban por ejemplo una pastilla de chocolate, la vendían en unos segundos y salían corriendo para subirse a otro de los carros. Nadie los denunciaba, había un desgano general, si no es que un deseo de participar. Por ejemplo, en otra ocasión un hombre abrió su veliz y traía en él tres *croissants*, tres cuernitos a 50 francos cada uno, lo que era una barbaridad, pero no faltaba gente que en un santiamén sacara el dinero y se comiera su *croissant* allí mismo, con verdadera desesperación.

Esto me recuerda a Joaquín Peinado, el amigo de Picasso, y amigo de Braque, de Gris, que también tuvo una etapa cubista y que en un momento dado prometía mucho. Llegó a figurar en alguna enciclopedia, y luego se acabó. Vivía Peinado en el Boulevard Auguste Blanqui, que es la continuación del Boulevard Saint-Jacques, y su hija era muy amiga de la hija de Louis Jouvet. Un día me invitó a comer y me dijo que no tenía yo necesidad de meterme en problemas con el mercado negro, que en la Radio Francesa había un servicio particular, con la seguridad de que nada me iba a pasar. Y lo mismo me encontré después en la Comédie Française. Eran mercados negros de gente que no abusaba de los precios, pero muy limitados, ya que uno sólo podía comprar algo —cualquier cosa: un chocolate, una lata de leche— cada ocho días. O un poco de azúcar, pero no glucosa, sino dextrosa o fructosa.

En París solía frecuentar sólo dos centros de enseñanza teatral. En especial la Escuela Nacional del Espectáculo. El Conservatorio también, pero había mucha gente en él. La Escuela Nacional del

Espectáculo estaba cerca de la Plaza Pigalle, en una callejuela de nombre muy medieval, que se llamaba la Rue de la Tour des Dames. La dirigía Jean Meyer y en ella era maestro Pierre Renoir y otro actor que ya era muy estimado en ese entonces, Roland Manuel. Allí comencé a ensayar *Lorenzaccio* de Musset, con un amigo, Pierre Petit, que llegó a ser actor de teatros importantes con el nombre de Pierre Garran. Otro de los actores jóvenes que traté fue Jacques Varennes, pero no el famoso, del cual era homónimo.

Al famoso, que hizo muy buenas películas, entre ellas *El patriota*, me lo encontré una vez en uno de los carros del metro. Tenía una gran presencia corporal, un perfil que se asemejaba al de Simón Bolívar, y creo que en alguna ocasión hizo el papel del libertador. No era muy alto, pero su fisonomía era noble. Y no se me ocurre saludarlo. Hubiera bastado con identificarme como discípulo de Jouvet, para iniciar lo que quizás hubiera sido una buena amistad. Entonces yo era una mezcla extraña de timidez y audacia, pero aún prevalecía la timidez.

Una noche, cuyo recuerdo es imborrable, fui con Octavio Paz a una recepción en casa de la duquesa de La Rochefoucauld. Octavio estaba recién llegado a París, pero tenía una llave maestra, que era la amistad con Pierre Seghers, el editor, y con su madre Anne Seghers. La duquesa de La Rochefoucauld era una gran señora que tenía un palacio en Neuilly, entre otras propiedades, claro, ya que de sus posesiones en el campo le enviaban alimentos, de modo que en la fiesta los meseros nos ofrecían bebidas alcohólicas, chocolates, pasteles. Allí, en esa fiesta, me encontré nada menos que a Tristan Tzara y Julien Benda, con quien Usigli tuvo también un problema pero debido, más que nada, a su mala suerte que, por otra parte, él mismo propiciaba. Deseo dedicar un capítulo aparte a la terrible experiencia que tuve esa noche.

Julien Benda tuvo una amante extraordinaria a la cual le dedicó un libro que se llamó *Cartas a Melisenda*. Usigli, sin tener conocimiento de esto, se puso un día, sin más, delante de Benda, a contar una historia que tenía que ver con el marido y el amante de esta mujer, algo que debió resultarle sumamente doloroso a Benda, que no dijo nada, se puso pálido y se salió de la reunión.

La mala suerte de Usigli se manifestaba de otras maneras. Siempre que viajaba a Londres iba a saludar a George Bernard Shaw. Y una de esas veces lo acompañó, con una cámara de cine, un hombre muy distinguido, Julio Octavio Madero. Usigli quería tener un recuerdo de su visita a Shaw, quien estuvo muy dispuesto a que lo filmaran. Así lo hizo Julio Octavio y después Shaw le pidió a Usigli que lo filmara junto con él, con Madero. Pues bien, a la hora de revelar la película, la escena con Madero sale perfecta: él entra a escena para saludar a

Shaw y se dan un abrazo. En cuanto a la escena de Usigli, lo único que se ve es Bernard Shaw, que extiende la mano para estrechar otra mano que sale de un lado. Esto es lo único que se ve de Usigli, y realmente se debió también a la mala suerte, porque no es de pensarse que una persona tan fina como Julio Octavio Madero le hubiera hecho una jugarreta así, omitirlo adrede. En otra ocasión, y por culpa de un boleto de metro, por poco acabamos Usigli y yo en la comisaría. El problema fue que Usigli, cuando un inspector nos pidió los boletos, le presentó un *ticket* ya perforado y no admitió reclamación alguna por parte del inspector. Al contrario, se indignó y trató de hacerse valer con su pasaporte diplomático, a gritos. Y el inspector le dijo: “Pues será usted muy diplomático, pero está usted en un vagón del metro y aquí la autoridad soy yo. Yo soy el jefe, no usted”.

MI TÍO GENARO ERA UN HOMBRE INDECISO, TÍMIDO, MÁS BIEN feo que bien parecido, con ese rostro negroide, y contrastaba mucho con la belleza infantil y luego adolescente y juvenil de mi madre, a quien quiso mucho. Ese cariño estaba correspondido por mi madre, quien por lo regular lo invitaba a comer los sábados. Es en relación con los trastes y los alimentos que recuerdo también las obsesiones y manías de mi tío Genaro. Por ejemplo, el temor de que los platos y cubiertos no estuvieran bien lavados. Heredé de él también mi poco comer. Genaro cortaba todo en pedacitos y separaba nervitos y cositas así con la minuciosidad de un relojero. A veces hasta mi mamá se desesperaba, porque él le pedía que le preparara algo especial, como pepena, por ejemplo, que es un guiso a base de vísceras: tripa, hígado, pulmón, mollejas, todo cocinado con pulque, delicioso aunque un tanto violento. Mi madre, decía, se lo preparaba para darle gusto, y luego él nada más probeteaba. Esa palabra era común en Zapotlán, le decían a uno: "No estás probando, estás nomás probeteando", picando, pues, de aquí y allá. Mi padre en ocasiones le retiró el plato a Genaro, "come otra cosa —le decía—, queso fresco o una tortilla". Pero Genaro acababa por no comer casi nada. Bebía, pero la mayor parte de las veces poco, y yo llegué a hacer varios viajes con él y a estar en su compañía varios días en Tepeque, un pueblito donde mi tío Daniel hizo una fortuna con un molino de nixtamal. Él y mi otro tío, Epifanio, elaboraron el molino con grandes piedras de cantera muy dura, una especie de basalto. Con esta piedra labraban las muelas. Todas las tardes, en la casa de mi tío Daniel, dos operarios se encargaban de ello, picando piedras con una punzeta de acero, que era una especie de cincel muy delgado y de hoja ancha, y con un martillo. Con pequeños golpecitos limpiaban la piedra y profundizaban las líneas de corte, que son radiales. Pero el as para picar piedras, el que enseñaba a todos los demás a usar bien las punzetas, era mi tío Daniel.

Daniel hizo algunas cosas, pero no negaba su pertenencia a la familia Zúñiga, que creaba una atmósfera kafkiana: todo lo aplazaba, nunca se terminaban las cosas, todo eran promesas, postergaciones. Sí, ésa es la palabra exacta: todo se postergaba. "Daniel —le preguntaban —, ¿cuándo vas a arreglar ese coche?" Y él respondía: "Ah, pues voy a ir a Guadalajara para conseguir unas piezas o ver cómo son y hacerlas yo mismo". En muchas ocasiones le dejaban motores para componer, y los motores se oxidaban. Algunos se quedaron para siempre allí. Un día se le ocurrió rehacer la carrocería, que estaba destrozada, de un Buick, un modelo antiguo, precioso. La carrocería que le hizo fue de

madera, muy bella, y parecía la popa de un barco. Mi tío Daniel se convirtió en especialista de automóviles. Tenía en su casa una docena cuando menos, unos desarmados totalmente, otros a medio armar, y tres o cuatro que, como solíamos decir, "jalaban". Muy pronto aprendió a conocer las diferencias que había entre un Ford, un Star, un Dodge, un Oldsmobile. Había también uno que se llamaba Locomobile y el Hudson, desde luego.

El Cadillac llegó después. Fue el primer gran automóvil que vi, una vez que iba caminando con papá. De pronto papá nos dijo: "Miren, es un Cadillac". Pertenecía a don Leobardo Mendoza. A Guadalajara, alguna vez, llegó un Bugatti.

A propósito de automóviles, eso me trae a la memoria el primer taxi que hubo en Zapotlán. Lo manejaba Antonio Ruiz, a quien le decían Toñiz. Otro de los primeros taxistas fue Jesús Hernández *el Sapo*, que después fue, por el resto de su vida, chofer de mi tío Daniel. *El Sapo* era un personaje fuera de lo común, un hombre agudo y lleno de gracia, un Sancho, que tenía una expresión muy peculiar: "Ay Diosito, me maté", muy suya, y al que no le faltaban las malas palabras, pero las aplicaba en su momento justo. Las relaciones entre mi padre y sus ayudantes, o mis tíos y los suyos, o en pocas palabras: entre los patrones y sus asistentes, sus operarios, su servidumbre, fueron siempre muy particulares. Los patrones tenían una especie de círculo de mando, digamos una oficialidad de la que también participaban las mujeres, muchas de ellas que habían trabajado con la familia desde hacía muchos años, y que eran capaces de enmendarle la plana a sus patronas, de decir por ejemplo: "No, Anastasia, eso no te va a salir así, mejor hazlo de este modo, como lo hacía mi madre". Y era necesario acudir a esa oficialidad, a esos intermediarios, para llegar a la milicia, a los soldados rasos, por decirlo así, de modo que no había posibilidad de choque directo entre los señores y los criados o los mozos del campo. Sin embargo, a mi padre le gustaba tratar personalmente a uno por uno de sus servidores, llegó a tener hasta 20 mozos laborando en el campo, lo cual quizás fue excesivo en un momento dado, sin contar las parvadas de muchachos hijos de los mozos, unos niños pero otros adolescentes que estaban ya en capacidad de desarrollar algunas tareas. Era un verdadero ejército.

Antes de contar la experiencia que tuve el día en que mi tío Genaro invocó al diablo, me gustaría detenerme un poco en los motores. No sólo de automóviles, sino de aparatos de campo como tractores y trilladoras. Además, claro, de las bicicletas y motocicletas que siempre hubo en la casa. Vivíamos en un mundo fascinante de máquinas, donde aprendimos a hacer piezas desde la forja misma, fundir engranes y hacer los dientes para los engranes. Cómo se hace un piñón, cómo se hace un plato, que es el engrane plano donde gira un

piñón: todo eso lo vimos y lo aprendimos. Aunque, más que yo, mi hermano Rafael, que además puso atención a todos esos procesos. Tenía una formidable vocación de mecánico y lo fue a lo largo de toda su vida, una vida corta, hasta cierto punto, porque dejó de trabajar mucho antes de morir a causa de sus dolencias y manías. Como los otros Zúñiga, heredó el vicio kafkiano de la postergación, y la capacidad de resurrección. Me viene también a la memoria una frase de mi tío Epifanio, que bebía más que Genaro y tanto como Daniel y que una vez le dijo a mi padre: "Mira, Felipe, yo soy tan libre como ese rayo de luz que está entrando por la ventana, me voy a la hora que quiera". Hablaba, así, mucho de su autonomía y su libertad.

Imposible, desde luego, acordarse de todos los parientes cercanos y lejanos que conocí. Había docenas de Marías Chávez en Zapotlán, muchas parientes nuestras. Además, del lado de mi madre se dio mucho el caso de parientes que se casaban entre sí, y duplicaban sus parentescos. Era todo un entretemaneje. Por ejemplo, Apolonio Chávez, que fue dos veces primo y una vez tío de mi madre. Y por si fuera poco, y porque el vínculo no era sanguíneo sino político, fue también su pretendiente.

Y llegamos así a mi tío Genaro y al diablo. Algo tenía que ver también mi tío con el molino de Tepeque, pueblecito al que iba con cierta frecuencia para pedirle cuentas del molino a Daniel Panduro, el encargado. Tomaba entonces mi tío el tren que salía de la estación de Zapotlán y pasaba por Sayula hasta Carmelita. Genaro, para no ir solo, le pedía a mi papá permiso para que yo lo acompañara. A mi madre no le gustaba mucho la idea porque pensaba que Genaro podía beber y descuidarme. Pero el caso es que fui varias veces. Era muy pintoresco. Me llevaba una escopeta para ver si mataba algún animalito. Por cierto, una vez que fui a Tepeque cacé un gato montés y le pedí a mi tía María que lo guisara. Ella se negó terminantemente y entonces yo lo destacé, lo cocí y nos lo comimos. No estaba tan malo, pero el sabor de la carne era un tanto violento, selvático, feroz.

Para mí, de todos modos, no fue nada extraordinario porque en esa época yo había comido gavilanes que yo mismo desplumaba, y culebras. Cuando me acuerdo de eso, siento una indigestión de la conciencia. Bueno, pues que vamos mi tío Genaro y yo en el tren camino a Tepeque. El tren, como siempre, tenía grandes retrasos y esa vez no fue la excepción. Mi tío bebió mientras esperaba que saliera el tren y siguió bebiendo en el trayecto. Se hizo de tarde y llegamos a Carmelita casi para ponerse el sol. Allí nos esperaba un hombre de parte de Daniel Panduro, con unas bestias, dos mulas que yo recuerde, porque todavía faltaba caminar unos kilómetros por el cerro. Cuando íbamos, pues, rumbo a Tepeque, que quiere decir *cerro* precisamente, *tépetl*, comenzó a llover. Aquello a veces se ponía de una oscuridad

total y era necesario encender antorchas de ocote. Esa vez supongo que habría cierta claridad lunar. Ahora bien, para llegar a Tepeque, cerca del pueblo, hay que pasar por el cementerio. Y entonces se le ocurre a mi tío Genaro preguntarme, como si yo fuera un adulto, a mí, que tenía cuando mucho 12 años, si creía en la existencia del diablo. Y yo le digo: "Genaro, pues cómo no". Cómo no iba yo a creer en el diablo. A Dios me costaba mucho trabajo imaginármelo. En cambio al diablo lo conocía yo bajo todas sus formas, gracias a tanto dibujo y tanta ilustración que había yo visto, y sobre todo las del catecismo. "¿Pero tú crees de verdad que ande aquí en el mundo, crees que existe el infierno?", insistía mi tío Genaro, sin apartarse de la idea central de toda su vida, que ha sido también la mía. Yo digo, como López Velarde: "El infierno en que creo: el estertor final y el preludio del nido". Ya estábamos casi en el cementerio, cuando mi tío me dice: "¿Sabes qué voy a hacer? Lo que he deseado muchas veces. Voy a invocar al diablo. Porque necesito verlo, hablar con él y a ver a qué llegamos". A mí me comenzó a dar un poco de miedo, y el hombre que nos acompañaba le dijo a mi tío: "Genaro, hombre, cállate, que estamos casi en el panteón y cuando se pasa de noche por un panteón hay que rezar algo, un padre nuestro, un requiescat para los difuntos". Pero Genaro, un poco tomado, no hizo caso: "Yo que voy a pasar de largo, si vengo aquí a invocar al diablo. Párense". Nos paramos, nos bajamos de las cabalgaduras y entramos al panteón por algún boquete de la barda o de la cerca de alambre porque a esas horas, claro, ya estaba cerrado. Al hombre que iba con nosotros le dijo: "Tú te quedas aquí a cuidar las bestias, que este niño y yo vamos a donde hay tumbas porque aquí es más fácil encontrar al diablo". La lluvia arreció y comenzaron los relámpagos. Mi tío alzó los brazos y gritó: "¡Diablo hijo de la chingada, cabrón diablo cornudo o como seas!", hijo de esto y de aquello y siguió: "¡Te conjuro, yo te conjuro a que si existes, diablo cabrón, te me aparezcas! ¡Aparécete ahorita mismo, para de una vez saber que existes!" Seguía tronando, hasta que después de un rato que mi tío seguía gritando, se acercó el hombre de las mulas y le dice: "Pero Genaro, lo único que vas a lograr es mojarte y este niño ya está empapado". Al fin mi tío se calmó y nos fuimos del panteón. Pero siempre vivió con la duda, y poco antes de morir, me acuerdo, ya anciano, estaba en el comedor, me ve y dice: "Oye, Juanito, ¿y el cabrón diablo existe?" Y yo le contesté: "Mira… por las dudas, más vale creer que sí". Un buen amigo mío, Ernesto Mejía Sánchez, comentaba: "Yo creo en el infierno porque si me condeno y voy a parar allá sin creer, menudo susto me voy a pegar. Pero si sí creo en el infierno, no me voy a llevar una sorpresa cuando llegue". Lo que es una caricatura de lo que decía Pascal: "Qué me cuesta, finalmente, creer en Dios…"

Los teólogos modernos se ocupan cada vez menos de esas cosas. Pero no hay que olvidar la corriente que afirma que finalmente el diablo será perdonado, y por lo tanto, desaparecerá el infierno y en conclusión las llamas, la condenación, no serán eternas. Yo fui un gran lector de Papini desde la adolescencia, pero curiosamente *El diablo* de Papini no me interesó porque todo lo que tenía que decir Papini del diablo él mismo ya me lo había contado en dos relatos. A cambio de ello, uno de mis libros de cabecera es *Teología del más allá*. En este tratado, uno de los capítulos más complejos es el que se refiere a la resurrección de la carne. Borges decía que la teología era literatura fantástica. Un hombre muere ahogado y se lo comen los peces. Unos pescadores arrojan las redes y capturan a un buen número de esos peces, los asan y se los comen. Después, una horda de animales salvajes ataca a esos pescadores en tierra y los devoran. Y así sucesivamente. ¿Dónde, entonces, quedaron los elementos de la carne de ese primer cristiano? Ahora se dice —y esto es de Borges, quien cita a Edmund Gosse—: "Hay iguanodontes en la cuenca del Luján. Pero nunca hubo iguanodontes". Gosse, que era cristiano, decía que el error consiste en pensar que la creación ocurrió en el principio de los tiempos, pero que no es así. Ocurrió, como dice la Biblia, hace 6 000 años. Y antes, antes el hombre, el que iba ser hombre, no existía, y de nada sirve que hallemos los huesos de lo que llamamos el hombre de Neanderthal: el hombre es hombre desde que Dios le instala el espíritu como una vacuna. Nadie se ha dado cuenta de eso, ni Borges siquiera, de esa operación terrible que significó la inoculación del espíritu, por parte de Dios, en un animal. Estoy convencido de que el ateo más lúcido y racionalista puede darse cuenta de la implantación del espíritu. Un gran escritor no podría ser grande si no estuviera asistido por el espíritu, por *el otro*, que es el injerto de algo que no tiene nada que ver con el animal que somos. Uno habla y uno escribe cuando vale la pena hacerlo, porque es *el otro* el que te manda decir y escribir las cosas.

Un hombre se vuelve de pronto el punto donde convergen si no todos los hombres, muchos de los que valen. Es un asistido por esa aura a la que me refiero. De algo de esto habló Lévy-Bruhl, de quien ya nadie se acuerda, y que fue el primero que le dio a Freud y a otros pie para crear la teoría del inconsciente colectivo. El inconsciente colectivo es una suma de almas vivientes y de almas que fueron, y el artista es como una estación que capta sus emisiones. No necesito acudir ni al hinduismo ni al budismo para creer en esto, dentro del mundo cristiano-católico lo encontré. En san Juan de la Cruz, en santa Teresa. En los grandes artistas. Tampoco me interesa la parapsicología. Pero creo en el trance, que es un estado de percepción de partículas del todo. Yo recibí una ligerísima lluvia de esas

partículas y desperdicié las posibilidades de recibir realmente el mensaje y traducirlo. No he tenido, la mayor parte de las veces, la humildad de someterme al mandato, a la imposición de decir lo que tengo que decir.

EL PAPÁ DE LA ESPOSA DE MI PRIMO SALVADOR ARREOLA ERA ENcuadernador, así que en 1930 mi papá me envió con él para que aprendiera un oficio. Se llamaba don José María Silva y estaba ya grande. Me recibió con gusto. Allí aprendí que, para hacer un libro bello, es decir, para transformarlo en un hermoso ejemplar encuadernado, lo primero que había que hacer era deshacerlo, o sea quitarle las pastas viejas, maltratadas y descoserlo. Después viene la labor de restauración de cada uno de los cuadernos que lo componen. Llevaría mucho espacio relatar el proceso completo, pero lo que sí puedo decir es que a los 12 años que yo tenía entonces, no me fue posible dominar ciertas técnicas relativas a la acción de forrar libros con la percalina de papel o de piel, como en las famosas encuadernaciones holandesas, y después las valencianas y las castellanas, de cuero jaspeado.

En lo que se refiere a las guardas de los libros, así llamadas, se hacían con papeles catalanes y se les jaspeaba con tinta de fierro, vinagre y algunas anilinas. Se me vienen a la memoria sustancias como la caparrosa y la alizarina. Ésta era una anilina que sirvió de base a uno de los emporios industriales más grandes de Europa, alemán, que era Farben. Precisamente Farben, en alemán, quiere decir color o colores.

La piel que más usábamos para la encuadernación a la española era una badana, jaspeada con vinagre y piloncillo y una tinta de fierro para que le diera una coloración negra. Pero las pieles por excelencia para la encuadernación son los tafiletes. También, claro, las cabritillas, las oscarias rebajadas, el chagrín y el cordobán. Desde luego, en algunas encuadernaciones se hacía labor de marroquinería, verdaderas filigranas, refinamientos dignos de un orfebre. En otras palabras, el arte de la encuadernación va desde lo más sencillo hasta alcanzar categorías verdaderamente artísticas. Aparte de las láminas que contenga el libro en sí, existen encuadernaciones con esquinas de metal y broches, estampadas a varias tintas y oro, hoja de oro, claro, y pastas prensadas, en relieve, como las que abundaron, preciosas, en Barcelona. Esto se logra mediante la presión de la piel y el cartón húmedos, aplicando hierros fríos. Son juegos de relieves, aunque hay también encuadernaciones de cuero repujado, más raras.

Uno de los ejemplares más bellamente encuadernados que he conocido en mi vida era un libro de piel roja con empastaciones de oro, que se llamaba *Historia del verdadero Garbullo*, que para mí era un libro de George Sand, pero nunca lo he encontrado en su bibliografía.

Creo que Garbullo era una adaptación o derivación de la palabra *garbouille*, que en francés se aplica a una persona tonta, ingenua, que se mete de cabeza ella sola en los problemas. A veces pienso que ese libro no existió, se pierde en mis recuerdos. De ese trato con los libros como objetos de artesanía data mi amor físico por ellos, que desde entonces me evoca una serie de olores: la fragancia misma de los libros ya terminados, y los aromas del engrudo de harina, la percalina, las pieles y el cáñamo encerado.

Don José María, aunque murió poco tiempo después, tuvo tiempo de enseñarme muchas cosas, además de la encuadernación de libros. Me contó su vida entera. Hizo conmigo, en cierto modo, su confesión general, y yo se lo agradezco aunque algunas de sus comunicaciones podrían escandalizar orejas timoratas. En cierto modo, me preparó para la imprenta.

No recuerdo exactamente cuánto tiempo —muy poco tal vez— estuve en una imprenta que regenteaba mi primo, *el Chepo* Gutiérrez. Lo que no podré olvidar es todo lo que allí me entró por los oídos. Creo que desde entonces no he podido agregar nada importante a mi conocimiento de la vida, en lo que se refiere a temas escabrosos y picardías del lenguaje. Y como poco tiempo después cayeron en mis manos los opúsculos del señor Suárez y Casañ, de los que ya hablé, acerca de la vida privada y todas las atrocidades habidas y por haber, resulta que a los 13 años de edad mi prodigiosa educación sexual estaba totalmente concluida.

El recuerdo de la imprenta, del mundo de la tipografía, para mí está vinculado irremediablemente a los sucesores que en este lado del mundo tuvo Gutenberg. Me refiero a los Manucio, que fueron Aldo Manucio, el padre y el nieto. Poseo, de los Manucio, un libro del siglo XVI que Cervantes pudo haber tenido en sus manos. Se trata de unas obras dispersas y misceláneas de Torcuato Tasso, que un amigo reunió en su beneficio cuando Tasso había ya perdido la razón. El ejemplar es una preciosidad. Los Manucio, pues, fueron varias generaciones y el más antiguo de todos fue discípulo directo de Gutenberg. Después de Gutenberg, los artistas se apoyaron en las grandes capitales romanas y románicas, todo lo que es la grafía latina y nacen las capitulares que conocemos hasta la fecha. Aunque no hay que olvidar a Elzévir, uno de los grandes allegados a la tipografía de Gutenberg, que fundó en La Haya toda una dinastía de editores de gran prestigio.

Sigue luego la pléyade de creadores de grandes tipos, como Claudio Garamond, Juan Bautista Bodoni, el inglés Caslon, Baskerville desde luego, el francés Cochin. Y no podía faltar un francés, Cristóbal Plantin, que se estableció en Amberes, a quien llamaron también Plantino y que fundó en Amberes una gran empresa, la más completa quizás que jamás haya existido en lo que a la confección y edición de

libros se refiere. Y es que allí hacían de todo, había talleres de fundición de tipos y matriceros, imprimía los libros en papeles que fabricaba él mismo, los encuadernaba y los vendía en la librería de la empresa. Fue el mejor tipógrafo de su tiempo y un hombre muy culto, autor de un soneto precioso que empieza con estos versos:

> Avoir une maison commode, propre et belle;
> Un jardin tapissé d'espaliers odorans;
> Des fruits, d'excellent vin, peu de train, peu d'enfans;
> Posseder seul, sans bruit, une femme fidèle.[1]

Todavía uno puede visitar, en Amberes, la casa donde estaba la empresa Plantin y pedir que impriman en un papel, con el rodillo de pruebas de Plantin y la tipografía que él usaba, su soneto.

En la imprenta en la que trabajé en Zapotlán no había desde luego una gran variedad de tipos o papeles, pero era un negocio próspero, ya que nos encargábamos de hacer toda clase de volantes y folletería, invitaciones de bodas y bautizos, y participaciones de defunción. También fabricábamos libretas para la escuela y los libros de contabilidad de los que ya hablé.

En los Cuadernos del Unicornio usé principalmente tipografía Garamond, a veces Baskerville y ocasionalmente Caslon. En fin, todos son tipos muy nobles. Bodoni también, que es clásico, pero del cual se abusó. Durante años todos los periódicos, sobre todo en nuestro mundo hispánico, se imprimieron en Bodoni. Pero para mí el tipo más bello es sin duda el Garamond, un tipo que podríamos llamar frágil porque abunda en rasgos muy finos, como la colita o pata curva de la "z", para no hablar del conjunto que forman, en francés y en español, la "q", la "u" y la "e" que vienen en bloque, formando la palabra "que", y en donde la colita de la "q" llega hasta la "e". El mundo de las minucias, en tipografía, es inacabable.

¿QUÉ COSA ES LA LITERATURA PARA MÍ? DESDE HACE MUCHO tiempo tengo ya una opinión formada, que no ha cambiado de manera sustancial. Lo que hace casi 30 años le dije a Emmanuel Carballo, en una larga entrevista que apareció en *19 protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX*, podría repetirlo ahora: la literatura, como las primeras letras, me entró por los oídos. Si alguna virtud literaria poseo, es la de ver en el idioma una materia, una materia plástica ante todo. Esa virtud proviene de mi amor infantil por las sonoridades, a las que ahora llamo, en compañía de los tratadistas, cláusulas sintácticas.

El pensamiento opera como dedos y manos sobre la materia impalpable del lenguaje, ejerce presión, ordena las palabras. En eso estoy de acuerdo con muchos escritores que opinan que el acto de escribir consiste en violentar las palabras, ponerlas en predicamento para que expresen más de lo que expresan. El arte literario se reduce a la ordenación de las palabras. Las palabras bien acomodadas crean nuevas obligaciones y producen una significación mayor de la que tienen aisladamente si pudiéramos tomarlas como cantidades de significación y sumarlas. De allí que palabras vulgares, totalmente desgastadas por el uso, vuelven a relucir como nuevas: la vecindad de otras palabras, mediante un proceso de suma y resta, les devuelve su significación original o les hace decir o apuntar lo indecible.

Las palabras son inertes de por sí, y de pronto la pasión las anima, las levanta: es decir, las incluye en el arrebato del espíritu. El lenguaje es arrebatado por el espíritu y, al ser arrebatado, una palabra se tiene que unir a otra como los tramos de una cañería para que pase aquel fluido: como si fueran cables del entronque justo. De un entronque así, exacto, viene la categoría, la eficacia de lo conducido, y la emisión ya no se va al aire, sino que se queda encartuchada en las palabras obligatoriamente ligadas por la urgencia que tiene el espíritu de expresarse. Esta urgencia coordina el mecanismo del lenguaje, que luego se vuelve analizable mediante las leyes de la gramática.

Considero, por lo tanto, que el lenguaje es una materia y que hay que trabajar con ella; que el deber inicial del escritor, como el del pintor, consiste en conocer y manejar sus materiales, que son, en este aspecto, físicos. Para mí el lenguaje, aunque se halle estampado en el papel, no es silencioso: de él y desde él se propagan sucesivas sonoridades. Sé que cuando uno construye una bella frase (y en este punto tenía razón André Gide), un pensamiento todavía más bello viene a habitarla, no porque la frase esté originalmente vacía, sino

porque es una nostalgia del espíritu que aspira a una concreción en belleza.

Lo que llamamos belleza, a pesar de todos los ejemplos, es una aproximación nostálgica a la belleza, que es una aspiración. A mí me molesta cuando se intenta definirla. Los filósofos de la estética fracasan cuando se sirven de ejemplos concretos: de las Venus, de los Apolos, de los mejores pasajes de la lírica y la prosa, para ponerlos como ejemplos de lo que es la belleza. Para mí el poema, como la escultura y la pintura, son imposibilidades absolutas. El gran artista comete aproximaciones: al ofrecernos el producto de su esfuerzo, más bien da a entender cuáles fueron sus propósitos. Atribuyo este afán a una nostalgia de creación que queda en el hombre por el hecho mismo de haber sido creado. Ése es mi único y más profundo contacto con la idea de Dios, con la idea del Dios creador. En el estro poético veo la manifestación más auténtica de ese aspecto del espíritu creador: es decir, por qué hay estro en el lenguaje, por qué hay movimiento, drama. Allí se ve que es una plasmación del espíritu, evidencia que me impide ser un materialista. Creo en la materia, pero creo en la materia animada por el espíritu. He llegado a pensar que Dios se cumple en su creación y que la creación dejará de ser cuando quede baldía, cuando sus formas se hayan agotado, cuando los granos de arena agoten todas sus posibilidades formales, cuando la vida satisfaga las formas más altas y más bajas del ser. Creo que entonces se cumplirá el ciclo. No puedo pensar que Dios exista antes de la creación. Dios es una posibilidad del ser. Es decir, acepta ser y al ser se manifiesta en todo. No puedo imaginar, aunque lo quiera, un *Deus ex machina*: jamás podría concebirlo. Dios es porque nosotros somos. El hombre es el perceptor de la divinidad ya que es capaz de intuir y concebir a Dios: es la criatura indispensable. Por eso estoy de acuerdo con los que afirman que es la última criatura creada, ya que Dios tenía que hacer esa especie de espejo, esa caja de resonancia de su propia divinidad.

Dios se expresa más o menos bien según tenga un afinado instrumento físico, unos buenos cinco sentidos. Es maravilloso pensar en las almas entorpecidas por una mala educación en la materia, una materia mal organizada que permite que el espíritu se manifieste a duras penas. En los casos de torpeza definitiva podemos decir que el espíritu está inerte y sólo cumple formas elementales de cangrejo, lapa o caracol. En un instrumento bien afinado, que se puede comparar con un clavecín bien temperado, las cuerdas pueden afinarse a voluntad. En ese caso, el espíritu se manifiesta cabalmente. La manifestación del genio y del talento se debe a una organización adecuada del instrumental humano. Una buena vista, un buen tacto, un buen oído, un buen olfato, una adecuada irrigación cerebral, convierten al hombre en un hermoso instrumento musical. La mano que está por

encima de todos nosotros, la mano de lo general, toca ese instrumento. Esto no se puede invalidar con las ideas de robustez o de flacura. En una persona robusta puede existir ese admirable sistema arborescente de los nervios: el hombre resuena porque está bien afinado.

La frase bella brota de una instancia espiritual inconsciente, y por ella aparece poblada. Tal ocurre, por ejemplo, en la poesía: no sabemos cómo anida en cada estructura armoniosa una entidad mágica y metafísica, y es que esa estructura ha nacido como una tentativa formal del espíritu. El espíritu tiene una necesidad inagotable de manifestarse, y lo hace a veces empleando la razón, pero siempre, en los casos verdaderos, a pesar de la razón o haciendo caso omiso de ella.

Así, en la poesía entra en juego un elemento que no aparece en la filosofía: el elemento sensorial. Al poeta, al músico, al escultor, podemos entenderlos y sentirlos utilizando nuestros sentidos, que en contacto con la obra de arte nos producen una especie de voluptuosidad. En cambio, en la filosofía nos atenemos únicamente a la razón. El artista tiene frente al filósofo la ayuda de que trabaja con elementos que proceden de los sentidos y que ofrecen a los sentidos un disfrute maravilloso. La poesía es una droga que nos devuelve la sensualidad. Leyendo “La cabellera” de Baudelaire, amamos a esa mujer y sentimos que todo nuestro cuarto se llena, como el cuarto de Baudelaire, con el aroma de la cabellera agitada como un pañuelo, como el pañuelo del recuerdo. Respiramos la brea, el almizcle, el ambiente del mundo tropical, los puertos, el olor del mar. Con Baudelaire gozamos físicamente; en cambio, ante un esquema filosófico sólo se satisface la razón.

Para mí toda belleza es formal y, lo confieso, no puedo concebir su persecución sin el respaldo de un amor absoluto a la forma. Cuando dicen que soy un formalista, la acusación me causa espanto. Todas las cosas en cuanto pasan de su nivel de percepción, de objetos de la experiencia interior, se convierten en formas. Cómo puede alguien atreverse a negar la forma. Claro que hay formas literarias que pueden equipararse a ciertas formas plásticas como las del neoclásico, que nos parecen perfectas pero lánguidas, un tanto inánimes. En ellas naturalmente no creo, yo no creo en las formas muertas. Hay gente que es capaz de hacer formas aparentemente bellísimas, pero es muy fácil advertir que son formas muertas, que están vaciadas en yeso sobre los modelos vivos. Cualquiera que reflexione en lo que es lo helenístico frente a lo helénico se dará cuenta de que hay formas bellas y radicalmente inertes. Pero yo estoy hablando de criaturas vivas. Por naturaleza, lo formal es lo definitivo. Además, no hay ninguna manera de aceptar nada que no sea mediante formas. La acusación tan reiterada que se me ha hecho de manierista, de

amanerado, de filigranista, de orfebre, lejos de ofenderme, me halaga. Dentro de mi experiencia personal, incluso en mis textos juveniles, hay algunos pasajes en los que reconozco que he conseguido mi propósito. Lo que yo quiero hacer es lo que hace cierto tipo de artistas: fijar mi percepción, mi más humilde y profunda percepción del mundo externo, de los demás y de mí mismo.

Son las intuiciones profundas las que provocan en la superficie de la conciencia los resultados plásticos del lenguaje, las armonías. Un periodo sintáctico es una especie de concreción, fuera del espíritu y ya en el mundo de la materia, que proviene de una emanación sensible. Es, digamos, como una emisión eléctrica: un rayo que adoptara una forma fija, pero llena de resplandores infinitos. Para mí eso es y en eso consiste la literatura.

En cierta ocasión, Mauricio de la Selva me preguntó si yo creía, junto con Octavio Paz, que la palabra es el hombre y por lo tanto el hombre es la palabra. También lo que en ese entonces respondí lo puedo hoy reiterar, al pie de la letra: yo pienso, más bien, que la palabra es un medio de ocultación… Uno de los grandes méritos de la poesía es que encarcela; es decir, el poema es una cárcel de palabras donde están y no están la vivencia, la sensación, el sentimiento. En una palabra: la idea. El poema viene siendo la cárcel de la palabra que nostálgicamente nos da la forma del cautivo inexistente, porque en verdad sentimos nomás por ausencia lo que el poeta quería darnos; el poeta no logra realmente capturar ni trasmitir la experiencia interna mediante la palabra; la palabra es casi el elemento físico que acota el terreno donde se supone que está la presa, la caza a la que uno no le da alcance, aunque vaya tan alto, tan alto como san Juan de la Cruz. Entonces, el poema es una estructura verbal que dizque encierra la poesía, y yo siento que ese hueco formal, por dentro, nos da la sensación, porque nosotros lo llenamos, nosotros lo colmamos. El poeta en realidad crea el vaso, y aquí pienso que me acerco a los japoneses que hacen una especie de búcaro, toda esa intención así floral de ordenar palabras como flores y flores como palabras… es para hacer vaso…

De manera inevitable, también me acerco a *Muerte sin fin* de José Gorostiza. La grandeza de José Gorostiza es que se la pasa haciendo vasos. *Muerte sin fin* es la tarea ímproba de hacer un vaso y ver que el vaso está excedido siempre por el contenido y querer continuar, continuar el vaso; precisamente, *Muerte sin fin* es el poema de la aridez y de la esterilidad incluso, porque es el poema de la honradez. No en balde Gorostiza, de hecho, ya no escribió poesía estimable a partir de *Muerte sin fin*, porque ése es el poema de la desesperación, es el poema en realidad en que se demuestra hasta dónde puede llegar la inteligencia, la capacidad humana no asistida en realidad por la

inspiración. Sí, eso es exactamente, una demostración de lo que puede la inteligencia, incluso dije una cosa aventurada: "no asistida por la inspiración"; casi el drama de *Muerte sin fin* sería la infinita muerte, la muerte continua que implicaría el acto de la creación, pero claro, cuando no está asistida por una inspiración de tipo torrencial; yo creo en los poetas en los que predomina una inteligencia que rige mucho el curso, el curso verbal, el trance mismo de la inspiración.

Me prometo hablar de algunos de los poetas que más he admirado, entre los mexicanos y los latinoamericanos, además de los que tanto he citado, como López Velarde y Pellicer: están también Octavio Paz y Marco Antonio Montes de Oca, aunque no podrían faltar poetas importantes en mi formación como Gutiérrez Nájera, Nervo y el propio Díaz Mirón. No quisiera aquí hacer sólo una lista, pero por otra parte no puedo dejar de mencionar —aparte de Neruda, del que he hablado tanto— a poetas sudamericanos como Eloy Blanco, Juvencio Valle, Herrera y Reissig, Asunción Silva, Santos Chocano y por supuesto a Huidobro y Vallejo.

Los nombres, siempre el prestigio de los nombres… En el principio de mi vida, no blasfemo, fue el nombre y luego vinieron los verbos. Nombre, con mayúscula, el de Dios y sus criaturas principales: los artistas, los sabios y los santos. ¿Invierto el orden? No. Yo no he sido en la vida otra cosa que un coleccionista de nombres. Llevo en la memoria miles de nombres, como todos ustedes, sólo que yo puedo recordar en un instante seguido de memoria 100 nombres de pintores y de ajedrecistas, y 200 ciclistas, y como me dijo el vasco, pajaritos me los como todos, quiero decir que en mi memoria viven y despiertan los nombres y los textos fragmentarios o íntegros de quienes han escrito de manera perdurable… Vana presunción… De ningún modo. Antes de ver realmente sus dibujos, sus pinturas, sus obras esculpidas o monumentalmente arquitectónicas, yo supe los nombres de Francesco di Giorgio o de Piero della Francesca, de Ghirlandaio y de Pinturicchio. Voy por orden. El primer nombre pictórico que oí fue el de Rafael de Urbino en labios de mi madre. No sé por qué conocía ella su historia de amor con la Fornarina. Después supe que se llamaba Sanzio y que murió joven. Y naturalmente Leonardo y Miguel Ángel, que andaban por la casa aquí y allá, en una estampa de la Creación o en un relieve de yeso, la última cena, iluminada por mi tía Jesusita…

Pero lo que a mí me importaba desde entonces, más que el valor hipotético de la pintura, era la realidad sonora de los nombres, pronunciados y escritos por mí, letra por letra guardando en lo posible la ortografía original de los nombres en su lengua original o antiguamente castellanizados. Naturalmente, yo decía Alberto Durero

y no Albrecht Dürer, Claudio Lorena y no Claude Gellé. No voy a abrumar a nadie con listas sacadas de la memoria o la enciclopedia, sino a decir unos cuantos nombres que me gustaban y que me gustan a lo largo de los años: Tintoretto, Tiépolo y voy atrás: Fra Diamante y Cimabue, Buffalmaco, Giotto di Bondone y Duccio di Buoninsegna, ¿y para qué ir más adelante? Gentile da Fabriano, Benozzo Gozzoli, y Sasseta, y Pisanello, y Giorgione y el Parmesano y el Pontormo, y aquel que más quiero, el Bronzino, y Lorenzo Lotto y tantos, pero tantos más…

ROGER CAILLOIS CUMPLIÓ SU PROMESA DE LLEVARME A CONOCER la montaña de Santa Genoveva, San Esteban del Monte y la biblioteca. Georges Duhamel dice: la montaña de Santa Genoveva es el lugar más frío del mundo. Y es así, porque es un lugar donde desembocan muchas calles, algo así como lo que en Guadalajara llamamos "las nueve esquinas". En la Plaza del Panteón, donde llega viento por todos lados, el frío lo ataca a uno, como decía, sin ir más lejos, Nervo: "le encajaron los cierzos su invisible puñal…" Roger Caillois me señaló una calle, rue du Pot-de-fer, más bien una callejuela, que era donde vivía Salavin, el personaje de los cinco tomos, la pentalogía de la *Vida y aventuras de Salavin* de Georges Duhamel. Y entonces le dije: "Quiero ir al número tal". El 10, según recuerdo, donde estaba la casa de Salavin. Y sí, allí estaba el edificio, está todavía. Como hacía muchísimo frío, nos fuimos a buscar un café, lo encontramos y Caillois pidió un *eau de vie*, un aguardiente que sí se podía conseguir y aunque no tenía nada que ver con esas delicias de pera y frambuesa que se llaman alcoholes blancos, era muy reconfortante, un aguardiente de uva de 42 o 45 grados. Pero yo prefería algo caliente y me ofreció el dueño del café un *jus de raisin*. Pensé que hablaba de un jugo de uva, pero no, era un té, una infusión pero no de uvas y ni siquiera de pasas, sino sólo de las ramitas secas. Su sabor era agridulce. Pero de cualquier manera, una cosa caliente, en ese frío, era la salvación. A veces uno se encontraba en un café, con una estufa. Recuerdo también que se bebía agua caliente y que había unas botellitas del tamaño de los frascos de salsa Tabasco, con sacarina disuelta en agua. Se usaban para endulzar la misma agua, o el famoso té de ramitas. Después, Caillois me acompañó al pabellón de Mónaco en la Ciudad Universitaria. Más adelante, me invitó a cenar en su casa. Vivía muy cerca, en el mismo Boulevard Jourdan. Todavía guardo la cartita de invitación a la cena, que me envió su esposa.

Caillois nunca me abandonó. Un día fui a verlo sin previo aviso y me llevó de inmediato a la Radiodifusión Francesa para presentarme con Roger Breuil, quien sin más trámite me citó para el día siguiente. Quería que yo le preparara un programa de radio dirigido a los oyentes de América Latina, dentro de la programación en español. Me presentó entonces a una mujer muy guapa, joven y sin embargo ya madura, madame Garbel, que sería mi ayudante. Eso era a principios de semana, el viernes siguiente comenzamos. Preparé un Verlaine y le pusimos como título al programa *Páginas de poesía francesa*, así de simple. Pero no era nada más en español, sino bilingüe. Madame

Garbel leía los poemas en francés y yo en español, según consiguiera traducciones ya existentes, o que yo me animaba a hacer, tratando de ser lo más fiel posible. El primer poema que transmitimos fue al revés, escrito originalmente en español y vertido al francés. Se trataba del responso a Verlaine, de Rubén Darío: "Padre y maestro mágico / liróforo celeste / que al instrumento olímpico / y a la siringa agreste / diste tu acento encantador"… Madame Garbel leyó una traducción que no sé si ella hizo personalmente, pero el caso es que sonaba muy bien. Ella era la presentadora del programa. Madame Garbel, por cierto, era una de las principales asistentes de Philippe Soupault, el gran poeta surrealista.

De allí me mandaron un día a conocer a Pierre Emmanuel, para que me publicara un cuento en su revista *Les Étoiles*. Joven y poeta notable, Pierre Emmanuel fue uno de mis dos apoyos fuertes en París, junto, claro, con Caillois. Los dos ingresaron en la Academia Francesa, y Pierre Emmanuel fue el único, no sé en cuántos siglos, que renunció a la Academia al entrar en ella un personaje, Félicien Rops, colaborador de los nazis. Pierre Emmanuel, católico, era sin embargo muy liberal en su forma de pensar y socialista, que había luchado en la Resistencia. No es justo, dijo, refiriéndose a Rops, que este señor, belga por añadidura, haya vivido durante la ocupación colmado de satisfacciones, mientras que muchos de nosotros nos fajábamos en el *maquis*. Su renuncia fue sonadísima.

Cuando conocí a Pierre Emmanuel, comencé a tener síntomas de mala salud, pero entonces se las arreglaron para que la alcaldía del barrio catorce, el célebre *quatorzième*, me proporcionara medio litro de leche diario. Recuerdo la alcaldía del catorce, muy bella, con vitrales diseñados por Jacques Villon, hermano de Marcel Duchamp. Alejandro Otero, el pintor venezolano, fue quien me llevó a ver los vitrales. Por cierto, cuando Otero vino a México, la única vez que lo hizo, no lo vi. Hace unos cuantos años murió. Fue a estudiar pintura a París y a él le debo mi encuentro con Pablo Picasso y Matisse.

Cuando Pierre Emmanuel se dio cuenta de que yo padecía de neurosis, me dijo: "Arreola, va usted a tener el mejor médico que hay en París para las afecciones nerviosas. Se llama Carl Gustav Jung". Nada menos. Y así era, Jung vivía en el mismo edificio de un amigo de Emmanuel, Pierre-Jean Jouve, que se portó conmigo como un príncipe. Pierre Emmanuel se comprometió a pedirle una cita a Jung. "Va a estar feliz, porque le interesan las cosas de Oriente y de México. En cuanto sepa que usted es mexicano y hombre de letras, le pedirá a usted le hable sobre Coatlicue y Huitzilopochtli, y todo eso…", me dijo Pierre Emmanuel y me consiguió una cita para el miércoles siguiente a las seis de la tarde.

Pero no, no fui a ver a Jung. Conocía yo varios de sus libros, lo

admiraba y me aterré. Lo dejé plantado. La verdad es que las depresiones que me daban estaban causadas o agudizadas, porque no comía. Pero no había nada que comer. Y por el hecho de haber plantado a un médico tan célebre como Jung, me pasé toda una tarde en la cama, lleno de remordimientos.

Me perdí de muchas otras cosas, de muchas otras personas, en París, a pesar de que todos los que conocí me invitaban siempre a cenar o desayunar o comer, a visitar a alguien o a pasear, incluso por la *banlieue* de París, sus alrededores o la provincia. No fui a ver a Paul Claudel, cuando que hubiera bastado presentarme con una tarjeta de Barrault, que era uno de sus grandes amigos y había llevado a la escena algunas de sus obras. Además, Claudel contestaba todas las cartas y recibía a todo el mundo. Tampoco conocí a Georges Duhamel, que fue, como he dicho, quien me reveló París antes de que yo fuera a París. En parte, quizá no lo conocí por culpa de Usigli, que me hizo de él un retrato muy negativo.

Y un día Pierre Emmanuel me vio tan enfermo que me dijo: "Arreola, usted no se va de París. Es decir, se va de París pero no a México, sino al sur de Francia, donde el gobierno nos ha dado una casa de recuperación, de convalecencia, para escritores. Es un castillo en la costa sur, ideal para descansar. Y yo puedo conseguirle una estancia de 30 días". Pero yo insistí que era mejor regresar a México, que para restablecerme era necesario un clima benéfico.

Mi encuentro con Picasso, como decía, se debió a Alejandro Otero, de quien me gustaría hablar un poco más. Era más joven que yo, tendría unos 24 años cuando mucho, era alto, de rostro agradable, un poco triste y pálido. Era un hombre de elegancia natural. Lo recuerdo con su abrigo gris, de casimir con diseño de espiga, muy bien vestido. Además, fuimos compañeros de cuarto al principio en el pabellón de Mónaco, y yo me transformé un poco en su guía, porque además apenas si hablaba francés. Alejandro cayó enfermo de lo mismo que yo. De pronto le entró una agorafobia intensa, se volvió como un niño que no podía salir a la calle, menos tomar el metro. Quedó inutilizado, lleno de pánico ante la idea de salir.

Poco antes, cuando el problema no se había desatado a tal grado, Alejandro me pidió que lo acompañara a ver una exposición. Debo señalar que, además, Alejandro Otero me hizo muchos retratos. Ése era uno de sus pasatiempos en las noches invernales de París cuando no podíamos salir ya que, por el frío, no tenía sentido hacerlo. Trabajaba muy rápido, con carboncillo, y luego usaba un pañuelo para esfuminar. Llegó a hacerme 42 retratos en un día.

La exposición a la que acompañé a Otero era de Matisse. Llegamos a la galería, que aún estaba cerrada, y vimos que en ese momento entraba Matisse acompañado de Picasso. Había mucha gente en la

calle, esperando que abrieran, y no dejaban entrar a nadie. Pero en el momento en que abren la puerta, Otero me tomó del brazo y seguimos a Picasso y a Matisse. Los porteros, con toda seguridad, pensaron que éramos sus acompañantes —estábamos además vestidos de acuerdo con la ocasión— y no nos pusieron reparo. Nos quedamos, pues, los cuatro solos en la sala. Matisse le mostraba los cuadros a Picasso. Toda la serie se llamaba La Blusa Rumana y eran unos 40 cuadros, todos variaciones del mismo tema, una mujer con una blusa rumana, de frente y de perfil, así y asado. No hablamos con ellos. Nos mantuvimos a una distancia discreta, siguiéndolos. Me pareció que Picasso era más bien pequeño. Tenía, lo recuerdo muy bien, un suéter *sport*, pantalones de franela y saco de *tweed*. Una corbata también. Hacían un contraste notable. Picasso era como un pájaro, vivaz en sus movimientos y forma de hablar. Matisse, que no me llamó mucho la atención, era un hombre alto y corpulento, grueso. Alejandro y yo no dijimos una sola palabra para no romper el encanto del encuentro.

Matisse nunca me gustó mucho, y encontré los cuadros sobre todo decorativos. En cambio de Picasso hay algunos que han significado mucho en mi vida, no la serie cubista, pero sí las épocas azul y rosa y más que nada los dibujos, minotauros y esas maravillosas mujeres desnudas. Otero me sugirió un día visitar el estudio de Picasso en la calle Des Pères Augustins, de los Padres Agustinos, y allá llegamos una mañana, como a las 11, helada como todas. El edificio tenía varios pisos. Le preguntamos a la portera dónde estaba el estudio y ella nos dijo que en el quinto piso. Lo que es más, la portera subió con nosotros y abrió el estudio, y se bajó, nos dejó en él, solos. O quizás no fue así, no recuerdo bien, quizás el estudio no lo abrió ella, sino que estaba abierto. Era un salón grande, parte de él con techo inclinado, de buhardilla, gélido como todo en ese invierno de París. Había varios caballetes y desde luego mesas llenas de materiales, plumas, pinceles, pinturas, muchos dibujos y entre todo unas esculturas, unas cabras como de hojalata que hizo en el sur de Francia, en Antibes. Estuvimos allí una media hora, calculo, hasta que el frío nos ahuyentó.

Alejandro Otero tuvo, finalmente, que dejar la Ciudad Universitaria a causa de su agorafobia. Yo mismo lo llevé a Montmartre a casa de una familia con la que estaba recomendado. Allí se refugió durante unas semanas y, según tengo entendido, se curó con relativa facilidad, a pesar de que en un momento dado no era capaz ya no digamos de cruzar solo una calle, sino ni siquiera de asomarse a la puerta. Estuvo desamparado como una criatura.

LA ROPA FUE SIEMPRE MUY IMPORTANTE PARA MÍ, TANTO POR SU poder de expresión como por su sensualidad, y formó parte de mi amor por los objetos manufacturados, por las cosas bien hechas. En la casa, mi mamá nos hacía toda la ropa. Pantalones, camisas, ropa interior, todo estaba cortado a mano y cosido en la máquina de mi madre. A las camisas se les pegaban botones de hueso. También la hermana de mi madre era una gran cortadora y yo la vi muchas veces, a ella y mis otras tías, cortando la ropa.

Yo solía acompañar a mi padre, que era un fifí, al sastre. Recuerdo mucho el jaboncillo, o greda, con el que los sastres señalaban en los casimires los cortes y las medidas para guiarse. Bueno, en los casimires y otras telas, y para ello había gredas de colores distintos además de la blanca: grises, azules, violáceas y había otras de un color coral pálido, como rosa muerto, y se usaban según las telas fueran claras u oscuras. El olor de la greda era uno de mis olores favoritos. Recuerdo muy bien al sastre, el maestro Ahumada, y su gran habilidad como cortador.

También nos hacían los sombreros a la medida, de zoyate y de palma, campiranos. Fue después que comenzamos a usar cachuchas y nuestros primeros sombreros de fieltro. Mi hermano tenía muy buen gusto y se preocupaba por la forma de las cachuchas. También los zapatos nos los hacían a la medida. Nuestro zapatero era *el Alfilerillo*, así lo llamábamos. No siempre nos hacía un buen trabajo *el Alfilerillo*, y mi padre o mi madre le reclamaban. Todo eso era parte del amor por las cosas bien terminadas. Como cuando estaban por terminar la casa y mi papá se fijaba en todos los detalles y rectificaba al carpintero, le decía: “Aquí te saliste de la diagonal o de la raya, la escuadra no está bien”, y así.

Todo el calzado de mi padre y mi madre era de piel, las chinelas de oscaria y los zapatos de charol o de glasé. Los botines de glasé tenían la parte de arriba de cabritilla, la piel de la cabra nonata o recién nacida, que es muy fina, y se usa sobre todo en guantería. Por supuesto, mi madre usaba guantes en ocasiones especiales o cuando iba a Guadalajara y hacía frío. Conservaba los guantes blancos del día de su boda. Por su parte mi padre usaba siempre chaleco, que para mí fue después una prenda inevitable e insustituible.

De los trajes que tuve de niño, además del de marinero, blanco, que usé en la primera comunión, me acuerdo que mi madre nos hizo, a mi hermano Rafael y a mí, dos trajes de terciopelo rojo, con cuellos

y puños de encaje de guipur de color crudo. Así como el niño azul de Gainsborough, éramos los niños rojos. Los botones tenían el tamaño de un tostón de aquel entonces y eran de concha nácar. Mi madre me transmitió su devoción por la botonería de nácar, que fue una de mis mercancías cuando era vendedor ambulante. Vendía yo botones de concha blanca o negra, botonería de fantasía también llamada de bisutería. Y así como había esos preciosos rosarios con cuentas ya fuera de cristal cortado o de marfil, también había botones de los mismos materiales.

Recuerdo también las levitas que usaban entonces algunos personajes de Zapotlán, largas, abotonadas en recto, como las de Madero, Pino Suárez y los dignatarios eclesiásticos. Lo mismo los fracs y los pantalones grises, de rayas finas, de etiqueta. Y las polainas.

Había, pues, en Zapotlán, una tradición del bien vestir, un gusto por las ropas finas, bien hechas, por el calzado y los sombreros de primer orden, no se diga los guantes. No hay que olvidar que algunos de los hijos de ricos de los pueblos mexicanos se llegaban a educar en Alemania, en Francia, en Inglaterra. Adquirían allá ciertos hábitos y luego parecían decadentistas europeos. Una vez que Rufino y Olga Tamayo hicieron una cena, una señora preguntó de pronto acerca de mí: "¿Y quién es ese joven mexicano vestido de viejito francés?", cosa que causó mucha gracia, porque entre otras cosas, además de estar vestido muy formal, yo llevaba esa noche un chaleco de un brocado dorado, pero dorado oscuro. Alguna mujer dijo de mí también: "niño de los chalecos color de otoño". Me gustaba mucho el color de la hoja seca.

Mi ideal ha sido casi siempre usar zapatos de dos tonos y pantalón rayado, como el que se usa con el *jacquet*, con un saco negro y chaleco de fantasía, de brocado. O también zapatos de charol, por supuesto, camisa blanca muy bien cuellificada, es decir, muy bien almidonada, y corbata gris o negra. Y como siempre he tenido una melena rizada, pues todo eso me daba una pinta muy especial y llamaba yo la atención. El saco debía tener un corte de *smoking* o medio frac. Esta ropa me brotaba a mí como si fuera una segunda piel, de modo natural. Admiré también siempre a quienes les gustaba vestirse de charro, con los grandes sombreros de alamares de plata, que usaban sillas de montar recamadas y espuelas, también de plata, damasquinadas. A veces estoy muy informal, pero no es lo que prefiero. Para mí el vestir es una manifestación muy importante del ser, de mi ser. Las personas de mi pueblo que compartían ese gusto no lo hacían por presumir. Vestirse así era una manifestación de su calidad humana, de sus ambiciones. Y esto se extendía al mobiliario de su casa y a la casa misma. Así mi padre, que era un tanto corto de estatura, se hizo, como ya conté, una casa desproporcionada. Conocí

además, por la literatura, a personajes como los príncipes Bibesco y Boni de Castellane que se vestían de una manera espléndida y yo tuve siempre una especie de nostalgia, de envidia, de esa gente tan maravillosamente elegante. Una vez, en la Lagunilla, me encontré un precioso lote de ropa usada, dos de cuyas piezas provenían del sastre de Porfirio Díaz, Dubonard, un hombre que habitó en el edificio del hotel de Marcel Proust.

El teatro me dio también oportunidad de ponerme ropa antigua. Una vez, a los 16 o 17 años, hice el papel del marqués de Montero en una pieza que se llamaba *Flor de un día* o *Espinas de una flor*: "Lago de amor sereno y transparente / que yo cruzaba en brazos de su halago / en un instante el cieno del torrente / empañó los cristales de ese lago…" Para hacer de marqués de Montero, usé el frac de boda que me prestó un señor de estatura menuda que era tan delgado como yo. Sombrero de copa y bastón. Y guantes. En París, por otra parte, llegué a conocer a personas que se vestían con un gusto extraordinario y que se paseaban por los Campos Elíseos en coches antiguos, Rolls Royce, Renault o Mercedes Benz. Me doy cuenta, ahora, que en muchas cosas estoy fuera de este mundo. Ya lo dijo Octavio Paz hace 30 años: "Arreola es un escritor anacrónico". Buena parte de mi vida he tenido una colección de sombreros finos, de primer orden, donde no han faltado los Stetson, los Borsalino, los Nox y otros que son excelentes, ingleses, los Dobbs. Algún Mallory, también, o sombreros de copa de Picadilly Circus. Sombreros de fieltro, de piel de nutria.

ESTAS MEMORIAS NO ESTARÍAN COMPLETAS SIN UNA REFERENCIA A personajes muy especiales, extraordinarios algunos, de Zapotlán, y a quienes recuerdo por sus apodos, como *Pancho la Muerte, el Guacamaya* Chávez, *Calacuayo, la Chirica*. Y entre estos personajes, mis tíos, como Daniel, del que ya hablé, pero sin mencionar que fue un hombre que tuvo tres o cuatro familias, y que logró que todos los hijos de las distintas madres se llevaran bien. Era un caso de excepción, un patriarca. Mi tío Epifanio también era genial. Con esto no quiero decir que tuviera un genio artístico o literario. Hablo de otro genio, del que hace a las personas excepcionales y les atrae la admiración o el afecto de los demás. Epifanio Zúñiga, hermano de mi madre, era uno de esos genios. Tuvo la misma formación que sus hermanos Daniel y Genaro, o sea, de mecánico. Los tres eran excelentes hombres de tenaza y martillo, que después se adentraron en la mecánica automotriz. Componían armas también y hacían las piezas que necesitaran. Un día, cuando limpiaba una pistola, a mi tío Epifanio se le fue un tiro que le atravesó la pierna, por fortuna sin afectarle la femoral o el hueso. Entonces, muy tranquilo, dijo: "A esto hay que tratarlo con energía". Y en lugar de llamar al médico, agarró una aguja arriera que ensartó a un cordón grueso, esponjoso, y como si fuera uno de esos escobillones que se usaban para limpiar los cañones de las escopetas y pistolas, se lo pasó de un lado al otro de la pierna, empapado, eso sí, de alcohol y yodo. Sin ninguna anestesia. La herida no se le infectó pero la pierna ya no le quedó bien, cojeaba un poco y le decían *el Renco*. Este nombre era muy usado para llamar a los cojos, e incluso se les decía *renca*, Fulano *la Renca*, por ejemplo. Mi tío usó desde entonces muletas, o una muleta y un bastón al mismo tiempo. Era rollizo, grueso, colorado, y picado de viruelas. O sea, cacarizo. Pero en Zapotlán a los cacarizos se les decía más bien "cucarachos". En la familia de mi madre hubo tres cucarachos que sobrevivieron a esa terrible plaga de la viruela, pero que quedaron picados.

Epifanio creó la fundición en Zapotlán y le enseñó a Daniel a manejar todos los instrumentos, herramientas y máquinas nuevas. Fundían rejas para dados y hacían aleaciones de bronces de calidades distintas para ser usadas en partes diferentes de los motores. Epifanio se fue después a Tecalitlán, donde se convirtió en un personaje muy estimado. Se casó y no tuvo hijos. Dejó una hija que tuvo antes del matrimonio y a la que tratamos como si fuera una prima como todas las demás. Se hizo muy buena costurera y, de ser aceptada en la

familia, pasó a ser un miembro indispensable. Epifanio, como buen mecánico, se interesó en los relojes, estudiaba el péndulo y el escape de los relojes de pared. Le encantaba desarmarlos y volverlos a armar. Tuvo la idea también de hacer pequeños aparatos pendulares y se preguntó siempre cómo podría crear un escape que se alimentara de la propia oscilación del péndulo. Los últimos 30 años de su vida se dedicó a eso, a la búsqueda del movimiento continuo.

Otro personaje fue Enrique Arreola, hermano mayor de mi padre, y que fue un segundo padre para nosotros. Por eso le decíamos "papá Enrique". Un hombre muy bien parecido, criollo puro, porfiriano, que se dedicó a la agricultura y se casó con la hija de un gran propietario de tierras, Isidro Preciado. Papá Enrique, sin embargo, llegó a la quiebra debido a malas transacciones con la tierra y entonces se encerró en su casa y no volvió a salir nunca. Murió relativamente joven, y su muerte quedó envuelta en un halo de misterio. A mi padre, su hermano menor, lo nombró tutor de sus hijos.

Esteban Arreola, otro de los tíos, fundó la primera fábrica de velas en Zapotlán, la compartió con mi padre y después se la dejó, para instalar una fábrica de hielo. El agua y el fuego. Bueno, no era tanto un fabricante de hielo, como un *bajador* de hielo, ya que lo bajaban del volcán de Colima. Es decir, bajaban la nieve que se convertía después en hielo, a lomo de mula, en grandes pacas. Llegando a Zapotlán lo conservaban en una especie de silos subterráneos muy bien encementados, muy bien enjarrados y con cierto acabado especial y con tapas de trampa para tenerlos perfectamente cerrados. Los silos tenían también un desagüe. Allí, el hielo se conservaba hasta un año.

Para qué decir lo importante que era el hielo entonces, no sólo para hacer helados y nieve; también se usaba en medicina para bajar la fiebre a los enfermos, para conservar la carne y, desde luego, para las bebidas refrescantes. Todavía ahora existen los rastros de lo que se llamó el camino de los hieleros. Los cazadores lo conocían muy bien. Es decir, los cazadores de entonces, hoy ya no existen: acabaron con todas las especies importantes. Abundaban los animales en unos parajes de las faldas gigantescas del Nevado, o en las jollas de los alrededores. Una de ellas se llamaba el Potrero de las Vírgenes, otra el Potrero de Dios. Por allí, por el Agua del Leoncito y el Puerto del Colimote, que eran accidentes geológicos del volcán, existe aún, como dije, el sendero, la vereda por donde transitaban los hieleros para subir con los animales a bajar la nieve.

Pero mi tío Esteban siempre acababa por vender o traspasar sus grandes negocios. Era uno de esos hombres fundadores de empresas de gran éxito, que dejaba caer después y acababa por liquidarlas. Una de sus mejores ideas tuvo que ver con el teléfono y con el ferrocarril. Los desniveles de los horarios de los trenes eran enormes, el ferrocarril

nunca podía ser puntual a causa, entre otras cosas, de la Revolución. Fue por cierto el propio don Porfirio el que inauguró personalmente el tren que llegó a Zapotlán, de Guadalajara, y que luego siguió para Colima y Manzanillo. Entonces mi tío tuvo una ocurrencia. Su comercio estaba en el mero centro de la ciudad, en la plaza mayor de Zapotlán. Y él, debo decirlo también, era especialista en alambres, lo mismo en alambres galvanizados que en alambres crudos o negros y, desde luego, en alambres eléctricos. Como ya había teléfonos en Guadalajara, fue a la casa Hering, una de las grandes ferreterías que había entonces en México, y allí compró todas las herramientas y alambres que necesitaba para su proyecto. Adquirió también una centralita telefónica y tendió entonces una línea telefónica desde su comercio hasta la estación del ferrocarril, que estaba en las afueras del pueblo, y donde había, sobre todo los domingos, verdaderas verbenas en las que uno podía gozar toda clase de antojitos y golosinas o comprar también algunos artefactos.

Con la línea tendida, mi tío Esteban llamaba a la estación para preguntar a qué horas suponían que iba a llegar el tren. “Don Esteban —le decían—, el tren apenas está en Sayula, nos acaban de telegrafiar…” O bien: “Ahora va a llegar muy puntual, a la una y cuarenta y cinco”. O: “Se atrasó hoy como dos horas”. Y así por el estilo. Esto le atrajo muchos clientes. Incluso él anunció el servicio, en un cartel, para los dos trenes, tanto el que venía de Guadalajara como el que venía de Colima. Muy pronto otros negociantes también acomodados, amigos de él, comenzaron a pedirle que tendiera líneas de la centralita a sus tiendas. Se compró entonces una central grande y los aparatos, que él mismo vendía e instalaba. Fundó así la primera compañía telefónica de Zapotlán, en una época en que los trámites eran muy fáciles y bastaba a veces con permisos verbales. En un momento dado, existía ya una red de abogados, empresarios, doctores, negociantes, todos con su línea telefónica en Zapotlán, cuando alguien le dijo: “Oiga, don Esteban, ¿por qué no lleva una línea telefónica a Huescalapa, que se necesita tanto?” Entonces don Esteban Arreola decide que es una buena idea, y de Huescalapa se sigue a Zapotiltic, a Tecalitlán, a Tuxpan y a Tamazula, y por el otro lado a Sayula y de Sayula a Zacoalco, Techaluta, Amacueca. Enlaza así a muchos pueblos, incluso a algunos, como Atoyac, al cual no había ni siquiera carretera, sino sólo una trocha para acémilas. Se encuentra, pues, dueño de una empresa telefónica y de pronto le entra una ventolera, tiene problemas con la familia y decide vender la empresa, para irse de Zapotlán. No sé cómo mi padre no impidió esa locura o le hubiera propuesto quedarse al frente. Pero no fue así, el negocio fue adquirido por una de las familias ricas de Zapotlán, los Anguiano, propietarios de uno de los mejores edificios del pueblo, el hotel que llevó su nombre durante

muchos años. Los Anguiano tenían un tronco de caballos ingleses finísimos, grandes y pesados, de tiro, tipo percherón. Los Anguiano los habían traído de Inglaterra, cuando eran potrillos y estaban ya maduros.

A mi tío Esteban se le ocurre nada menos que cambiar la empresa telefónica por el tronco de caballos. Claro que los caballos, y sobre todo los de procedencia extranjera, eran muy caros y muy estimados en aquel entonces, sobre todo para usarlos como *padrillos*, como les dicen los argentinos, es decir como sementales, garañones. Pero pienso que si esos percherones eran de tiro, no podían estar completos. De ahí el disparate de mi tío Esteban: toda la compañía telefónica, la central, los aparatos, sus muchos kilómetros de cables y postes, todo por un par de caballos. Y los caballos comienzan a devorar las economías de la familia, ya que esos animales tan finos, para que no desmerezcan, hay que darles de comer trigo verde de buena calidad. Aunque se les complemente la alimentación con hojas de maíz, los caballos no pueden prescindir del trigo. Los percherones, pues, acabaron por arruinar el presupuesto familiar.

Creo que el placer de mi tío estaba en levantar una empresa y tener éxito. Después, el éxito lo aburría y tenía que lanzarse a una aventura diferente. Entonces Felipe le dijo: "Esteban, vamos a llevar estos caballos a Guadalajara…" Y ahí tienes a los dos jóvenes llevándose los caballos a pie, apenas con el dinero suficiente para alimentar a los caballos en el camino. A pie, porque eran caballos muy anchos, incómodos de montar y que, siendo de tiro, no estaban acostumbrados a que los montaran. Duraron varios días, pero al fin llegaron y lograron venderlos a una familia tapatía. Les dieron por ellos 20 000 pesos, que desde luego, era una cantidad muy considerable en esos días. Veinte mil pesos oro.

Se acabó así la pesadilla de los caballos, que tanto preocupaban a Esteban y mi padre Felipe, por temor a que se enfermaran y se murieran. Mi tío Esteban hizo, en su vida, un mínimo de seis fortunas. Todavía alcanzó, con la última de ellas, a establecer un muy buen negocio para sus hijas mayores, que tuvo después un auge enorme, una tienda que era de juguetería, sedería, mercería y que se llamó La Muñeca, en la ciudad de Colima. Llegó a estar en México conmigo y con mi hermano, con la intención de instalar un negocio. Comenzó a vender tepache en Puente de Alvarado, pero claro, México no era Colima y nunca progresó. Don Esteban Arreola murió en la pobreza. En la pobreza total.

Pero antes de dejarlo, es importante mencionar otra cosa: el tío Esteban fue un liberal, un liberal activo que en los tiempos en que mi tío Librado, el cura, estaba en Tamazula, él era, en el mismo pueblo, el presidente de la liga anticlerical. En contraste, las hermanas menores,

como Margarita y Jesusita, nuestros dos ángeles guardianes, alimentaron todos nuestros apetitos infantiles de golosinas, juguetes y diversiones y, como tenían mucha inventiva, la aplicaban a toda clase de festejos religiosos. Hacían nacimientos, posadas, celebraban claro el Sábado de Gloria, en fin, que a pesar de esos tíos anticlericales, la vida familiar estaba muy cercana a la Iglesia, que trasminaba hasta nuestra casa todos sus aromas de incienso y plegaria y de cera combusta.

También hacían mis tías un altar del Día de Muertos, y el pan de muertos que no podía faltar, que entonces no consistía en una rosca u otra cosa por el estilo, no, tenía forma de muerto, de ser humano tendido. Eran literalmente figuras humanas, adornadas con toda clase de betunes y caramelos y grageas. Había muertos de lujo, grandes. Pienso que es una herencia indígena. Y me estremezco cada vez que pienso que al muerto lo servíamos en la mesa. Ya me referí antes a mi abuelo Salvador Arreola, que fue en un tiempo carpintero y además de mesas, sillas y otros muebles, hacía también cajas de muerto. Todavía los hermanos mayores alcanzaron a trabajar en la carpintería, pero después la dejaron. José María y Librado entraron al seminario, lo que significó, cuando se hicieron curas, que la familia subiera su nivel social, si no económico. De todos modos, mi abuelo les heredó dos casas. Una de ellas, la más chica, estaba en lo que se conocía como Arroyo del Platanar. Los dos hermanos, José María y Librado, fueron estudiantes de prestigio y tuvieron cantamisas importantes. Como ya había contado, vino a sus cantamisas, de padrino, Pascual Díaz, que fue arzobispo de México. El cantamisas es la primera misa que da un sacerdote, ya investido como tal, que se hace por lo general en presencia de un obispo y que tiene que ser cantada por el oficiante, aunque no sepa cantar muy bien.

MI PRIMERA EXPERIENCIA CON LOS VINOS ES, COMO MUCHAS otras, verbal. Me seducían las palabras que venían en las etiquetas de los vinos que les llegaban a mi padre y al tío Esteban desde Burdeos o desde Borgoña. Se importaba el vino en barricas y se embotellaba en casa. Mi padre, un hombre cultivado, nos daba desde niños pequeñas probadas de vino. Pero a esa edad, el tinto nos sabía amargoso y el blanco desabrido. Recuerdo el nombre del fabricante de los vinos de Burdeos: Delor.

Las botellas costaban, la de blanco 25 centavos, y la de tinto 50. Mi padre les pegaba las etiquetas a las botellas. Desde entonces intuí el prestigio del vino. No, claro, el de las cantinas o tabernas, nadie tomaba de ese vino: el de las tiendas, lo mismo el vino profano que el de consagrar, ambos eran en ese tiempo auténticos vinos jereces, semidulces, espléndidos. Era también muy estimado el vino generoso de Provenza. Y otro, muy importante en nuestra infancia, era el vino que servía de base a un tónico muy famoso en ese entonces, Quina Laroche, que dejó de existir hace mucho tiempo. Alejandro Sux, al que ya me referí, y que, como dije, publicaba en *Revista de Revistas* unas reseñas muy buenas sobre personajes que conoció en París —donde vivió, en plena época del *art nouveau* y después del *art decó*—, escribió que, una vez que visitó a Vargas Vila, se dio cuenta que su vino favorito era el Chablis, que a mí me gusta pronunciar no *Chablí* sino con las *s*, así como pronuncio la *s* de Camus, porque en eso soy más francés que los franceses. Entonces yo me enamoré de la palabra Chablis, como me había enamorado de la palabra coñac o champaña, que escuché desde muy temprano en la casa. Lo curioso es que yo no bebía una gota en mi juventud. Fue hasta los 19 años, o 20, una vez que me sentí muy enfermo, en la ciudad de México, tan decaído y desanimado, que me vino a la memoria la palabra Chablis.

Le pedí entonces al portero del edificio —yo vivía en la azotea— que me fuera a comprar algo de vino. Lo había visto yo en una tienda a un costado de la Alameda, después del templo de la Santa Veracruz, en medias botellas. Pues nada, que lo pruebo y me llevo la desilusión de mi vida. Yo me había quedado con la impresión del vino de consagrar y de Quina Laroche, y pensaba que todos los vinos eran dulces. El Chablis no me gustó hasta mucho después. Pero lo mismo me pasó con algunos textos importantes, por ejemplo, con *Residencia en la tierra*, de Neruda, porque no estaba yo preparado para leerlo, mi experiencia era sólo de textos y vinos dulzarrones. Qué iba yo a saber que, después, *Residencia en la tierra* iba a ser uno de mis libros clave.

Todavía cuando fui a París no llegué a probar el vino, debido no sólo a la terrible escasez, sino también a mis abstinencias. Pienso que si en París hubiera yo entrado de lleno al mundo de los vinos, me quedo a vivir en Francia para siempre.

Esa experiencia se dio en México. En una tienda de la ciudad de México, en la calle de Medellín, colonia Roma, allí donde desemboca la callecita de Ocotlán. El dueño, don Ramón, tenía una buena reserva de vinos que estaban allí desde que compró el establecimiento. El vino al que quiero referirme era un blanco catalán con el hermoso nombre de Marfil de Tarragona. Como era blanco, aguantó muy bien el añejamiento, aunque se acentuó un poco su dulzor. Yo bebí todas las botellas que tenía, o la mayor parte, y desde entonces nunca lo encontré, ni siquiera en Cataluña. Ya no existe. Ahora lo que se bebe es Marfil de Aleya, un vino que creo lo embotellan en Villafranca del Panadés, o en San Sadurni de Noya. Comencé a probar después algunos vinos mexicanos, pero no fue fácil encontrar los buenos. De regreso de Francia seguía yo sin beber, aunque de vez en cuando tomaba yo un tequila Hornitos, con el pico de gallo como botana, o con chicharrones crujientes… "aquí sólo mis chicharrones truenan", o con trocitos de hígado y de riñones fritos. Me gustaba también el ponche de granada, y fue con él que tuve mi primera y terrible experiencia, una borrachera. Bueno, primero fue delicioso y luego espantoso, por el mareo y el vómito. Mi hermano Rafael y mis primos Daniel, Agustín y José Zúñiga, y creo que también algunas de mis primas, Clementina y Soledad, bebimos todos —teníamos de ocho a 10 años, no más— del ponche de granada. Creíamos que era un refresco. Primero fue la euforia, bailamos y cantamos, y siguió el horror. Sufrimos mucho, muchísimo.

Fue entonces, en México, a mi regreso, que se desarrolló mi cultura vitivinícola y que aprendí por qué los vinos son buenos, por qué a las grandes botellas el prestigio las rodea como un halo. Citaré, para comenzar, los grandes vinos de la historia, los más ilustres, que son, en los tintos, los de La Romanée-Conti, y en los blancos el Château-Yquem. Sobre todo el Yquem del Marqués de Lub-Saluces, que llegó a unas excelencias insuperables, al igual que los vinos de La Romanée-Conti, que es un viñedo que mide apenas cuatro manzanas. En lo que se refiere a vinos franceses, prefiero los de Borgoña a los de Burdeos, aunque una vez me reconcilié con los de Burdeos en tu casa, Fernando, cuando me diste un Pauillac excelente. De verdad excelente. Pero nada como los Beaujolais, que incluso no tienen el nombre de Beaujolais: el Saint-Amour, el Moulin-á-Vent, el Chiroubles, el Fleurie, el Brouilly, el Assenas, el Juliénas, el Richevel. ¿Y cómo olvidar el Morgon?

Pasé, pues, de ser un conocedor de etiquetas, de nombres de vinos,

a ser un catador. De España he disfrutado los vinos manchegos y de Valladolid, pero sobre todo los grandes vinos de España, los de Rioja, que se dan en las distintas Riojas, la principal la Rioja Alavesa, de donde vienen las cepas y las especies de uva que consagraron a los vinos de ese nombre. Probé por fin vinos como los de Martínez la Cuesta o los de don Félix Azpilicueta, que conocía mucho antes pero de nombre nada más. Los buenos Domecq también. No olvido, desde luego, los Miguel Torres, que es uno de los nombres más antiguos del mundo en vinos embotellados. Sus producciones vinícolas están registradas desde el siglo XVII.

Cuando a mi regreso de Europa comencé a trabajar en el Fondo de Cultura Económica, gracias a Antonio Alatorre, como ya dije, a don Daniel Cosío Villegas se le ocurrió que comiéramos en las oficinas, ya que, siendo el tiempo de la posguerra, los transportes eran escasos. Eso hoy se usa mucho, pero entonces fue innovación. Comíamos, pues, en el Fondo, y a veces acompañábamos los alimentos con algún vino. Los sábados, Joaquín Díez-Canedo daba por terminadas las labores a la una de la tarde y, como no íbamos a comer allí, nos ofrecía un piscolabis a base de unas botanas muy civilizadas, muy europeas, que preparaba una de las empleadas del departamento administrativo. Eran unos bocadillos de crema dulce y pimiento morrón picado, y otros que consistían en trocitos de queso Chihuahua, unos cubos, envueltos en tocino y fritos después. Y para acompañar estas delicias, Joaquín nos servía Tío Pepe, uno de los jereces, de los finos, que hasta la fecha sigue conservando su gran calidad. Tío Pepe no es un Palo Cortado, un Carrascal de esos viejísimos, un Gran Macharnudo, pero siempre ha sido un vino muy decoroso.

Nunca, como dije, bebí de joven. Fumador sí fui, de los 15 a los 60 años, pero jamás me acabé una cajetilla en un día, fui siempre de colillas largas y daba el golpe a medias. Un día dejé de fumar por olvido.

DOS VECES ME VI MUY CERCA DE LA MUERTE EN FRANCIA. UNA en Neuilly y la otra en Villejuif. En una ocasión, Octavio Paz me dijo que me pusiera elegante, porque me iba a llevar en la noche a la recepción de una gran dama, la duquesa de La Rochefoucauld. Por supuesto yo no podía ponerme de punta en blanco, después de haber perdido el equipaje, pero me vestí lo mejor que pude con lo que tenía y lo que él me había regalado. Nos fuimos juntos desde la embajada y llegamos a un palacio magnífico, que podía haber sido el de los duques de Guermantes. Esta familia, de la duquesa de La Rochefoucauld, tenía, como otros miembros de la alta nobleza francesa, grandes propiedades rurales, de las cuales, como ya dije, podían llevar alimentos a París. Las autoridades les otorgaban salvoconductos especiales, de modo que en esos palacios no faltaban los huevos, el jamón y otras cosas. La policía no podía decomisarles estos alimentos. Y tampoco las bebidas, siempre tenían buenos vinos.

Era un salón inmenso, maravilloso. Los meseros ofrecían vino, chocolate y "alcohol". Me hizo gracia, era la primera vez que oía esa expresión, o sea que en lugar de ofrecerle a uno la bebida por su nombre, así fuera whisky o coñac, dijeran "alcohol". Había también pastelitos, pero yo lo único que comí fueron pétalos de rosa confitados. Estaba allí *tout Paris*, todo París. Una multitud de intelectuales y personajes franceses. Creo que fue allí donde vi a Camus. Me presentaron a Tristan Tzara, que se puso a hablar conmigo con la mayor familiaridad y me invitó a ver, al día siguiente, en el Vieux Colombier, *Asesinato en la catedral* de Eliot. De pronto surge en mí lo que siempre me ha perdido, un impulso de autocastigo. Decido abandonar la reunión de inmediato, sin razón alguna. Octavio me dijo que me esperara un poco y que no faltaría quién me llevara a la Ciudad Universitaria, incluso él mismo. Pero no hice caso. Me despedí de Octavio y de algunas de las personas que conocí esa noche, y salí de la mansión. Eran casi las 12, hacía un frío atroz y estaba oscuro. Salir así era como arrojarse al mar desde la cubierta de un barco. Llegué a la primera estación del metro y me dijeron que el último tren había ya partido. En lugar de regresarme al palacio de la duquesa, que hubiera sido lo más sensato, seguí mi camino hacia el centro de París. Fue una decisión casi suicida. Pasé por un lado del Arco del Triunfo, caminé por ese barrio donde las calles llevan los grandes nombres de Francia, como Blois, Duque de Berry. Lo conocía más o menos porque allí vivía Usigli. Había además hielo, muy resbaloso en las calles. No sé cómo llegué hasta el Boulevard Saint-Michel, donde vi un hotel que

se llamaba Hotel des Arènes. Para esto, no me encontré un alma durante todo el camino y, a excepción de Châtelet y Notre Dame, no había una sola luz en toda la ciudad. Sólo la nieve iluminaba un poco el ambiente. La luz eléctrica de la calle, en esos tiempos de la posguerra, la cortaban muy temprano. Entré al hotel donde un hombre, muy desconfiado, me preguntó qué deseaba y cuando le dije que, claro, lo que quería era una habitación, me pidió que le enseñara mi pasaporte. Así lo hice y me dio la llave de una habitación que estaba en el séptimo piso. Luego vio su reloj y me dijo: tiene usted sólo tres minutos de luz, apresúrese. Subí la escalera en menos de ese tiempo y me metí a una habitación que estaba helada. Desde la ventana, vi un panorama de París que jamás me imaginé, hecho de oscuridades, en las que flotaban lucecitas lejanas aquí y allá, que supongo eran las llamitas de las velas. En esa oscuridad, se recortaban las siluetas de chimeneas y cúpulas. En ese momento me dije a mí mismo: "Eres el hombre más solo que puede haber en París, uno de los hombres más solos que hay en el mundo". La ciudad dormía dentro del frío, y después del espanto de la guerra. Me acordé de una frase de Ernst Jünger dicha, precisamente, desde una de las terrazas altas del Hotel Henri V, en los Campos Elíseos: "Sólo me queda el consuelo de pensar que estoy rodeado de dolor por todas partes…"

Hacía tanto frío que me eché el colchón encima, acostado sobre el tambor, pero no pegué un ojo en toda la noche. A las seis de la mañana salí del hotel y me fui a la Ciudad Universitaria.

Una vez en el Pabellón de Mónaco, como un Lázaro resucitado, encendí la parrilla para calentar un poco de leche condensada Nestlé disuelta en agua. Era una bendición. Suficiente para salir otra vez a la calle y a la vida, a comprar, con el *ticket* correspondiente, una *baguette*. Así terminó la pesadilla de Neuilly, durante la que sentí no la muerte, sino una sucesión de muertes.

Más grave, sin embargo, que lo de Neuilly, fue la experiencia de Villejuif. Tenía ya los síntomas de mis primeras úlceras gástricas, de modo que fui a ver a un médico, muy buena persona, que tenía un consultorio como salido del siglo pasado, de vitrinas de madera que contenían instrumentos quirúrgicos y que usaba aún, en lugar de estetoscopio, una trompetilla acústica. Me examinó y me dijo que tenía que ir a un hospital de Villejuif donde me tomarían unas radiografías.

Al día siguiente, muy temprano, tomé el metro en el Boulevard des Italiens que me llevó a las orillas de París, donde comienza *la banlieue*, y en donde un autobús me llevaría hasta Villejuif. Llegué a este pueblo a las ocho de la mañana. Hacía un frío muy intenso, y el hospital estaba en medio de un llano muy grande, totalmente cubierto de nieve. Entonces, en lugar de buscar el camino de entrada al hospital,

se me ocurre irme a campo traviesa. Me di cuenta que la nieve me llegaba a las rodillas, y en lugar de regresar seguí adelante. Pronto sentí que me llegaba casi a la cintura. Era como un pantano, blanco, limpísimo, helado. Comencé a bracear y sentí que me desmayaba. Poco me faltó para quedarme allí. Al fin, alguien se apareció y después de regañarme me ayudó a salir. Yo estaba en ayunas y creo que ni siquiera había merendado la noche anterior. No sé de dónde saqué fuerzas. Cuando llegué a París, había comenzado ya el invierno. Cuando dejé París, no había terminado. Creo que fue hasta fines de abril que vi un rayo de sol, que caía en una de las bases del Arco del Triunfo. El doctor De la Rosa me tomó una fotografía donde aparezco allí, recargado en una columna del Arco del Triunfo, con aire de vagabundo.

Esta persona, la que me salvó, me llevó a la entrada del hospital, donde me reconfortaron y me hicieron entrar en calor. Luego tuve que ingerir esa cosa horrible que es el sulfato de bario, para que me tomaran las radiografías. Volví otro día por las placas y el médico me dijo que era necesario que regresara yo a México, a un clima más generoso, a tratar mi úlcera gástrica.

EN LA TIENDA DE ABARROTES DE LOS FRANCISCO WATANABE, EN Guadalajara, comencé a trabajar en septiembre de 1934. Allí hice de todo: trabajé en el mostrador, en la bodega, incluso hice un trabajo muy desagradable, que fue el de limpiar los baños. Allí también llegué a echarme hasta 130 kilos en la espalda, porque aunque yo no he pesado nunca mucho más de 50, fui un hombre de fibra, muy bueno para empujar esos carritos de grandes ruedas que había por entonces y en los que llevaba mercancías a los mesones. Nunca olvidaré la subida empedrada del Hospicio Cabañas, allí donde ahora están los frescos de Orozco. Dos veces por semana cuando menos tenía que remontarla hasta el mesón del Venado en compañía de un ayudante. Llegábamos a los mesones y parecía que estábamos en el siglo XVI. Esos mesones con grandes patios y corrales, que cuando no estaban empedrados eran un puro lodazal; llenos de cuartos que no eran cuartos y aquellas recuas de acémilas en las que cargaban toda la mercancía que salía de Guadalajara para los pueblos del estado. El trabajo era muy pesado, pero yo me divertía mucho con los arrieros, oyéndolos maldecir y contando historias a la hora de la cena. Allí me daban casi siempre las doce de la noche, y más de una vez pensé en irme con ellos. Estas cosas están en mí y me importan tanto como la formación intelectual. Desde 1930 estuve en contacto directo y diario con el pueblo, desde los mostradores de las tiendas. Conversaba mucho con los clientes y sobre todo con las clientas, y en el mesón con los huéspedes y con los arrieros que venían de distintos lugares; yo los conocía por sus arreglos y sus cosas. Les compraba en las tiendas de Guadalajara los encargos que no eran de abarrotes: paliacates, mercería, muselinas, batistas, tiras bordadas y encaje de bolillo.

Hablé ya de las camisas de céfiro que se mandó hacer mi padre. Con los nombres de las telas, cuando era vendedor, se alimentó también mi amor por las palabras, por los nombres hermosos. Céfiro me gusta, además, porque es también el nombre de un viento, un viento suave, como la tela así bautizada: suave y transparente. Y es que también me seducen los nombres de los vientos: bóreas, noto, palabras que me habitaron desde niño: “Pero de nuevo se desprende el noto / y las lleva su aliento de gigante / con impiedad contra el helado soto…” Un poema sobre las hojas secas, precioso, cuyo autor se me escapa. Y tenemos también el cierzo, el aquilón, el austro, y desde luego el mistral, como el apellido de Federico y después claro de Gabriela, que como decíamos lo tomó de él y que se llama también maestral. Sopla en las llanuras provenzales, nacido quién sabe en qué

cañones apenínicos. Yo lo experimenté en Toulouse, es un viento fuerte, que todo se lleva. Recuerdo la película sobre Molière. Hay un momento en que andan los cómicos de la legua en una llanura de la camarga provenzal y de pronto llega el mistral y se lleva, como si fueran barcas, las grandes carretas decoradas con todo y animales.

La palabra casimir viene de Cachemira, y eso mucha gente lo sabe. Pero poca que paliacate es de origen hindú. Contiene en ella otra palabra, *pali*, que es el nombre de una lengua litúrgica, hermana del sánscrito. Recuerdo también el calicot, que viene de Calcuta, y el nansú, la popelina, la luisina. Y por supuesto la muselina: "El olvido es la pálida neblina / que envuelve a las cosas ya pasadas / en los velos de blanca muselina / donde duermen las cosas olvidadas…" Un fragmento de un soneto que hice a los 15 años. Eran tres sonetos bajo el título: "Tres variaciones sobre un tema del olvido…"

Algunas de las camisas de mi padre, las que más recuerdo, eran con fondo de algodón blanco y franjas preciosas, satinadas o de seda, anchas y delgadas de color rosa, verdes o azules, una mezcla de rayas que se ha vuelto a poner de moda y que me recuerdan los códigos de barras electrónicos.

El percal era otra tela muy popular entonces, que figuraba hasta en las canciones. La usaban en los pueblos las muchachas para sus vestidos. Se consideraba una tela corriente y fue hasta que viajé a Francia que me enteré que allá el percal es una tela muy fina que sirve para tapizar muebles y que tiene la característica de ser una tela horneada, es decir, que se mete al horno una vez que se le apresta. Esta operación consiste en untar la tela con una especie de pasta, de almidón compuesto, que hace resaltar el dibujo y los colores.

La mezclilla se usaba entonces, como se sabe, sólo para la ropa de los obreros, para los overoles o pantalones de pechera. La pechera servía para proteger a los obreros, como a torneros de madera o de hierro. Antes de esos pantalones había pecheras de cuero. Otra tela que en su nombre revelaba su origen era el alepín, de Alepo, y el shantung, que desde luego procedía de China. El alepín se usaba como forro de los trajes finos, de casimir inglés. Los pobres empleábamos raso de algodón como forro. Había todo un mundo de tisús, o tisúes, la faya, el organdí y las organzas. Pero el organdí clásico era precioso, lo más indicado para los trajes de primera comunión de las niñas y desde luego para los ajuares de novia, era una tela como de cristal, en contraste con la que se llamaba tela de fierro, que estaba formada por hilos delgados pero duros que formaban una cuadrícula infinita. Otra tela, por su cuadrícula, se llamaba cuadrillé, y recuerdo otra que, por su tejido hexagonal u octagonal, tenía el nombre de panalillo. El cuadro del cuadrillé, en cambio, a lo que más parecía era a un grano de sal de mar completo. Sal de mar de la que todavía se consigue en

Guadalajara, en el Mercado Alcalde, procedente de las salinas de Colima. Había una gasa rugosa que tenía nombre de mujer, georgette, y el flat, que comenzó como una tela estimable y después la clase media la rechazó. Era considerado, el flat, como una tela para "las mujeres de la calle". El flat, en cuyo nombre lleva su lisura, desmerecía ante las telas aristócratas, como el chermés o chermeuse, que era una tela de gran caída, mucho peso, como raso de seda. Eso era, sí, un raso de seda con colores suntuosos que se pusieron de moda, colores que venían del Renacimiento, los rojos venecianos, los azules de Tiépolo y de Vermeer y de otros pintores que tuvieron la suerte de usar polvos minerales como malaquitas y lapislázuli. Esto me trae a la cabeza otra tela, preciosa, el índigo sol, deslumbrante, con fondo azul turquí.

La batista, con la que se hacían los pañuelos más finos, era de Bélgica, de donde venían, claro, preciosos encajes, el guipur, el de Malines, el de Valenciennes. No puedo separar las telas de sus aromas. A los 13 o 14 años, en la tienda de los Watanabe, yo era ya capaz de arreglar un aparador, o simplemente, si tenía que entrar a una de las vitrinas para sacar alguna tela, era allí donde los olores se acentuaban, porque los cristales de los aparadores se calentaban y el interior era como un invernadero. La manta para calzón blanco, la que usaba todo el pueblo, y en particular la manta de Río Blanco, cerca de Orizaba, tenía una fragancia maravillosa. Era, en sus tiempos, la mejor manta del mundo, sin exagerar. Las telas olían también a causa de las tinturas con las que se teñían, como los añiles.

Los rebozos más comunes suelen estar teñidos con añil, y el rebozo, por supuesto, está vinculado a la madre, a las jóvenes, a las nanas y sirvientas, tiene uno de los aromas asociados a la imagen, a la consistencia, al ser mismo y total de la mujer. Los grandes arrebatos de sensualidad de mi adolescencia tienen que ver con las telas, con la entrada a los escaparates, que me enervaba. Extender una tela ante una mujer, en el mostrador, establecía otra especie de comunicación sensual entre ella y yo. Sobre todo cuando era una muchacha joven que venía con su mamá a escoger telas para sus vestidos. Al aroma de las telas se agregaba el olor de las muchachas recién bañadas, perfumadas. Era un condumbio. A veces, también, llevaba muestras de telas a domicilio, a muchachas jóvenes o señoras maduras, ya casadas, para unas cortinas, para vestidos. Recuerdo a dos hermanas, guapísimas, que se apellidaban Cuadra, hijas del jefe de la Oficina Federal de Hacienda, que me invitaban a ver sus vestidos, me abrían el guardarropa y entonces recibía yo en plena cara ese oleaje de fragancias. Una noche, no lo olvidaré, una de las señoritas Cuadra me llevó hasta su ropero de tres lunas y abrió las puertas.

Este mundo, a su vez, se vincula en mi recuerdo con el de los

teatros, los camerinos de los artistas que combinaban con los olores de cosméticos, talcos y polvos, lápices labiales, el de las telas del vestuario. Algunas muchachas me maquillaban, enlazaban mi cabeza con su brazo, les encantaba pintarme los labios, las cejas, menos mal que no me embelesé con eso. Después me quitaban el maquillaje, me embadurnaban de crema la cara, y yo, de sentir tan cerca el cuerpo de la muchacha, su calor, salía ebrio del camerino.

De modo que decir que me pasé la vida envuelto en telas es lo mismo que decir que la pasé envuelto en faldas. En una época en que sufrí de fiebres, en mis pesadillas jirones de telas y de encajes cubrían mi rostro y, cuando me despertaba, seguía respirando ese hálito de perfume de mujer y fragancia de encajes. Se me vienen ahora a la memoria las medias Kayser, de seda, las de hilo de Escocia y una tela que no he mencionado, el moaré, que era jaspeada como el papel del mismo nombre.

SOBRE LA FAMOSA “MANCUERNA” QUE SE SUPONE QUE RULFO Y YO formamos en la literatura, y sobre el hecho de que ambos escribimos poco, tengo ya formada una serie de opiniones desde hace tiempo.

Lo que tuvimos de excepcionales Juan Rulfo y yo descansó en nuestra propia actitud, en cierta forma de considerar la literatura con respeto y como un quehacer personal en el que nadie nos pudo “arrempujar” ni provocar. Respecto a por qué no escribimos más los dos, volvería a la honradez de José Gorostiza: ¿vale la pena realmente escribir algo que no supere a lo ya hecho y sólo agregue cantidad? Sostengo que una obra no crece por cantidad; hay escritores que se sepultan a sí mismos bajo una montaña de libros. La obra no crece por los títulos, va creciendo sola. Se me podrá decir que Dostoievski escribió mucho, y yo digo: sí, acepto que Dostoievski escribió mucho, y que Rimbaud escribió poco, y que Lautréamont también escribió poco. Hay muchos autores que escribieron poco y que son tan grandes como los que escribieron mucho. Aquí ya sería una situación de carácter casi personal, el escribir poco o el escribir mucho. Lo que importa es escribir de manera excepcional.

La estimación que se nos manifestó a Rulfo y a mí tuvo mucho que ver con que con nosotros nace ese fenómeno en México… de que un grupo de amigos hizo posible que fuéramos apreciados y conocidos; un grupo de amigos, una élite en realidad alrededor de nosotros, nos ayudó mucho a eso, y luego coincidió con nuestra aparición el auge literario de México. Es cosa que hay que ver muy claro… Nosotros dimos mucha lata a ciertos escritores jóvenes, y a mí me molesta que fuimos una especie de caballitos de batalla, una yunta; no hay página de literatura en que no se are con esa yunta que formábamos en cierto modo Rulfo y yo… Pero se debe subrayar la coincidencia de nuestra aparición con el fenómeno del auge de la literatura en México. Escritores muy valiosos no fueron tomados en cuenta en su tiempo como lo fuimos nosotros; no fuimos culpables de eso y sí, en cierto modo, beneficiarios; pero si soy sincero, resulto un beneficiario que está molesto por esa situación porque se presta a muchos equívocos y muchos malentendidos.

Por ejemplo, éste: a mí siempre me molestará que se me considere un cuentista, o un probable novelista, o un novelista fracasado, o esto o aquello, cuando es tan fácil darse cuenta de que soy simplemente un artista de poca o mediana estatura, que no soy más que eso, pero eso sí, auténtico. En la medida en que soy poca cosa o lo que sea, hay una

autenticidad en mi trabajo; entonces, me molesta que se creen problemas acerca de lo que uno es o deja de ser, o deja de hacer siquiera. Porque si alguien no se propuso ser escritor, si alguien no pudo pensar jamás ni ha pensado en sacar provecho de la literatura, ha sido una persona como yo; he tenido que sacar por fuerza un provecho indirecto, porque al haber auge literario yo me beneficié aun sin quererlo, y en ese sentido sí he obtenido beneficios hasta de carácter económico, ayudas de diversa índole. Pero me siento molesto, porque siento que se contamina un quehacer completamente auténtico y discreto, al volverse público. Yo me acuerdo de que Rilke hablaba de eso, referente a la gloria de Rodin: la gloria, decía, es la suma de malentendidos que se acumulan en torno a un nombre y a un hombre. Y eso es cierto; hay mucho malentendido y por lo mismo se siente uno muy mal entendido aunque sea muy apreciado.

Aparte de esto, hay diferencias fundamentales entre la literatura de Juan y la mía, que nos convierten en una mancuerna dispar. Lo digo con toda sinceridad: Rulfo hizo, como Orozco, una estampa trágica y atroz del pueblo de México. Parece real, y es tan curiosamente artística y deforme. Los que somos de donde proceden sus historias y sus personajes vemos cómo todo se ha vuelto magnífico, poético y monstruoso. Para el arte eso no importa; sí importa desde el punto de vista en que muchos se sitúan para juzgar sus textos: dicen que la realidad que describe corresponde a la realidad física, y eso no es cierto. Más que realista, Rulfo es un escritor fantástico, un artista iluminado y ciego. Es decir, ha dado los más grandes palos de ciego en nuestra literatura actual porque el artista verdadero está ciego y no sabe adónde va, pero llega. Rulfo se apoderó de un grupo de muñecos más reales que los hombres y los movió admirablemente. Fue, también, un administrador fabuloso del rencor popular. El rencor que sienten sus personajes está tratado de una manera excelente. En él se subliman procedimientos que vienen de Azuela, Martín Luis Guzmán, Mauricio Magdaleno y Cipriano Campos Alatorre. Al destilarlos, logró productos cristalizados y esenciales. A partir del siglo pasado, hay en México dos clases de escritores: los que se apoyan en la realidad y los que han hecho del no apoyarse en ella una vocación. Rulfo pertenece a los que se apoyan en el color local, en la índole.

Sin embargo, a partir de ese color local Rulfo fue capaz de crear un lenguaje que no es el del sur de Jalisco, sino una lengua literaria muy curiosa, inventada, llena de cultismos. Lo que sucede es que Rulfo es convincente. Lo convence a uno de que los personajes de los que parte hablan así en la realidad, pero no es así: en ellos aparece tanto lo numinoso como lo ominoso, porque expresan ese sentimiento que es a la vez sagrado y siniestro y que Rulfo lo capta tan bien.

Yo, en cambio, soy, más que nada, un barroco. Todavía en mis

textos pululan los arabescos, pero utilizados desde un punto de vista irónico, como se puede ver en “Elegía”, “De balística” e “In memoriam”, donde me atrevo a escribir: “El lujoso ejemplar en cuarto mayor con pastas de cuero repujado, tenue de olor a tinta recién impresa en fino papel de Holanda, cayó como una pesada lápida mortuoria sobre el pecho de la baronesa viuda de Büssenhausen”. Cuando soy barroco y elegante en el sentido tradicional, lo soy desde un punto de vista irónico. Detrás de esas bellezas ornamentales conscientes se puede ver la sorna agazapada. Me he despojado de las galas dudosas, y en este sentido Borges fue para mí una ayuda prodigiosa. Advierto que despojarme de esas galas no fue sencillo ya que, como dije antes, fui declamador infantil consagrado a recitar poemas como “El brindis del bohemio” y “El violín de Yanko”. Yo fui un hombre fatalmente barroco, y en algunos sentidos lo sigo siendo: por eso le dije en cierta ocasión a Agustín Yáñez: “Yo también sacrifico en altares barrocos”. Pero he comprendido y llegado a economías expresivas que considero estimables. Por ejemplo: “El sapo tiene algo de latido: viéndolo bien, el sapo es todo corazón”. En *Prosodia* hay ejemplos de ese lenguaje al que aspiro y al que me he acercado alguna vez, el lenguaje absoluto, el lenguaje puro que da un rendimiento mayor que el lenguaje frondoso, porque es fértil, porque es puro tronco y lleva en sí el designio de las ramas. Este lenguaje es de una desnudez potente, la desnudez poderosa del árbol sin hojas.

Pero al fin y al cabo, mis escritos son pocos debido, sí, a ese afán de acercarme a la perfección y, aunque parezca paradójico, también a mi amor por las letras. Creo por eso oportuno reiterar aquí lo que llamé una vez “Una última confesión melancólica”: no he tenido tiempo de ejercer la literatura. Pero he dedicado todas las horas posibles para amarla. Amo el lenguaje por sobre todas las cosas y venero a los que mediante la palabra han manifestado el espíritu, desde Isaías hasta Franz Kafka. Desconfío de casi toda la literatura contemporánea. Vivo rodeado por sombras clásicas y benévolas que protegen mi sueño de escritor. Pero también por los jóvenes que harán la nueva literatura mexicana: en ellos delego la tarea que no he podido realizar. Para facilitarla, les cuento todos los días lo que aprendí en las pocas horas en que mi boca estuvo gobernada por el otro. Lo que oí, un solo instante, a través de la zarza ardiente.

QUIERO, ANTES DE TERMINAR ESTA VIDA CONTADA, RETOMAR EL tema de la mujer y mi relación con ella, que traté al principio. Este deseo obedece a varias razones; la principal es que, de alguna manera, mi acercamiento a la mujer, y mi acercamiento a la creación literaria, están envueltos en el mismo temor. El acto de la creación, cuando ésta es auténtica, resulta devorador. Yo temo y amo el amor y la literatura, los temo a los dos; me acuerdo de aquel texto que decía: "Cada vez que una mujer se acerca turbada y definitiva, mi cuerpo se estremece de gozo y mi alma se magnifica de horror". Así es. Incluso cuando hay en mí esa especie de marea interior, de ritmo, en que me siento capaz de escribir, ese sentimiento de alegría y casi de ferocidad, ¿verdad?, en que uno se siente dueño, aunque sea muy parcialmente, del verbo, va acompañado de un temblor y de un temor, y de ahí que yo haga cosas breves… El misterio femenino me abruma después de algunos años de paz: los que pasé en la escuela. Me enamoré varias veces de niño, vigilado y perseguido por mi madre, a quien no bastaba la custodia estricta de sus seis hijas. A veces me encontraba llorando, y al no hallar una explicación satisfactoria para mis lágrimas, me ayudaba a derramarlas con una buena tanda de azotes para que se me quitara lo "lefio" y lo "lurio".

Debo, sí, advertir que si en un principio mi relación con la mujer fue superficial y casi de orden anatómico, ha ido profundizándose con el tiempo. No puedo concebir la vida del hombre sin esa confrontación con la otra forma del ser. En el curso de mi vida he escrito textos —como la mayor parte de los que aparecen en *Prosodia*— que tienden a agredir algunas de las instancias más sagradas para mí, por ejemplo la percepción de la mujer, que ha sido el *leitmotiv* de mi existencia.

Esta actitud me ha valido en ocasiones el reproche de que hablo mal de las mujeres y debo una aclaración al respecto, porque al referirme a la mujer yo incurro en la blasfemia en el más religioso sentido de la palabra. Blasfemo por nostalgia, como aquellos que se rebelan y provocan la acción divina mediante sus injurias y sus negociaciones. Porque yo, en el fondo, soy un devoto y veo en la mujer la única puerta de acceso a la sabiduría, al conocimiento, a la posesión del mundo. Mi rencor no procede de experiencias pasajeras y erróneas; en todo caso, tendría una fuente más remota y oscura: sería el rencor de haber sido suscitado al mundo por una mujer, sería la nostalgia de haber sido expulsado del todo, mediante el parto individual. Esto ya lo dije, pero no está por demás repetirlo: soy el abyecto, el ser de Heidegger, el arrojado allí, el huérfano del seno

paradisiaco. Por eso, cada vez que una mujer me re-suscita, yo siento alegría y terror. La proposición es tentadora: retorno al Paraíso, vía aniquilación. Pero la mujer es "la promesa que no puede ser mantenida", según se lee en *Partage de midi*. Y ¿cómo va a mantener nuestra prójima su promesa inconsciente? El amor es un hecho universal y total, es una fuerza que mueve al universo, tal y como lo descubrió el cosmólogo de Agrigento. Y de pronto, he aquí que hacemos responsable de todo a una sola mujer, por el simple hecho de que estamos enamorados de ella…

En otras palabras, este resentimiento surge al no encontrar el amor absoluto, el amor como algo que pinta la vida de un color luminoso, profundo y auténtico. Resentimiento que me lleva a una especie de negación de la posibilidad amorosa y a afirmar una frase de mi juventud: "Toda alma está construida para la soledad". No hay compañía posible. Esa radical amargura la he recargado en la mujer. A pesar de ello, en algunos textos he tenido que dar de la mujer una versión que a mí mismo me duele, casi caricatural.

Imposible no recordar ahora el *Homenaje a Otto Weininger*. Como le dije en una ocasión a Emmanuel Carballo, sé que Otto Weininger, el joven y genial filósofo suicida que a los 22 años escribió una obra maravillosa de locura y erudición, *Sexo y carácter*, que es la demolición universal de la mujer; sé, decía, que él y yo, todos los que desarmamos la estructura femenina, nos equivocamos porque siempre volvemos a arrodillarnos ante ella. Coincido en muchos puntos con el pensamiento de Weininger: creo, por ejemplo, en una soledad radical que brota de la separación primaria de ese ser platónico que contenía, en una sola masa biológica, al hombre y a la mujer. Estamos llenos de esa nostalgia. La separación original ha intoxicado de rencor a uno y a otro. Todo lo que se denomina en literatura y en historia lucha de los sexos proviene de esa separación. El ser humano era un bien común unitario, completo y bisexual. La separación ha sido en cierto modo injusta: biológicamente la mujer lleva una carga mucho mayor que el hombre; el hombre parece, digo parece, haberse quedado con el espíritu, con el lote de la materia que vuela. De allí que exista esa especie de necesidad de arrebatarse uno a otro la parte que le ha tocado después de la división. Yo me considero un dividido, un arrancado de esa ganga total. Desde la infancia he sido un ser ávido que busca completarse en la mujer. No concibo al hombre sin ese lecho en que reposa y toma forma, no concibo al hombre sin esa confrontación a la que antes me referí. Yo la he buscado toda mi vida con mayor o menor fortuna. No he sido un desdichado en lo que se refiere a la sucesión de los amores en mi vida, pero he sido, como todo idealista, el desdichado radical y fundamental.

Quien estudie mi obra debe verificar que precisamente por haber

sido expulsado, como todos los hombres de la tierra, para mí es fundamental la imagen del parto. Por un lado existe la idea del retorno al seno materno, que es lo que Freud llamó, en su texto más profundo, el impulso tanático. Este impulso es el que por encima del instinto de conservación nos hace desear la muerte. Nosotros tenemos una decidida vocación para la muerte: la necesidad de ser depositados en el seno de la tierra. Aunque esta imagen vaya acompañada de terror, en el fondo es un deseo profundo e íntimo de regresar al seno terrenal, al seno de la gran madre. Por eso el amor viene a ser una metáfora de la muerte, porque en una y otra situaciones nos sepultamos. Cuando amamos físicamente a una mujer, aunque sea de una manera parcial, nos insertamos en la tierra. Por eso es tan fuerte el estímulo amoroso. Deberíamos aclarar en qué consiste lo terrible de la idea de la muerte. En realidad también hay algo de terrible en la idea del amor, en la idea de amar que equivale a perdernos. Incluso el espasmo amoroso, el orgasmo, tiene algo de la agonía, del sentimiento de la muerte: es una muerte feliz. También se ha dicho que el mismo hecho de morir tiene algo que se parece al orgasmo. Quizá se podría decir que tememos a la muerte como tememos al amor absoluto. El deseo supremo, más allá del impulso de la vida, es el deseo de desaparecer, de dejar de ser individuo, de volverse a incluir en el todo original. La imagen inmediata que tenemos del todo nos la da la mujer, que sigue siendo terrenal. Una vez hechos todos los cálculos, todos los estudios psicológicos y filosóficos, Helen Deutsch, Simone de Beauvoir, Gina Lombroso, Otto Weininger, todos los que han razonado profundamente sobre el ser femenino coinciden en que ella posee, de manera preferente y preponderante, la parte material. En cierta medida, el hombre es el pájaro escapado de la jaula. De la materia original del ser bisexual, absoluto, el hombre se ha escapado por medio de las alas y del espíritu, y la mujer ha quedado más recargada de materia. La mujer es en sí misma un hogar por lo que tiene de oquedad: la mujer, reitero, es literalmente hueca, cavernosa, húmeda, y ha sido comparada desde siempre con la arcilla del pantano, con la arcilla plástica de la cual se pueden hacer las formas vitales.

DESPUÉS DE LA TERRIBLE EXPERIENCIA QUE TUVE EN VILLEJUIF, SE me extendió en el hospital de ese lugar de las afueras de París un certificado de mala salud. Allí se decía que lo mejor para mí era regresar a México a recuperarme. Jouvet y Barrault lamentaron mucho mi decisión. Para ellos, mi vida estaba solucionada en París y tenía un futuro brillante. Querían que me llevara a París a Sara mi mujer y a mi hija Claudia, que tenía un año de edad. Pero yo me di cuenta que en esas circunstancias era imposible. Rechacé la invitación que me había hecho Pierre Emmanuel de pasar un mes en el lugar dispuesto por el Ministerio de Educación Pública al sur de Francia, para la recuperación de intelectuales. Fui por el contrario a la embajada, donde me dijeron que podían facilitarme todos los trámites, y que había un barco, llamado *La Désirade*, que pronto saldría del Havre rumbo a Nueva York, y que en él viajaría el capitán Francisco Mancisidor —hermano del cuentista y político José, del mismo apellido—, y que había sido agregado naval de México en algún país de Europa.

El barco, me dijeron, partía en unos días, de modo que mi salida de París fue muy precipitada. Pude hacer ya muy pocas cosas. Por ejemplo, mi padre me había pedido que fuera a Los Inválidos, para visitar en su nombre la tumba de Napoleón. Mi padre lo admiraba, y yo recuerdo mucho un libro que él tenía y que ilustraba a Napoleón en su lecho de muerte en la isla de Santa Elena y, a un lado, la muerte que le tendía los brazos. Por la premura, tuve que tomar un taxi a Los Inválidos y pedirle al taxista que me esperara unos minutos. Corrí al sepulcro y, frente al cenotafio, bajo la cúpula gigantesca, tuve un recuerdo para mi padre. Creo que incluso me santigüé. Señor Napoleón Bonaparte, Felipe Arreola Mendoza, de Zapotlán el Grande, Jalisco, le manda a usted sus saludos y homenajes y reza por mis labios una oración. Salí corriendo.

Jacques Varennes, un amigo al que ya he mencionado, me acompañó en mi último día en París. Me despedí de Jouvet y de Barrault, pero de otros muchos amigos nunca. Llegué en noviembre, me regresé en abril. Toda mi estancia fue invierno, un invierno cruel. Fuera de París, de Neuilly y Villejuif, tuve el placer de conocer Chartres, donde, como dije, vi los frescos que narran la invasión de los normandos, pero no me fue posible admirar los célebres vitrales: los habían desmontado, a causa de la guerra, y apenas comenzaban a reinstalarlos. Además la catedral, como todo en Francia, estaba helada.

Tuve el placer de que nuestro embajador, don Alfonso de Rosenzweig Díaz, me dijera: "Si logra usted superar esta crisis, cuente usted con un empleo en la embajada. Yo le arreglo su ingreso en el Servicio Exterior". Pero no quise hacerlo. Me sucedió, como muchas otras veces en mi vida, que me dio miedo el éxito. Apagué la lámpara en el momento de su esplendor, de su ignición más intensa. Me devolví de Guadalajara, me devolví de la ciudad de México y, por último, me devolví de París.

Quedó pues arreglado mi viaje y un empleado de menor categoría de la embajada, cuyo nombre no recuerdo, me facilitó la compra de 50 dólares y me regaló un librito modesto, humilde, impreso en papel ordinario, casi de periódico. Era un Charles Péguy, un breviario, *Oraciones en la catedral de Chartres.*

Cuando llegué al barco, me entero que el capitán Mancisidor, que viajaba con su esposa, tenía como diplomático un lugar especial, una cabina. Yo, como todos los otros pasajeros, tendría que viajar en el fondo de *La Désirade*, sin permiso de subir —jamás— a la cubierta. Mancisidor, que iba de regreso a México, se llevaba también su menaje y entre otras cosas unas vajillas finísimas de Limoges y Sèvres. Mancisidor me dijo: "Lo único que puedo ahora hacer por usted es obsequiarle esta mermelada". Era una lata, como de medio kilo, de mermelada de toronja. Bajé entonces y cuando vi el lugar en el que iba a viajar, subí a la cubierta de inmediato y le dije al capitán Mancisidor que me regresaba a París. "Arreola —me dijo—, piense usted bien lo que está haciendo. Ya entregó usted su pasaje y presentó su pasaporte. Si usted se baja ahora del barco, el gobierno de Francia se desentiende de usted, y se vería obligado a regresar a México en un barco petrolero. Mal que bien, aquí no viaja usted solo y me tiene a mí en caso de necesidad. No se baje del barco porque si lo hace se va usted a arrepentir toda la vida."

Pocas veces me he sentido tan mal. Bajé de mala gana a la cala, que es el fondo del barco, situado bajo la quilla. Una verdadera sentina, pero en el caso de *La Désirade* una sentina de escombros humanos, no de escombros amorosos como la de Pablo Neruda en "Una canción desesperada". Fue un viaje de pesadilla, peor que el de Nueva York a Francia, porque al menos ése tenía una finalidad muy importante y estaba destinado a cumplir una ilusión de toda la vida: conocer París. O sea que a pesar de las enormes molestias e incomodidades, había sido positivo. Pero este regreso era otra cosa y además Nueva York, en el que me vi obligado a esa larguísima espera antes de la partida del *Liberty Ship*, no me había gustado, le tenía pánico.

La sentina en la que viajé estaba adaptada como frigorífico, pero desde luego no funcionaba, aunque igual estaba helada y todas las

instalaciones oxidadas. Era un barco en un estado pésimo, que tenía 30 o 40 años de navegación. El lugar donde debíamos no sólo dormir, sino habitar todo el tiempo, era un rectángulo donde cabrían hasta 40 personas, con sus literas respectivas. Era un salón rectangular, de paredes llenas de orín. Una cárcel submarina, como los calabozos de San Juan de Ulúa. Los servicios higiénicos eran algo espantoso y por supuesto no había la mínima posibilidad de bañarse. Comíamos en el mismo nivel pero no con los marineros y mucho menos con los oficiales: con los criados, con los lavaplatos del barco. Los pasajeros, tal como había sido mi cálculo inicial, éramos unos 40. Las literas, como las del *Liberty*, tenían sus cinturones para amarrarse a ellas en caso de tempestad.

Pero todo era tan distinto. Nada más de acordarme de ese viaje me dan ganas de llorar. Muchos pasajeros eran judíos que habían sobrevivido a los campos de concentración, judíos de Rusia, Polonia, Alemania. Las mujeres y los niños viajaban aparte, y a veces los oíamos gritar y llorar con desesperación. Viajaban también un cubano, cuyo nombre no recuerdo, y dos hermanos catalanes, de apellido Gota. Antonio y José María Gota. Otro catalán más se llamaba Daniel Planas. Los tres venían del *maquis*, de la resistencia contra los nazis. Planas estaba vestido de traje, pero los Gota vestían, ambos, uniformes burdos de jerga miserable de estameña, que les habían regalado. Uno de ellos se enfermó, como yo, durante todo el viaje. El cubano, por su parte, se repatriaba después de haber pasado 30 años en la milicia francesa de Indochina. Hablaba todavía con acento cubano, pero con una mezcolanza lamentable de español y francés. Me contó unas experiencias verdaderamente atroces, de crímenes, que prefiero no recordar. Iba a Cuba, sin saber cuáles de sus parientes o amigos estaban todavía vivos, pero lo importante, para él, es que regresaba porque allí quería morir.

El viaje duró 17 días, sin hacer una sola escala. Diecisiete días en alta mar, porque se descompuso varias veces, y llegó a estar hasta 48 horas sin moverse. A los que viajábamos en la sentina, como dije, no nos dejaban subir a cubierta. Nada más un piso arriba, donde había un mapa, para mostrarnos en qué lugar estábamos. De pronto corría el rumor de que se había acabado el *mazout*, o sea el chapopote, el combustible de esos barcos, lo que servía para calentar las calderas. Esto sucedió dos o tres veces y, claro, cundía el pánico ante la idea de quedarse en medio del océano inmovilizados. Pero no era cierto lo del *mazout*. Sí, en cambio, fue verdad que las máquinas se descompusieron varias veces. Para colmo, apenas salidos del Havre comenzó, como a la ida, una tempestad. “De mis tempestades vengo, y a mis tempestades voy…” No pude probar bocado, a diferencia de los judíos que, por venir de campos de concentración, comían

desesperadamente, pero por supuesto eso también los enfermaba, y tenían que devolver el estómago. En una ocasión, un grumete me ordenó en la mesa: "Tómese usted su sopa. Si no se la toma va a vomitar los hígados". Y en una noche de tempestad, fue él quien se enfermó. Era un hombre fuerte y alto, pero le dio tal crisis de mareo que yo tuve que ayudarlo y sostenerlo para que volviera el estómago. Todo el lugar donde viajábamos era un vomitorio, porque en el piso de la sentina había un gran charco de agua estancada de medio metro, cuyo nivel subía a veces hasta 80 centímetros. En esa agua flotaban las ratas muertas, que teníamos que pescar de la cola para que no se pudrieran allí. Lo único que pude comer durante la travesía fue un poco de pan con mermelada. Pero la mermelada, la de toronja que me había regalado el capitán Mancisidor, era de una amargura desconsoladora. Pienso que tenía demasiado tiempo en la lata y me sabía a óxido. Nunca los pasajeros privilegiados nos enviaron algún alimento de regalo. Quizás, alguna vez, un recado. El barco no se hundió porque por fortuna sus bombas de desagüe sí funcionaban y achicaban el agua las 24 horas del día. Pero cuando una de las bombas no funcionaba bien, subían los niveles y era cuando las mujeres y los niños comenzaban a gritar, porque pensaban que el barco se iba a hundir. Gritaban en ruso, en alemán, en polaco, qué sé yo. Después de 17 días de navegar en esas condiciones tan espantosas, el Nueva York que no me había gustado me pareció muy distinto. A la llegada ya nos dejaron subir a cubierta, y la vista clásica de la entrada al puerto, al frente la Estatua de la Libertad y al fondo la línea de los rascacielos, era verdaderamente muy hermosa. El desembarco fue también muy lento, laborioso, pues había que sortear una infinidad de embarcaciones. Desde antes de atracar, nos repartieron frutas y dulces. Los judíos lloraban de alegría y se abrazaban. Entre ellos había no menos de 30 niños huérfanos.

Al desembarcar me encontré de nuevo con el capitán Mancisidor, quien me dijo: "Ya terminó la pesadilla, Juan José. Créame que hice lo posible para conseguirle un camarote, pero estaba prohibido". Bajé con mis dos velices viejos, maltratados, que tuve siempre conmigo durante la travesía, porque las literas de abajo solían inundarse. El capitán me subió al mismo coche que fue a recogerlos, que no recuerdo si era un taxi o un vehículo oficial, y le ordenó al chofer que nos llevara al Hotel Lincoln, un hotel como se sabe de primera clase, que entonces estaba nuevecito, en las esquinas de Broadway y la Octava. El capitán Mancisidor me invitó la estancia. Bañarse, cambiarse de ropa, fue maravilloso. El capitán me dijo también: "Lo espero a cenar". Yo le respondí que no podía comer nada, pero no le importó. "Usted venga con nosotros."

Pasé en Nueva York varios días, mucho más tiempo de lo que

imaginaba, en una situación por demás curiosa, ya que yo tenía sólo unos cuantos dólares y un boleto de tren Nueva York-Guadalajara, pero el capitán insistió en pagar mis gastos y en invitarme a regresar con ellos a México en un coche que pensaba comprar en Estados Unidos. Volví varias veces a la Galería Frick, *mi* Galería Frick, y acompañé en algunas ocasiones a Mancisidor y su esposa a hacer compras. Un día el capitán compró un aparato de televisión que le llevaron al hotel. Pero el aparato tenía una falla y, como era un hombre impaciente —como yo—, me pidió que llevara el aparato a la tienda para que lo repararan. "Yo hablo por teléfono a la tienda para avisarles y usted tome un taxi." Yo bajé con el aparato, pero como no sabía una palabra de inglés, preferí irme caminando, con el aparato a cuestas, hasta la tienda, que estaba a unas 12 o 15 calles. Esperé a que lo compusieran, y allá voy yo de regreso al hotel, con la televisión sobre los hombros.

Mi dieta en esos días se limitó a un litro de leche Bordens en la mañana, otro por la noche, y un paquete de higos de Esmirna, con galletas de trigo integral. A eso agregué después plátano evaporado y dátiles. Sólo cuando acompañaba al capitán me animaba a comer un poco de filete de res.

Pero la crisis no tardó en presentarse de nuevo. El capitán no se decidía a viajar a México, el hotel era carísimo y me aterró la perspectiva de otro viaje en tren de Nueva York a México pero esta vez sin la compañía de Esperanza Pulido. Entonces le dije al capitán: "Présteme, por favor, para completar un boleto de avión. Me falta tanto…" No sé si 50 o 100 dólares, pero el caso es que el capitán me prestó el dinero y yo me subí al primer avión de mi vida.

La primera sorpresa es que no había vuelos directos de Nueva York a la ciudad de México. "Tiene usted que volar primero a Washington", me dijeron, "y allí le indicarán qué otro vuelo tomar. Aquí tiene todos sus boletos". Había que hacer, en efecto, varias escalas y algunas absurdas, porque en un momento dado me encontré en un avión que iba hacia el norte, como si nos regresáramos. Lo notable es que no me dio claustrofobia y que desde entonces nunca me ha afectado volar en avión, a pesar de la experiencia que tuve cuando íbamos rumbo a Washington. A mi lado había un muchacho mexicano un tanto presuntuoso, que trataba de tranquilizarme y presumía de sus muchos viajes en avión. Volábamos a baja altura y creo recordar que me dijo que cuando nos acercáramos a Washington me mostraría el obelisco. En aquel entonces no se usaban los cinturones de seguridad y de pronto el avión se precipitó en una bolsa de aire que, según supe después, se calculó en 500 metros.

Primero todos nos golpeamos contra el techo del avión, y pensamos que nos caíamos sin remedio, como si nos fuéramos a

ensartar en el obelisco. El momento en que el avión se estabilizó bruscamente provocó otro encontronazo de los pasajeros. Minutos antes de caer en la bolsa, las aeromozas se preparaban para darnos la comida, de modo que todo voló por el aire, alimentos y bebidas. Y, por supuesto, ellas también. Nunca se me olvidará una de las muchachas, una gringa alta, que dio, con todo y charola, una vuelta de carnero, una machincuepa total. Algunos pasajeros gritaron, otros se desmayaron, pero por fortuna no hubo daños mayores. Cuando pasó todo, había una gran confusión, porque no sabíamos si estábamos sentados en el lugar que nos correspondía, donde habíamos viajado hasta ese momento. Tan fue así que el muchacho mexicano había desaparecido, no estaba ya a mi lado hasta que vi un par de zapatos que salía del asiento de enfrente. El muchacho resbaló y se deslizó bajo el asiento, pero lo que nunca me pude explicar es por qué veía yo sus pies en lugar de la cabeza. Al fin se sentó, y ese muchacho tan optimista, tan viajero experimentado, había perdido el color.

El viaje duró 24 horas exactas. Salimos de Nueva York a las dos de la tarde y llegamos a México a las dos. Quizás fue un poco menos por la diferencia de horarios, pero igual me pareció eterno. Llegué al aeropuerto de Balbuena y de allí a la casa donde vivía Alatorre, en el número 80 de la calle de Ayuntamiento. Descansé allí un poco, me arreglé, y esa misma noche tomé el tren para Guadalajara y Zapotlán, para reencontrarme con mi mujer Sara y con Claudia, que tenía ya un año de edad, y con mis padres y mis hermanos.

EN 1965, EN LA CONFERENCIA QUE DI EN EL PALACIO DE BELLAS Artes dentro de la serie *Los Narradores ante el Público*, dije que me prometía —y que le prometía a mis lectores de entonces— escribir un libro que tendría el mismo título del que ustedes, los lectores de hoy, tienen en las manos: *Memoria y olvido.*

Cuando ustedes lean ese libro, si es que llega a existir —dije en esa conferencia—, quiero que él justifique tanto mi vida de escritor como la atención que le dispensen ustedes a mis palabras. Este libro será el resultado de un examen de conciencia —para el que actualmente me preparo— amplio y razonado. Pienso con modestia que también podré justificar a otros al esclarecerme a mí mismo. Confesional como soy y he sido siempre, pertenezco al orden de los montaignes, de los agustines, de los villones en miniatura, que no acaban de morirse si no cuentan bien a bien lo que les pasa: que están en el mundo y que sienten el terror de irse sin entenderlo y sin entenderse. Por eso, para este libro, Montaigne, san Agustín y François Villon serán mis modelos. Montaigne, que ensaya su espíritu contra los temas más diversos, como contra la piedra de toque se ensaya el quilataje del oro. San Agustín, que en *Las confesiones* alcanzó grados de sinceridad sorprendentes para un hombre de su tiempo. Villon, que cuenta todas sus miserias y todas sus barbaridades y que incluso no reniega de sus actos delictuosos.

Confesional, reitero, por naturaleza, soy un hombre que busca siempre un confidente y que muchas veces a una persona que acaba de conocer le arroja todo el tonelaje, como un camión de volteo, de lo que lleva adentro y ya no puede tolerar. Yo me quiero morir sin que haya quedado oculta una sola de mis acciones: eso dije también entonces, aun cuando sabía que no es posible desnudarse del todo y que siempre queda una última cobertura, una especie de celofán como el de las serpientes.

Muy lejos estoy, desde luego, de aquellos escritores, que por desgracia abundan en nuestros días, que creen que la literatura consiste en vomitar, simplemente, toda la indigestión de la vida personal que no ha podido ser asimilada, de una manera violenta y repugnante. No, hay que contar el bien y el mal de modo, en primer lugar, que lo contado tenga, si no una categoría propiamente artística, sí una categoría de comunicación, de dato, de documento.

Treinta años después de mi promesa, todavía no he escrito ese libro. Porque esta *Memoria y olvido* que los lectores tienen en sus

manos no ha sido nunca un libro escrito. Es, como bien lo saben, un libro hablado, lo que confirma ese terror, que también confesé varias veces, de ya no ser un escritor sino un *hablador*. Ha habido personas que han sido famosas por una capacidad verbal que ha perjudicado su obra. Yo soy una de ellas. Uno de esos escritores que, por tener el don de la palabra, estamos en una gravísima desventaja: porque me ha sido dada la palabra, me pierdo en palabras y no puedo hallar la palabra que realmente me defina. En el fondo, no sé quién soy. Me escondo tras una muralla de palabras. Me oculto, como el calamar, en su mancha de tinta.

Por eso, siendo tan comunicativo, un hablador profesional, tengo nostalgia de reclusión y nostalgia de silencio. Nunca olvidaré el final de un poema de Enrique González Martínez: "Réprobo y solo, me sentencio / a la mayor tortura: / a no pedir perdón por mi locura / y a morir en murallas de silencio…" Casi podría hacer una antología de lo que se refiere al silencio: "No digas nada…", dice Francisco Luis Bernárdez, "No digas nada: / cuando quieras hablar, quédate mudo, / que un silencio sin fin sea tu escudo / y al mismo tiempo tu perfecta espada…"

Treinta años después, a los 75 de edad, todavía no sé quién soy. Y siento que he perdido una oportunidad más. Por cobardía. O por defensa al mismo tiempo y miedo final a mí mismo. A través de tantas conversaciones contigo, de tanto monólogo y entrevistas, no he logrado quitarme la última piel. Me escondo siempre, me hago el perdidizo. Me dijiste, Fernando, me lo han dicho otros, que siendo mi conversación rica y brillante, cometo siempre el pecado de la dispersión, que me voy por las ramas y por las ramas de las ramas. Es verdad. Por eso mis pocos intentos de saber quién soy a través del psicoanálisis han sido vanos. Siempre me envolvía y envolvía a los psiquiatras en nubes de palabras, hasta el punto de que ni el psiquiatra ni yo sabíamos quién era el uno y quién era el otro.

Sin embargo, si algo he de decir de mí en lo que a la bondad y la maldad se refiere, si debo decir, confesar entre si he sido más bueno que malo o más malo que bueno, temo que sea esto último lo que me define. La maldad ha señoreado mi vida, aunque no la haya practicado de manera lúcida o ejercitado contra las personas en forma directa. He pecado, más bien, y muchas veces, por omisión. En tantas ocasiones no he socorrido al amigo, no lo he asistido ni en su enfermedad ni en su muerte. He eludido, así, muchas de las cosas que me hacen sufrir. En algunas ocasiones he llegado a salir de la habitación de un amigo agonizante, sintiendo que las piernas no me sostenían, a sentarme en una banca del hospital y a llorar o a tratar de contener el llanto, diciéndome: "Cómo puedo yo volver a la calle y a la vida, al mundo, y dejar aquí a un amigo que está en manos de la muerte". Por eso nunca

fui a ver a León Felipe y a Carlos Pellicer y a tantos otros amigos cuando se estaban muriendo. Por cobardía, o por un exceso de sensibilidad, no sé. Digo, con López Velarde: "Mi única virtud es sentirme desollado en el templo, en la calle y el prado…"

Malo, no, no soy malo: soy el hombre más malo que conozco, un hombre mediocre y egoísta, vanidoso. Al mismo tiempo soy el más humilde de todos, pero quizás no con esa clase de humildad que en Carlos Pellicer parecía tan sincera, tan natural. Apenas acabábamos de conocernos, cuando en la dedicatoria de uno de sus libros firmó: "…de su humilde amigo, Carlos Pellicer". Pocos como él, maestro del lenguaje, lo sabían: "El domador de palabras, / suntuosamente seguido, / parará en pastor de cabras, / agreste mancha de olvido…"

A mis palabras no las he domado: creo en las palabras sumisas, que acuden como un rebaño al llamado del caramillo esencial del pastor, y se agrupan melodiosamente. Eso es lo que me ha perdido: la necesidad de crear cláusulas que merecen, como diría Borges, o exigen el calificativo de perfectas. La madre es, desde luego, la cláusula original. Y de nuevo, ves, la palabrería… Decir la verdad me costaría yo no sé qué horror. Creo que pagué un precio muy alto por haber leído a Papini a una edad inadecuada. Uno de sus relatos, "Aquel que no pudo amar", es el retrato de un Don Juan, el que siempre quiso, buscó, intentó amar y no pudo. Aunque finalmente a mí se me podría demostrar que sí he amado, sufro porque sigo siendo y seré siempre un individuo, ególatra no, porque me detesto, me aborrezco, pero sí egoísta, egocentrista y hasta egotista. Yo soy yo y es sólo a través de la palabra *yo* que contemplo al mundo. Veo a la "y" como una horqueta en cuyo centro está la "o" como una lupa, como un cristal, o como un cero. Ésa es la forma del hierro con el que se herró mi alma. Sí, es verdad, irremediablemente me voy por las ramas, y por las ramas de las ramas, porque tengo terror de bajar a la raíz.

EPÍLOGO

Este libro es la vida y la palabra de Arreola. Gracias a nuestras voluntades coincidentes, pero sobre todo a la gentil insistencia de nuestro mutuo amigo, Raúl Padilla, rector de la Universidad de Guadalajara, Juan José y yo volvimos a vivir en una misma ciudad después de no hacerlo en un cuarto de siglo. Fue, pues, en la bellísima capital de Jalisco donde reanudamos —es decir, volvimos a anudar, con lazos más firmes y afectuosos que nunca— una amistad que comenzó en el Centro Mexicano de Escritores de la ciudad de México, donde Juan José dio, por unos años, un memorable taller de literatura. Allí acabó por despabilarse mi incipiente vocación por las letras. No a la sombra de Juan José: a su luz.

El año pasado, ya instalado en Guadalajara, hice mía una idea que muchos habían tenido antes: grabar a Juan José. Que Juan José me contara su vida, para hacer, con esa narración, un libro. Dos meses antes, en mi calidad de asesor del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, le propuse a Rafael Tovar que se publicara una colección de "memorias habladas" o "vidas contadas" de grandes personajes mexicanos del mundo de la cultura. En la lista que elaboramos figuraba desde luego Juan José, en primerísimo plano. Cada una de estas memorias se escribiría a partir de una serie de entrevistas hechas por un entrevistador a la altura del proyecto, el cual se encargaría de editar las transcripciones de manera que al final pasara casi desapercibido. En otras palabras, el entrevistador y sus preguntas y comentarios desaparecerían, con objeto de entregar al lector un texto sin solución de continuidad que transcurriera como un río. Con sus meandros y turbulencias, si se quiere, pero río al fin.

Juan José y yo nos reunimos en su casa no menos de 40 veces a lo largo de casi un año, para grabar su vida contada. Salieron, de nuestras conversaciones, unas 35 horas de grabación. Fue una tarea larga, en la que abundaron las postergaciones y los sobresaltos, abrumada a veces por el desánimo y el pesimismo, pero las más, por fortuna, iluminada y sostenida por el entusiasmo mutuo. Formamos así una asociación que podría definirse si acudimos a términos comerciales: Juan José fue el socio capitalista y yo el socio trabajador.

El capital del que disponía —y del que todavía dispone— Juan José es enorme. Tanto, que parece inagotable: imposible contarlo todo. Tuvimos, por lo tanto, que elegir. Como resultado de esta elección, Juan José se decidió a contar sólo una parte de su vida: la que nace con su primer recuerdo, en 1920, y acaba en 1947, poco después de su regreso de París. Aun así, muchas cosas se quedaron no sólo en el tintero y en la cabeza de Juan José, sino también en la nada, por culpa del olvido. De todos modos, Juan José se propone prolongar la narración de su vida en otras épocas y en otros libros en los que de pronto, pienso, surgirán algunos de los más caros recuerdos de su infancia y su juventud. La memoria, el día menos pensado —y a veces en los momentos menos deseados—, suele vengarse y anonadar la nada del olvido.

El arranque fue lento y despistado. Conocía yo algo de la vida de Juan José y tenía una idea de los numerosos oficios que había desempeñado para ganarse el pan, y que tanto contribuyeron a una erudición de una mundana exquisitez, muy aparte de su formidable y singular educación literaria. Pero sólo a medida que avanzaron nuestras conversaciones tuve los primeros atisbos de ese universo de ternura y zozobra, de adoración por la mujer y por la palabra, de sensualidad y atrición, de alegría y patetismo y de tantos otros sentimientos, azoros, amores, arrepentimientos y soledades que pueblan la vida de Juan José y su prodigiosa memoria. Me permití, entonces, sugerir temas, pedirle que ampliara otros, escarbar en sus recuerdos, nombrar a poetas y escritores que sabía yo —o suponía— son sus preferidos, desafiarlo y lo que casi es más una imposibilidad que una falta de respeto: interrumpirlo un sinnúmero de veces para hacerlo volver a los principios de conversaciones que se habían bifurcado y vuelto a bifurcar no hasta el infinito, pero sí hasta los límites de mi paciencia. Lo que no quiere decir que esos desbalagamientos carecieran de belleza: en Juan José, su conversación, como el rayo de luz que atraviesa un prisma, se dispersa en todos los colores del paraíso, aunque en ocasiones, por fortuna, lo que nos cuenta, cuando parece haber dado un vuelco irreversible, del rabo pasa al cabo sin que nos enteremos, como la mágica superficie de la banda de Moebius.

Cuando terminamos las conversaciones, me dediqué a editar —en el sentido cinematográfico del término— las transcripciones. O en otras palabras, a ordenar los textos, a reagrupar aquellos que, sobre el mismo tema, se hallaban desperdigados aquí y allá, a meter tijera, y a inventar un armazón, una estructura, para el libro. Juan José me dio carta blanca para hacer todo esto y, con ella, una gran responsabilidad. Volví a verlo tres o cuatro veces, para pedirle que abundara en algunos temas, épocas o anécdotas, lo que hizo no sin

irse de nuevo por las ramas, y de paso me proporcionó varios textos, entre ellos el que escribió para *Los Narradores ante el Público*, y los de dos entrevistas, una que le hizo Emmanuel Carballo y otra Mauricio de la Selva, de los cuales, por mutuo acuerdo, incluimos algunos párrafos o páginas en este libro.

Mi tarea, modesta y pesada, pero llena de compensaciones, exigió cierta cantidad de zurcido invisible —con tal que sea invisible para el lector, aunque no lo sea para Juan José, me doy por satisfecho—. Por otra parte tuvo, esa tarea, más de albañilería que de orfebrería: era necesario evadir los garigoleos y respetar la inocencia primigenia del lenguaje coloquial, su espontaneidad, y no caer en la tentación de, por así decirlo, "literaturizarlo". Pero hubo, también, que limarlo, eliminar rebabas y repeticiones, alguna que otra rima *non grata*, ambivalencias, frases inconclusas, titubeos. A esta labor contribuyeron también el propio Juan José y después Álvaro Uribe, quien se hizo cargo de la edición final del libro.

Para poner punto final a este epílogo, o en todo caso puntos suspensivos, no me queda sino agradecer a mi amigo Rafael Tovar, por su entusiasmo y su apoyo. A Raúl Padilla, por el aliento, la ayuda y, lo que no es menos importante: el precioso tiempo que nos dio a Juan José y a mí para llevar a un final feliz nuestro proyecto. A Elda Castelán por su paciencia aplicada, durante tantas horas, a las transcripciones de las cintas. A mi mujer Socorro, por la buena voluntad de mecanografiar, de manera impecable, largos trozos del manuscrito. Por último a Francisco Raúl Cornejo, a quien le pedí prestada por unas semanas su grabadora —que bien podría estar hoy en un museo— y se la devolví después de un año.

FERNANDO DEL PASO
Guadalajara, 1994

ÍNDICE ONOMÁSTICO[2]

Abetz, Otto: 38-39
Acevedo Escobedo, Antonio: 110
Aceves, señores: 93
Aceves, José Ernesto: 60, 108
Adler, Alfred: 109
Agustín, san: 253
Ahumada (sastre): 209
Aimos, Marcel: 36
Alatorre, Antonio: 49, 171, 172, 175, 176, 223, 252
Alba, duque de: 104
Alberti, Rafael: 55, 152-153
Albuquerque, Antonio: 43
Alcalá Zamora, Niceto de: 151
Alcaraz, Maximiano: 149, 150, 168
Aldana, Francisco de: 89
Alegre, familia: 39-40
Alfonso XIII: 151
Alighieri, Dante: 75, 89
Álvarez del Vayo, Julio: 151
Andersen, Hans Christian: 44
Andreiev, Leónidas: 109, 111
Anguiano, familia: 217
Antoine, André: 37-38, 40
Aparicio, Clara (esposa de Juan Rulfo): 175
Apollinaire, Guillaume: 47
Appia, Adolphe: 149
Aranda, Rosete: 134
Armillita. Véase Espinosa, Fermín.
Arreola, Enrique: 15
Arreola, hermanas: 99-100
Arreola, Salvador: 25, 26, 219
Arreola, Salvador (nieto): 132, 190

Arreola Mendoza, Daniel: 112
Arreola Mendoza, Enrique: 85, 214, 215
Arreola Mendoza, Esteban: 30, 215-216, 217, 218, 220
Arreola Mendoza, Felipe: 24, 26, 30, 112, 143, 185, 218, 245
Arreola Mendoza, Jesusita: 202, 218-219
Arreola Mendoza, José María: 26, 27, 28, 29, 30, 135, 140, 219
Arreola Mendoza, Librado: 26, 27, 29, 63, 113, 135, 218, 219
Arreola Mendoza, Margarita: 218-219
Arreola Sánchez, Claudia: 48, 49, 172, 244, 252
Arreola Sánchez, Fuensanta: 172
Arreola Sánchez, Orso: 172
Arreola Zúñiga, Cristina: 162
Arreola Zúñiga, Elena: 21-22, 43, 44, 84, 162, 163
Arreola Zúñiga, Juan José (el Tiernito, Juan el Malecho, Juanito el Recitador): 7, 11, 30, 40, 80, 85, 109-110, 120, 125, 127-128, 139, 155, 158, 160, 172, 187, 205, 206, 212, 246, 249, 257-259, 260
Arreola Zúñiga, Margarita: 21-22
Arreola Zúñiga, Rafael: 12, 33, 34, 35, 58, 59, 108, 119, 123-124, 135, 162, 185, 210, 222
Arriola, Francisco de: 24, 25
Arriola, Juan de: 24, 25, 26
Arriola Adame, José: 159
Azuela, Mariano: 236

Balança, monsieur: 125, 126
Balmes, Jaime: 97
Barbusse, Henry: 95
Barrault, Jean-Louis: 40, 128, 129, 130-131, 159, 206, 244, 245
Barreda, Octavio: 109, 110
Barrios Gómez, Agustín (duque de Otranto): 155
Baskerville, John: 192
Bassols, Narciso: 152
Basurto, Luis G.: 50, 155, 156
Baty, Gaston: 40, 130
Baudelaire, Charles: 69, 93, 198
Baur, Harry: 34
Beauvoir, Simone de: 242
Bécquer, Gustavo Adolfo: 96
Bédier, Joseph: 146
Beltrán, Neftalí: 53, 157
Benda, Julien: 180, 181

Beppo, Paul: 95
Bergeron, René: 36
Bergson, Henri: 74
Bernárdez, Francisco Luis: 70, 255
Bernardo, san: 69
Bernhardt, Sarah: 37
Berry, Jules: 37
Beyle, Marie Henri (Stendhal): 108
Birabeau, André: 95
Blanco, Eloy: 201
Bodoni, Juan Bautista: 192
Bolívar, Simón: 180
Bonaparte, Napoleón: 244-245
Bondone, Giotto di: 202
Borges, Jorge Luis: 46, 64, 142, 188, 237, 256
Bourget, Paul: 15, 95
Boutet, Frédéric: 95
Boyer, Charles: 32-33, 34
Braque, George: 179
Brasillach, Robert: 36
Breuil, Roger: 204
Briseño, Fortino: 123
Bronzino, Agnolo: 202
Buffalmaco: 202
Buoninsegna, Duccio di: 202
Büssenhausen, baronesa viuda de: 237

Cabada, Juan de la: 53
Caillois, Roger: 160, 203, 204, 205
Calacuayo: 213
Calleja Fernández, Saturnino: 71
Calles, Plutarco Elías: 27
Camino Galicia, Felipe León (León Felipe): 152, 255-256
Campinchi: 95
Campoamor y Campo Osorio, Ramón de: 70, 71
Campos Alatorre, Cipriano: 236
Camus, Albert: 165, 226
Cantaliso, José Ramón: 153
Cantinflas. Véase Moreno, Mario.
Carballo, Emmanuel: 195, 241, 260
Cárdenas, Lázaro: 134, 152

Carné, Marcel: 37
Carpentier (boxeador): 97
Carranza, Venustiano: 48
Caruso, Igor: 43
Caslon, William: 192
Castelán, Elda: 260
Castillo, Florentino: 135
Céline, Louis-Ferdinand. Véase Destouches, Louis Ferdinand.
Cellini, Benvenuto: 52
Cervantes Saavedra, Miguel de: 192
Charrier, Jacques: 130
Chávez (el Guacamaya): 213
Chávez, Apolinio: 185
Chávez, Carlos: 152
Chávez, Juanita: 141
Chávez, Rafael: 141
Chevalier, Maurice: 97
Chico Goerne: 154
Chiquito de Begoña (torero): 123
Chirica, la: 213
Chocano, José Santos: 201
Churchill, Winston: 104
Cimabue, Giovanni: 202
Claudel, Camille: 144
Claudel, Paul: 18-19, 29, 91, 144, 174, 206
Cocherito de Bilbao (torero): 123
Cochin, Nicolás: 192
Cocteau, Jean: 64
Coli (aviador): 95
Coloma, padre Luis: 96-97
Concha y Sierra, viuda de: 123
Copeau, Jacques: 35, 38, 40
Corneille, Pierre: 126
Cornejo, Francisco Raúl: 260
Cosío Villegas, Daniel: 223
Craig, James: 110
Croce, Benedetto: 23
Cross (mayor): 51
Cruz, san Juan de la: 189, 200
Cuadra, hermanas: 233

Dalio, Marcel: 35, 37
D'Amicis, Edmundo: 44
D'Annunzio, Gabriel: 163
Darío, Rubén: 36, 48, 204
Dávalos, Pepa: 68
Dávalos, Yuyú: 68
Dehmel, Richard: 152
Destouches, Louis Ferdinand (Louis-Ferdinand Céline): 35
Deutsch, Helen: 242
Diamante, Fra: 202
Díaz, Pascual (la Rata): 26-27, 30, 219
Díaz, Porfirio: 212, 216
Díaz de León, José Guadalupe: 110
Díaz Mirón, Salvador: 150, 201
Díez-Canedo, Joaquín: 223
Diez de Urdanivia, Fernando: 86
Dipp, Jorge: 84, 85
D'Olwer, Nicolau: 152-153
Domingo, Marcelino: 152-153
Dostoievski, Fedor: 37, 71-72, 91, 144, 234
Doucrou, Jean: 130-131
Duarte, Leopoldo: 171
Dubonard (sastre): 212
Ducasse, Isidore Lucien (conde de Lautréamont): 234
Duchamp, Marcel: 205
Duchesne, Roger: 34
Duhamel, Georges: 83, 111, 126, 154, 203, 206
Dullin, Charles: 35, 40, 129, 130
Dupin, Amandine Aurore Lucie (George Sand): 191
Dürer, Albrecht. Véase Durero, Alberto.
Durero, Alberto: 202
Duvivier, Julien: 16

Eden, Anthony: 104
Eliot, Thomas Stearns: 158, 226
Elizondo, Salvador: 169
Éluard, Paul: 159, 164
Elzévir, Louis: 192
Emmanuel, Pierre: 205-206, 244
Esopo: 66, 67
Espinosa, Fermín (Armillita): 118

Eucken, Eugenio: 62

Fábregas, Virginia: 50
Fabriano, Gentile da: 202
Fajardo, Ernesto: 57
Fort, Paul: 93, 162
Fortoul-Bec, familia: 39-40
Francen, Victor: 34
Francesca, Piero della: 163, 201
Franco Bahamonde, Francisco: 151
Freud, Sigmund: 43, 91, 109, 189, 242
Frías, José D.: 97
Frick, Míster: 52
Gabin, Jean: 177

Gainsborough, Thomas: 210
Galindo, José J.: 148-149
Gámez, Abel: 68
Gamio, Manuel: 27
Gance, Abel: 13
Gaona, Rodolfo: 119, 121, 123, 124
Garamond, Claudio: 192
Garbel, madame: 204
García Barragán, Marcelino: 49
García Calderón, Ventura: 97
García Icazbalceta, Joaquín: 27, 28-29
García Lorca, Federico: 50, 153
García Mas: 97
García Téllez, Ignacio: 154
Garibi Rivera, José: 30
Garran, Pierre. Véase Petit, Pierre.
Garro, Elena: 53
Garza Cantú, Toribio de la: 61
Gas, familia: 39-40
Gas, Helsen: 52
Gautier, Teófilo: 68
Gémier, Firmin: 38
Georg, Stefan: 93
Ghirlandaio, Domenico: 201
Gide, André: 19, 130, 196
Giorgio, Francesco di: 201

Giorgione, Giorgio: 202
Giraudoux, Jean: 38, 128
Goethe, Johann Wolfgang von: 93
Gómez Carrillo, Enrique: 97
Gómez de la Serna, Ramón: 150
Gómez Ortega, José (Joselito): 119, 124
Góngora y Argote, Luis de: 66
González Luna, Efraín: 159
González Martínez, Enrique: 94, 254-255
González Peña, Carlos: 49
González Quintanilla, Jacqueline: 127
Gorki, Máximo: 74
Gorostiza, José: 200, 234
Gosse, Edmund: 188
Gota, Antonio: 247
Gota, José María: 247
Goya, Francisco de: 120
Gozzoli, Benozzo: 202
Greco, El. Véase Theotokópoulos, Doménikos.
Gridoux, Lucas: 36
Gris, Juan: 179
Guermantes, duque de: 225
Guillén, Nicolás: 153
Gutenberg, Johannes: 192
Gutiérrez, Chepo: 192
Gutiérrez Nájera, Manuel: 137, 150, 201
Guzmán, Martín Luis: 236

Hachette, Juan: 95
Hamsun, Knut: 73
Hardenberg, Friedrich Leopold von (Novalis): 93
Hayakawa, Sessue: 32-33
Heidegger, Martin: 240
Henestrosa, Andrés: 48
Henríquez Ureña, Pedro: 151
Hernández, Efrén: 174
Hernández, Jesús (el Sapo): 184
Hernández, Miguel: 153
Herrera y Reissig, Julio: 201
Hidalgo y Costilla, Miguel: 28
Hitler, Adolfo: 32, 152

Holbein, Hans: 52
Homero: 163
Hugo, Victor: 126, 152
Huidobro, Vicente: 48, 201
Huston, Walter: 110

Ibarbourou, Juana de: 69-70
Ibsen, Henrik: 68, 69-70, 73
Inkijinoff, Valéry: 16
Iriarte, Tomás de: 73

Jammes, Francis: 74
Jamois, Marguerite: 40
Jiménez, Guillermo: 48, 97, 151, 174
Jodorowsky, Alejandro: 131
José (maestro pintor): 56, 57
Joselillo (torero): 118-119
Joselito. Véase Gómez Ortega, José.
Jouve, Pierre-Jean: 205
Jouvet, Louis: 11, 12, 33, 34, 35, 36, 37, 38-40, 48-49, 127, 128-129, 130, 159, 179, 180, 244, 245
Joyce, James: 22
Juan Diego: 27, 28
Juan sin Miedo. Véase Silveti, Juan.
Junco, Tito: 157
Junco, Víctor: 157
Jung, Carl Gustav: 109, 205, 206
Jünger, Ernst: 227

Kafka, Franz: 23, 64, 173, 238
Kataoka, Chyezo: 33
Kierkegaard, Sören: 73
Kolnai, Aurel: 90
Kotska, san Estanislao de: 72
Krishnamurti, Jedhu: 97

Labastida y Dávalos Rodríguez de la Cuesta, Pelagio Antonio de: 27-28
La Fontaine, Jean de: 66, 67, 73
Lagarder, Enrique de: 71
Lagerlöff, Selma: 73

Lainé, familia: 39-40
Landa, Rodolfo: 156
Landrú, Henry-Désiré: 95
Lara Matías (Larita): 123
Largo Caballero, Francisco: 151
Lautréamont. Véase Ducasse, Isidore Lucien.
Lavedan, Henri: 85
Lazcano Tegui, vizconde de: 97
Lecouvreur, Adrienne: 129
Legaria, Genaro: 146
León de la Barra, Francisco: 126
León Felipe. Véase Camino Galicia, Felipe León.
Leonov, Leonid: 109
Le Vigan, Robert: 35, 37
Lévy-Bruhl, Lucien: 189
Lindbergh, Charles: 51
L'Isle, Leconte de: 73
Llorente, Teodoro: 93
Lombardo Toledano, Vicente: 154
Lombroso, Gina: 242
López Velarde, Ramón: 22, 57, 94, 118, 134-135, 138, 187, 201, 256
Lorena, Claudio (Claude Gellé): 202
Lorrain, Jean: 93
Lotto, Lorenzo: 202
Luchaire, Corinne: 35-36
Luchaire, Julien: 35-36
Lugones, Leopoldo: 48

Madero, Francisco I.: 210
Madero, Julio Octavio: 181
Magdaleno, Mauricio: 236
Mancisidor, Francisco: 244, 245-246, 248, 249, 250
Mancisidor, José: 244
Manolillo el Espartero: 124
Manolete. Véase Rodríguez Sánchez, Manuel.
Mantilla, Luis F.: 68
Manucio, Aldo: 192
Manucio, Aldo (nieto): 192
Manuel (Chicuelo): 124
Manuel, Roland: 180

Manríquez, Fermina: 46
Manzoni, Alessandro: 68
Maragall, Juan: 73
Marín, Lupe: 151
Martínez, José Luis (Kio Kilik): 59, 60-61, 108, 110
Martínez, Juan: 60-61
Martínez, Luis: 60-61
Martino, César: 132, 133, 134, 135
Matisse, Henri: 205, 207-208
Maximiliano de Habsburgo: 28
Mazantini, Luis: 123
Mejía Sánchez, Ernesto: 187
Mélinand, Monique: 39, 40
Melville, Herman: 173
Mendoza, Laura: 26
Mendoza, Leobardo: 183
Meyer, Jean: 180
Meyerhold, Vsiévolod: 149
Mifune, Toshiro: 33
Miguel Ángel: 202
Milton, John: 75
Mistinguette, Jeanne Burgeois: 97
Mistral, Federico: 93-94, 163, 230
Mistral, Gabriela: 69, 93, 159, 160-161, 162, 163, 164-165, 166, 230
Miura, Eduardo: 123
Mojica, José: 157
Molière. Véase Poquelin, Jean Baptiste.
Montaigne, Michel: 26, 253
Montejo, Carmen: 50
Monterde, Francisco: 94
Montes de Oca, Marco Antonio: 201
Mora, Aurora de la: 98
Morelos y Pavón, José María: 28
Moreno, Mario (Cantinflas): 120-121
Morlay, Gaby: 16
Musset, Alfred de: 180

Negri, Ada: 93, 162-163
Negrín, Juan: 151
Nemirovich-Danchenko, Vladimir: 149

Neruda, Pablo: 132-133, 134, 153, 163, 201, 221, 246
Nervo, Amado: 69, 94, 161, 162, 203
Nishijima, Ricardo: 33
Noailles, condesa de: 97
Novalis. Véase Hardenberg, Friedrich Leopold von.
Nungesser (aviador): 95
Núñez de Arce, Gaspar: 70, 96

Obregón, Álvaro: 149, 150-151, 168
Ophuls, Max: 32
Orléans, Carlos de: 81
Orozco, José Clemente: 9, 229, 236
Orozco y Jiménez, Francisco: 27, 30
Ortega y Gasset, José: 49
Ortiz, Pepe: 157
Otero, Alejandro: 76, 205, 206-207, 208
Ozeray, Madeleine: 39

Pacheco, León: 97
Padilla, Raúl: 257, 260
Pancho la Muerte: 213
Panduro, Daniel: 185, 186
Paniagua, Ramón: 14-15
Papini, Giovanni: 71-72, 74, 162, 188, 256
Pardo Bazán, Emilia: 73
Parmesano, Francesco: 202
Parrita (banderillero): 124
Pascal, Blas: 188
Paso, Fernando del: 52, 255, 260
Paz, Octavio: 48, 53, 153, 154, 155, 158, 159, 180, 199, 201, 212, 225, 226
Péguy, Charles: 245
Peinado, Joaquín: 179
Pellicer, Carlos: 161, 163, 201, 255-256
Pellico, Silvio: 93
Pérez Tabernero, Graciliano: 123
Pérez Vizcaíno: 42
Perrault, Charles: 44, 71
Pétain, Philippe: 39
Petit, Pierre (Pierre Garran): 180
Petrarca: 89

Peza, Juan de Dios: 70
Philipe, Gérard: 165
Picard, Roger: 152
Picasso, Pablo: 179, 205, 206, 207-208
Pino Suárez, José María: 210
Pinturicchio, Bernardino: 201
Pisanello, Antonio: 202
Piscator, Erwin: 149
Planas, Daniel: 247
Plantin, Cristóbal (Plantino): 192-193
Placencia, Alfredo R.: 46
Podreka, Enrico: 134
Polanco, Botín: 97
Pontormo, Jacopo: 202
Poquelin, Jean Baptiste (Molière): 230
Portes Gil, Emilio: 26, 30, 50
Preciado, Isidro: 214
Preciado, Luis: 98-99
Preciado de la Mora, Judith: 98
Prieto, Indalecio: 151
Prieto, Miguel: 154
Proust, Marcel: 23, 212
Pulido, Esperanza: 51, 76, 78, 106, 250
Pushkin, Alexander: 109

Racine, Jean: 126
Ramón y Cajal, Santiago: 73
Rank, Otto: 43
Rèbe, Martial: 36
Reinhardt, Max: 149
Renard, Jules: 94
Renoir, Jean: 35
Renoir, Pierre: 180
Renoir, Pierre-Auguste: 129
Reyes, Alfonso: 48, 49, 94, 127
Reyes, Bernardo: 127
Reyes, Bernardo (nieto): 127
Reyes, Francisco de los (Gitanillo de Triana): 124
Reyes, Neftalí. Véase Neruda, Pablo.
Rilke, Rainer Maria: 19, 23, 111, 147-148, 235
Rimbaud, Arthur: 234

Río, Dolores del: 157
Rivas Mercado, Antonieta: 162
Rivas Sáinz, Arturo: 85-86, 109-110, 174
Rocha, Sóstenes: 121
Rochefoucauld, duquesa de la: 180, 225
Rodin, Auguste: 52, 235
Rodríguez Sánchez, Manuel (Manolete): 118-119
Rolland, Romain: 93
Romance, Viviane: 34
Rops, Félicien: 205
Rosa, de la (doctor): 228
Rosenzweig Díaz, Alfonso de: 126, 245
Ross, María Luisa: 68, 69
Rostand, Edmond: 97
Ruiz, Antonio (Toñiz): 184
Ruiz de Alarcón y Mendoza, Juan: 23
Rulfo, Juan: 24, 37, 83, 171, 172, 173-174, 175-176, 234-235, 236-237
Rulfo, Juan del: 24
Rusiñol, Santiago: 73

Saint-Germain: 95
Salazar, Toño: 97
Salgari, Emilio: 71
Samain, Albert: 74
Sánchez Mejías, Ignacio: 119, 124, 153
Sánchez Torres, Sara: 11, 48, 49, 82, 86, 171, 172, 175, 244, 252
Sanctis, Francesco de: 75
Sand, George. Véase Dupin, Amandine Aurore Lucie.
Santos Chocano, José. Véase Chocano, José Santos
Sanzio, Rafael. Véase Urbino, Rafael de.
Sasseta, Stefano di Giovanni: 202
Schnitzler, Arthur: 32, 157
Schwob, Marcel: 68-69
Seghers, Anne: 180
Seghers, Pierre: 180
Selva, Mauricio de la: 199, 260
Shakespeare, William: 130
Shaw, George Bernard: 181
Sienkiewicz, Henryk: 71
Signoret, familia: 39-40

Silva, José Asunción: 201
Silva, José María: 190, 191
Silveti, Juan: 117, 119
Simon, Simon: 110
Socorro (esposa de Fernando del Paso): 52, 260
Solana, Rafael: 53
Soupault, Philippe: 204
Stanislavsky, Konstantin: 149
Steel, Harry: 168
Stendhal. Véase Beyle, Marie Henri.
Stroheim, Erich von: 34
Suárez y Casañ: 72, 192
Sue, Eugenio: 126
Sux, Alejandro: 97, 220

Tablada, José Juan: 94
Tafari, Ras: 97
Tamayo, Olga: 211
Tamayo, Rufino: 211
Tanaka, Michiko: 33
Tarcisio, san: 72
Tasso, Torcuato: 192
Tata Nacho: 129
Teresa, santa: 189
Teresa de Mier, fray Servando: 28
Theotokópoulos, Doménikos (El Greco): 52
Tiépolo, Giambattista: 202, 232
Tigre de Guanajuato, el. Véase Silveti, Juan.
Tintoretto: 202
Tolstoi, León: 74
Torraca, Francesco: 75
Torri, Julio: 94
Tovar y de Teresa, Rafael: 257, 260
Tricht, monseñor van: 96-97
Trotski, León: 151
Tzara, Tristan: 180, 226

Ugarte, Salvador: 149
Urbina, Luis G.: 94
Urbino, Rafael de (Rafael Sanzio): 202
Uribe, Álvaro: 260

Urruchúa, Víctor: 156
Usigli, Rodolfo: 50, 126, 147, 155, 156, 157, 158-159, 160, 164, 166, 180-181, 206, 226

Valencia, Alfonso: 167
Valle, Juvencio: 201
Valle-Inclán, Ramón del: 74, 129, 150-151
Vallejo, César: 48, 66, 153, 201
Vanel, Charles: 16
Varennes, Jacques: 180, 245
Vargas Vila, José María: 97, 220-221
Vasconcelos, José: 161, 162
Vela, Arqueles: 97
Velasco, Alfredo: 13, 69, 109
Velasco, familia: 13
Velázquez, Víctor: 157
Verdaguer, Mario: 74
Verlaine, Paul: 204
Vermeer de Delft, Jan: 232
Villaurrutia, Xavier: 53, 147, 156
Villon, François: 253
Villon, Jacques: 205
Vincent Benét, Stephen: 110
Vinci, Leonardo da: 202
Virgilio: 163

Wagner, Fernando: 49, 132, 146, 147, 149, 152, 154
Wagner Levien: 147
Walbrook, Antón (Wohlbrück, Adolf): 32
Watanabe, Francisco: 85, 229, 232
Weininger, Otto: 74, 241, 242
Werfel, Franz: 90
Wilde, Oscar: 74
Wundt, Wilhelm: 97

Yáñez, Agustín: 110, 237

Zola, Émile: 37-38
Zorrilla de San Martín, Juan: 73
Zúñiga, Agustín: 222
Zúñiga, Clementina: 222

Zúñiga, Daniel: 16, 222
Zúñiga, José: 141, 222
Zúñiga, Soledad: 222
Zúñiga Chávez, Anastasia: 144
Zúñiga Chávez, Daniel: 144, 145, 149, 150, 183, 185, 213, 214
Zúñiga Chávez, Epifanio: 145, 183, 185, 213, 214
Zúñiga Chávez, Genaro: 141, 142-143, 144, 145, 182, 184, 185-186, 187, 213
Zúñiga Chávez, Margarita: 144, 145
Zúñiga Chávez, Victoria (Victoria Zúñiga de Arreola): 24, 26, 141-142, 145
Zúñiga Chávez, Vidal: 145

Juan José Arreola (1918-2001) es uno de los maestros de la prosa mexicana del siglo xx y uno de los escritores que mayor influencia han ejercido en el desarrollo de la literatura de México. Narrador excelente, su obra ha alcanzado numerosas ediciones y ha sido traducida a varios idiomas. Conversador infatigable de prodigiosa memoria, comparte con Fernando del Paso sus recuerdos, que se desbalagan de una manera no exenta de belleza, pero que regresan al punto de partida, como la mágica superficie de la banda de Moebius.

Memoria y olvido es el fruto de casi cien horas de entrevistas grabadas, transcritas y editadas por Fernando del Paso, de manera tal que, eclipsándose a sí mismo como autor, logra retratar la infancia y la juventud de Juan José Arreola: desde su primer recuerdo en 1920 hasta 1947, poco después de su regreso de París. Sin perder la naturalidad de una conversación, el resultado final es un recuento en primera persona que nos lleva de la mano por los primeros episodios de la vida del escritor con toda la fuerza de un relato literario.

Fernando del Paso (Ciudad de México, 1935-Guadalajara, 2018), poeta, narrador, ensayista, dramaturgo y artista plástico, trabajó en diversos diarios, revistas y agencias de publicidad. En Francia, fue consejero cultural y cónsul general de México. Su obra escrita obtuvo diversos reconocimientos como el Premio Xavier Villaurrutia, el Premio de Novela México, el Premio al Mejor Libro Extranjero en Francia, el Premio Juan Rulfo y el Premio Miguel de Cervantes. El FCE ha publicado sus novelas laureadas *José Trigo*, *Palinuro de México* y *Noticias del imperio*, así como su novela policiaca *Linda 67. Historia de un crimen*, su obra dramática *La muerte se va a Granada* y su libro de poesía *Poemar*, entre otras obras.

www.fondodeculturaeconomica.com

NOTAS

[1] Tener una casa acogedora, limpia y bella; / Un jardín tapizado de emparrados olorosos; / Frutas, excelente vino, pocos lujos, pocos hijos; / Poseer sólo, sin alarde, una mujer fiel.

[2] Elaborado por Lidia Eugenia González Maya.